



LOS CAMINOS
DE BELGRANO

CARLOS DEL FRADE

LOS CAMINOS DE BELGRANO.

Las banderas revolucionarias y la realidad social de las provincias, doscientos años después.

Carlos del Frade

Rosario, noviembre de 2011.

"Se han elevado entre los hombres dos clases muy distintas; la una dispone de los frutos de la tierra, la otra es llamada solamente a ayudar por su trabajo la reproducción anual de estos frutos y riquezas o a desplegar su industria para ofrecer a los propietarios comodidades y objetos de lujo en cambio de lo que les sobra. El imperio de la propiedad es el que reduce a la mayor parte de los hombres a lo más estrechamente necesario", Manuel Belgrano, en "La Gaceta", del primero de setiembre de 1813.

INDICE

“El imperio de la propiedad...”

Prólogo.

I PARTE BELGRANO, TERCER MILENIO

El regreso de Belgrano.

Billetes

Una foto

II PARTE: LA TIERRA AMERICANA EN ARMAS

Cunas

Tupamaros

Consulado

Españas

III PARTE: IGUALDAD, INDEPENDENCIA Y PUEBLOS

El político de la revolución

La suerte de una carta

Iglesias

IV PARTE: LAS BANDERAS DE BELGRANO, 200 AÑOS DESPUES

Santa Fe

Entre Ríos

Corrientes

Misiones

Rosario

Jujuy

Tucumán

Salta

Vilcapugio y Ayohuma

Santiago del Estero

Epílogo

Apéndice 1

Crónica biográfica de Belgrano.

Apéndice 2

El Reglamento de los 30 pueblos misioneros.

Entrevistas realizadas

Bibliografía utilizada

Agradecimientos

Prólogo

La bandera argentina cumple 200 años.

Una buena excusa para pensar no solamente en la actualidad del símbolo sino también en la vigencia o no de las otras banderas que encarnaba su creador, Manuel Belgrano.

De eso se trata este libro de investigación periodística.

De un permanente juego entre el pasado y el presente.

Las principales banderas de Belgrano fueron la igualdad, la independencia, la democratización de la tierra, el respeto por los pueblos anteriores, la educación y la felicidad pública.

El desafío del presente trabajo es observar cómo se manifiestan en la realidad concreta de algunas de las provincias por las que pasó el revolucionario estas grandes palabras, algunas desgastadas y la mayoría poco usadas en lo cotidiano.

La investigación está dividida en cuatro partes.

La primera es la presencia de Belgrano en el tercer milenio. Cuando la Argentina se caía a pedazos, casi sesenta mil personas se tomaron de la bandera como desesperado intento de asirse de algo, el primero y el último símbolo de un proyecto colectivo que quedaba en pie en el país de 2002. Después vendrían los bustos que se perdían en las aguas de la corrupción de Yacretá; la construcción de la última escuela de aquellas cuatro que ordenó levantar hacia 1813; la comparación con Santucho que propuso un fotógrafo; la película protagonizada por Pablo Rago y su figura ganadora en elecciones llevadas adelante en escuelas santafesinas. Belgrano regresa en el tercer milenio.

En la segunda parte, aparece una cronología que intenta dar un vistazo general de los procesos de lucha por la independencia americana y la igualdad de sus pueblos quedando claro que son muy anteriores a los hechos de mayo de 1810.

La tercera parte es el corazón del obrar político de Belgrano, donde aquellas banderas se ponen de manifiesto a cada paso y terminan siendo el factor fundamental de su muerte en soledad y en la miseria.

Y la cuarta es el resultado de la crónica periodística del viaje hacia Misiones, Corrientes, Entre Ríos, Santa Fe, Buenos Aires, Jujuy, Salta y Tucumán, para apreciar el punto de vista desde el tercer milenio de la experiencia belgraniana y su contraste con la historia reciente. Allí aparecerán distintas formas de saqueo y también de esperanza.

No es una biografía.

Es un viaje desde el presente al pasado que también está abierto en los días que se viven.

Hay que desnaturalizar la historia y los lugares donde ocurrieron hechos notables.

Rescatar a Belgrano de tanto bronce anestesiador.

Seguir los caminos de Belgrano en la Argentina del tercer milenio es una empresa temeraria. Más si es un intento independiente. No tiene ninguna certeza de difusión masiva. Todo lo contrario. Porque las grandes corporaciones mediáticas resumen sus intereses en dilemas de la farándula, el deporte y algunos pequeños espacios para la discusión de temas estructurales a través de la política.

Pero es en esa recorrida a contramano de los mensajes televisivos del momento lo que permite conocer la certeza de la necesidad de una nación latinoamericana a partir de las circunstancias históricas de cada provincia.

Emociona el contraste de las mujeres y hombres que siguieron a Belgrano con las actuales mayorías que habitan esos territorios que buscan empatarle al fin de mes.

Es preciso señalar que doscientos años después, buscar el fantasma de Manuel es reconstruirlo de acuerdo a la extraña mezcla que se produce entre la información que llega como nueva y el relato interno que se cruza con las sensaciones que produce el estar en los mismos lugares recorridos por el condenado a ser simplemente un mero nombre de calle, avenida, pueblo o monumento.

De allí que la poesía de Aldo Oliva y la literatura de Roa Bastos estén mencionadas en este trabajo como una forma de acercamiento vital a la experiencia histórica de dos siglos atrás.

Porque en la forma de contar la historia también parece anidar una clave para contagiar a las nuevas generaciones de un sentimiento de pertenencia a algo trascendente que está más allá de lo individual. Algo por lo cual vale la pena enamorarse, parir hijos e intentar un presente distinto y mejor.

En cada uno de los distintos presentes que implican las características de cada provincia recorrida aparecen trazos gruesos que marcan la existencia nacional.

Las huellas de la dictadura, la contracara del ejército que construyeron Belgrano y San Martín, están a flor de piel en Misiones, Corrientes, Entre Ríos, Santa Fe, Buenos Aires, Jujuy, Salta, Tucumán y Santiago del Estero.

Porque detrás de los grandes asesinos, en definitiva títeres macabros pero títeres al fin de cuentas, están los viejos poderes económicos que surgieron después de la guerra popular por la independencia y asumieron un discurso patriótico que, en definitiva, era una máscara patriota, elitista y clasista que perdura en las estructuras económicas, sociales y culturales del presente.

En ese sentido Tucumán es emblemático: “del sepulcro de la tiranía”, como fue calificada la batalla del 24 de setiembre de 1812, a la tiranía que multiplicó los sepulcros de Bussi y que, para colmo, después fue gobernador por el voto popular.

Pero también en Corrientes, como lo dice la hermana Marta Pelloni, las actuales condiciones laborales que padecen las familias explotadas en la producción de tabaco son herencia de los que impulsaron la desaparición de obreros rebeldes del campo que rodea a la ciudad de Goya.

Otro de los datos apasionantes es el cristianismo de Belgrano que se da de bruces con el catolicismo de los sectores dominantes de antes y de ahora. Porque el revolucionario que es capaz de enviar al destierro al obispo de Salta, es el mismo que comulga, habla permanentemente de religión como hecho colectivo de identidad social y cultural y, en forma paralela, recibe el apoyo de religiosos que luego serán ninguneados por la propia institución.

Las ideas de Belgrano, vividas con pasión y encarnadas en su propia suerte individual, tuvieron sentido cuando se sumaron a las experiencias históricas de los pueblos americanos anteriores al nacimiento del llamado prócer.

La revolución se hace guerra popular independentista cuando los herederos de la lucha de los guaraníes, los que sangraron con Tupac y los descendientes de los calchaquíes,

entienden que estos hombres van a seguir hasta el final con esos proyectos de transformación.

Quizás por eso sea fundamental recontar la historia desde las provincias.

Quizás sea hora de pensar que la independencia real y concreta tiene otra fecha, la del 29 de junio de 1815, en Arroyo de la China, la actual Concepción del Uruguay, en la provincia de Entre Ríos, donde la Liga de los Pueblos Libres, liderada por Artigas es la síntesis de esas luchas centenarias ahora reformuladas con los ideales de Mayo de 1810. No es casualidad que Belgrano haya designado a Artigas como su comandante en la zona. Lo mismo que aparece en el Plan de Operaciones, aquel programa político de la revolución.

Una de las sensaciones de la investigación es que la historia se naturaliza cuando ingresa en los mapas de los territorios.

Hay señales, marcas y hasta a veces entran en los llamados paquetes de las excursiones turísticas.

Pero no se sabe qué pasó en ellos.

Los nombres se mezclan, tienen cierta resonancia que remite a algo importante pero difuso.

Más allá de la pasión por la historia que despertó el desgarró profundo que sufrió nuestro pueblo a partir de diciembre de 2001, no hay puentes todavía establecidos entre la existencia concreta de las mayorías con aquellas realizaciones del siglo diecinueve.

No se trata de forzar la interpretación de los hechos ni de los procesos, solamente se trata de saber qué hacemos ante la realidad social que atraviesa a los que son más en estos arrabales del mundo. Y desde dónde nos paramos para decir que hay una esperanza, un futuro, un proyecto.

Allí surgen, entonces, los ideales inconclusos de ese fenomenal torrente histórico que tuvo lugar entre 1809 y 1826 en Sudamérica.

Porque los que se apropiaron de ese proceso siguen manejando los hilos de las sociedades provinciales.

¿Por qué no, entonces, pensar en los vectores que todavía plantean soluciones no realizadas o no continuadas en el tiempo?.

La sociedad ha cambiado pero eso no quiere decir que palabras tales como igualdad, libertad, democratización de la tierra, educación, soberanía y dignidad no tengan sentido.

Recuperar el contenido de cada una de estas palabras, inevitablemente, nos hará topar con aquella experiencia fenomenal de entrega total que fue el proceso de guerra por la independencia.

Y allí estará Belgrano.

Fantasma inquieto que siempre vuelve.

Lejos de los monumentos, las calles, los mausoleos, los museos y los nombres repetidos.

Aparece en sus símbolos y en lugares insospechados.

De allí que también sea este un trabajo abierto a la polémica.

El siglo diecinueve no tiene relación con el veintiuno.

Cambiaron muchas cosas.

El capitalismo del tercer milenio es un escenario muy diferente a la realidad social, política, económica y cultural de aquellos territorios feudales, semif feudales y hasta esclavistas que existían en el período en el cual le tocó actuar a Belgrano.

Pero es fundamental pensar que aquellas palabras que constituyeron las banderas del revolucionario deben ser recuperadas para construir una sociedad mejor en aquellas provincias que pusieron todo para lograr la independencia de España.

¿Puede hablarse de igualdad, democratización de tierras y respeto por las identidades de los pueblos en el tercer milenio aunque las condiciones hayan cambiado tanto?.

Si. No hay dudas que es fundamental aspirar a que en el trono de la vida cotidiana esté la noble igualdad.

Porque no solamente es injusto sino también obsceno pensar que haya empresas que facturan miles de dólares por minuto mientras que millones ganen menos de dos mil pesos cada treinta días.

Porque en la Argentina del tercer milenio todavía se mata a descendientes de los llamados pueblos originarios que pelean por tener un pedazo de tierra para levantar su casa o defender su cultura.

Porque miles y miles no terminan la escuela secundaria y, de tal forma, serán considerados personas de segunda en la realidad social.

Porque la historia debe ser contada desde el interior de América del Sur hacia las ciudades puertos, porque allí está el germen del reconocimiento a los primeros pueblos que se jugaron entero por luchar por una tierra donde la felicidad sea propiedad de todos y no la propiedad privada de unos pocos.

Porque en esos escritos de Belgrano aparecen estos temas que bien vale recordar cada vez que enfrentamos los discursos de funcionarios provinciales y nacionales.

Uno de esos documentos es el Reglamento para los 30 pueblos misioneros, uno de los más bellos y profundos de la historia argentina y, por lo tanto, uno de los más desconocidos como consecuencia del silenciamiento que sufrió desde las distintas corrientes historiográficas.

Desde la distribución de tierras a la igualdad económica, social, política y cultural de todos y cada uno de los habitantes del lugar, pasando por la denuncia de la tala indiscriminada a la instalación de un sistema judicial basado en el conocimiento cercano; están planteados en ese Reglamento.

Un documento que debe servir de referencia a la hora de pensar cada cosa que se hace o cada cosa que no se hace en las provincias argentinas.

Hay también en este trabajo el reconocimiento a un hombre apasionado como Belgrano. Un revolucionario que no dejaba de hacer y pensar, de luchar e imaginar el mundo nuevo que quería construir.

Claro que no estaba solo. Pero su dimensión militar, política, económica e intelectual debe ser subrayada ante tantos proyectos que quieren minimizar sus hechos e ideas con la excusa de humanizarlo.

Belgrano, como Artigas, San Martín, Tupac, Juana Azurduy y tantos otros, eran bien humanos y es fundamental pensar esa dimensión en contraste con las dirigencias actuales.

Porque ellos fueron expresiones individuales de luchas y deseos centenarios y gracias a ciertas cualidades personales se erigieron como referentes de esos procesos antiguos que vienen del interior de América.

Mayo de 1810 es un eslabón más de las movilizaciones que tuvieron los pueblos guaraníes, quechuas, calchaquíes y tantos otros desde hace más de cinco siglos.

El verdadero logro de Belgrano y los demás fue comprender la hondura de una experiencia histórica que no empezaba cuando ellos llegaban sino que se continuaba si acertaban en respetar esos antecedentes sociales y políticos.

Belgrano lo dice más de una vez en sus cartas: desconocía el país y los pueblos que lo habitaban. Y tuvo el coraje de tirar por la borda la comodidad personal y el prestigio que había ganado entre círculos de privilegio de Buenos Aires.

En las alturas de Humahuaca, allí donde estuvo Belgrano, se hace indispensable tratar de imaginar qué cosas le pasaban por la cabeza a aquel joven que ya a los veinticuatro años tenía su suerte económica resuelta.

¿Qué hacía allí, en la soledad de esas montañas que parecen vivas y a punto de tragarse a cualquiera?

Miraba Belgrano el avance de las tropas realistas pero miraba mucho más.

Eso que miraba más allá de lo físico fue lo buscado a lo largo de tantos kilómetros de recorrida por las provincias argentinas.

El país en carne viva está en la realidad de sus pibes.

Desde Misiones a Jujuy, desde Rosario a Tucumán, desde Goya a Buenos Aires, el sentido de la palabra futuro se juega en el presente que atraviesan los menores de dieciocho años.

He allí la actualidad de las banderas de Belgrano a doscientos años de la creación del paño celeste y blanco.

En saber que la pelea todavía no terminó.

Que es preciso seguir enamorándonos de palabras tales como igualdad, independencia, justicia y democratización de las tierras.

Porque en ellas está el verdadero sentido existencial de cada una de nuestras vidas.

Porque en el presente de nuestros hijos está el resultado de un sueño colectivo todavía por ser.

El sueño colectivo inconcluso de la igualdad.

Seguir los caminos de Belgrano fue descubrir que la Argentina tiene que ser contada al revés: desde el interior de América hacia las ciudades puertos.

Seguir los caminos de Belgrano fue tomar nota de historias provinciales que explican el presente del país en general.

Seguir los caminos de Belgrano fue recuperar la necesidad de seguir dándole sentido a la urgencia de un proceso de transformación que no tenga buenos modales con las minorías de siempre, esas que condenaron al abogado y economista devenido en militar, sino también a otros como San Martín, Güemes, Andresito Artigas o Juana Azurduy.

Seguir los caminos de Belgrano significa sentir el amor por algo superior a lo individual y que vive en los territorios lejanos de los grandes medios de comunicación que imponen su visión desde Buenos Aires.

La Argentina es mucho más que la camiseta de la selección de fútbol.

Es la conciencia de un sueño que emerge, desde hace siglos, de la lucha de todos aquellos que pelean para que sus hijos e hijas sean felices.

A doscientos años de la creación de la bandera, las otras banderas de Belgrano están vigentes en las urgencias cotidianas y en la felicidad que les debemos a nuestros hijos.

Carlos del Frade
Rosario, noviembre de 2011.

I PARTE
BELGRANO TERCER MILENIO

EL REGRESO DE BELGRANO

Después de los 34 asesinatos de diciembre de 2001, la fuga de miles de millones de dólares; el dinero de jubiladas, trabajadores y distintos sectores de clase media acorralado en los bancos; decenas de miles de desocupados en pocos meses; la mirada gigantesca y triste de las chiquitas y chiquitos tucumanos desnutridos; la sucesión de cinco presidentes en menos de un mes y la devaluación que redujo el ingreso de las mayorías a la tercera parte de lo que recibían; los argentinos no sabíamos dónde estaba el país que alguna vez sentimos tener, que sentimos como propio.

Ya no teníamos ese lugar de pertenencia.

No estaba más en la vida cotidiana de millones y millones a lo largo y ancho de una geografía desmesurada y potencialmente rica.

La riqueza argentina, mito fundacional que atravesaba las distintas generaciones de habitantes de estos arrabales del mundo, parecía ser una fantasía desvanecida.

Quedaba la ausencia de lo que alguna vez, quizás, haya sido.

La tasa del riesgo país que aumentaba todos los días y que desde la pantalla roja de "Crónica" parecía repiquetear en los corazones como si fuera una cuenta regresiva que empujaba a un abismo sin fin, se convirtió en un símbolo de la incertidumbre y la angustia.

El futuro era una palabra que metía miedo y el presente no tenía ninguna solidez.

¿Qué había pasado con la Argentina?.

¿Qué había quedado de la Argentina?.

¿Desde qué lugar recuperar la esperanza en eso colectivo que asomaba en el nombre de la nación saqueada?.

Amanecieron las estrategias de sobrevivencia.

El trueque, las asambleas barriales, los emprendimientos familiares sin mayor planificación, el regreso a las hierbas como gambeta necesaria a los precios de los medicamentos y las más diversas changas para intentar empatarle al fin de mes.

Eran manotazos de ahogados.

El gran barco colectivo de la Argentina había sido bombardeado en su línea de flotación y parecía hundirse, con exasperante lentitud, en el mar de la historia.

El naufragio fue democratizado pero la destrucción fue obra de pocos, de muy pocos.

Sin embargo allí estábamos los millones de argentinos, allí estábamos los sobrevivientes.

Surgió entonces la respuesta desesperada: había que agarrarse de algo para superar el naufragio.

El 20 de junio de 2002, alrededor de cincuenta mil argentinas y argentinos llegaron al Monumento Nacional a la Bandera, en la ciudad de Rosario, para participar del acto no oficial.

No querían ver el desfile ni escuchar el juramento de fidelidad.

Querían agarrar la bandera más larga del mundo.

Querían agarrarse de la bandera.

Del primer y último símbolo que recordaba aquello que alguna vez habían tenido, un país donde el futuro podía ser mejor que el presente.

Volver a sentir que la Argentina existía.

Y para eso era necesario agarrar la bandera.

No se recuerda en las crónicas periodísticas semejante cantidad de gente en una fecha histórica.

Chicos en brazos de papás sin trabajo llegaron hasta el Monumento.

Después del acto encuentro de miles, una parejita que no tenía ni para el colectivo, abrazaba a sus hijos que, a su vez, saboreaban un alfajor de chocolate y agitaban una banderita de plástico.

Todavía este cronista recuerda las miradas de la mamá y el papá de aquella parejita de chicos que no superaban los cuatro años.

Había emoción, tristeza y también algo de alegría.

-Ojalá que el alfajor le dure mucho –dijo el muchacho mientras caminaban hacia un destino incierto, como le pasaba a la mayoría.

Era necesario que el sabor dulce del chocolate permaneciera durante mucho tiempo en su hijita que, en la otra mano, agitaba el celeste y blanco sintético.

Era fundamental que la Argentina volviera a tener un gusto dulce para miles y miles de pibas y pibes.

Por eso aquella pareja estuvo en el Monumento aquel 20 de junio de 2002, para volver a sentir que se podía recuperar la sensación de formar parte de un país donde fuera posible soñar con un mañana de dulzura, abrazo y ternura para los hijos.

¿Qué era o qué es la bandera más larga del mundo?.

La idea surgió del periodista, humorista y realizador de decenas de proyectos audiovisuales rosarinos, Julio Vacaflor, el 3 de junio de 1999.

Coser la bandera con miles y miles de pedazos de telas aportados por chicas y chicos de las escuelas de todo el país con el objetivo de llegar al año 2012, cuando se cumplen los 200 años de la creación del símbolo, y convertirla en la más larga, la más grande del mundo.

-Esa mañana logro solucionar un –otro- inconveniente económico y de la angustia paso a un estado emocional óptimo gracias a un amigo.

Preparo el mate, me siento en un querido banco de madera y disperso sobre el escritorio un puñado de sensaciones.

Algunas de alivio, otras, de gratitud.

Si existen millones de buenas personas y son mayoría: ¿cómo es posible que por momentos duela tanto vivir en Argentina?.

¿Qué país heredarán nuestros hijos?.

No obtuve respuesta. Claro, si estaba solo.

-Algo deberíamos hacer para recuperar el aliento y la fe en nosotros mismos –estimo que pensé.

Vi una aguja y un hilo y una máquina y unas manos. Y una tela celeste, y otra blanca y una ciudad, y una Nación de 24 provincias.

Y con esas agujas, hilo, máquinas, manos y telas vi una bandera, grande.

Al día siguiente en rueda de amigos y familiares que asistieron al cumpleaños de mi mujer, 4 de junio –por ello recuerdo la fecha de marras- mientras desgajamos el campo social, político, futbolero, económico y cultural argentino, degluto la última empanada y comento la idea.

Azorados, escépticos y razonables algunos, me miraron con lástima. Otros también azorados trataron de huir, pero se demoraron demasiado.

Esa noche sustituimos pesares por utopías y quejas por acciones.

Si como generación arrastráramos más de un fracaso, eso haríamos, volver a intentarlo.

Ese grupo de seres sin más herramienta que la esperanza, dio rienda suelta a su imaginación para transmitirle a cada argentino un mensaje alentador: si a la Nación la habían hecho pedazos, la misma gente con sus hijos como emblema, volvería a unirlos.

¿Cómo?. Con una máquina de coser. Cada retazo lo simbolizaría.

Nació con ellos, la creación de la bandera más grande y unida del mundo, confeccionada con retazos de tela donados desde cualquier rincón del país, en particular chicos y jóvenes de las escuelas y cosidos por mujeres voluntarias en el propio Patio Cívico del Monumento Nacional a la Bandera. Sería esta bandera la más grande, como consecuencia de la unión de la gente...relató de manera maravillosa el iniciador y promotor de la idea de "Alta en el Cielo", Julio Vacaflor.

También recuerda que aquel 20 de junio de 2002, "el país dolía a cada paso. Fue el año más duro y el más bonito. Tenía un julepe tremendo. Había gente por todos lados. No lo podía creer. Abuelos, padres y nietos, todos juntos queriendo agarrar la bandera. No tocaba el piso con los pies. Pocas veces sentí eso en mi vida", apuntó Vacaflor a meses del bicentenario de la bandera, a pocos metros de la llama votiva que recuerda al soldado desconocido en el mismísimo Monumento a la Bandera.

"Una mujer tenía –orgullosa- un taller de costura. Un día de 1994, debió cerrarlo porque no lograba sostenerlo económicamente. Cinco años después, 1999, se entera de una loca propuesta rosarina.

Vuelve al interior de su antiguo taller. Sin temor, se adueña de un retazo de recuerdos. Toma un colectivo. Desciende unas escalinatas, parecen ser las del Monumento.

Sus manos aprietan un paquetito. Un grupo de locos la reciben con inimaginable gratitud. Abre el paquete y allí estaba lo más esperado: el primer aliento, el primer retazo.

Contó en el 2003: "Cuando me enteré de esta idea, dije, ojalá que este retazo que recuerda aquel fracaso de mi taller, sea útil para hacer esta bandera".

Quién diría que aquel paño de tela guardado, al rescatarlo, sería el comienzo de esta unión nacional. Esa mujer es María Bucomino" (De la publicación "Alta en el cielo. Una para todos", editada en 2003).

"Podrá decirse: "Con esta realidad, como para dedicarse a esta locura".

O bien: "Con esta realidad, por lo menos, esta locura."

¡Ay!, patria mía.

2002. Hay patria mía.

En medio de tanto dolor y desconcierto, nos preguntábamos como continuar en un año tan difícil. La gente nos respondió: "Si hay mucho, con todo. Si hay poco, con todo. Si no hay nada, con todo".

Así hacemos y sentimos Alta en el Cielo.

El 2002, sería para Alta en el Cielo la comprobación de que el camino emprendido, era el correcto.

Para nosotros, responsables de esa locura, significó un gran compromiso en ese momento reunir semejante cantidad de personas. Algunas estimaciones, arrojaron la cifra de 60 mil asistentes.

Fue glorioso. El mensaje de la gente fue contundente: El 20 de junio se rinde honor a Manuel Belgrano y se honra su creación: la bandera nacional.

Rosario, cuna de esa enseña y junto a un pueblo emocionado y consciente de tamaña autoconvocatoria en paz y democracia, se hizo canto, su grito silencioso bramó en este suelo y cielo que tanto merece y necesita que nos una el amor y no el espanto", escribió Vacaflor.

-Me parece una buena idea para este país, que entre tanto dolor, pueda sentir alegría – dijo una mujer en aquella jornada del 20 de junio de 2002.

-Rosario, 4 de junio de 2001. Recibimos una bandera y una carta desde “Metileo”, La Pampa. ¿Metileo?, nos preguntamos. Corrimos al mapa y allí estaba: una localidad de 480 habitantes con campos inundados y gente sin trabajo. Pidieron diez centavos a cada integrante de la comunidad y compraron la tela en General Pico, a 30 kilómetros. Esta es otra de las miles de historia de cada retazo – cuentan los hacedores de Alta en el Cielo.

-En plena barriada de la recordada José León Suárez hay dos jardines de infantes. En el 2001 llenaron de monedas una botella de dos litros, como alcancía para hacer una bandera de 17 metros. La del 2002 fue de 300 centímetros cúbicos. Y esa bandera tuvo 6 metros. Las maestras, emocionadas, nos dicen lo importante que es para esos chicos Alta en el Cielo. Saben que sus paños están cosidos a la gran bandera: esa bandera que los distingue y que los iguala. Un jardín se llama Rincón de Luz; el otro se llama El Tren Blanco. Estos chicos son hijos de los pasajeros de otro Tren Blanco: el de los cartoneros – fue otro de los testimonios.

Aquel tren blanco, cuando la televisión mostraba la imagen de las chicas y chicos desnutridos de Tucumán, fue el primero que cargó alimentos para llevárselos en un gesto de solidaridad y rebeldía ante la resignación que todavía emociona.

Porque eran los cartoneros, los que vivían de la basura, los que respondían de manera rápida y expeditiva ante el hambre de las chiquitas y chiquitos tucumanos.

La bandera ya medía kilómetros y cada retazo sintetizaba la historia de un lugar y sus chicas y chicos.

Una geografía argentina resumida en la bandera más larga y grande.

Una geografía argentina ninguneada pero que estaba allí, cosiendo su bandera para agarrarse de ella para dejar de caer, para terminar con la caída que sufrían millones por el privilegio de unos pocos.

Dos años después, volverían otros símbolos para explicar algo del presente argentino.

El 6 de julio de 2004 quedó demostrado el tamaño de la mentira de la historia argentina.

Ese día se inauguraba la cuarta escuela para la cual Belgrano había donado sus honorarios que le habían adjudicado después de las batallas de Salta y Tucumán.

Pasaron 191 años desde aquel legado hasta el inicio de las obras para construir el último establecimiento escolar con el que soñaba el creador de la bandera.

Un buen realizador cinematográfico podría sintetizar la imagen de la siguiente manera: una panorámica de cuatro escuelas juntas, mostrando sus dimensiones, pasando por sus patios y aulas, exhibiendo cada uno de los edificios y, por último, los cuatro juntos. Y, de pronto, las cuatro escuelas desaparecen. Queda la tierra vacía. Un enorme espacio de cuatro manzanas convertido en un baldío o basural.

Un agujero que hasta hacía segundos mostraba la esperanza que siempre abriga una escuela dispuesta a recibir a las pibas y los pibes.

He allí el tamaño de la mentira de la historia oficial argentina: cuatro manzanas de nada, la respuesta a la lucha producida por las mujeres y los hombres que durante casi una década fueron enamorados por los ideales y principios de Belgrano.

La dimensión exacta de la hipocresía: 191 años de escuelas ausentes.

Pero aquel día de julio de 2004, parte de esa deuda comenzó a saldarse.

Dicen las crónicas periodísticas que “en 1813, el general Manuel Belgrano donó los 40 mil pesos fuertes que le otorgaron como premio por las batallas de Salta y Tucumán para la construcción de cuatro escuelas. Nadie sabe qué se hizo de ese dinero, pero ayer

(por el 6 de julio) se inauguró el último de esos establecimientos, en un barrio de la capital jujeña, aunque aún no está terminado”.

El periodista Carlos Rodríguez, del diario “Página/12”, escribió: “María Luisa ya es abuela y le cuesta mantenerse en pie tanto tiempo, a la espera de que comience el acto de inauguración de la Escuela número 452 Legado Belgraniano, cuya piedra fundamental fue plantada, sin mucho éxito, por el general Manuel Belgrano, el mismísimo creador de la Bandera, el 31 de marzo de 1813. La obra que había soñado el general tardó, apenas, 191 años en hacerse realidad. Un signo eterno de la burocracia argentina. Al hablar ayer en la apertura de la escuela, que todavía tiene que terminarse de construir para cubrir totalmente las necesidades de los 900 alumnos del ciclo primario que planea albergar, el ministro de Educación, Daniel Filmus, sostuvo que “esto es lo que querían Belgrano, (José de) San Martín y (Mariano) Moreno, construir una Argentina mejor, crecer de la mano de la educación, porque sabían que ésa era la única manera de ser una nación independiente”.

Para la construcción de cuatro escuelas, la inaugurada en 2004 y otras tres que debían levantarse en Tucumán, Santiago del Estero y Tarija, que ahora pertenece a Bolivia, pero que en aquellos años remotos era territorio argentino, el creador de la Bandera argentina había destinado la suma de 40.000 pesos fuertes de la época, una suma que, dicen, era equivalente entonces al cuatro por ciento de las exportaciones del país.

“Hoy, para hacer la tercera parte de la obra, se invirtieron 591.934 pesos con cuarenta y siete centavos. Los aportes fueron hechos por la provincia y por la Nación, ya que el dinero original se fue perdiendo entre una tonelada de papeles, de días, de meses, de años, casi dos siglos. “Lo que había donado Belgrano es una fortuna incalculable, debería medirse en libras esterlinas, pero de todas maneras era una fortuna a la que nunca se le dio el destino que tenía”, dijo a este diario el historiador Vicente Ciccarelli, que ha seguido el caso cada uno de los minutos de su vida”, seguía diciendo la crónica de Rodríguez.

Había sido el 13 de abril de 1825, cuando el Cabildo jujeño inauguró una escuela mucho más modesta en ambiciones, pero ella fue cerrada tres años después y nunca más se encaró la obra.

Recién en 1997 se hizo la primera licitación, ganada por la empresa Ranking SRL, pero la firma después se declaró en quiebra y otra vez todo quedó en la nada. Por eso, la escuela funcionó desde entonces en lugares prestados: un regimiento, una iglesia, una guardería municipal y un templo evangélico.

Carlos Duilio Morales, de 11 años, alumno de sexto grado, dijo que tener “una escuela propia” era para los chicos de Campo Verde, un barrio perdido entre las montañas, en la capital jujeña, “una gotita de esperanza”. La directora del establecimiento, Selva Celia Rodríguez Córdoba, expresó a las autoridades presentes “un gracias inmenso en nombre de la niñez”. El gobernador de Jujuy, Eduardo Fellner, sostuvo que lo que hicieron es apenas “cumplir con un legado histórico” y reconoció que su intervención fue tan sólo “una respuesta a una comunidad organizada (la de Campo Verde), a un centro comunitario que me hizo llegar sus reclamos”.

Como una paradoja más de lo que parece ser el destino nacional, la primera de las cuatro escuelas de Belgrano que se inauguró fue la de Tarija, cuando ya era territorio boliviano, en 1974. Y fue construida por el gobierno argentino, cuando el presidente era Juan Domingo Perón. Las de Santiago del Estero y Tucumán comenzaron a motorizarse recién en 1997. El dinero histórico, legado por Belgrano, pasó por miles de manos y de burocracias. Ya nadie sabe dónde está y cuál sería hoy su equivalente en pesos. “Una fortuna”, siguió repitiendo el historiador Ciccarelli

“Belgrano y Santucho, juntos para la foto”, tituló el diario “La Capital”, el domingo 25 de octubre de 2009.

-El fotógrafo es valiente, con seguridad planteó una polémica - dijo Osvaldo Bayer, antes de tomar un lugar en la escalinata del Monumento a la Bandera para formar los rostros de Mario Santucho (líder del Ejército Revolucionario del Pueblo-ERP) y Manuel Belgrano.

El escritor llegó a Rosario para la intervención artística propuesta por Raúl Stolkkiner (Res), que integrará la muestra del Centro Cultural Parque de España por el Bicentenario.

Megáfono en mano, Susana Rivero, directora de performance, de trayectoria internacional, organizó a los participantes. Todos con ropa oscura fueron ocupando lugares prefijados en las escalinatas, sentados o recostados. El ojo de la cámara fotográfica de Res, ubicada en lo alto del Monumento, convirtió a las figuras así formadas en los rostros de Santucho y Belgrano.

Más allá de quienes respondieron a la convocatoria por convicción, las caras de ambos también se armaron con turistas ocasionales que no salían de su asombro por encontrarse frente a un acto artístico que articulaba estética y reflexión.

"Sí, veo similitudes, hay temas comunes en sus luchas", explicó la hija del líder del ERP, Marcela Santucho, quien llegó a Rosario junto a Julio, hermano del revolucionario.

"Belgrano siempre se jugó por la situación social, basta leer su hermoso documento de la expedición al Paraguay", explicó Bayer para hilvanar los hilos históricos entre ambos personajes.

"¡Ahora!", gritó Rivero a la cámara, mientras la luz recreó una vez más el intangible de hacer eterno un presente.

En la página web del diario fundado por Ovidio Lagos a fines de los años cincuenta del siglo diecinueve no se hicieron esperar.

Hubo insultos muy fuertes dirigidos al artista y una clara demonización a la figura de Santucho.

Belgrano, de acuerdo a la matriz de pensamiento de los que publicaban sus anatemas, no tenía nada que ver con el líder del Ejército Revolucionario del Pueblo.

Sin embargo, esos comentarios no parecían estar basados en la información concreta de lo que hizo Belgrano a cargo de sus ejércitos que eran los encargados de multiplicar la revolución en los territorios del ex virreinato del Río de la Plata.

No solamente se dejaban de lado los fusilamientos que llevó adelante el creador de la bandera sino también sus principales ideales de igualdad e independencia que lo condenaron a morir en la pobreza y la soledad.

La propuesta de Res, en tanto, dejaba picando la curiosidad sobre qué tipo de análisis podría hacerse con aquellas décadas que estuvieron marcadas por la palabra revolución.

La que siguió a 1810 y la que atravesó desde finales de los años sesenta hasta la segunda mitad de los setenta, del siglo veinte.

Un buen ejercicio que, obviamente, estaba más allá de la práctica histórica tradicional y que buscaba ecos en el presente, en el interior de todos aquellos que tenemos en nuestro interior los distintos fantasmas que convocan las figuras de Belgrano y Santucho.

Asomaba con claridad la certeza que la historia vive en nosotros más como una construcción cultural que como una sucesión de hechos precisos y contundentes.

Una construcción mental que genera una ubicación política en el presente y una manera de relacionarnos con los demás y con la época en la que nos toca vivir.

Espectadores de una bandera, de un Monumento o protagonistas de un proceso abierto a principios del siglo diecinueve y todavía no concluido.

Una vez más el sitio fue el Monumento Nacional a la Bandera.

A la vera del Paraná, aquel que tantas veces maravilló y, al mismo tiempo, fue maldecido por Belgrano, se estrenó una nueva película que lo tenía como protagonista.

Era el cierre del año del bicentenario.

A doscientos años de la revolución, del sueño colectivo inconcluso de ver sentada en el trono de la vida cotidiana a la noble igualdad, su principal referente era merecedor de un nuevo film.

Fue el 28 de noviembre de 2010 y alrededor de 20 mil personas estuvieron la noche de ese domingo.

“La figura de Manuel Belgrano y el Monumento lograron anoche unir a distintas fuerzas políticas más que cualquier otro personaje o escenario. Políticos socialistas y K, los actores y directores del film “Belgrano”, Madres, ex combatientes y una marea de casi 20 mil almas que cubrió sin dejar hueco alguno las escalinatas y el Pasaje Juramento, se unieron en el estreno nacional del filme. “Ustedes están haciendo historia, esta es la convocatoria más multitudinaria de un estreno de todo el cine argentino”, dijo emocionado el titular del Sistema Nacional de Medios Públicos, Tristán Bauer, al presentar la película. Y no fue el único emocionado de la noche”, comenzaba diciendo la crónica del diario “La Capital”.

La cita era a las 20 y un día después de la convocatoria original (el sábado la función se suspendió por lluvia). Pero, a las 18, ya era incesante la marcha de gente hacia el Monumento, con los infaltables equipos de reposeras y mate que acompañan a los asistentes a los espectáculos gratuitos, público y al aire libre. “Llegamos temprano para ver bien. Somos de zona sur y nos vinimos los seis en el 131”, dijo José Rivero, albañil, de 35 años y padre prolífico. “Esto es espectacular. Ellos se entretienen y aprenden”, agregó desde su ubicación en la escalinata. A varios metros de allí, hacia arriba, y mirando una pantalla gigante alternativa ubicada tras la llama votiva, la familia Andino, de Villa Gobernador Gálvez, mateaba y cabeceaba por sobre una multitud. Sólo dos de las miles de escenas familiares que se repitieron anoche, agregaba la nota.

A socialistas y K se los veía emocionados por igual. Como anfitriones el gobernador Hermes Binner, el intendente Miguel Lifschitz y el diputado nacional Agustín Rossi. Todos con su gente más cercana. Todos hablaron de “emoción” y resaltaron la figura de Belgrano.

Pablo Rago, el actor principal de filme, y Valeria Bertuccelli, la actriz que hace el papel de María Josefa, no fueron la excepción. Rago sacó fotos del público con el celular y junto al director, Sebastián Pivotto, y a Juan José Campanella, quien hizo la supervisión general del filme, se dejaron cobijar por una bandera inmensa que se extendió mientras se cantó el himno (entonado por Fito Páez) y bajó ayudada por las manos de la platea hacia las primeras filas donde estaban ubicadas las personalidades especialmente invitadas.

La exhibición se realizó en forma mancomunada entre la Televisión Pública, el Canal Encuentro, Radio Nacional y la Secretaría de Cultura del municipio. El guión del filme corrió por cuenta del autor rosarino Marcelo Camaño y Juan Pablo Domenech, quienes contaron con el asesoramiento histórico de Javier Trimbolli.

No era la primera vez que Belgrano había llegado a la pantalla grande.

“En el cine primitivo, Belgrano asoma entre telones pintados y gestos ampulosos, en “La revolución de Mayo”, un film brevísimo que Mario Gallo filmó en 1910. No hay referencias de qué actor lo interpretó; con seguridad fue una comparsa, ya que que no era necesario nada más. Tampoco queda descartada la posibilidad de que Belgrano

reapareciera en alguna de las ingenuas estampas históricas que el pionero Gallo filmó hasta 1913. Luego, el personaje se ensancha y enriquece relativamente en el largometraje de 1915, “Mariano Moreno y la Revolución de Mayo”, con libro (basado en las “Memorias” de Manuel Moreno) y dirección de Enrique García Velloso, producida por Max Glücksmann. En esta oportunidad lo encarnó el actor César Fiaschi. La película se da hoy por irremediadamente perdida; pero felizmente no faltan referencias y de ellas puede deducirse el esmero de García Velloso en la puesta en escena y la reconstrucción de la época y la importancia lógica que se daba a Belgrano en el acontecer histórico relatado”, sostiene la muy buena nota de Jorge Miguel Couselo, titulada “Manuel Belgrano, personaje dramático”, que apareció en el número 38 de la revista “Todo es historia”, de junio de 1970.

Apunta que Belgrano volvería al celuloide en 1939, en “Nuestra tierra de paz”; 1949, “Nace la libertad” y en “El Santo de la Espada”, en 1970, de Leopoldo Torres Nilson.

Couselo indicó al respecto que la película “no consigue ser una excepción en el tratamiento esquemático de la historia y la pre arquetipación de los héroes, navegando en la dualidad de personajes a los que falta entraña humana pero también dimensión épica. En esa simplificación, la caracterización física de Belgrano es aceptable y simultáneamente el entorno resulta menesteroso. Casi parecería que se trata de un prócer al que hay necesidad de disculpar. La anécdota del capitán Manuel Dorrego, remedando en la voz de mando la emisión aflautada de Belgrano, sólo aparece como recurso fallido de humanizar una reconstrucción forzada”, señaló el investigador.

Agrega que el creador de la bandera también tuvo una participación secundaria en una película producida por Hollywood, “Una nueva y gloriosa nación”, del año 1928, realizada por el español Julián de Ajuria.

El Belgrano producido por la TV Pública de finales del bicentenario, en cambio, muestra un hombre atravesado por sus dudas y pasiones y, en el final, tiene una alta carga de emoción por el final en soledad y pobreza que tuvo el verdadero personaje histórico.

La síntesis histórica recreada en esta película que además tiene el mérito de ser la segunda producción después de 40 años de aquellos diálogos acartonados de El Santo de la Espada, aborda los principales hechos políticos militares de Belgrano que van desde 1812 hasta su muerte.

Es en el inicio de la obra donde aparecen las principales ideas fuerzas del dirigente luego de haber vencido a los españoles en Tucumán, el 24 de setiembre de 1812 y llegar a una fiesta que se le brinda en una propiedad de la familia Helguero.

La relación con los soldados, los pueblos originarios, la clase alta, el alcance de la revolución, la distancia de Buenos Aires, el poder de los patrones, el miedo de la ciudad puerto de declarar la independencia, los esclavos negros, tienen una presentación ágil de más de diez minutos que ubican al hombre educado en España como un comprometido político en pos de una transformación también social.

Después viene un recurso que termina siendo el más utilizado para exponer un permanente contrapunto entre Belgrano joven y el moribundo donde aparecen algunos cuestionamientos en boca del abogado y economista devenido en militar que interrogan sobre la validez de semejante empresa de más de diez años.

“...No serví para nada...Qué ganamos...de qué sirvió la libertad que ganamos...ganamos la libertad de matarnos entre nosotros...ya nadie se acuerda de mí”, son los planteos del último Belgrano en la película.

Luego agrega: “Salió todo mal” y “Fue un fracaso”. Dos frases que cargan de dramatismo la vida de un hombre que, efectivamente, jugó todo lo que tenía en pos de

una revolución nacional y que, además, generase una sociedad con igualdad, educación y trabajo.

-Hay que empezar todo de nuevo...Soñé con un mundo mejor...Ahora sueño con el otro mundo – dice el Belgrano derrotado.

Y en el final de la película, en medio del último delirio, hay una recreación del 27 de febrero de 1812 cuando decide, a contramano de los deseos de Buenos Aires, izar la bandera por primera vez.

Una de las últimas quejas es: “Se están matando con mi bandera”.

La película tiene elementos muy importantes para profundizar y es necesario decir que no se le puede pedir a un film todo aquello que la sociedad no analizó ni quiso discutir sobre el alcance de la revolución y por qué figuras como Belgrano, San Martín, Moreno, Castelli, Güemes y Artigas, por ejemplo, terminaron tan mal.

No es justo pedirle al cine que ocupe las ausencias de un debate que es mucho más político que historiográfico.

A la hora de imaginar un circuito por escuelas secundarias, universidades, vecinales, sindicatos y otros posibles lugares de exhibición, sería preciso abrir el debate diciendo que más allá de la derrota individual, lo que hizo Belgrano valió la pena, desde la bandera a cada uno de sus escritos que producía en una magnitud casi oceánica y desde las proclamas y bandos revolucionarios hasta cada una de sus acciones político militares. Belgrano sirvió y, en todo caso, hay que retomar lo que hizo para continuar con la construcción de un país independiente y con igualdad. No es verdad que hay que empezar todo de nuevo y tampoco es cierto que fracasó.

A doscientos años de la creación de la bandera su símbolo ha servido, en uno de los peores momentos de su historia contemporánea, como tabla existencial para salvarnos del naufragio al que nos condenaron las minorías del privilegio.

Y está en nosotros saber qué pasó con todas aquellas ideas de transformación que todavía no se han aplicado en la realidad de cada uno de los lugares por donde anduvo el revolucionario hijo de comerciante italiano.

De allí la necesidad de recorrer algunos de “Los caminos de Belgrano”, ver qué distancia separa la realidad social de cada provincia con las banderas que marcaron toda la vida y proceder de uno de los principales referentes de la revolución inconclusa de Mayo de 1810.

La memoria emerge para darle sentido al presente.

Es una necesidad.

Agarrarse de la bandera para terminar de caer.

Sostenerse del primer y quizás del último símbolo que permite mantener un proyecto colectivo de unidad.

Cumplir con el legado del inventor de aquel símbolo, aunque sea dos siglos después.

La memoria sirve para sentir que se puede acomodar el rumbo existencial.

Y también, para medir la distancia con aquellos sueños del origen, con aquellos proyectos del principio.

Ahora el escenario es Misiones, provincia península que ingresa a lo profundo de la América mestiza o quizás venga de ella. Como casi todo lo sólido de los grandes sueños colectivos inconclusos.

El domingo 30 de enero de 2011, el diario “El Territorio”, publicó una información titulada: “Cruzada por el salvataje del mural de Arturo Luis Gastaldo. En 1960 fue el símbolo de un homenaje, cincuenta años después, el del naufragio de la memoria

misionera. El bajorrelieve, de doble valor histórico y artístico, en peligro”, sostenía la nota.

La volanta, por arriba del título principal, indicaba: “Tiene cincuenta años y ha quedado bajo las aguas del río en el viejo puerto de Candelaria”.

-La gente conoce al general Belgrano por haber creado la bandera nacional y nada más. Entre otras omisiones fundamentales pocos libros señalan la importancia, por ejemplo, de su escala técnica de 1810 en Candelaria para llegar al Paraguay o de la redacción de los 30 artículos del Reglamento de los 30 pueblos de Misiones, del 30 de diciembre de aquel año, considerado primera semilla constitucional del país – sostuvo el periodista e investigador misionero, Alberto Mónaca.

La historia del bajorrelieve dice que “con motivo del sesquicentenario de la Revolución de Mayo, durante el gobierno provincial de César Ayrault, se inauguró a orillas del Paraná, en el viejo puerto de Candelaria, mismo lugar donde acampara Belgrano en 1810, un monumento alusivo al cruce del río realizado por 500 indios que seguían al prócer en su Campaña al Paraguay. La obra, un trabajo bajorrelieve realizado en cemento por el prestigioso escultor misionero, Arturo Luis Gastaldo, representa imágenes y símbolos de aquel episodio”, apuntaba el diario.

Ahora, a principios de 2011, el agua se tragaba la obra y el recuerdo de aquellos casi desconocidos proyectos de Belgrano para el grueso de la población argentina.

No era la consecuencia de un fenómeno natural, sino de uno de los tantos defectos de la Entidad Binacional Yacyretá.

El llamado Monumento a la Corrupción se tragaba el bajorrelieve que recordaba el proyecto independentista, de igualdad social y democratización de la tierra que tenía Belgrano.

Otra clara metáfora del presente.

El naufrago en 2011 era el mismísimo Belgrano.

“El aumento de la cota del río por el embalse de Yacyretá corroe sus cimientos y en poco tiempo caerá para que lo disfruten los bagres. Literalmente el intrépido general Belgrano está con el agua a la cintura. Por ello, desde el año pasado, los vecinos de Candelaria, el propio Mónaca y el diputado provincial de la UCR, Luis Pastori, libran su cruzada de salvataje de la obra; intentan convencer a las autoridades de la EBY, encargada de los trabajos ribereños, para que lo reinstalen en un sitio público”, agregaba “El Territorio”.

El peso del muro ronda las diez toneladas pero bastaba con recuperar con cuidado, en planchas, su superficie artística, mucho más liviana.

La información consignaba que ya se habían retirado el busto del prócer y la placa instalada en 1960. “Resta salvar la memoria de Belgrano y de Gastaldo”, terminaba diciendo la noticia.

El viernes 4 de febrero de 2011, el mismo diario publicaba como contraste de lo que sucedía en Candelaria, el homenaje que tenía Belgrano en Génova, donde naciera su padre, Domingo Belgrano y Peri.

La nota estaba titulada: “Belgrano vive en Génova y agoniza en Candelaria. Se hunde el mural de Arturo Gastaldo”.

Allí “existe un verdadero sentimiento de amor y respeto por el prócer, cuyas raíces se encuentran en Costa D’Oneglia, pequeño y pintoresco pueblo entre los olivos, suburbio de la ciudad de Imperia. Allí se fundó, por ejemplo, en 1923, la Biblioteca de la Universidad de Génova...El monumento ecuestre al general Manuel Belgrano se erige en la plaza Tommaseo, en Génova. Fue realizado por el escultor florentino Arnaldo Zocchi, con el bronce de los cañones capturados por los patriotas en la guerra librada contra los realistas entre los años 1812 – 1815”, apuntaba la crónica.

También recordaba que cada mes de junio se celebra la Festa della Bandiera Argentina y se habla de su creador.

El 8 de febrero de 2011, el diario informaba: “Se desconoce dónde está el monumento a Belgrano”.

-Los misioneros deberán comprender, sin timideces ni usurpaciones, que Candelaria no es menos que Rosario, ni que Yatasto: es otro privilegio de la historia – escribía, por esos días, Javier Arguindegui.

A mediados de febrero de 2011, el diario decía: “Aún es posible el desagravio a la memoria de dos descendientes de genoveses. Sobrevive otro Belgrano de Arturo Gastaldo. El artista dejó a su viuda Elba Gsell una maqueta del prócer, otra de Andresito para Buenos Aires y un Alvar Núñez para Iguazú”.

En un recuadro, titulado “Dime cómo celebras y te diré tu olvido”, la nota sostenía que “hace cincuenta años se había formado una comisión de homenaje a Belgrano. El 19 de diciembre de 1960 se inauguraron sendos monumentos. Participaron el gobernador César Ayrault y el vice, Atilio Errecaborde; el obispo Jorge Kemerer brindó una misa en la Catedral; hubo salvas, desfile de todas las fuerzas vivas, caravana desde Posadas. El pueblo se congregó en Candelaria a orillas del Paraná; hubo eventos deportivos, almuerzo criollo, baile popular y retretas. En diciembre de 2010 sólo la Sociedad Italiana se acordó de Manuel Belgrano: colocó una placa al pie de su busto en Posadas”, terminaba el escrito.

Belgrano volvía victorioso al presente en la provincia de Santa Fe como consecuencia de un proyecto educativo.

Se trataba de una vuelta precaria, pero la imagen del creador de la bandera era tomada por las pibas y los pibes del territorio donde enarbolara por primera vez aquel símbolo.

“Belgrano gobernador: ganó el candidato de la ministra”, publicó el diario El Litoral, el lunes 31 de octubre de 2011.

El principal medio de comunicación impreso de la ciudad de Santa Fe, capital de la provincia homónima, sostenía que “la fórmula no decía Belgrano + Rasino, pero el creador de la bandera argentina era el candidato favorito de la ministra de Educación. Finalmente, el pronóstico se cumplió y el prócer resultó ganador -con el 35 por ciento de los votos- para el cargo de gobernador de Santa Fe, en el novedoso simulacro electoral que se llevó a cabo ayer en las escuelas de la provincia”.

Aproximadamente 86.600 chicos y adolescentes de todos los niveles educativos eligieron al economista, periodista, militar y político, por encima del otro prócer favorito de la educación: Domingo Faustino Sarmiento, que quedó en segundo lugar con 48.400 sufragios (19,59 %).

Más atrás se ubicó el polémico Julio Argentino Roca (11,55 %), seguido por Estanislao López (8,97 %), Nicolás Avellaneda (8,78 %) y Bartolomé Mitre (7,42 %). De todas formas, el candidato con mayor cantidad de sufragios fue el general San Martín, Libertador y Padre de la Patria, que cosechó 102.290 votos (47,56 %) en la categoría de Senador. Competía, entre otros, con Juan Manuel de Rosas que apenas obtuvo 22.600 votos, el 10,52 %.

Como intendente -en el total provincial- iba a la cabeza Facundo Quiroga (38.500 sufragios, el 38 %), que aventajaba por unos 5 mil votos a Roque Sáenz Peña. A su vez, éste era seguido muy de cerca por José Manuel Estrada. No se sabía a ciencia cierta, si el sistema informático iba a permitir hacer una disgregación territorial de los datos, para conocer qué prócer ganó en el cargo de intendente de cada ciudad.

En la categoría de Concejal, iba a la cabeza Fray Luis Beltrán seguido, por una diferencia de apenas cien votos, por Miguel Juárez Celman. El diputado más votado fue

Marco Avellaneda (19 %). El segundo y tercer puesto estaba muy reñido entre Manuel Dorrego 18,94 % y Francisco Moreno 18,22 %.

Un dato a destacar es el porcentaje de votos “anulados” del 3,5 %; y “en blanco” que rondó entre el 4 y el 12 %, dependiendo de la categoría.

La crónica continuaba diciendo: “Ayer, las escuelas vivieron una importante jornada cívica en la que puso a prueba el nuevo sistema electoral de Boleta Única. La titular de la cartera educativa, Elida Rasino, dijo sentirse “muy satisfecha” con los resultados de la experiencia. “Ha habido una movilización muy importante hacia el interior de las escuelas, e incluso de solidaridad entre escuelas que se han intercambiado material, criterios de trabajo, encuestas, y han participado todas las asignaturas como matemáticas, historia, plástica. Estamos todos muy contentos porque esto es lo que se genera cuando hay participación”, agregó.

Todo el proceso fue exitoso, aunque hubo algunas confusiones al momento de identificar el color de las boletas -ya plegadas- con sus urnas correspondientes y algunas críticas porque el Ministerio de Educación no colocó en las boletas a ninguna mujer destacada de la historia nacional, como Juana Azurduy, señalaba la nota con precisión.

Ese mismo día, por la mañana, el diario “La Capital”, de la ciudad de Rosario, publicaba una nota donde describía el trabajo de los alumnos en algunas escuelas de la zona sur de la provincia.

“Los chicos tuvieron que armar la campaña electoral para lo cual trabajaron toda la semana. Sarmiento, Belgrano, Avellaneda, Mitre y Roca eran algunos de los candidatos a gobernador. Antes tuvieron que estudiar e indagar quién era cada uno y cuál fue, en su momento, la propuesta de gobierno. Hicieron folletos, panfletos y carteles que pegaron por toda la escuela, menos ayer que había veda electoral. A su vez, algunos de los alumnos encarnaron a los próceres y recorrieron los distintos cursos promocionando su propia campaña”, decía la publicación.

“En la escuela José Manuel Estrada de Arroyito, se vivía ayer clima electoral. Los chicos de 6° y 7° grado hacían fila para entrar el cuarto oscuro que se armó en una de las aulas de la escuela. Los de 4° fueron los que se ocuparon de la logística de las elecciones. Vestidos con galeras y camisas blancas con chabot controlaban los padrones electorales y sellos, que ellos mismos habían preparado. Cada alumno se fabricó su propio DNI, tan bien que parecían reales. Y luego de presentarlo en la mesa correspondiente entraban a votar. A boca de urna en esa escuela el ganador estaba entre Roca y Estanislao López. Algunos “candidatos” hablaron con La Capital. Elías Arzuaga, en su papel de Julio Argentino Roca, contó parte de su programa de gobierno. “Vamos a exportar el doble de ganado, renovar los armamentos y aumentar las líneas férreas además de iniciar la campaña al desierto”, dijo el chico con seguridad”, decía la muy buena crónica.

Por su parte, Gianluca Colombelli, en el papel de Onésimo Leguizamón, diputado por el partido de Roca, destacó que trabajará “por la educación, para que ricos y pobres puedan ir a la escuela gratuita y laica”. Y acotó: “No acompañaré la idea de Roca por la campaña al desierto”.

Jordi Herrera habló en nombre de Belgrano. “Vamos a abrir escuelas gratuitas y trazar caminos para unir las provincias”, dijo el prócer que contó con jingle de la música “Y apareciste tú”.

“Aprendimos historia”. “Ahora sabemos a votar y podemos elegir al candidato que nos parece mejor”, declaró Zoe Nahir de la escuela República de Venezuela, de la zona oeste. Allí, los chicos hicieron afiches de los candidatos. “Buscamos la biografía de los

60 y después armamos cuadros que se pegaron en las paredes de la escuela”, comentaron.

Y el grupo que se autodenominó Una Nueva Nación hizo un fuerte márketing. Llevaron pulseras, muñequeras y hasta remeras de Nicolás Avellaneda. La propuesta ministerial contó con algún que otro error: como toda campaña electoral. Se expresó que Estrada se llamaba Juan cuando en rigor se llamaba José. Una buena oportunidad para entender que también del error se aprende y volver a estudiar historia todo lo que sea necesario.

Pero ese muy buen ejercicio pedagógico, ¿alcanzaba para revitalizar los proyectos de Belgrano y cotejarlos con la realidad social santafesina?.

Es decir que la experiencia de votar por Belgrano quedó en las escuelas donde se hizo el juego pero no se trasladó al resto de la sociedad a través de los grandes medios de comunicación ni desde las distintas organizaciones políticas y gremiales que bien pudieron tomar el hecho como una excusa para debatir en torno a las ideas del revolucionario y la realidad cotidiana.

En 2002, cuando todo parecía caerse a pedazos, la bandera sirvió como elemento fundamental para agarrarse de ella y pensar que podía haber un futuro.

En el tercer milenio terminaron de construirse las escuelas para las que el ganador de Tucumán y Salta había destinado su dinero.

En el Monumento a la Bandera, el perfil de su cara fue fotografiado junto al de Santucho, generando polémicas todavía no profundizadas.

En Misiones hubo bronca porque las aguas de la desidia de Yacyretá se tragaron un bajorrelieve que conmemoraba su paso por el lugar y, lo más importante, sirvió para discutir la actualidad de su plan de democratización de tierras de finales de 1810, fundamental para dar respuestas hoy, dos siglos después.

La nueva película sobre su vida generó un mayor acercamiento hacia su figura y puede servir para pensar, de manera colectiva, qué cosas de todos aquellos sueños pueden resultar útiles y necesarias para el presente.

Y en las escuelas santafesinas, por ejemplo, fue el más votado como potencial candidato a gobernador.

Belgrano, como un fantasma inquieto, conocido de nombre y estampa, desconocido en su acción y pensamiento, está vigente en el tercer milenio.

Una presencia que demuestra que sus ideas todavía tienen posibilidad de llevarse adelante en estos arrabales del mundo.

Billetes

El peso de la historia argentina se refleja en las monedas y billetes del siglo veintiuno. Los pesos de la realidad cotidiana revelan una valoración del siglo diecinueve y su continuidad en el tercer milenio.

Una serie de figuras, símbolos y próceres que hasta el presente imponen una visión del país que fue realizada en 1992, durante los tiempos del menemismo rubicundo. La síntesis está en aquella consigna: Menem lo hizo.

Desde lo mucho que cuesta conseguir las monedas y los billetes y de lo rápido que se van, aparecen proyectos políticos y económicos que tienen que ver con las minorías y algunos, con las mayorías.

Desde el fondo del bolsillo, la historia argentina.

Metáforas, juegos que dicen algo, que denuncian y alertan y, otras veces, ocultan, ningunean, condenan.

"Sean eternos los laureles que supimos conseguir", dice la última parte del himno nacional. Los famosos laureles que debían ser eternos forman parte de las monedas que suelen ingresar en los bolsillos de las mayorías argentinas del siglo veintiuno. Pero cuesta encontrar los laureles solitarios y orgullosos. Es que son las imágenes de las moneditas de un centavo, prácticamente desaparecidas.

Pavada de simbolismo: los famosos laureles que supimos conseguir y que debían ser eternos, hoy casi no existen en la vida cotidiana.

En la moneda de cinco centavos aparece el sol refulgente. Muy pocos saben que es el símbolo de la revolución de Túpac Amaru de 1780, principio de la rebelión que luego se haría continental. Pero ese recuerdo de los pueblos originarios del altiplano está valuado en apenas cinco centavos.

En la de diez centavos, el escudo nacional; en la de veinticinco centavos, el cabildo del 25 de mayo tan recortado como aparece el edificio en la actualidad; en la de cincuenta centavos, la casita de Tucumán, aquella declaración del 9 de julio de 1816 que fue, en realidad, la respuesta porteña a la proclamada el 29 de junio de 1815 en Arroyo de la China, actualmente Concepción del Uruguay, por la llamada Liga de los Pueblos Libres. Aquella experiencia política, económica y social que era liderada por José Gervasio Artigas y que contaba con el apoyo de santafesinos, cordobeses, bonaerenses, entrerrianos, correntinos, los pueblos originarios del litoral y la Mesopotamia más el aporte de los esclavos liberados. En muy pocas escuelas de las actuales provincias de la región se explica que el proyecto artiguista era democrático, igualitario y mucho más inclusivo que el votado en Tucumán a imagen y semejanza de los intereses porteños e ingleses.

Y en la monedita de un peso, la primera moneda acuñada por la Asamblea del año 13, procesada por los metales que venían el cerro riojano del Famatina hoy en propiedad de multinacionales extranjeras.

No dicen poca cosa los símbolos de las monedas que todavía persisten en la vida cotidiana de los argentinos.

La cuestión es preguntarse por el valor que el menemismo le dio a esos dibujos y hechos y que siguen siendo los mismos en el tercer milenio.

Y después vienen los billetes que se inician con el de dos pesos y la figura del inventor de la historia oficial argentina, Bartolomé Mitre, el mismo que dijo quiénes fueron los buenos y los malos. Aquella visión que fue democratizada a través del Billiken y la

historia escolar. Mitre sería un visionario: editó un diario y lo dejó de guardaespaldas, "La Nación", el 4 de enero de 1870. Fue el creador de la Academia Nacional de Historia y el promotor de un país en relaciones carnales con el imperio de la época, en aquel entonces Gran Bretaña.

Luego aparecen los más famosos y los menos conocidos hombres de la experiencia emancipadora, San Martín, apenas valuado en cinco pesos, y Belgrano, que cuesta diez pesos.

La polémica histórica está cifrada en los próximos dos billetes: Rosas y Sarmiento, veinte y cincuenta pesos para dos hombres que terminaron siendo símbolos de expresiones políticas contradictorias durante el siglo veinte.

Y en la cumbre del valor económico e histórico en la vida cotidiana de los argentinos, el billete de cien pesos con Julio Argentino Roca como imagen dominante.

Todo un símbolo de la Argentina hecha a imagen y semejanza de las minorías.

En el anverso del billete, el cruce del Río Limay y la frase: "La conquista del desierto".

Es el inicio del terrorismo de estado que desapareció a más de 12 mil mujeres, hombres, niños y niñas, abuelas y abuelos de los pueblos de la Patagonia, según asegura Carlos Martínez Sarasola en su imprescindible libro "Nuestros paisanos los indios". No había desierto, lo construyeron. Y Roca después de semejante genocidio se convirtió, por primera vez, en presidente de la república en relaciones carnales con el imperio inglés. Una síntesis de la lógica del sistema: matar a los molestos para concentrar riquezas en pocas manos, formar parte de la división internacional del trabajo diagramada por las potencias hegemónicas e ingresar al mundo desarrollado de esa manera.

No es casual que Menem, cien años después, reivindique a Roca como síntesis del mayor poder político y económico en la vida cotidiana de los argentinos. Porque Menem dijo que llevaba al país al primer mundo después de las relaciones carnales con el imperio y en oposición a los molestos que fueron desaparecidos en los años setenta y cuyos desaparecidos serían indultados por él, el señor de Anillaco.

En los pesos de la vida cotidiana los argentinos del tercer milenio se resumen el peso de la historia del siglo diecinueve con un valor que sigue apuntando a consolidar una nación al servicio de los que son pocos.

El billete que dice que Belgrano vale diez pesos tiene algunas particularidades interesantes de observar.

Belgrano vale 10 pesos.

Así anda en la vida cotidiana de los argentinos en el tercer milenio.

Aunque su deambular por el bolsillo ya lleva dos décadas.

Allí está Don Manuel, en el billete marrón.

Ese que cada día que pasa compra menos.

Vale menos.

El destino de la moneda cuando los precios aumentan.

No debería ser el destino del prócer que está en la moneda, que está en el billete.

Las descripciones oficiales dicen que el anverso contiene la réplica de un informe de Belgrano al Gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata del 29 de mayo de 1812.

También reproduce "La Patria Abanderada" de A. Bigatti, una de las esculturas que están en la proa que apunta al futuro en el Monumento a la Bandera de Rosario.

En el reverso se visualiza la síntesis biográfica del prócer (en miniletra), un tambor y una guarda con el tejido típico del norte argentino. Las impresiones son calcográficas, excepto los fondos. El interior de los números 10 está conformado por la repetición de las letras BCRA en microletra.

El tambor recuerda a Pedro Ríos, el niño de 12 años -muerto en la contienda- que bate con vigor el parche acompañando a los soldados de Belgrano en la batalla de Tacuarí (1811).

El Monumento Nacional a la Bandera se erige en Rosario (Provincia de Santa Fe) frente al majestuoso río Paraná. Terminado en punta, sugiere una nave imaginaria que avanza en el mar de la eternidad, hacia sus grandes destinos. De pie sobre el pedestal de la proa "La Patria Abanderada" avanza triunfal empuñando una tacuara que sirve de asta a la Bandera cuyos pliegues caen sobre su cuerpo, mientras una cruz cristiana bendice su avance, a manera de mástil de la Patria.

El arquitecto Angel Guido (1896-1960) es autor del proyecto con la colaboración del arquitecto Alejandro Bustillo (1889-1982). Las numerosas esculturas que integran el Monumento son realizaciones de los escultores Alfredo Bigatti (1898-1964), José Fioravanti (1896-1977) y Eduardo Barnes (1901-1977). La Patria abanderada pertenece a Alfredo Bigatti.

Es curioso que este billete elaborado en 1992, como queda dicho, haya marcado como algo trascendente la batalla de Tacuarí donde las fuerzas del ejército expedicionario que comandaba el abogado guerrillero fueron derrotadas por los paraguayos.

Hay en esto una repetición a lo largo de las diferentes formas en que Belgrano fue recordado: sus derrotas militares por encima de sus proyectos, banderas, bandos, hechos, acciones e ideas políticas.

Pero en estos motivos que surgen del billete de 10 pesos aparece la letra del revolucionario. Belgrano escribió mucho. Cuando sus textos aparecían en los periódicos de Buenos Aires, después de mayo de 1810 y durante la primera mitad de 1811, Manuel estaba cruzando el caudaloso Paraná sobre cueros de vacas, bordeando los esteros del Iberá e internándose en selvas de un calor agobiante y comiendo tan salteado como sus soldados.

Cuando en la ciudad puerto imaginaban al ex secretario del Consulado escribiendo y escribiendo con comodidad desde su casa, él, sin ninguna necesidad lógica, estaba poniendo el cuerpo en pos de lograr un país nuevo, distinto, en medio de una geografía desconocida y mayoritariamente hostil a todo lo que venía desde Buenos Aires.

Allí está el billete de 10 pesos.

Cada vez vale menos.

Sin embargo, en sus dibujos, curiosos y arbitrarios, puede haber distintas formas de leer la vida, la pasión y el compromiso de ese hombre de cincuenta años que dejó todo de lado, todo lo material que tanto le había costado obtener, en beneficio de palabras que lo enamoraron hasta la muerte: igualdad, independencia, educación, libertad, tierras y nación.

Palabras, todas ellas, que parecen estar devaluadas en la Argentina que se apresta a celebrar el bicentenario de la bandera que creó ese hombre desbordado por sus ideales y sueños.

A pesar de que el tamborcito de Tacuarí recuerde una derrota, el general revolucionario sigue escribiendo y su bandera está allí, no solamente en el Monumento si no también en las mujeres guerreras que siguen empuñando aquel paño celeste y blanco buscando un sentido concreto y palpable para la palabra futuro, esa que necesitan encarnar para que sus hijos disfruten la realidad de los proyectos inconclusos de Belgrano.

Belgrano vale mucho más que diez pesos.

Su valor está en las necesidades de los pueblos que hoy habitan las provincias que recorrió pero también está en cada nueva pelea que busca sentir que la igualdad es una cosa real y contundente.

Una foto

Belgrano fue exhumado el 4 de setiembre de 1902.

Trasladaron sus restos al mausoleo que se levantaría en la iglesia de Santo Domingo gracias a la llamada suscripción popular que se había llevado a cabo a tal efecto. Hasta ese momento, Belgrano estaba enterrado en el atrio de la iglesia.

Hay que recordar que cuando murió, el 20 de junio de 1820, no tenía dinero ni para la lápida, de allí que sus parientes pusieron una piedra de lavatorio como señal de último saludo.

Ahora, en 1902, hasta trajeron mármoles y escultores de Italia para la obra.

-Se verificó ayer a las dos de la tarde la exhumación de los restos del general Belgrano que, como se sabe, estaban sepultados en el atrio de la iglesia de Santo Domingo y deben depositarse en el mausoleo cuya inauguración se efectuará el mes próximo – escribió el diario “La Nación”.

El presidente de la comisión, Souto, y los ministros del Interior y de Guerra, Joaquín V. González y el coronel Pablo Ricchieri, junto a los médicos Marcial Quiroga y Carlos Malbrán presidieron el acto en que se levantó la losa del suelo.

El escultor Ettore Ximénez removió los escombros con cuidado pero debajo de la lápida no había ningún ataúd.

Pero si estaban los restos del Belgrano.

“No había vestigios del ataúd sino algunos clavos y tachuelas. Los huesos estaban dispersos y destruidos por el paso del tiempo. A medida que se extraían se depositaban en una bandeja de plata que sostenía uno de los monjes del convento”, dicen las crónicas periodísticas.

El diario “La Prensa” informó de un nuevo robo contra el revolucionario.

“En la tumba de Belgrano se encontraron varios dientes en buen estado de conservación y admírese el público: esos despojos sagrados se los repartieron buena, criollamente el Ministro del Interior y el Ministro de Guerra. Ese despojo hecho por los dos funcionarios nacionales que nombramos debe ser reparado inmediatamente, porque esos restos forman parte de la herencia que debe vigilar severamente la gratitud nacional; no son del gobierno sino del pueblo entero de la República y ningún funcionario por más elevado o irresponsable que se crea, puede profanarla. Que devuelvan esos dientes al patriota que menos comió en su gloriosa vida con los dineros de la Nación”, sostuvo la crónica del diario.

Gracias a esa denuncia, los dientes aparecieron. El diario “La Nación”, fundado por Mitre, el biógrafo no sólo de Belgrano y San Martín, sino el creador de la visión oficial de la historia argentina, no dijo una sola palabra del robo de los dientes.

Ricchieri llegó a sugerir que esas piezas fueran bañadas en oro. En el senado, mientras tanto, Roca –el mismo de la campaña genocida en la Patagonia, el prócer que más vale en el tercer milenio para los argentinos- enviaba un proyecto para gastar 20 mil pesos en pos de la construcción del Mausoleo. Su firma estaba acompañada de la rúbrica de Joaquín González.

La anécdota no es menor.

El Mausoleo tiene una grandiosidad que, en ningún momento, tuvo la vida política de Belgrano.

Quizás el monumento se justifique por el valor del hombre que recuerda y, entonces, signifique el agradecimiento de las generaciones futuras. No estaría mal que así fuera.

Pero en la fotografía que todavía se mantiene de aquel día de 1902, se puede ver alrededor de la urna donde iban los restos de Belgrano a su nuevo lugar de reposo, las figuras de Roca, Mitre, Ricchieri y Joaquín González, entre otros.

Belgrano habría rechazado los tres momentos: ni el Mausoleo, ni los dientes de oro ni tampoco la compañía de hombres que, a cargo del supuestamente mismo ejército, hicieron todo lo contrario a lo practicado por él.

Y quizás sea esa foto una confirmación: Roca, Mitre y Ricchieri sepultaron definitivamente a Belgrano.

Porque fueron tres dirigentes que impusieron sus ideas a través de la devastación de los pueblos del interior y la configuración de un ejército que en lugar de pensar en las hipótesis de guerra contra alguna potencia extranjera, comenzó a pensar como enemigo a todos aquellos argentinos que se oponían a los proyectos emanados de las élites dominantes.

El enterrador definitivo de Belgrano, Julio Argentino Roca, vale diez veces más que el revolucionario.

Una metáfora que, tal vez, expliquen las ausencias del pensamiento belgraniano en la vida cotidiana de los argentinos.

II PARTE
LA TIERRA AMERICANA EN ARMAS

Cunas

Belgrano es la expresión individual de las luchas por la liberación y la igualdad que venían gestándose en el interior profundo de lo que después sería América latina.

Sus dos grandes expediciones militares políticas, las que llevó adelante en el Paraguay y al Alto Perú, le dan un sesgo particular al proceso iniciado el 25 de mayo de 1810.

Belgrano comprendería que nada nuevo podría tener lugar en estos arrabales del mundo si no se incorporaba la riqueza cultural y la memoria de lucha de los pueblos originarios de esos lugares.

La cuna social que vería nacer a Don Manuel preparaba sus propios caminos.

El 3 de junio de 1770 estaba en medio de un proceso social, político, cultural y económico que trascendía la aldea de Buenos Aires.

Una serie de hechos e ideas que marcarían a fuego la existencia de los que después pondrían el cuerpo para la fenomenal aventura de inventar una nación americana emancipada y con igualdad.

De allí que sea preciso tener en cuenta esa serie de acontecimientos gestados en Paraguay y el Alto Perú para después comprender la política de Belgrano.

Para entender que la revolución de 1810 era la continuidad de un proceso iniciado mucho antes y que su éxito radicó, en gran parte, por la inclusión de aquellos pueblos que algunos líderes sostuvieron muy en contra de los intereses de la burguesía porteña.

Entre esos referentes, uno de los más lúcidos fue, sin dudas, Manuel Belgrano.

“Si no hubiera sido por la Batalla de Mbororé, librada en marzo de 1641 durante siete días de lucha feroz y donde jesuitas y misioneros derrotaron categóricamente a los bandeirantes, la invasión luso brasileña hubiera llegado al pie de los Andes o, tal vez, hasta el Pacífico. Pero, sin embargo, ni esta histórica batalla ni sus héroes, Ignacio Abiarú y Nicolás Ñeenguirú, no figuran en la historia común que conocen los argentinos. Tampoco las hazañas de Andrés Guacurará, hijo adoptivo de Gervasio Artigas que, en lucha desigual contra Paraguay, Brasil y los designios monárquicos de Buenos Aires mantuvo intangible la soberanía nacional en el nordeste argentino entre los años 1815 y 1819”, dice el periodista e investigador misionero, Alberto Mónaca, al repasar la historia de su tierra, allí donde Belgrano presentara un programa de tierras y gobiernos que es casi una de las primeras constituciones de avanzada del continente.

Según la visión de Mónaca, aquella batalla Mbororé marcó un camino que luego continuó en la lucha por la independencia del siglo diecinueve.

Aquella postal histórica forma parte de la identidad de los pueblos que querían la igualdad y la independencia desde mucho antes del 25 de mayo de 1810.

Es la historia americana la que explica el desarrollo del sueño colectivo inconcluso de los argentinos iniciado aquel día.

“El descubrimiento de los yacimientos de oro y plata de América, la cruzada de exterminio, esclavización y sepultamiento en las minas de la población aborigen, el comienzo de la conquista y el saqueo de las Indias Orientales, la conversión del continente africano en un cazadero de esclavos negros: son todos hechos que señalan los albores de la era de producción capitalista. Estos procesos idílicos representan otros tantos factores fundamentales en el movimiento de la acumulación originaria”, escribió Carlos Marx en tomo uno de “El Capital”.

En esa matriz, a partir del siglo dieciocho, comenzarían a sucederse hechos que forjarían una identidad popular que luego sería la base social, cultural, económica y política que llevaría adelante el proceso de liberación.

Medio siglo antes del nacimiento de Belgrano, el 5 de abril de 1720, el rey de España, Felipe V, dictó una ordenanza conocida con el nombre de Proyecto para Galeones. La medida reglamentó la navegación de los navíos de registro y tuvo por finalidad la reorganización del comercio de España con las colonias que había caído casi completamente en manos del contrabando inglés y francés como consecuencia del deterioro naval español, debido a las guerras del siglo XVII en general y al guerra de sucesión en particular.

Como consecuencia de aquella ordenanza, en España comenzaron a extenderse licencias para armar navíos de registro con el fin de realizar el tráfico comercial entre Sevilla y Buenos Aires.

Esos navíos de registro que funcionaron hasta el año 1778, cuando fue dictado el Reglamento de Comercio Libre, provocaron un tráfico más intenso en el puerto de Buenos Aires.

Sin embargo, en ningún momento dejó de practicarse el contrabando, por lo que se produjo un abarrotamiento de mercancías en todas las plazas del interior, así como en Chile y Perú.

Un año después, en 1721, se produjo la primera sublevación de los comuneros en Asunción de Paraguay a cuyo frente estaba José de Antequera y Castro, quien gobernó hasta 1725, año en el que el gobernador de Buenos Aires, Bruno Mauricio de Zabala, ocupó pacíficamente la ciudad. Antequera, que había logrado huir, fue detenido en Córdoba y enviado a Lima, donde murió ejecutado en 1731.

Era una de las primeras señales de un sentimiento de nacionalidad que emergía desde el corazón de Sudamérica.

El 24 de diciembre de 1726 era fundada la ciudad de San Felipe y Santiago de Montevideo, llevada a cabo por el gobernador de Buenos Aires, el ya citado Bruno de Zabala. Algunos historiadores dicen que la fecha, en realidad, debe ser el 9 de febrero de 1724, cuando el mismo gobernador estableció el fuerte que denominó San Felipe de Montevideo, en homenaje al santo del rey de España y con referencia al paraje que ya se conocía con el último de los nombres. Y otros investigadores estiman que la fecha de fundación fue el 24 de diciembre de 1726 cuando se estableció el primer Cabildo.

La idea de la Corona era limitar la radicación de los portugueses en la Colonia del Sacramento y evitar su expansión al resto de la Banda Oriental, la realización de las llamadas vaquerías y controlar el ingreso de navíos extranjeros al Río de la Plata.

Había motivos fundados para defenderse de la expansión de los portugueses ya que el 22 de noviembre de 1723, el maestre de campo lusitano Freitas da Fonseca, tomó posesión de la bahía y puerto de Montevideo. De allí la reacción de Zabala.

En enero de 1731 se produjo la segunda sublevación comunera de Asunción, dirigida por Fernando Mompó y Zayás que también fue apresado y enviado a Buenos Aires. Sin embargo logró escapar hacia Río de Janeiro.

Los comuneros tomaron el poder hasta 1735 cuando fueron derrotados por las fuerzas de Zabala, en los alrededores de Tebicuarí.

El 8 de mayo de 1732 se inició la primera sublevación comunera de Corrientes. Un grupo de doscientos soldados, al mando del teniente gobernador Jerónimo Fernández se dirigió al Paraguay, por orden del gobernador Zabala, para apoyar a los guaraníes de las misiones que luchaban en contra de los comuneros de Asunción. Al llegar a Itatí se rebelaron al grito de “¡Viva el Común!” y apresaron a Fernández con el que regresaron a Corrientes. El Cabildo correntino se plegó al movimiento y designó como jefe de

armas a Juan José Vallejos. En noviembre de aquel año, el obispo de Buenos Aires, fray Juan de Arregui, ofreció el perdón en nombre de Zabala poniendo fin al movimiento.

La base de estas rebeliones estaba en la rivalidad entre los encomenderos y los jesuitas, a quienes también se oponían los religiosos de las demás órdenes y los curas seculares, originada en la defensa de intereses estrictamente económicos. Los encomenderos acusaban a los jesuitas de acaparar tierras, mano de obra indígena y ganado cimarrón con el pretexto de llevar adelante su obra evangelizadora en las misiones.

En Europa, en tanto, en el año 1734, se firmó el Primer Pacto de Familia entre Francia y España. De tal forma, la península quedaba atada a los vaivenes de la política internacional francesa y, por lo tanto, tuvo que intervenir en guerras que la fueron empobreciendo cada vez más.

Por su parte, el gobernador del Tucumán, Matías de Anglés Gortari y Lizarazu, dirigió una campaña en contra de los indios chaqueños, tobas y mocovíes, que habían puesto en peligro todas las ciudades de la gobernación, desde San Miguel de Tucumán hacia el norte. La campaña duró todo el año 1736 y se extendió hasta 1737. Logró reducir a importantes grupos de tobas y mocovíes pero el grueso de las tribus se refugió en el Chaco. Para exterminarlos proyectó una gran entrada para el año 1738 pero no pudo concretarla porque fue reemplazado.

Un año después, en 1739, comenzó la guerra entre España e Inglaterra. El comercio con sus colonias se interrumpió de forma total.

En 1744, el gobernador Ortiz de Rosas llevó a cabo un censo de la ciudad y campaña de Buenos Aires. Entre blancos (13.002), mestizos (139), indios (619), mulatos (510), pardos (344) y negros (1.477), la población no superaba los 16 mil habitantes.

El 25 de junio de 1748 quedó establecido el servicio de correos en Buenos Aires. Ese día partieron dos correos, uno a Potosí y otro a Chile con escala en Mendoza.

Un año después, una gran parte de la gobernación de Tucumán sufrió intensos y audaces ataques de los indios chaqueños abipones.

La región más castigada fue Santiago del Estero, cortándose las comunicaciones de esta ciudad con Santa Fe, en donde los indios destruyeron numerosas poblaciones. En sus correrías llegaron hasta pequeños pueblos que se encontraban en jurisdicción de Córdoba.

El 13 de enero de 1750 fue firmado en Madrid el tratado de Permuta con Portugal. Una de las consecuencias del mismo fue la guerra guaraníca que se desarrolló entre 1753 y 1756. Los ejércitos combinados de España y Portugal lucharon en contra de los pueblos originarios de los siete asentamientos de la margen oriental del río Uruguay, que por el mencionado tratado debían ser entregados a la Corona lusitana a cambio de la Colonia del Sacramento. Las fuerzas españolas estaban al mando del gobernador de Buenos Aires, José de Andonaegui y Plaza.

En Tucumán, mientras tanto, seguía la guerra contra los pueblos del Gran Chaco. En 1750 se consiguieron establecer algunas reducciones de mataguayos y tobas. La más importante fue la de los tobas, que quedó establecida a veintisiete leguas de San Salvador de Jujuy, con el nombre de San Ignacio de Ledesma. Pero los vecinos no estaban dispuestos a dejar sus actividades para defender las fronteras y menos aún cuando éstas estaban alejadas de sus ciudades, aunque pertenecieran a la gobernación.

Esta situación alcanzó su máxima expresión en 1752, en Catamarca. La milicia se levantó en contra del gobernador que tuvo que renunciar.

El 4 de noviembre de 1756, Pedro Antonio de Cevallos, se hizo cargo de la gobernación del Río de la Plata.

Las instrucciones que recibió fueron las de trasladar a los guaraníes de los siete pueblos de la Banda Oriental del Río Uruguay a la occidental, en donde deberían ser establecido en reducciones. Después de esto, los pueblos serían de los portugueses. Entre mediados de 1757 y fines de 1758, Cevallos trasladó a unos 26 mil indios, aproximadamente, a la banda occidental del Uruguay. Quedaban todavía unos cuatro mil de los cuales se calculó que la mitad habían perecido en la guerra y el resto fue conducido por los portugueses a las plantaciones del norte de Brasil.

En 1759, el gobernador del Tucumán, Joaquín Espinosa y Dávalos inició una entrada en el Chaco, combinada con las milicias de Corrientes y Santa Fe, dirigidas por los tenientes de gobernador Bernardo López Luján y Francisco Vera y Mujica, respectivamente. Sin embargo no pudieron lograr sus fines. Las grandes lluvias y la resistencia de los guaycurúes fueron más fuertes. Sin embargo, el gobernador de armas de Tucumán, Felipe de Alurralde, logró radicar a una importante tribu de los tobas en la reducción de San Ignacio de Ledesma, a cargo de los jesuitas. En Santa Fe, Vera y Mujica redujo pacíficamente a varios caciques mocovíes para establecer a sus tribus fundando el pueblo de San Pedro.

El 11 de setiembre de 1759, fue coronado rey de España, Carlos III, hijo de Felipe V y de Isabel Farnesio.

Tres años después, el 4 de enero de 1762, Inglaterra declaró la guerra a España como consecuencia del tercer pacto de Familia. El 18 de mayo, la contienda sería también con Portugal. Y el 12 de agosto la escuadra inglesa derrotó a la española frente a Cuba y sus hombres ocuparon La Habana.

El 2 de noviembre, Cevallos se apoderó de Colonia del Sacramento y debió enfrentar una ofensiva comandada por el almirante inglés Mac Namara que terminó muerto en el intento.

Los sobrevivientes cayeron en poder de los hombres de Cevallos y fueron trasladados a Córdoba y Mendoza. Muchos de ellos se radicaron definitivamente en estas ciudades. Después de esta derrota, el resto de la flora anglohispana regresó a sus bases. Había quedado frustrada su misión que consistía en ocupar completamente el Río de la Plata con el fin de asegurar el comercio británico en la región.

El 10 de febrero de 1763, se firmó el Tratado de París que puso término a la Guerra de los Siete Años. Francia cedió a España la Luisiana, en compensación por los costos de la guerra, pero esta última nación, a su vez, cedió a la primera La Florida, la bahía de Pensacola y el fuerte de San Agustín. Los ingleses devolvieron a España La Habana y Manila, pero los españoles tuvieron que restituirle a Portugal la Colonia del Sacramento, cosa que se hizo efectiva el 24 de diciembre de aquel año.

El 29 de octubre de 1764, se produjo la segunda sublevación de los comuneros en Corrientes que duró hasta junio de 1766.

Antes, el 23 de enero de 1765, el capitán inglés John Byron tomó posesión de puerto Egmont, en la isla Gran Malvina y de todo el archipiélago en nombre de Jorge III, rey de Inglaterra. Recién el 20 de mayo de 1774 los ingleses abandonarían las islas hasta 1833 cuando volvieron a ocuparlas hasta el presente.

En 1766, los jesuitas establecieron en la ciudad de Córdoba una imprenta procedente de Italia que funcionó en el Colegio de Monserrat hasta 1767, año en que fue expulsada la Compañía de Jesús.

Fue el 27 de marzo de ese año cuando Carlos III firmó la llamada Real Pragmática Sanción que ordenaba la expulsión de la Compañía.

Con excepción de Salta y Jujuy, esta vez no hubo mayores problemas para el exilio de la orden.

El gobernador del Río de la Plata, Francisco de Paula Buscarelli, dividió el territorio de las misiones en dos jurisdicciones: una con los veinte pueblos establecidos al oriente y occidente del Paraná, y la otra, con los diez situados sobre el río Uruguay. Los bienes de los jesuitas, tanto inmuebles como muebles, así como los caudales, fueron confiscados por la Corona y administrados por una Junta de Temporalidades integrada por funcionarios reales con obligación de rendir cuentas al rey.

Tres meses antes del nacimiento de Belgrano, el 5 de marzo de 1770, hay una violenta represión contra los habitantes de Boston, una de las principales ciudades de lo que después serían los Estados Unidos.

Ya en setiembre de 1768, dos regimientos de tropas habían sido enviados al lugar. Durante un año y medio se producen tumultos y enfrentamientos entre los soldados y los ciudadanos indignados por los nuevos impuestos y molestos por la presencia de los ingleses.

Pero aquel 5 de marzo de 1770 estallan las batallas en las calles de Boston. El resultado fue de 11 personas heridas, cinco de ellas, de muerte. La masacre, como pasó a la historia, aumenta de tal forma la hostilidad hacia los ingleses que el gobernador ordena el traslado de los soldados a las islas del puerto. Seis años después se produciría la independencia de las colonias.

El 3 de junio de 1770, nació Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús Belgrano en Buenos Aires, en la casa paterna sita en el solar que hoy corresponde al 430 de la avenida que lleva su nombre. Hijo de María Josefa González y Domingo Belgrano Pérez.

-El lugar de mi nacimiento es Buenos Aires; mis padres, don Domingo Belgrano y Periconocido por Pérez, natural de Onella, y mi madre, doña Josefa González Casero, natural también de Buenos Aires. La ocupación de mi padre fue la de comerciante y como le tocó el tiempo del monopolio, adquirió riquezas para vivir cómodamente y dar sus hijos la educación mejor de aquella época – escribió Manuel Belgrano en su autobiografía.

-Me proporcionó la enseñanza de las primeras letras, la gramática latina, filosofía y algo de teología en el mismo Buenos Aires. Sucesivamente me mandó a España a seguir la carrera de las leyes, y allí estudié en Salamanca; me gradué en Valladolid, continué en Madrid y me recibí de abogado en la chancillería de Valladolid. Confieso que mi aplicación no la contraje tanto a la carrera que había ido a emprender, como el estudio de los idiomas vivos, de la economía política y al derecho público, y que en los primeros momentos en que tuve la suerte de encontrar hombres amantes al bien público que me manifestaron sus útiles ideas, se apoderó de mi el deseo de propender cuanto pudiese al provecho general, y adquirir renombre con mis trabajos hacia tan importante objeto, dirigiéndolos particular a favor de la patria – continuaba sus recuerdos.

Mientras tanto, el 8 de agosto de 1776, por Real Cédula, fue creado en forma provisoria el Virreinato del Río de la Plata.

Un año después, en julio, el virrey Cevallos expidió un bando desde la Colonia del Sacramento por el cual se prohibía extraer oro y plata con destino al Perú, asestando un duro golpe al comercio limeño en su tráfico en el Alto Perú.

Por Real Cédula, el 27 de octubre fue establecido definitivamente el Virreinato del Río de la Plata y fue designado virrey, Juan José de Vértiz y Salcedo. El territorio fue desmembrado de la jurisdicción del virreinato del Perú: abarcó las actuales repúblicas de Argentina, Bolivia, Paraguay, Uruguay, parte del Brasil y el Corregimiento de Cuyo que pertenecía a Chile.

El 6 de noviembre, Cevallos dictó el auto de libre internación por el cual estableció que era lícita la entrada de mercaderías por Buenos Aires a las provincias agregadas al virreinato, principalmente Alto Perú y Cuyo.

En 1779 comenzó a funcionar la Real Aduana de Buenos Aires que había sido creada por Vértiz el 25 de junio de 1778. Su primer administrador, Francisco Jiménez de Mesa, aplicó sobre recargos adicionales que terminaron favoreciendo al contrabando, negocio al cual se hallaba vinculado al encarecer los precios de las mercancías que ingresaban legalmente.

Por su parte, el médico irlandés Miguel O'Gorman propuso al virrey la organización del Protomedicato que comenzó a funcionar ese mismo año.

Tupamaros

El 4 de noviembre de 1780, José Gabriel Condorcanqui, cacique de Tungasuca, apresa al corregidor Antonio Arriaga en la población de Tinta y luego lo ahorca por sus permanentes abusos contra la población.

Condorcanqui toma entonces el sobrenombre de Tupac Amaru, que era el último inca, ajusticiado en el siglo XVI por el virrey Francisco de Toledo.

Condorcanqui había nacido en el valle de Tinta en 1740 y era hijo del cacique local. Se educó en el colegio jesuita de San Francisco de Borja y se dedicó a cuidar sus bienes con la arriería. Conducía una caravana de mulas con mercancías por el Alto Perú y hasta territorio rioplatense, lo que le dio un gran conocimiento de la región.

Tras la ejecución de Arriaga, Tupac Amaru hace un llamamiento para alzarse contra el mal gobierno. Forma e instruye un numeroso ejército, integrado principalmente por indios, con el que recorre gran parte del Alto y Bajo Perú.

Vence fácilmente a la milicia levantada por el corregidor de Quispicauchi y luego las que le oponen los corregidores de Lampa, Chucito, Asangaro, Puno y Carabaya. La rebelión se expande entonces por toda la sierra.

Excomulgado por el obispo Moscoso, le suplica que le levante la pena, ya que lucha sólo contra los abusos y el mal gobierno. El 28 de diciembre de 1780 pone sitio a Cuzco, exigiendo su rendición.

No logra entrar en la plaza, sin embargo, y tiene que retirarse al 10 de enero de 1781 hacia Tungasuca. Perseguido por las tropas del virrey es derrotado en Tinta el 5 de abril de 1781.

Tupac Amaru que intentó fugarse de la prisión dos veces, fue considerado culpable y sentenciado a morir descuartizado por cuatro caballos, una forma cruel que no se había usado hasta entonces en América y que procede de Francia.

La ejecución se lleva a cabo en Cuzco, el 18 de mayo de 1781, pero no en la forma prevista ya que atado el cacique a las cinchas de los caballos no se le puede destrozar. Se recurre, entonces, darle garrote, así como a otros de sus compañeros. Tupac Amaru comienza ser la semilla de la posterior guerra popular por la independencia americana.

Surgen, entonces, los movimientos tupamaros.

Diego de Cristóbal, uno de sus hermanos, será otro de los líderes de la guerra. También Julián Apasa, que se hace llamar Julián Tupac Catari, natural del poblado de Sica Sica, prosigue con la lucha. Prohíbe hablar el español y también censura los vestidos peninsulares. Ordena hablar en aymará. Algo similar haría la revolución haitiana, años después. Apasa sitió por dos veces la ciudad de La Paz en marzo y agosto de 1781.

El primer asedio dura 109 días y el segundo 64. Al retirarse a Achacachi, a orillas del Titicaca, es hecho prisionero por su lugarteniente Tomás Inca Lipe, que lo entrega a los españoles.

Para sofocar la rebelión, que el coronel del Valle no puede controlar, el virrey de Buenos Aires envía a 600 hombres que llegan por Tupiza a Chuquisaca, sin lograr pacificar la región.

La población de Oruro huye en desbandada ante la amenaza de un ataque indígena y la de Soratá es inundada por los naturales, desviando las canalizaciones de agua, con la muerte de muchos de sus habitantes.

La rebelión se apaga lentamente, gracias a las deserciones.

Muchos deciden acogerse al indulto decretado por el virrey Agustín de Jáuregui.

En estas rebeliones es fundamental el rol de las mujeres guerrilleras, de las cuales, años después, Juana Azurduy será una de sus principales referentes y elegida por Belgrano como coronela de su ejército.

“Estos levantamientos fueron brutalmente reprimidos y aplastados por los arcabuces españoles quienes contaron con delaciones de indígenas, soborno y chantaje. Las esposas de los principales caciques indígenas Tupac Amaru y Tupac Katari, que participaron en la organización de las revueltas, aparecieron en los documentos de la Historia del Perú y el Alto Perú. Importante fue el rol activo que jugaron los lazos de parentesco y solidaridad entre los miembros de las comunidades, como los casos de Bartolina Sisa, Micaela Bastida y Teresa Quisque, entre otras y, aunque eran parte del común, fueron verdaderas motivadoras del cambio social en la colonia y parte de una larga historia de insubordinación hacia el control hegemónico de la élite”, dice la investigadora Berta Wexler en su imprescindible libro “Juana Azurduy y las mujeres en la revolución altopereana. Las heroínas altopereanas como expresión de un colectivo”.

Micaela Bastidas se había casado a los dieciséis años con Tupac Amaru y participó del levantamiento de Tinta. Tenía el cargo de lugarteniente y fue jefa de la retaguardia indígena. Fue ejecutada junto a su familia en la plaza de Cuzco.

Por su parte, Sisa Vargas Batolina, esposa de Julián Apaza, más conocido como Tupac Katari, actuó en el cerco de La Paz de 1781, compartiendo responsabilidades a la cabeza de 80 mil indios. La sentenciaron a muerte el 5 de setiembre de 1782.

En tanto, Teresa Quisque, participó junto a su marido, Nicolás Katari, hermano de Tupac, motivo por el cual fue torturada y ejecutada.

Gregoria Apaza, hermana de Julián, juzgó a los españoles en el tribunal de Sorata y la llamaron la virreyna y tuvo participación activa para la movilización rebelde. Antes de ahorcarla, fue vejada con coronas de clavos y espinas en la cabeza para burlar su título de reyna. La pasearon por la plaza montada en un asno, proclamando sus delitos para escarmiento. Una vez ahorcada le amputaron las manos y cabeza para colgarla en una picota con su nombre.

Agrega Wexler que también las mujeres criollas orureñas adhirieron a las rebeliones, entre ellas, Francisca Orozco, María Quirós, Dominga Salamanca y María Francisca Goya. Algunas fueron ejecutadas en el Alto Perú y otras fueron deportadas a Buenos Aires.

Para la investigadora, “ambos sexos sufrieron el hostigamiento reiterado de los españoles, pero en el caso de las mujeres las represalias fueron mayores ya que no sólo fueron de carácter político, sino también morales, al vejarlas y pasearlas por la plaza. Capturaron a las mujeres, las expusieron para deshonar a la comunidad. De esta manera, denigraron la identidad del grupo enemigo; una situación de exceso que incorporaron al orden, sin que se rompiera el orden social de género”, afirma Berta Wexler.

Mientras tanto, Belgrano, el 6 de junio de 1789, a días nada más de la toma de la Bastilla, se traslada a España con su hermano Francisco con la idea de estudiar Derecho en la Universidad de Salamanca. Pero es en la Universidad de Valladolid donde completó sus estudios y recibe el diploma de Bachiller en leyes.

El 11 de julio de 1790, el Papa Pío VI le dio permiso para leer los libros prohibidos. En forma paralela, preside la Academia de Derecho Romano, Política Forense y Economía Política de la Universidad de Salamanca.

El 31 de enero de 1793 se gradúa de abogado en la Cancillería de Valladolid.

De tal forma, Belgrano, con menos de veintitrés años no solamente es un profesional recibido en una de las principales universidades europeas sino también un intelectual con ideas políticas y referente gremial de sus colegas al presidir la academia en Salamanca.

Es un muchacho reconocido y vinculado al estado español y la vida europea.

Está muy lejos de un país que desconoce, a mucha distancia de ríos tumultuosos y montañas milenarias donde la civilización no ha llegado.

-Como en la época de 1789 me hallaba en España y la revolución de Francia hiciese también la variación de ideas, y particularmente en los hombres de letras con quienes trataba, se apoderaron de mi las ideas de libertad, igualdad, seguridad, propiedad y sólo veía tiranos en los que se oponían a que el hombre, fuese donde fuese, no disfrutase de unos derechos que Dios y la naturaleza le habían concedido, y aun las mismas sociedades habían acordado en su establecimiento directa o indirectamente. Al concluir mi carrera por los años de 1793, las ideas de economía política cundían en España con furor, y creo que a esto debí que me colocaran en la secretaría del Consulado de Buenos Aires, erigido en le tiempo del ministro Gardoqui, sin que hubiese hecho la más mínima gestión para ello; y el oficial de secretaría que manejaba estos asuntos aún me pidió que le indicase individuos que tuvieran estos conocimientos, para emplearlos en las demás corporaciones, que se erigían en diferentes plazas de comercio de América. Tanto me aluciné y me llené de visiones favorables a la América, cuando fui encargado por la secretaría, de que en mis Memorias describiese las provincias, a fin de que sabiendo su estado pudiesen tomar providencias acertadas para su felicidad: acaso en esto habría la mejor intención de parte de un ministro ilustrado como Gardoqui, que había residido en los Estados Unidos de América del Norte y aunque ya entonces se me rehusaran ciertos medios que exigí para llenar como era debido aquel encargo, me aquieté; pues se me dio por disculpa que viéndose los fondos del Consulado, se determinaría.

En fin, salí de España para Buenos Aires: no puedo decir bastante mi sorpresa cuando conocí a los hombres nombrados por el Rey para la junta que había de tratar la agricultura, industria y comercio y propender a la felicidad de las provincias que componían el virreinato de Buenos Aires; todos eran comerciantes españoles; exceptuando uno que otro, nada sabían más que su comercio monopolista, a saber: comprar por cuatro para vender por ocho, con toda seguridad: para comprobante de sus conocimientos y de sus ideas liberales a favor del país, como su espíritu de monopolio para no perder el camino que tenían de enriquecerse...-denuncia Belgrano en sus memorias.

En esa tierra que Belgrano desconoce, por la Real Ordenanza del 28 de enero de 1782, se crearon las intendencias subalternas del Virreinato del Río de la Plata.

Ocho gobernaciones intendencias: Buenos Aires (Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes y la Patagonia); Córdoba (Córdoba, La Rioja, Mendoza, San Juan y San Luis); Salta del Tucumán (Salta, Jujuy, Tucumán, Santiago del Estero y Catamarca); Paraguay (el actual territorio paraguayo) y las cuatro provincias atoperuanas de Charcas o la Plata, Cochabamba, La Paz y Potosí.

En 1783, por orden del virrey Vértiz, Tomás de Rocamora fundó en Entre Ríos, en el centro de esta provincia, sobre el río Uruguay, una ciudad que denominó Concepción del Uruguay. La decisión de fundar esta ciudad respondió a la doble necesidad de pacificar a los indios charrúas y establecer un puerto para el comercio por el río Uruguay.

También por Real Orden del 6 de mayo de 1784, fue creada la novena gobernación intendencia en las provincias del Callao, cuya capital quedó establecida en la Villa de Puno. Esta última pasó a depender del Perú en 1796.

Tres años después, cerca de la Colonia del Sacramento, fue fundado el primer saladero organizado, perteneciente a Francisco Medina. Contaba con sus propios barcos para la exportación de carnes saladas y para transportar sal desde las costas patagónicas. Su producto principal era la carne salada y también se obtenían cueros, grasas, sebo, lenguas y quijadas.

Antes de que existiera este primer saladero hubo otros, tanto en la Banda Oriental como en Buenos Aires pero sus actividades industriales eran de un carácter esporádico y la producción de escasas magnitud.

A mediados de 1788, quebró la Aduana de la mano de los negocios particulares de su responsable, Francisco Jiménez de Mesa.

El virrey, marqués de Loreto, descubrió que Jiménez de Mesa había sido autor de una malversación de los fondos de la Aduana y esta institución no tenía recursos para pagar a los acreedores del Estado y ni siquiera a su personal.

El administrador, además de su función pública, estaba dedicado al negocio del contrabando, en sociedad con Domingo Belgrano Peri, padre de Manuel, y ambos fueron detenidos por el virrey.

Jiménez de Mesa utilizaba los recursos de la Aduana y los invertía en la sociedad con Belgrano para financiar la adquisición de mercancías ingresadas ilegalmente.

Las investigaciones realizadas por Loreto lo llevaron a descubrir a importantes funcionarios y comerciantes implicados en los negocios de Jiménez de Mesa y Domingo Belgrano. Entre ellos figuraban las siguientes personas: Francisco de Ortega y Monroy, jefe del resguardo de Montevideo; Francisco de Paula Sanz, superintendente de Buenos Aires y el acaudalado comerciante Tomás Antonio Romero.

A pesar del escándalo, la influencia de los involucrados abortó el proceso judicial y ya bajo el virreinato de Nicolás de Arredondo estas mismas figuras fueron recicladas en distintos cargos estables, como el caso de Francisco de Paula Sanz quien pasó a desempeñarse como gobernador intendente de Potosí.

En 1791, el conde de Liniers y su hermano, Santiago de Liniers, instalaron en Buenos Aires una fábrica de pastillas de carne.

Por su parte, el virrey Arredondo, dictó a mediados de año un reglamento para la comercialización de cueros.

Establecía la obligación para los vendedores del material de contramarcarlos a fuego y otorgar certificados de propiedad de las piezas, que para ser introducidas en Buenos Aires debían constar en una guía expedida por el alcalde del lugar de donde procedían.

Los apoderados del comercio de Buenos Aires, Rodríguez de Vida y Martín de Sarratea, se quejaron de estas disposiciones alegando que eran de muy difícil cumplimiento, por lo que cualquier comerciante honesto podía ser encontrado en falta. Los hacendados impugnaron la objeción con el argumento que los comerciantes querían libertad para fomentar el robo. Finalmente intervino la Audiencia quien resolvió que el reglamento dictado por el virrey debía ser cumplido. Sin embargo, pese a la vigencia de las medidas no fue posible terminar con el robo de ganado ni con la exportación ilegal de cueros.

El 30 de enero de 1794, por Real Cédula, la corona española dispuso la creación del Consulado de Buenos Aires o Tribunal de comerciantes. El cuerpo quedó integrado por un prior, dos cónsules, nueve conciliarios, un síndico, además de un secretario, un

contador y un tesorero. Los fines del Consulado eran los de administrar justicia comercial y fomentar el comercio y la producción.

“Buenos Aires, comprendiendo Santa Fe y Entre Ríos, tenía 70 mil habitantes, de los cuales 45 mil eran blancos (europeos y criollos) y 25 mil mestizos, indios y mulatos; Santiago del Estero, 18 mil españoles, 12 mil mestizos e indios y 2 mil negros y mulatos; Córdoba (incluyendo Mendoza, San Juan, San Luis y La Rioja), 25.750 españoles y 52.250 indios, mestizos, negros y mulatos; Catamarca, 5.900 españoles, 5.410 indios y mestizos, 8.900 negros y mulatos; Salta 15.380 españoles, 12.056 indios y mestizos, 4.950 negros y mulatos; Tucumán, 5.800 españoles, 11.709 indios y mestizos, 1.273 negros y mulatos”, decía un censo citado en la obra de Angel Rosenblat, “La población indígena”.

El abogado que regresa a Buenos Aires es hombre de 23 años, “buen mozo, pudiente, mundano, galante, versado en ciencias económicas, política y filosofía...Su hombría es de carne, hueso y alma. Pasado alrededor de un año después de su regreso, la compleja actividad pública y de estudio del joven funcionario se ve perturbada por achaques que padece y que meses más tarde lo obligan a solicitar licencia y reconocimiento médico. En noviembre de 1796, los médicos Miguel Gorman, Miguel García de Rojas y José Ignacio de Aroche –a pedido del mismo enfermo- le reconocen y certifican oficialmente sus males: “Reconocimos el estado de salud de Don Manuel Belgrano González, secretario del Consulado de esta Capital, el que según acordamos, padecía varias dolencias contraídas por un vicio sifilítico, y complicadas con otras originadas del influjo del país”, apuntó el investigador Héctor José Iñigo Carrera.

-...No es mucho, pues, no hubiese un español que no creyese ser señor de América, y los americanos los miraban entonces con poco menos estupor que los indios en los principios de sus horrorosas carnicerías, tituladas conquistas...Era preciso corresponder a la confianza del pueblo, y todo me contraje al desempeño de esta obligación, asegurando, como aseguro, a la faz del universo, que todas mis ideas cambiaron, y ni una sola concedía a un objeto particular, por más que me interesase: el bien público estaba a todos instantes a mi vista... ¡En qué profunda ignorancia vivía yo del estado cruel de las provincias interiores!. ¡Qué velo cubría mis ojos!. El deseo de la libertad e independencia de mi patria, que ya me había hecho cometer otros defectos como dejo escritos, también me hacía pasar por todo, casi sin contar con los medios. A la salida del doctor Castelli, coincidió la mía, que referiré a continuación hablando de la expedición al Paraguay, expedición que sólo pudo caber en unas cabezas acaloradas que sólo veían su objeto y a quienes nada era difícil, porque no reflexionaban ni tenían conocimientos – confesó Don Manuel.

Es necesario repensar algunos nombres de esta arbitraria y mezquina crónica desarrollada en las líneas que anteceden: Paraguay, Misiones, Corrientes, Alto Perú, Jujuy, Ledesma, Salta, la villa del Rosario, Santa Fe, Entre Ríos, Tucumán, Banda Oriental y Perú.

Geografías atravesadas por los negocios de pocos y la resistencia de los que son más. Rebeliones que florecían al mismo tiempo que la Corona española y lusitana y también la inglesa aplastaban con represión y, en forma paralela, querían soslayar para generar nuevos negocios a los distintos actores sociales que iban apareciendo en las sociedades americanas.

Y en todas esas luchas la cuestión de la tierra es central.

Un eje vertebrador en la historia de la América mestiza.

Por el otro lado, el estado al servicio de algunos, entre ellos, el mismísimo padre de Manuel y la corrupción como una herramienta de garantía de esos negociados.

Por otro lado, la institución iglesia que empieza mostrar distintas caras: una de ellas junto al poder y otra, al lado de los pueblos originarios que buscan hacer realidad las palabras más repetidas en la prosa oceánica de Belgrano: igualdad e independencia.

Desde adentro de América del Sur, entonces, surgirá la fuerza de la revolución.

Belgrano, cargado de una “profunda ignorancia” –como él mismo se calificó-, revisaría su táctica y su estrategia política de acuerdo al conocimiento de esa porfiada memoria de lucha de los pueblos originarios.

Comenzaría ser alguien distinto a los intereses de Buenos Aires y se convertiría en un referente político de las masas del Alto Perú y las Misiones.

Dejaría de lado su formidable formación intelectual y la comodidad de su puesto logrado en el Consulado.

Belgrano sería el gran articulador de las fuerzas populares de la revolución profunda americana y señalaría a sus principales referentes: Artigas, Juana Azurduy, Güemes y San Martín.

Respetaría el idioma y la cultura de aquellos pueblos y sería maldecido y traicionado por las élites provinciales y las residentes en Buenos Aires.

Pero antes de llegar a ser todo eso, escribiría con una fiebre demencial sus ideas para una nueva nación, mientras los ingleses invadían su aldea y estallaba Mayo de 1810 como continuidad de lo que ya venía sucediendo en el Alto Perú.

Consulado

-Por lo que después he visto, la Corte de España vacilaba en los medios de sacar lo más que pudiese de sus colonias, así es que hemos visto disposiciones liberales e iliberales a un tiempo, indicantes del temor que tenía de perderlas; alguna vez se le ocurrió favorecer la agricultura, y para darles brazos, adoptó el horrendo comercio de negros y concedió privilegios a los que lo emprendiesen: entre ellos la extracción de frutos para los países extranjeros...mi ánimo se abatió y conocí que nada se haría a favor de las provincias por unos hombres que por sus intereses particulares posponían el del común. Sin embargo, ya que por las obligaciones de mi empleo podía hablar y escribir sobre tan útiles materias, me propuse, al menos, echar las semillas que algún día fuesen capaces de dar frutos, ya porque algunos estimulados del mismo espíritu se dedicasen a su cultivo, ya porque el orden mismo de las cosas las hiciese germinar – escribía Belgrano sobre aquellos primeros tiempos como secretario del Consulado.

“...¿Quién se negaría a aspirar
el embriagante aroma imaginario
de esta certeza conjetural
de lo que fue?
Pero las multitudes de hombres,
de pueblos, excluyen al Hombre.
¿Los romanos, los hombres que fueron
sus procónsules, sus legiones,
no excluyen al hombre íbero?
¿Dónde y cuándo se instala
la unicidad humana
en la sustancia de la propiedad territorial?
¿Cómo ensamblar, entonces,
en un proceso de esfuerzo iluminante,
ciertos testimonios, que algunos
exhumaron y que cursan
el sobresalto de la historia?
Buenos Ayres es una lucecita
que, iluminando, apenumbra el duro
ajetreo contra el monopolio.
Más, ¿qué son las vastísimas tierras
de estas colonias?. Sus desiertos;
sus selvas insondables; sus desmesuradas
médulas de casi inconcebibles emergencias
de rocas que eternizan sus hielos y sus nubes;
sus aguas, que sólo ellas, parecen
conocer el intrincado desborde
de lo infinito?.

Intentar generar la matriz de un país
cuando sólo puedo escribir: tal es el caso.

Se que pagaré por ello”.

(Poema “Consulado”, del formidable libro del poeta Aldo Oliva, “Ese general Belgrano”, Rosario, 2000).

En octubre de 1797, se inició la guerra española contra Inglaterra.

El dominio británico de los mares constituyó un serio obstáculo para que España pudiera realizar normalmente el tráfico comercial con sus colonias, por lo que se incrementó la desvinculación económica de éstas con la metrópolis.

Hasta 1810, España tendrá solamente dos años de paz –entre 1802 y 1804- y el resto del tiempo se verá envuelta en guerras que determinarán la pérdida definitiva de la mayoría de sus colonias que no podrá controlar ni militar ni económicamente.

A fines de 1797, por Real Cédula, Carlos IV acordó restablecer los barcos con bandera neutral por lo que se intensificó el contrabando.

Las mercancías que se extraían de las colonias, como la plata y los cueros, por Buenos Aires, fueron descargadas, en gran parte, en puertos extranjeros y en escasa proporción en los españoles.

De tal forma, el sistema mercantilista que quisieron imponer los Borbones españoles terminó en el más absoluto de los fracasos evidenciado en otra Real Cédula, dos años después, por la que cesó el régimen de barcos neutrales.

El 26 de noviembre de 1799, se estableció en Buenos Aires la Escuela Náutica, una iniciativa de Manuel Belgrano y del marino español Félix de Azara.

Meses antes, Belgrano había fundado la Escuela de Dibujo con el fin de que se impartiera la enseñanza de geometría, arquitectura, perspectiva y toda clase de dibujo.

El primero de abril de 1801 apareció “El Telégrafo Mercantil, Rural, Político e Historiográfico del Río de la Plata”, la primera publicación periodística en Buenos Aires dirigida por el español Cabello y Mesa y en cuya redacción se destacaba Belgrano.

Un año después, en setiembre, surgió el “Semanario de Agricultura, Industria y Comercio”, también con artículos de Don Manuel.

“...La extensión de conocimientos, la ilustración general, el que las luces se difundan por todos, que todos se instruyan, que adquieran sus ideas, que ni el labrador ni el comerciante ni el artista ignore lo que les corresponde, que unos y otros procuren no apearse tan íntimamente a los pensamientos de sus antepasados, los cuales sólo deben adoptarse cuando convienen y cuando no, desecharlos y abandonarlos: lo que fue útil en otro tiempo, ahora es perjudicial, las costumbres varían, sin que en esto haya más misterio que el de la vicisitud de las cosas humanas...”, escribió Belgrano en la memoria que leyó el 14 de junio de 1798 ante el Consulado en Buenos Aires.

En el centro de América, en tanto, la insurrección era total.

En Haití, la revolución transformó la vida cotidiana.

Hubo un tiempo, hace mucho, cuando recién amanecían las revoluciones en la tierra americana que la palabra “negro” era sinónimo de libertad, igualdad y dignidad humana. Para la constitución de la República de Haití, del año 1805: "Todos los ciudadanos, de aquí en adelante, serán conocidos por la denominación genérica de negros”.

Esta frase “es el artículo 14 de la Constitución Haitiana de 1805, promulgada por Jean-Jacques Dessalines sobre los borradores redactados por Toussaint Louverture en 1801, pero cuya institucionalización tuvo que esperar a la Declaración de Independencia de 1804, con Toussaint ya muerto en las cárceles napoleónicas cuando la primera, la más radical y la más inesperada de esas revoluciones se llevó a cabo en 1804 y no en 1810. La más radical, digo, puesto que allí son directamente los ex esclavos africanos -es decir, la clase dominada por excelencia, y no las nuevas élites “burguesas” de

composición europea blanca- las que toman el poder para fundar una república llamada, justamente, negra", dice el notable investigador Eduardo Gruner.

El artículo 12 advierte: "Ninguna persona blanca, de cualquier nacionalidad, podrá poner pie en este territorio en calidad de amo o propietario, ni en el futuro adquirir aquí propiedad alguna". Y aquel artículo 14, sostiene que "todos los ciudadanos haitianos, de aquí en adelante, serán conocidos por la denominación genérica de negros".

En aquellos días revolucionarios, lo malo era lo blanco.

El sistema jamás permitió la continuidad del ejemplo haitiano. De hecho, el presente del país parece ser la permanente condena que sufre aquel pueblo por semejante transformación ante el imperio francés.

La aniquilación de aquella revolución fue también la invención del racismo en todas sus formas, entre otras, el color del desprecio y lo despreciado sería -desde el saqueo- el negro.

Mientras tanto, el 20 de octubre de 1805, la escuadra inglesa al mando del almirante Nelson derrotó frente al cabo de Trafalgar, perteneciente a la provincia de Cádiz, a la francoespañola que operaba bajo las órdenes del almirante Villanueva.

La principal consecuencia para España fue la destrucción definitiva de su poderío naval, factor que fue determinante para que en pocos años más perdiera sus colonias de América.

Inglaterra quedó dueña absoluta de los mares y sólo consideraciones de su estrategia política mundial impidieron ocupar Sudamérica, de acuerdo con los proyectos de destacados políticos y empresarios ingleses.

El 25 de junio de 1806, el general inglés William Carr Beresford desembarcó al frente de mil seiscientos hombres, en las costas de Quilmes, dando comienzo, de esta manera, a la primera invasión inglesa a Buenos Aires.

Al amanecer del 26, las tropas inglesas se pusieron en marcha rumbo a la ciudad. Las fuerzas españolas, al mando del subinspector de milicias, Pedro Arze, abrieron el fuego que fue respondido por los británicos, que lograron dispersarlas sin mayores esfuerzos.

El 27 de junio, después de cruzar el Riachuelo, las tropas inglesas avanzaron sobre Buenos Aires y ocuparon la ciudad a las tres de la tarde.

Los españoles, desconcertados por la fuga del virrey Sobremonte, se rindieron sin ofrecer resistencia.

El general Beresford asumió el gobierno de Buenos Aires en nombre de Su Majestad Británica.

El 12 de agosto, un ejército compuesto por criollos y españoles, de más de dos mil hombres, al mando de Santiago de Liniers, ingresó a la ciudad venciendo a los ingleses y obteniendo la rendición de Beresford, quien junto a sus hombres fue hecho prisionero e internado en el interior del país.

El 3 de febrero de 1807, las tropas inglesas de mar y tierra, a las órdenes del contralmirante Carl Stirling y del brigadier general sir Samuel Auchmuty, respectivamente, ocuparon la ciudad de Montevideo como etapa previa para la conquista de Buenos Aires.

El 9 de mayo apareció en Montevideo el periódico Estrella del Sur, publicado por los ingleses, en inglés y español, y distribuido en todo el Río de la Plata con el propósito de ganarse la opinión pública a favor de Inglaterra.

El 10 de mayo llegó a Montevideo el teniente general John Whitlocke, designado por el Ministerio de Guerra como jefe de las fuerzas británicas en el Río de la Plata. Desde entonces comenzó a organizar la segunda invasión a Buenos Aires.

El 28 de junio, Whitelocke, al mando de alrededor ocho mil hombres, desembarcó en Ensenada de Barragán, cerca de La Plata, iniciándose la segunda invasión inglesa.

El 2 de julio, Liniers, al mando de la mayoría de las tropas defensivas de Buenos Aires se enfrentó con la vanguardia inglesa, cuyo jefe era Lewinson Gower, en los Corrales de Miserere, y fue completamente derrotado, por lo que buscó refugio con algunos de sus hombres en la Chacarita de los Colegiales.

El 3, todas las tropas inglesas, con excepción de la retaguardia, al mando del coronel Mahon, que se encontraba en Quilmes, se concentraron en los Corrales de Miserere. En la mañana, antes de la llegada de Whitelocke, Gower había intimado la rendición a las autoridades de Buenos Aires, la que fue rechazada.

El 4, Whitelocke, envió una segunda intimación que corrió la misma suerte.

A las seis de la mañana del 5 de julio se inició el ataque de las tropas británicas a Buenos Aires. Al finalizar la jornada, los atacantes sólo habían logrado ocupar la Plaza de Toros y la Residencia. Liniers aprovechó esta situación y, a su vez, envió una intimación de rendición a Whitelocke.

El 6 a la mañana, el jefe inglés rechazó el ultimátum. Después de reanudado el fuego de artillería, el mayor general Gower, en la tarde, fue enviado por Whitelocke para convenir la capitulación con Liniers.

El 7 al mediodía, el almirante Murray, jefe de la escuadra inglesa, y el teniente general Whitelocke, comandante de las tropas de tierra, firmaron la capitulación por la que se comprometían a abandonar Buenos Aires en el término de diez días y Montevideo en el de cuatro meses.

Por su parte, Liniers prometió devolver todos los prisioneros ingleses de la primera y segunda invasión.

-Sabido es la entrada en Buenos Aires del general Beresford, con mil cuatrocientos y tantos hombres en 1806: hacía diez años que era yo capitán de milicias urbanas, más por capricho que por afición a la milicia. Mis primeros ensayos en ella fueron en esa época. El marqués de Sobremonte, virrey que entonces era de las provincias, días antes de esta desgraciada entrada, me llamó para que formase una compañía de jóvenes del comercio, de caballería, y que al efecto me daría oficiales veteranos para la instrucción: los busqué, no los encontré, porque era mucho el odio que había en la milicia de Buenos Aires; con el cual no se había dejado de dar algunos golpes a los que ejercían la autoridad, o tal vez a esta misma que manifestaba demasiado su debilidad. Se tocó la alarma general y conducido del honor volé a la fortaleza, punto de reunión: allí no había orden ni concierto en cosa alguna, como debía suceder en grupos de hombres ignorantes de toda disciplina y sin subordinación alguna: allí se formaron las compañías y yo fui agregado a una de ellas, avergonzado de ignorar hasta los rudimentos más triviales de la milicia, y pendiente de lo que dijera un oficial veterano, que también se agregó de propia voluntad, pues no le daban destino...el resultado fue que no habiendo tropas veteranas ni milicias disciplinadas que oponer al enemigo, venció éste todos los pasos con la mayor facilidad: hubo algunos fuegos fatuos en mi compañía y otros para oponérsele; pero todo se desvaneció, y al mandarnos retirar y cuando íbamos en retirada, yo mismo oí decir: "Hacen bien en disponer que nos retiremos, pues nosotros no somos para esto".

Confieso que me indigné, y que nunca sentí más haber ignorado, como ya dije anteriormente, hasta los rudimentos de la milicia; todavía fue mayor mi incomodidad cuando vi entrar las tropas enemigas y su despreciable número para una población como la de Buenos Aires: esta idea no se apartó de mi imaginación y poco faltó para que me hubiese hecho perder la cabeza: me era muy doloroso ver a mi patria bajo otra

dominación y sobre todo en tal estado de degradación, que hubiese sido subyugada por una empresa aventurera, cual era la del bravo y honrado Beresford, cuyo valor admiro y admiraré siempre en esta peligrosa empresa.

Aquí recuerdo lo que me pasó con mi corporación consular, que protestaba a cada momento de su fidelidad al rey de España; y de mi relación inferirá el lector la proposición tantas veces asentada, de que el comerciante no conoce más patria, ni más rey, ni más religión que su interés propio; cuanto trabaja, sea bajo el aspecto que lo presente, no tiene otro objeto, ni otra mira que aquel: su actual oposición al sistema de libertad e independencia de América, no ha tenido otro origen, como a su tiempo se verá.

Como el Consulado, aunque se titulaba de Buenos Aires, lo era de todo el virreinato, manifesté al prior y cónsules, que debía yo salir con el archivo y sellos adonde estuviese el virrey, para establecerlo donde él y el comercio del virreinato resolviese: al mismo tiempo les expuse, que de ningún modo convenía a la fidelidad de nuestros juramentos que la corporación reconociese otro monarca: habiendo adherido a mi opinión fuimos a ver y a hablar al general, a quien manifesté mi solicitud y defirió a la resolución; entretanto, los demás individuos del Consulado, que llegaron a extender estas gestiones, se reunieron y no pararon hasta desbaratar mis justas ideas y prestar el juramento de reconocimiento a la dominación británica, sin otra consideración que la de sus intereses.

Me liberté de cometer, según mi modo de pensar, este atentado, y procuré salir de Buenos Aires casi como fugado; porque el general se había propuesto que yo prestase el juramento, habiendo repetido que luego que sanase lo fuera a ejecutar; y pasé a la banda septentrional del río de la Plata, a vivir en la capilla de Mercedes. Allí supe, pocos días antes de hacerse la recuperación de Buenos Aires, el proyecto, y pensando ir a tener parte en ella, llegó a nosotros la noticia de haberse logrado con el éxito que es sabido.

Poco después me puse en viaje para la capital y mi arribo fue la víspera del día en que los patricios iban a elegir sus comandantes para el cuerpo de voluntarios que iba a formarse, cuando ya se habían formado los cuerpos de europeos y habían algunos que tenían armas; porque la política reptil de los gobernantes de América, a pesar de que el número y el interés del patricio debía siempre ser mayor por la conservación de la patria que el de los europeos aventureros, recelaba todavía de aquellos a quienes por necesidad permitía también armas...En este estado y por si llegaba el caso de otro suceso igual al de Beresford, u otro cualquiera, de tener una parte activa en defensa de mi patria, tomé un maestro que me diese alguna noción de las evoluciones más precisas y me enseñase por principios el manejo del arma. Todo fue obra de pocos días: me contraje como debía, con el desengaño que había tenido en la primera operación militar, de que no era lo mismo vestir el uniforme de tal, que serlo...me honraron llamándome a ser su sargento mayor, de que hablo con toda ingenuidad, no puede excusarme, porque me picaba el hornorcillo y no quería que se creyera cobardía al mismo tiempo en mi, no admitir cuando me habían visto antes vestir el uniforme.

Entrado a este cargo, para mi enteramente nuevo, por mi deseo de desempeñarlo según correspondía, tomé con otro anhelo el estudio de la milicia y traté de adquirir algunos conocimientos de esta carrera, para mi desconocida en sus pormenores; mi asistencia fue continua a la enseñanza de la gente. Tal vez esto, mi educación, mi modo de vivir y mi roce de gentes distinto en lo general de la mayor parte de los oficiales que tenía el

cuerpo, empezó a producir rivalidades que no me incomodaban, por lo que hace a mi persona, sino por lo que perjudicaban a los adelantamientos y lustre del cuerpo, que tanto me interesaban y por tan justos motivos. Ya estaba el cuerpo, capaz de algunas maniobras y su subordinación se sostenía por la voluntad de la misma gente que le componía, aunque ni la disciplina, ni la subordinación era lo que debía ser, cuando el general Auchmuty intentaba tomar a Motevideo; pidió aquel gobernador auxilios, y de todos los cuerpos salieron voluntarios para marchar con el general Liniers. El que más dio fue el de patricios, sin embargo de que hubo un jefe, yo lo vi, que cuando preguntaron a su batallón quién quería ir, le hizo señas con la cabeza para que no contestase...entonces empecé a observar el estado miserable de educación de mis paisanos, sus sentimientos mezquinos y hasta dónde llegaban sus intrigas por el ridículo prest, y formé la idea de abandonar mi cargo en un cuerpo que ya preveía que jamás tendría orden y que no sería más que un grupo de voluntarios. Así que tomé el partido de volver a ejercer mi empleo de secretario del Consulado...el general dispuso que el expresado cuartel maestro recibiese el juramento a los oficiales prisioneros: con este motivo pasó a su habitación el brigadier general Crawford, con sus ayudantes y otros oficiales de consideración: mis pocos conocimientos en el idioma francés, y acaso otros motivos de civilidad, hicieron que el nominado Crawford se dedicase a conversar conmigo con preferencia, y entrásemos a tratar de algunas materias que nos sirviera de entretenimiento, sin perder de vista adquirir conocimiento del país, y muy particularmente respecto de su opinión del gobierno español.

Así que después de haberse desengañado de que yo no era francés ni por elección, ni otra causa, desplegó sus ideas acerca de nuestra independencia, acaso para formar nuevas esperanzas de comunicación con estos países, ya que les habían sido fallidas las de conquista: le hice ver cuál era nuestro estado, que ciertamente nosotros queríamos el amo viejo o ninguno, pero que nos faltaba mucho para aspirar a la empresa, y que aunque ella se realizase bajo la protección de Inglaterra, ésta nos abandonaría si se ofrecía un partido ventajoso a Europa, y entonces vendríamos a caer bajo la espada española; no habiendo una nación que no aspirase a su interés sin que le diese cuidado de los males de las otras; convino conmigo y manifestándole cuánto nos faltaba para lograr nuestra independencia, difirió para un siglo su consecución.

¡Tales son en todo los cálculos de los hombres!. Pasa un año, y he aquí que sin que nosotros hubiésemos trabajado para ser independientes, Dios mismo nos presenta la ocasión con los sucesos de 1808 en España y en Bayona. En efecto, aviváanse entonces las ideas de libertad e independencia en América y los americanos empiezan por primera vez a hablar con franqueza de sus derechos. En Buenos Aires se hacía la jura de Fernando VII y los mismos europeos aspiraban a sacudir el yugo de España por no ser napoleónicos. ¿Quién creería que Don Martín de Álzaga, después autor de una conjuración, fuera uno de los primeros corifeos?.

Llegó en aquella sazón el desnaturalizado Goyeneche: despertó a Liniers, despertaron los españoles y todos los jefes de las provincias: se adormecieron los jefes americanos y nuevas cadenas se intentaron echarnos y aun cuando éstas no tenían todo el rigor del antiguo despotismo, contenían y contuvieron los impulsos de muchos corazones que, desprendidos de todo interés, ardían por la libertad e independencia de la América, y no querían perder una ocasión que se les venía a las manos, cuando ni una visulumbre habían visto que las anunciase – apuntaba Belgrano en sus memorias.

El 23 de enero de 1808, la familia real portuguesa llegó a Bahía, Brasil.

En ese puerto firmó un decreto franqueando los puertos de Brasil a Inglaterra.

El 19 de julio de aquel año, el ejército español al mando del general Francisco Javier Castaños derrotó en Bailén, en la provincia de Jaén, a las tropas francesas mandadas por el general Dupont. En esa batalla se destacó el guaraní, José Francisco de San Martín.

El 29 de julio, llegó a Buenos Aires la Real Cédula emitida por Fernando VII el 10 de abril último, que comunicaba su posesión de la Corona de España por abdicación de su padre Carlos IV. En esa misma fecha, llegaron los despachos ascendiendo a brigadier de los reales ejércitos a Bernardo de Velazco y a Francisco Javier de Elío y designando a este último gobernador de Montevideo.

En esa ciudad, el 12 de agosto, se juró a Fernando VII como rey de España e Indias.

La situación financiera del virreinato a fines de 1808 era calamitosa y podía considerarse que estaba en un virtual estado de quiebra.

La prolongada guerra en la que estaba embarcada la metrópoli y la ocupación de la península por las tropas francesas, habían ocasionado la paralización del comercio, y la mayoría del que se hacía en el Río de la Plata era de contrabando, por lo que la recaudación de impuestos quedó reducida a una mínima expresión.

El gobierno colonial no tenía recursos para pagar a los acreedores del estado y ni siquiera podía abonar el sueldo de las tropas.

Liniers, para superar el problema, proyectó emitir “Vales Patrióticos”, que en la práctica significaba imprimir papel moneda sin respaldo. La emisión iba a ser de cinco millones de pesos en vales de veinticinco a quinientos pesos, con un interés del seis por ciento anual, los que serían rescatados al firmarse la paz y tendrían la garantía de las rentas reales, de los fondos del Cabildo y de los del Real Consulado.

Al enterarse, el Cabildo se opuso enérgicamente al proyecto de Liniers quien no pudo llegar a ponerlo en práctica. Bernardino Rivadavia, en tanto, era nombrado alférez real, uno de los hechos que desató la sublevación del cabildo en las primeras horas de 1809.

Ese primero de enero, se produjo un levantamiento en Buenos Aires, en contra del virrey Liniers, con el fin de conseguir su destitución.

Estuvo dirigido por Martín de Alzaga y los miembros del Cabildo, y apoyado por los regimientos de Catalanes, Gallegos y Vizcaínos. Sin embargo, la decidida intervención de Cornelio Saavedra y de los demás comandantes de los regimientos criollos, a favor de Liniers, hizo fracasar el movimiento.

Españas

“Estamos en los últimos meses de 1807. Napoleón, desde luego, dista mucho de tener el ánimo predispuesto para cumplir con los pactos de Fontainebleau. Se ha desplegado una hábil cortina de humo para enmascarar, las maniobras fraudulentas, que inevitablemente llevarían y llevaron a depositar el trono español en manos del Emperador, mientras sus tropas invadían y ocupaban militarmente la península. Ni Godoy ni la reina de Etruria recibieron nada de lo prometido. Con el pretexto de prevenir un ataque inglés, el 22 de noviembre de ese año, hizo entrar en España el II Cuerpo de Observación en la Gironda, compuesto de 25.000 hombres a órdenes del General Dupont; treinta mil efectivos más con el mariscal Moncey, a la cabeza atravesaron los Pirineos e invadieron las provincias vascongadas el 8 de enero de 1808. Catorce mil más entraban en Cataluña a órdenes de Duhesme, dirigiéndose a Barcelona, el 10 de febrero de 1808. El 16 del mismo mes, Napoleón quitándose definitivamente la careta de amistad, ordena ocupar la plaza de Pamplona y el 8 de marzo la de Figueras. De inmediato otro Cuerpo de Ejército francés, bajo el comando de Bessieres, cruzaba el Bidasoa”, sostuvo el doctor Aníbal Jorge Luzuriaga, en su conferencia “La guerra de la Independencia Española y la gesta del 2 de mayo en Madrid”, dictada en el Instituto Nacional Sanmartiniano el 19 de julio de 2006 y citada en la página oficial del Instituto Nacional Belgraniano.

Luzuriaga agregaba: “Sostienen muchos historiadores que la llegada inusitada e inconsulta de esas tropas no sorprendió a mucha gente, creyendo obedecían al llamado del príncipe heredero; Godoy y sus partidarios creyeron, a su vez, que era lo previsto y urdido por ellos, para secundar sus planes. Las tropas francesas sobrepasaban ya los cien mil hombres. El emperador, ni lerdo ni perezoso, designa como su representante al mariscal Joaquín Murat, gran duque de Berg –su cuñado-, quien arriba a Burgos el 13 de mayo de 1808. La incertidumbre se transforma primero en alarma y luego, de inmediato, en indignación y en pánico. Se especula -y Godoy lo decide-, que los reyes se instalen en sus posesiones de América, a semejanza de la Corte lusitana, a lo que se opone tenazmente Fernando. Napoleón insiste en su propósito de adueñarse de Portugal y de las provincias septentrionales de España, en virtud de lo cual las fronteras con los galos, ya no serían los Pirineos, sino el Ebro”, apunta el estudioso.

Para Luzuriaga la insurrección española del 2 de mayo de 1808, en Madrid, “esa fecha reivindica los blasones y las glorias de otras épocas. Y como que honra a la hispanidad toda, a nosotros, aquí en América, nos llega de muy cerca, como que en esa vorágine colosal, que fue la Guerra de la Independencia Española, están ínsitos los verdaderos principios de la justicia, de libertad e independencia, que guiaron a estos pueblos cuando la mayoría de edad fue llegada, y cuando las reglas de juego fueron tergiversadas y violadas. No es casual que nuestros grandes capitanes se formaran y dieran su sangre en esa lucha gigantesca... Militares, ideólogos, juristas, y teólogos abrevaron en esas fuentes y fueron los campeones y adalides de un nuevo mundo, que, de la confrontación formidable de ambas razas, nació como todo alumbramiento, en medio del dolor y de la sangre, no como enemigos, sino como adversarios que se apreciaron en su justa dimensión. Y viene a cuento aquellas hermosas reflexiones del General D. José de San Martín, nuestro Libertador en ciernes, al virrey La Serna en su conferencia en Punchauca en Perú: “General: he venido desde las márgenes del Plata no a derramar sangre sino a fundar la libertad y los derechos de que la misma metrópoli ha hecho alarde, al proclamar la Constitución del año 12 que VE y sus generales defendieron. Los liberales del mundo son hermanos en todas partes.”

Y agrega que la guerra no era entre España y América, “sino entre dos sistemas antagónicos -absolutismo y liberalismo-, este último caro a todos los presentes. Para agregar enseguida: “La independencia no es inconciliable con los intereses de España y que, de no arribarse a un acuerdo, sus ejércitos se batirán con la bravura tradicional de su brillante historia militar, pero aún cuando pudiera prolongarse la contienda, el éxito no puede ser dudoso para millones de hombres, resueltos a ser independientes”, remarcó Luzuriaga.

Desde otro punto de vista ideológico, el historiador Norberto Galasso también subrayó la importancia de estas luchas en España.

Invasida por los ejércitos de Napoleón, el 2 de mayo de 1808, se produce “la insurrección popular forjándose juntas en diversas regiones, que reconocen una dirección centralizada al formarse la Junta Central de Sevilla. El movimiento es inicialmente nacional, en tanto se levanta contra la invasión extranjera pero, inmediatamente, asume reivindicaciones democráticas, a semejanza de la revolución francesa del 89”, sostiene Galasso.

El 22 de enero de 1809, la Junta Central de Sevilla declara que “los virreinos y provincias no son propiamente colonias o factorías como las de otras naciones, sino una parte esencial, e integrante de la monarquía española y que en su mérito deben tener representación nacional inmediata y constituir parte de la Junta a través de sus diputados”.

El 28 de febrero de 1810, la Junta Central convoca a los pueblos americanos a constituir Juntas Populares.

El 19 de abril de 1810, un Cabildo extraordinario, en Caracas, resuelve constituir una Junta Provisional de gobierno a nombre de Fernando VII.

En este lado del mundo, en tanto, el 25 de mayo de 1809 se produjo la revolución de Chuquisaca en donde se formó una Junta de Gobierno que ejerció el poder hasta el 24 de diciembre, fecha en la que se rindió al mariscal Vicente Nieto, destacado por el virrey Cisneros para poner fin al conflicto.

Aquel primer 25 de mayo, los oidores de la Audiencia de Charcas se hicieron eco de los rumores de conspiración carlotista y ordenaron el arresto del presidente García de León y Pizarro, éste al tomar conocimiento se adelantó y mandó prender a algunos de los oidores y miembros del cabildo de Chuquisaca, lo cuales se ocultaron y sólo pudo ser arrestado el fiscal Jaime de Zudáñez.

Encabezados por Bernardo de Monteagudo y otros seguidores de ideales republicanos, se realizaron protestas populares en las calles de Chuquisaca con el lema Muera el mal gobierno, viva el Rey Fernando VII!, fomentados por rumores de conspiración carlotista. Los estudiantes de la Universidad San Francisco Javier, descontentos también con el rector arzobispo Moxó y Francolí, se rebelaron, seguidos por el pueblo, pidiendo la liberación de Zudáñez y la renuncia de García de León y Pizarro. Como llamada al pueblo se tocó una de las campanas de la iglesia de San Francisco hasta rajarse. La campana ahora es llamada "La Campana de la Libertad" y se la toca cada 25 de mayo en honor a la "Chispa de la Liberación Americana".

El arzobispo Moxó y Francolí, acosado por una multitud y por pedido de miembros de la Audiencia inició gestiones ante García de León y Pizarro para que pusiera en libertad a Zudáñez. Al no tener respuesta, se presentó ante él una delegación compuesta por el subdelegado del Partido de Yamparáez, teniente coronel Juan Antonio Álvarez de Arenales, el alcalde Paredes y el padre Polanco, solicitando el retiro de la artillería desplegada por el gobernador. García de León y Pizarro aceptó pero, una vez que

entraron los delegados populares al palacio, sus oficiales leales rechazaron las exigencias y abrieron fuego sobre la multitud matando a algunos de ellos, el pueblo reaccionó apoderándose de la artillería y municiones, exigiendo la deposición y arresto del presidente.

García de León y Pizarro dimitió y la Audiencia asumió el mando político y militar, nombrando a Álvarez de Arenales como comandante general y al decano de la Audiencia, José de la Iglesia como gobernador de Charcas. El presidente fue sometido a juicio por traición a la patria y la guarnición fue desarmada, pasando las armas al pueblo.

Hasta esos momentos, la revuelta de Chuquisaca no había sido independentista, sino que se intentó sostener los derechos de Fernando VII en contra de los carlotistas, pero un grupo de dirigentes de la revuelta llevaron adelante reuniones para aprovechar las circunstancias y buscar la independencia, entre ellos: Paredes, Mariano Michel, Alzerraca, José Manuel Mercado, Álvarez de Arenales, Lanza y Monteagudo. Desde Chuquisaca se enviaron emisarios a distintas ciudades, supuestamente para transmitir sus leales intenciones para con Fernando VII y con tareas encomendadas por la Audiencia, encubiertamente escogidos para fomentar los sentimientos independentistas entre los habitantes de otras ciudades. Monteagudo fue enviado a Potosí y Tupiza, Michel y Mercado fueron a La Paz, Alzerraca y Juan María Pulido fueron a Cochabamba, Joaquín Lemoine a Santa Cruz de la Sierra y Manuel Moreno a Buenos Aires.

El 16 de julio estalló la revolución de La Paz que fue reprimida sangrientamente por el brigadier José Manuel de Goyeneche el 25 de octubre siguiente.

En relación a estas insurrecciones, Berta Wexler cuenta que “los criollos aspiraron a alcanzar el poder porque habían estado postergados política y económicamente, pero estuvieron lejos de coincidir con las aspiraciones de los estratos más postergados, representados en Charcas por poblaciones indígenas, quienes pretendían supresión de mitas, yanaconazgos, tributos, cargas fiscales y otras reivindicaciones inherentes a su propia condición social. La situación social de los mestizos osciló desde el punto de vista económico entre los intereses de españoles y criollos por un lado, y por el otro el de los indios, compartiendo muchos de ellos la situación de subordinados por la que atravesaron los indígenas”.

La revolución de La Paz del 16 de julio, por ejemplo, incorporó entre sus reivindicaciones, el desconocimiento a las autoridades españolas. El movimiento hizo renunciar al gobernador, nombrar representantes del pueblo, constituir un cabildo y tomar disposiciones necesarias para evitar privilegios.

Wexler asegura que al iniciarse el movimiento se enviaron emisarios a las intendencias limítrofes, Bernardo de Monteagudo llevó la voz a Potosí, Michel Mercado a La Paz, Alzarreca y Pulido a Cochabamba, Lemoine a Santa Cruz y Mariano Moreno a Buenos Aires.

“La idea revolucionaria se inició en La Paz con la organización de una Junta Tuitiva. Esta junta tuvo como objetivo satisfacer a los descontentos y suprimir los privilegios, para que criollos y mestizos alcanzaran los cargos que les estaban vedados por los chapetones. El tiempo de la independencia comenzó un 25 de mayo y dos meses más tarde, el 16 de julio del mismo año la idea revolucionaria se gestó en La Paz con la organización de la Junta Tuitiva”, apunta la investigadora.

Una proclama del 27 de julio de 1809 decía: “Ya es tiempo de levantar el estandarte de la libertad en estas desgraciadas colonias”.

Algunos historiadores atribuyen la redacción del documento al cura José Antonio Medina, integrante de aquella Junta Tuitiva.

“Hubo refriegas, heridos, presos, se eligieron nuevas autoridades, se llamó al pueblo a la plaza y acordaron un compromiso de gobierno de hacer perpetua la alianza con los americanos. Las cuestiones sociales y raciales parecieron escindir al movimiento, grupos criollos que al despreciar a los mestizos, permitieron unir filas a las autoridades virreinales y tomaron dominio del mismo. El desenlace final fue trágico porque casi 86 insurgentes fueron condenados a la horca, otros a garrote, presidio o destierro, confiscándose los bienes de todos. Las tradicionales vinculaciones con Lima crearon una sociedad conservadora que prefirió el domingo español a la revolución mestiza”, analizó Berta Wexler.

“La Tierra se pobló de habitantes; los unos opresores y los otros oprimidos: en vano se quejaba el inocente; en vano gemía el justo; en vano el débil reclamaba sus derechos. Armado el despotismo de la fuerza y sostenido por las pasiones de un tropel de esclavos voluntarios, había sofocado ya el voto sato de la naturaleza y los derechos originarios del hombre quedaron reducidos a disputas, cuando no eran combatidos con sofismas. Entonces se perfeccionó la legislación de los tiranos: entonces la sancionaron a pesar de los clamores de la virtud, y para oprimirla llamaron a su auxilio el fanatismo de los pueblos y formaron un sistema exclusivo de moral y religión que autorizaba la violencia y usurpaba a los oprimidos hasta la libertad de quejarse, graduando el sentimiento por un crimen”, escribía aquel fenomenal revolucionario tucumano, Bernardo de Monteagudo.

Uno de los principales actores de la revolución altooperuana de 1809.

“Una religión cuya santidad es incompatible con el crimen sirvió de pretexto al usurpador. Bastaba ya enarbolar el estandarte de la cruz para asesinar a los hombres impunemente, para introducir entre ellos la discordia, usurparles sus derechos y arrancarles las riquezas que poseían en su patrio suelo. Sólo los climas estériles donde son desconocidos el oro y la plata, quedaban de este celo fanático y desolador”, apuntaba Monteagudo que con el tiempo se convertiría en el hombre de confianza de San Martín y Bolívar.

“La tiranía, la ambición, la codicia, el fanatismo, han sacrificado a millares de hombres, asesinando a unos, haciendo a otros desgraciados y reduciendo a todos al conflicto de aborrecer su existencia y mirar la cuna que nacieron como el primer escalón del cadalso donde por espacio de su vida habían de ser víctimas del tirano conquistador. Tan enorme peso de desgracias desnaturalizó a los americanos hasta hacerlos olvidar que su libertad era imprescriptible: y habituados a la servidumbre se contentaban con mudar de tiranos sin mudar de tiranía”, sostenía Monteagudo.

Hacia 1809, Belgrano ya no es aquel joven abogado regresado de España.

O por lo menos, ya no es solamente eso.

Es otra cosa.

“Belgrano se desprende de su mortaja librecambista para mostrar su encarnadura ecléctica entre las ventajas de un comercio liberado y activo y una protección de la industria y el mercado interno; encarnadura asentada en una visión certera del país real propiciando su desarrollo en términos de mayor riqueza para mayor felicidad de todos. La función social de la propiedad (Muratori), el humanismo realista (Genovesi), el historicismo progresista o providencialista (Condorcet y Vico), la justa participación popular en las rentas nacionales (Filangieri), el anti latifundismo (Verri) y tantos otros elementos, son reelaborados por Belgrano en un positivo intento de filosofía nacional”, escribe Héctor Carrera.

Y agrega, a propósito de esta lectura, una cita de Belgrano: *“Todas las naciones cultas se esmeran en que sus materias primas no salgan de sus estados a manufacturarse y todo su empeño es conseguir no sólo el darles nuevas formas, sino aún atraer a las del extranjero para ejecutar lo mismo y después venderlas”*.

Mayo de 1810 ya vivía en el interior de América.

Desde Paraguay y las montañas milenarias del Alto Perú, desde Haití a las llanuras bordeadas por el Paraná y el Uruguay, la revolución surgía como un grito de independencia, no solamente nacional, sino también social.

Por aquellos días, Belgrano seguía siendo un intelectual cada vez más comprometidos con su tiempo.

Pero era la conciencia del tiempo vivido en Buenos Aires.

Esa conciencia se abriría y se transformaría cuando comenzó a ser el enviado de la revolución al Paraguay, primero, y al Alto Perú, después.

Allí Belgrano comprendería el otro elemento fundamental de la realidad americana, la lucha social que merecían los que eran más en estos arrabales del mundo, los pueblos originarios, los mestizos, los esclavos, los negros, los gauchos excluidos del sistema virreinal a los que no les alcanzaba con cambiar el modo político de dominación.

Tal como lo dijo en sus memorias y también en los escritos presentados ante el Consulado, Belgrano cambiaría por otras ideas, ya no procedentes de los luminosos libros prohibidos que el papa le autorizó a leer, si no de la realidad concreta que le transmitieron mujeres, hombres, abuelos y chicos con los que se toparía durante sus largos viajes.

III PARTE
IGUALDAD, INDEPENDENCIA Y PUEBLOS

El político de la revolución

“...el vestido de los héroes de la Patria, siempre tirados y siempre en trabajos y poco menos que desnudos”, escribió Don Manuel en una de sus 370 cartas reunidas en el llamado “Epistolario Belgraniano”, recientemente editado.

El párrafo hace mención a sus compañeros de armas. Los describe como héroes de la Patria. Son anónimos. Pero ellos son los héroes. Los protagonistas de la historia.

Para Belgrano, entonces, el sujeto social son las masas anónimas, las que combaten en el interior en pos de una nación americana.

“Llora la guerra civil y destruidora en que infelizmente está envuelta la América”, se lamentaba el dirigente que había sido educado en España en medio de las privaciones económicas propias y las de toda su familia. Se recibió de abogado, volvió y a los 24 años ya era secretario del consulado en Buenos Aires.

Ya estaba “hecho”, según el malversado sentido común de estos tiempos.

Sin embargo repetirá una y otra vez un concepto político existencial desmesurado. Una infranqueable intransigencia contra toda forma de corrupción.

“Ofrezco a VE la mitad del sueldo que me corresponde, siéndome sensible no poder hacer demostración mayor, pues mis facultades son ningunas y mi subsistencia pende de aquel, pero en todo evento sabré también reducirme a la ración del soldado, si es necesario, para salvar la justa causa que con tanto honor sostiene VE”, dijo e hizo el abogado economista transformado en militar.

“No quiero pícaros a mi lado...Lo mismo es morir a los cuarenta que a los sesenta, no me importa y voy adelante, quiero volar, pero mis alas son chicas para tanto peso”.

¿Cuál era el vuelo que quería remontar Belgrano?.

¿Qué cielo imaginaba para esas masas miserables que lo seguían?.

¿Por qué le achicaron las alas al general?.

Dice y repite que en las revoluciones *“los que las intentan y ejecutan, trabajan las más de las veces para que se aprovechen los intrigantes...es la época de aprovecharse”*.

Pero él no se aprovechó. Estuvo siempre a la orden de los distintos gobiernos que se hicieron cargo de un país todavía enemigo de si mismo. De una colonia que quería cambiar de dueño y formar parte, relaciones carnales mediante, con la potencia hegemónica de entonces, Gran Bretaña.

“Entré a esta empresa con los ojos cerrados y pereceré en ella antes que volver la espalda...”, confesó y fue fiel a esas palabras.

Palabras refrendadas con hechos.

Palabras de un político refrendadas con hechos.

Compromiso. Como así se le llamaba a la coherencia en los años setenta del siglo XX también en estas tierras de América latina.

Un compromiso que lo llevaba a la locura.

En Vilcapugio, Belgrano estaba “parado como un poste en la cima del morro, con la bandera en la mano, parecía una estatua”, narran los historiadores. Allí estaba, en medio del desbande, sosteniendo la bandera por la que había sido juzgado.

¿Por qué ese hombre que había logrado un difícil, pesado y fatigoso ascenso social se exponía a la muerte en un sucio campo de batalla?.

También sostienen los cronistas oficiales que Belgrano, en la retirada de Vilcapugio, se ubicó en la retaguardia y cargó un fusil y cartuchera de un herido.

Estaba cargado de ideas y proyectos. Enamorado de un país inventado en las mesas de cafés clandestinos antes de que estallara el 25 de mayo.

“Crea V que es una desgracia llegar a un país en clase de descubridor”, dijo en una clara demostración de inteligencia y modestia.

Allí se juega el destino de sus sueños. Las ideas de un grupo de una incipiente clase media que tomó el cielo por asalto y que no entendía que allá lejos, a través de ríos y pampas, allá en el interior, se pensaba y se creía en otras cosas. Será un choque para Belgrano, Castelli y los otros revolucionarios. Eso es lo que connota esta primera impresión de Don Manuel cuando se entrevista con la gente de carne y hueso del país que tendrá que descubrir. *“Esta gente son la misma apatía; estoy convencido de que han nacido para esclavos”*, dijo.

Repitió en abril de 1818: *“todo es país enemigo para nosotros, mientras no se logre infundir el espíritu de provincia, y sacar a los hombres del estado de ignorancia en que están, de las miras de los que se dicen sus libertadores, y de los que los mueven para satisfacer sus pasiones”*.

Diez años de guerra continua en favor del proyecto de la revolución de Mayo lo llevaron a enfrentarse con Artigas aunque sostenía sus mismas ideas políticas y económicas.

La revolución belgraniana

Pero hay un momento de la transformación de la acción política en Belgrano.

El 15 de julio de 1810 escribió los nueve puntos básicos para la Primera Junta de Gobierno surgida del 25 de mayo.

Es necesario un plan que *“rigiese por un orden político las operaciones de la grande obra de nuestra libertad”*.

Allí describía el cuadro de situación heredado del Virreynato: *“Inundado de tantos males y abusos, destruido su comercio, arruinada su agricultura, las ciencias y las artes abatidas, su navegación extenuada, sus minerales desquiciados, exhaustos sus erarios, los hombres de talento y mérito desconceptuados por la vil adulación, castigada la virtud y premiados los vicios”*.

Ese documento se la base del Plan de Operaciones de Mariano Moreno, a la sazón nombrado como secretario de la Junta. Agosto de 1810. Moreno, entonces, a sugerencia de Belgrano, es el encargado de redactar el programa político y económico que le dará encarnadura al invento de 162 personas que el 25 de mayo decidieron hacer un nuevo país y separarse de España.

Moreno escribirá el “Plan de Operaciones. Que el gobierno provisional de las Provincias Unidas del Río de la Plata debe poner en práctica para consolidar la grande obra de nuestra libertad e independencia”.

Para la junta era vital el proyecto, el horizonte hacia donde marchar.

La situación no podía ser peor: “En el estado de las mayores calamidades y conflictos de estas preciosas provincias; vacilante el gobierno; corrompido del despotismo por la ineptitud de sus providencias, le fue preciso sucumbir, transfiriendo las riendas de él en el nuevo gobierno provisional de las Provincias Unidas del Río de la Plata, quien haciéndose cargo de la gran máquina de este estado, cuando se halla inundado de tantos males y abusos, destruido su comercio, arruinada su agricultura, las ciencias y las artes abatidas, su navegación extenuada, sus minerales desquiciados, exhaustos sus erarios, los hombres de talento y méritos desconceptuados por la vil adulación, castigada la virtud y premiados los vicios...”, describieron los integrantes del gobierno provisional el 18 de julio de 1810.

Moreno define la revolución como un proyecto sudamericano: “El sistema continental de nuestra gloriosa insurrección”.

Para el secretario es necesario modificar la estructura social: “tres millones de habitantes que la América del Sud abraza en sus entrañas han sido manejados y subyugados sin más fuerza que la del rigor y capricho de unos pocos hombres”. Moreno sabe que los privilegios deben ser suprimidos si en verdad se quiere crear “una nueva y gloriosa nación”, como dirá más tarde una de las estrofas mutiladas del Himno Nacional.

Es la misma idea de Belgrano cuando dice que *“las tres quintas partes de la población y territorio del antiguo virreinato, escapan a nuestro control; la plata del Alto Perú, bloqueada por la insurrección del Mariscal Nieto, resulta vital para las finanzas; representan el 80 por ciento de las exportaciones de la capital. Además los españoles europeos siguen conspirando. Nuestro país es inmenso y despoblado; tal es su presente; sólo le queda acechar como un tigre, un futuro que sin duda será de grandeza”*.

Por ello Moreno quiere insuflar de decisión política al nuevo estado para que sea herramienta de distribución de riquezas: “qué obstáculos deben impedir al gobierno, luego de consolidar el estado sobre bases fijas y estables, para no adoptar unas providencias que aún cuando parecen duras para una pequeña parte de individuos, por la extorsión que pueda causarse a cinco mil o seis mil mineros, aparecen después las ventajas públicas que resultan con la fomentación de las fábricas, artes, ingenios, y demás establecimientos en favor del estado y de los individuos que las ocupan en sus trabajos”.

Y agrega que “si bien eso descontentará a cinco mil o seis mil individuos, las ventajas habrán de recaer sobre 80 mil o 100 mil”.

Un estado que arbitre lo necesario para cumplir el objetivo de la política, según el propio Moreno, que es “hacer feliz al pueblo”. Un estado que vuelque su poder en favor de las mayorías y en contra de los intereses minoritarios.

Con un proyecto de desarrollo del mercado interno y proteccionista de su comercio y su industria: “se pondrá la máquina del estado en un orden de industrias lo que facilitará la subsistencia de miles de individuos”.

El futuro del país pensado por Moreno “será producir en pocos años un continente laborioso, instruido y virtuoso, sin necesidad de buscar exteriormente nada de lo que necesita para la conservación de sus habitantes”.

Durante una década no habrá interés particular por sobre las necesidades del estado revolucionario: “se prohíbe absolutamente que ningún particular trabaje minas de plata u oro, quedando al arbitrio de beneficiarla y sacar sus tesoros por cuenta de la nación, y esto por el término de diez años, imponiendo pena capital y confiscación de bienes con perjuicio de acreedores y de cualquier otro que infrigiese la citada determinación”.

Repite su cuestión de estado a favor de una igualdad garantizada desde el poder: “las fortunas agigantadas en pocos individuos, a proporción de lo grande de un estado, no solo

son perniciosas, sino que sirven de ruina a la sociedad civil, cuando no solamente con su poder absorben el jugo de todos los ramos de un estado”.

No era solamente una advertencia sobre aquel presente, sino una profecía para los tiempos que vendrían.

El 4 de marzo de 1811 Moreno fue envenenado frente a las costas brasileñas y junto a su cuerpo también desapareció la voluntad política de generar y sostener un estado revolucionario.

La metáfora del cuerpo del revolucionario sumergido y desaparecido en el Atlántico es un macabro prólogo de lo que sucedería en los años setenta del siglo XX con aquellos que intentaban un cambio estructural en la sociedad argentina.

La cuestión educativa

“Ni la virtud ni los talentos tienen precio, ni pueden compensar con dinero sino degradarlos; cuando reflexiono que nada hay más despreciable para el hombre de bien, para el verdadero patriota que merece la confianza de sus conciudadanos en el manejo de los negocios públicos que el dinero o las riquezas, que estas son un escollo de la virtud que no llega a despreciarlas, y que adjudicarlas en premio, no sólo son capaces de excitar la avaricia de los demás, haciendo que por general objeto de sus acciones subroguen el bienestar particular al interés público, sino que también parecen dirigidas a lisonjear una pasión seguramente abominable en el agraciado...he creído propio de mi honor y de los deseos que me inflaman por la prosperidad de mi patria, destinar los expresados cuarenta mil pesos para la dotación de cuatro escuelas públicas de primeras letras”. Esas escuelas, aún en pleno año 2001, todavía no fueron construidas. Ese es el tamaño de la hipocresía de la historia oficial argentina.

La exacta dimensión de cuatro edificios escolares ausentes en el norte argentino.

A principios del siglo XIX, Belgrano periodista escribía que *“uno de los principales medios que se deben adoptar a este fin, son las escuelas gratuitas adonde pudiesen los infelices mandar a sus hijos sin tener que pagar cosa alguna por su instrucción; allí se les podían dictar buenas máximas e inspirarles amor al trabajo, pues en un pueblo donde no reine este, decae el comercio y toma su lugar la miseria”*. Es decir, educación y trabajo garantizados por el estado.

Ricardo Caillet Bois sostuvo que *“Belgrano propuso combatir la ignorancia del labrador mediante la fundación de escuelas agrícolas”* y criticó *“la falta de un comercio activo y de buenas comunicaciones. Aconsejó la rotación y diversificación de los cultivos, y la extirpación de las malezas. De paso señaló la importancia de los abonos y la necesidad de impedir la tala forestal en forma irracional. Abogó por el cultivo del lino y del cáñamo, por el establecimiento de fábricas de curtiembres y como la polilla era el enemigo mortal de los cueros apilados, bregó para que la ciencia hallase la ansiada solución. Con el fin de lograr un mejor nivel de la población campesina se manifestó partidario de las explotaciones agrarias por cooperativas, y de la enfiteusis, adelantándose así en doce años a la realización rivadaviana”*.

“Pónganse escuelas de campaña. Obliguen los jueces a los padres a que se mande sus hijos a la escuela. Y si hubiesen algunos que se resistiesen a su cumplimiento, tomen a su cargo los hijos y póngalos al cuidado de personas que los atiendan. Siempre he clamado por la educación. Sin educación, en balde es cansarse, nunca seremos más de lo que desgraciadamente somos”.

Lo económico

Un estado al servicio del mercado interno. Agil y capaz de generar educación y trabajo para todos. Dispuesto a introducir avances tecnológicos. Ese es el pensamiento de Belgrano, político economista.

“Los hornos del célebre Rumford, sólo se conocen aquí por Cerviño y Vieytes, que los han establecido para sus fábricas de jabón, y seguramente no debería haber casa donde no los hubiese mucho más notándose la falta de combustible, para lo cual no veo que se tomen disposiciones a pesar de nuestros recursos. Estos habitantes tienen todo su empeño en recoger lo que da la naturaleza espontáneamente, no quieren dejar al arte que establezca su imperio, y tratan de proyecto aéreo cuanto se intente con él”, escribió en setiembre de 1805.

Denunció como periodista del “Telégrafo Mercantil, Historiográfico, Rural y Político del Río de la Plata” a los estafadores del pequeño comerciante de la colonia. *“Otro mal imponderable al labrador y a los pueblos, es el de los usureros, enemigos de todo viviente, a estos que tragan la sustancia del pobre y aniquilan al ciudadano, se les debe considerar por una de las causas principales de la infelicidad del labrador, y como mal tan grande, no hay voces con qué exagerarlo”*, sostuvo entonces.

El desarrollo del mercado interno era la obsesión de Belgrano: *“Es preciso no olvidar que el comercio es el alma que vivifica y da movimiento al Estado, por la importancia de cuanto necesita y la exportación de sus frutos y efectos de industria, proporcionando a los pueblos, la permutación de lo superfluo por lo que les es necesario, y facilitándoles recíprocamente, todas las especies de consumo a precios cómodos y equitativos, y que por este medio los derechos y contribuciones moderadas, ascienden a una cantidad considerable, que siendo suficiente para las atenciones públicas, la pagan insensiblemente todos los individuos del estado”*, sintetizó en carta al gobernador de Salta, Feliciano Chiclana, el 5 de marzo de 1813.

Repudiaba la apertura indiscriminada de las fronteras porque *“la importación de mercaderías que impiden el consumo de las del país o que perjudican al progreso de sus manufacturas y de su cultivo y lleva tras si necesariamente la ruina de la nación”*. Agregó que *“si el mercader introduce en su país mercancías extranjeras que perjudiquen el consumo de las manufacturas nacionales. El estado perderá primero el valor de lo que ellas han costado en el extranjero; segundo, los salarios que el empleo de las mercancías nacionales habría procurado a diversos obreros; tercero, el valor que la materia prima había producido a las tierras del país o de las colonias; cuarto, el beneficio de la circulación de todos esos valores, es decir, la seguridad que ella habría repartido por los consumos sobre diversos otros objetos; quinto, los recursos que el príncipe o la Nación tienen derecho a exigir de la seguridad de sus súbditos”*, remarcó. Analizó que los fenómenos de corrupción dentro del estado son proporcionales a la miseria que padecen las mayorías: *“Desengañémonos: jamás han podido existir los estados, luego de que la corrupción ha llegado a pisar las leyes y faltar a todos los respetos. Es un principio que en tal situación todo es ruina y desolación, y si eso sucede a las grandes naciones, ¿qué no sucederá a cualquier ramo de los que contribuyen a su existencia?. Si los mismos comerciantes entran en el desorden y se agolpan al contrabando, ¿qué ha de resultar al comercio?; que se me diga, ¿qué es lo que hoy sucede al negociante que procede arreglado a la ley?. Arruinarse, porque no puede entrar en concurrencia en las ventas con aquellos que han sabido burlarse de ella”*.

Entiende la necesidad de la distribución de las riquezas cuando escribió que *“la repartición de las riquezas hace la riqueza real y verdadera de un país, de un estado entero, elevándolo al mayor grado de felicidad, mal podría haberla en nuestras provincias, cuando existiendo el contrabando y con él el infernal monopolio, se reducirán las riquezas a unas cuantas manos que arrancan el jugo de la patria y la reducen a la miseria”*.

Pero para lograrlo es fundamental la decisión política desde el estado.

“Nadie duda que un estado que posea con la mayor perfección el verdadero cultivo de su terreno, en el que las artes se hallen en manos de hombres industriosos con principios, y en el que el comercio por consiguiente se haga con frutos y géneros suyos, sea el verdadero país de la felicidad, pues en el se encontrará la verdadera riqueza, será bien poblado, y tendrá los medios de subsistencia y aún otros que le servirán de pura comodidad”, señalaba Belgrano.

Tampoco desconoció el dolor de la desocupación y su huella hacia el futuro: *“He visto con dolor sin salir de esta capital una infinidad de hombres ociosos en quienes no se ve otra cosa que la miseria y desnudas; una infinidad de familias que solo deben su subsistencia a la feracidad del país, que está por todas partes denotando la riqueza que encierra, esto es, la abundancia; y apenas se encuentra alguna familia que esté destinada a un oficio útil, que ejerza un arte o que se emplee de modo que tenga alguna más comodidad en su vida. Esos miserables panchos donde ve uno la multitud de criaturas que llegan a la edad de pubertad sin haber ejercido otra cosa que la ociosidad, deben ser atendidos hasta el último punto”*.

A Güemes le escribió en junio de 1819 una feroz comprobación: *“atúrdase V., en la Aduana de Buenos Aires hay depositados efectos cuyo valor pasa de cuarenta millones de pesos; vea V. si lográsemos que se extrajeran para el Interior, como tendríamos los fondos del Estado por derechos cinco millones que todo lo alentarían”*. Este párrafo es una profunda denuncia de la concentración de riquezas de parte del estado de Buenos Aires en contra del interior y a favor de un proyecto contrario por el que pelean los mejores hombres, *“los héroes de la Patria”*, al decir de Belgrano, las mayorías populares, en términos contemporáneos.

Lo cierto que Don Manuel hasta pensó en hacer navegable al río Bermejo, proyecto que hasta ahora, en el crepuscular inicio del tercer milenio sigue siendo una quimera para los argentinos.

En realidad, una clara descripción del movimiento de fuerzas productivas de un país pensado desde adentro en pleno ejercicio del desarrollo del mercado interno para que luego se extienda a otros rubros.

Es el mismo plan de Mariano Moreno, Artigas y San Martín.

El camino por el cual debería sostenerse *“la nueva y gloriosa Nación”* sobre *“la faz de la Tierra”*, como dicen los versos nunca cantados del Himno Nacional.

He allí el verdadero proyecto político económico inconcluso. El que todavía no se llevó adelante y que requiere una práctica autónoma y coherente con aquellos deseos incumplidos. En esas ideas fuerzas está la suerte de una Argentina para las mayorías.

De allí que Belgrano también sea parte de la necesaria historia política del futuro.

Urgencias, corrupción y compromiso existencial

“A Dios que el tiempo me apura”, le dijo en una carta a Moreno, el 8 de octubre de 1810. Confiaba convertir un ejército de gauchos en soldados para presentarlos como tales a sus *“compañeros de fatigas por la Patria”*.

Remató estancias y enfervorizado le indicaba al secretario de la Junta: *“Nada, mi amigo. Ya este edificio no viene abajo, Usted como más joven, lo disfrutará tranquilamente, y cooperando con sus conocimientos a su decoración y grandeza”*.

Atacó la corrupción y la describió.

“Mi amigo, todo se resiente de los vicios del antiguo sistema, y como en el era condición, sine qua non, el robar, todavía quieren continuar y es de necesidad que se abran mucho los ojos en todos los ramos de la administración, y se persiga a los pícaros por todas partes, porque de otro modo, nada nos bastará. Basta mi amado Moreno, desde las 4 de la mañana estoy trabajando y ya no puedo conmigo”, redactó el 20 de octubre de 1812.

Una y otra vez habla de la corrupción de los dirigentes que ocupan cargos en el naciente estado: *“Tomando la máscara de patriotas no aspiran sino a su negocio particular y a desplegar sus pasiones contra quienes suponen enemigos del sistema acaso con injusticia, porque desprecian su conducta artificiosa y rastrera”*. Repetía: *“No veo más*

que pícaros y cobardes por todas partes y lo peor es que no vislumbro todavía el remedio de este mal”.

Es un apasionado. Siente bronca, impotencia, grita y sigue adelante.

Se siente empujado por una creencia y tiene ideas políticas y económicas para el futuro.

Por eso dice frases como estas: *“En vano se quema uno la sangre”*; *“dinero y pólvora y vamos adelante”*; *“la tropa está toda desnuda, después de haber viajado más de 400 leguas, casi siempre con aguas, ni la falta de lienzos, porque estos pueblos se hallan en la mayor miseria”*; *“tengo al ejército falto de todo”*; *“que no se oiga ya que los ricos devoran a los pobres y que la justicia es para aquellos”*; se queja, arde y exige Belgrano ya transformado en militar, lejos de Buenos Aires, de las comodidades que supo ganarse y a punto de comprobar que la revolución que impulsa lo dejará exiliado en sus propias tierras.

Habla de la *“España Americana”*, una idea que refuerza la interpretación de que la revolución tenía un concepto liberal contra la dominación napoleónica y que fue antimonárquica y antieuropea. Se funda en la identidad que dio el virreynato del Río de la Plata pero se proyecta continental y autónoma. Por eso insiste en su origen, habla de *“los Americanos”*.

“Siempre me toca la desgracia de buscarme cuando el enfermo ha sido atendido por todos los médicos y lo han abandonado: es preciso empezar con el verdadero método para que sane, y ni aún para esto hay lugar; porque todo es apurado, todo es urgente y el que lleva la carga es quien no tuvo la culpa de que el enfermo moribundo acabase”, le dijo a Rivadavia el 30 de junio de 1812. Pero Belgrano seguirá adelante.

“La vida es nada si la libertad se pierde”, le escribió a Gaspar de Francia en enero de 1812, en cuyo texto subordina la suerte individual a la colectiva. *“No me atrevo a decir que amo más que ninguno la tranquilidad, pero conociendo que si la Patria no la disfruta, mal la puedo disfrutar yo”*, sostuvo Belgrano. Y era cierto.

Paraguay

“A mi turno me tocó ser testigo de los hechos: contrahechos que provocaron su expedición. Desde el retiro de mi chacra en Ybyray los observé atentamente, como usted desde su establecimiento en Mercedes. Sin embargo, tuve más suerte. Tres veces más suerte: La que su invasión terminara en evasión; la que tengo ahora de ser su amigo; la de ir cabalgando con usted por este azul del cielo paraguayo. Jefe honorable de una misión de paz usted, general, viene a proponer al Paraguay no la aberración de una “independencia protegida” sino un tratado igualitario y fraterno. Lector adicto de Montesquieu, de Rosseau, como lo soy yo, podemos coincidir con las ideas de estos maestros en el proyecto de realizar la libertad de nuestros pueblos. Usted, general, es uno de los poquísimos católicos a quienes el papa concedió licencia en la forma más amplia para leer todo género de libros condenados aunque fuesen heréticos, a excepción de los de astrología judiciaria, obras obscenas, literatura libertina. No diré que el Contrato y los otros libros de avanzada encierren toda la sabiduría que nos hace falta para proceder en las principales ideas. Puntos de partida en la lucha por la independencia, libertad y prosperidad de nuestras patrias. Es con este espíritu con el que estoy redactando el borrador del tratado que hemos de firmar mañana”, dice Augusto Roa Bastos en su extraordinaria novela “Yo el Supremo”, una recreación de la vida de Gaspar de Francia, jefe del estado paraguayo durante cuarenta años.

En varios pasajes del libro, Roa Bastos interpreta la expedición de Belgrano como una invasión y que luego de ser derrotada hace cambiar el punto de vista del abogado revolucionario y lo termina reivindicando, tal como se lee en este párrafo.

“Junto a la pila de agua bendita va desplazándose la larga caravana de los que traen en brazos a sus críos para la ceremonia del bautismo en la que el general Belgrano hace de padrino general. Se lo han suplicado colectivamente. Él ha aceptado la imposición con su natural bondad, y ahora la procesión de padres legítimos y naturales está allí. Van depositando en sus brazos millares de párvulos que por virtud de las aguas los convierte en ahijados y a sus padres y/o madres en compadres y comadres del general. Hace horas que está de pie junto a la pila, en el atrio. La catedral, reclinada como una nueva torre de Pisa, amenaza a cada momento desplomarse. Cruje, rechina amenazadoramente la iglesia matriz por las contrabocas de sus grietas. Impávido Belgrano, va alzando a las criaturas sobre el redondo Jordán...”, agrega Roa Bastos.

Más allá de la ficción –formidable, por cierto- del escritor, hay una valoración política no solamente sobre Belgrano sino del cambio de actitud del propio jefe del ejército expedicionario enviado por Buenos Aires que empieza a observar la realidad de los pueblos que desconoce ya no con los prejuicios porteños sino desde la percepción que va adquiriendo a medida que avanza hacia el interior de América.

En ese viaje de alucinación por las costas de los esteros del Iberá, cuando debió cruzar el Paraná en lomo de cueros de vacas mientras sus textos son leídos en Buenos Aires en “La Gazeta”, en aquellas batallas desiguales donde los paraguayos terminaron pasando por arriba a las tropas de Mayo de 1810, Belgrano empieza a comprender que el protagonismo popular será el único elemento que convertirá la guerra en una victoria y que, para ello, es necesario respetar los tiempos, los modos y la cultura de cada pueblo adonde llega.

Belgrano asiste a su propia transformación porque el viaje colectivo que emprende desde la revolución porteña a la independencia tucumana será también el peregrinaje de su conciencia: la guerra popular americana tiene otros orígenes, anteriores y mucho más amplios que Buenos Aires.

En Paraguay resuenan las batallas de los guaraníes y los jesuitas; en Jujuy, Salta, Tucumán y el Alto Perú se encontrarán con los ecos de las rebeliones calchaquíes y la memoria de Tupac Amaru.

No es una revolución del puerto hacia el interior, como pretende Buenos Aires; es un largo proceso que viene desde las entrañas de América y que confluirá con las ideas de distintos lugares.

Para el historiador paraguayo, Isabelino Martínez Galeano, “a lo largo de la historia paraguaya se perdió el hilo que une los distintos pueblos de la región. Pero en estos tiempos del bicentenario de la independencia paraguaya surgieron nuevos aportes que tienden a revisar esa historia. De tal manera, Belgrano surge como un embajador, como un hombre que se asienta en una comunidad guaraní y que busca el apoyo de otras misiones”, apunta en diálogo con este cronista.

Agrega que aquel encuentro con Gaspar de Francia es “la reunión de dos grandes estadistas que buscaron y lograron hacer un solo país. Fue un encuentro de hermanamiento. Y también es preciso decir que ya no hablamos de doscientos años de historias sino de más de cuatrocientos años. Porque es fundamental recuperar el ser misiónense donde se encuentran las raíces de cuatro países como Paraguay, Argentina, Brasil y Uruguay”, sostiene Martínez Galeano.

Según el investigador, “esta necesidad de visitar estos valores deberán servir para lograr algo que en guaraní se dice yapoi que, deformado, significa regalo pero que en realidad quiere decir solidaridad y encuentro y eso es lo que tenemos que sacar de esta historia. Volver a pensar más allá de las fronteras individuales y soñar con la Gran Tierra Sin Mal de los guaraníes porque todos venimos de allí”, apunta Isabelino.

El por qué de la bandera

“He dispuesto para entusiasmar las tropas y estos habitantes que se formen todas aquellas y hablé en los términos de la copia que acompaño. Siendo preciso enarbolar Bandera y no teniéndola la mandé hacer blanca y celeste conforme a los colores de la escarapela nacional, espero que sea de la aprobación de VE”, remitió al gobierno desde Rosario el 27 de febrero de 1812.

“No había bandera y juzgué que sería la blanca y celeste la que nos distinguiese como la Escarapela y esto con mi deseo de que estas provincias se cuenten como una de las Naciones del globo, me estimuló a ponerla. Vengo a estos puntos, ignoro como he dicho, aquella determinación, los encuentro fríos, indiferentes y, tal vez, enemigos; tengo la ocasión del 25 de Mayo, y dispongo la bandera para acalorarlos, y entusiasmarlos, ¿y habré, por esto, cometido un delito?. Lo sería si a pesar de aquella orden, hubiese yo querido hacer frente a las disposiciones de VE, no así estando enteramente ignorante de ella, la cual se remitiría al Comandante del Rosario y la obedecería, como yo lo hubiera hecho si la hubiese recibido”, respondió Belgrano a la acusación en su contra por haber inventado la bandera.

“La bandera la he recogido y la desharé para que no haya ni memoria de ella y se harán las banderas del regimiento número seis, sin necesidad de que aquella se note por persona alguna, pues si acaso me preguntaren por ella, responderé que se reserva para el día de una gran victoria para el ejército, y como esta está lejos, todos la habrán olvidado y se contentarán con lo que se les presente” dijo con amargura y bronca.

“En esta parte VE tendrá su sistema al que me sujeto, pero diré también, con verdad, que como hasta los indios sufren por el Rey Fernando VII y les hacen padecer con los mismos aparatos que nosotros proclamamos la libertad, ni gustan oír el nombre de Rey, ni se complacen con las mismas insignias con que los tiranizan”, desafía Manuel.

“Puede VE hacer de mi lo que quiera, en el firme supuesto de que hallándose mi conciencia tranquila y no conduciéndome a esa, ni otras demostraciones de mis deseos por la felicidad y glorias de la Patria, otro interés que el de esta misma, recibiré con resignación cualesquier padecimiento, pues no será el primero que he tenido por proceder con honradez y entusiasmo patriótico”, remarcó.

“Mi corazón está lleno de sensibilidad, y quiera VE no extrañar mis expresiones, cuando veo mi inocencia y mi patriotismo apercibido en el supuesto de haber querido afrontar sus superiores órdenes, cuando no se hallará una sola de que se me pueda acusar, ni en el antiguo sistema de gobierno y mucho menos en el que estamos y que a VE no se le oculta...sacrificios he hecho por él”, terminaba aquella carta del 18 de julio de 1812.

A pesar de haber sido acusado de insubordinación, juzgado en dos oportunidades más por supuesta impericia y perseguido por la indiferencia de Buenos Aires, Belgrano siguió ocho años más bregando por el nuevo país imaginado y soñado en las febriles jornadas de mayo de 1810.

La osadía de haber creado la bandera lo exilió en forma definitiva de los intereses del puerto en relaciones carnales ya con Gran Bretaña.

Su ardiente pasión sería usada para terminar la guerra de la independencia pero sus ideas políticas económicas fueron sepultadas bajo la falsificación histórica y su suerte individual disuelta en la pobreza.

Mitre, sesenta años después, alzaría el pedestal de un Belgrano vacío de contenido, saqueado de sus proyectos y deseos.

Ese es el Belgrano que hay que continuar para que haya futuro en la Argentina.

De eso hablan estas líneas.

Soberanía y respeto para los vencidos

Con respecto a las relaciones con las potencias europeas, Belgrano sugería una posición política abierta pero firme en el concepto de la soberanía.

“Ellas (las naciones europeas) tendrán cuidado de traernos lo que necesitemos, y de buscar nuestra amistad por su propio interés...es preciso hacerse respetar y que se guarde el decoro debido al gobierno; lo demás nos traerá infinitos males: cuando se mande una cosa, o siquiera se diga, es preciso sostenerla aunque vengan rayos, lo demás se reirán de VS y los burlarán”, aconsejó.

No son pocas las cartas en las que Belgrano marca el trato que debe dársele a los prisioneros de guerra. Palabras que vienen bien contradecirlas con los dichos y hechos de los generales que dijeron continuarlo en los años setenta del siglo XX.

“No les falte el alimento precio, tomando las providencias al efecto, del lugar donde deberán parar; que asimismo ningún individuo los insulte sino que sean bien tratados en la carrera toda”, ordenó en la misma línea de pensamiento de San Martín y hasta del propio Chacho Peñaloza que luego sería ultimado de la manera más perversa.

Este Belgrano que no para de reclamar armas y dinero para los suyos, es un político metido a militar que tiene en claro que la soberanía y los gestos cotidianos hacen a la coherencia y al éxito de un proyecto colectivo y estatal.

Semejantes frases también fueron escamoteadas de la historia oficial y del Billiken.

“Soy de la opinión, mi amigo, que hasta las acciones felices en la milicia, deben juzgarse”, sostuvo. Con una concepción de la ética pública distante de los hechos practicados en los últimos treinta años de historia política argentina.

“El ganado no aparece y yo no lo he de arrebatar de los campos, tampoco los caballos que me dice el delegado directorial, y ni pienso tocar uno que no sea venido de ese modo...desengañémonos, nuestra milicia, en la mayor parte, ha sido la autora, con su conducta, de los terribles males que tratamos de cortar”. Era abril de 1819. Un anticipo del saqueo material y humano que se llevó adelante durante el terrorismo de estado entre 1976 y 1983.

El desprecio de Buenos Aires

Un Belgrano que puesto en *“descubridor”* del país y su gente real, critica los planes hechos desde los escritorios del puerto bonaerense siempre proclive a inclinarse ante lo extranjero y ningunear el interior.

“Para el tratado, que se criticará por los que viven tranquilos en sus casas y discurren con el buen café y botella por delante, mas he tenido en vista la unión de los Americanos y aun de los de Europa, que otra cosa; y si no me engaño me parece que la he de conseguir...Quisiera volar al Interior; pero es mucho lo que hemos sufrido y después de una acción tan reñida hay mucho que componer, mucho que arreglar; por otra parte, el tiempo de aguas nos es muy perjudicial y se me ha enfermado la gente del maldito chuchó, bien que no es extraño pues se han padecido aguas, hambres, vigalias y cuanto es consiguiente para haber logrado lo que se logrado”, describió desde Salta, el 28 de febrero de 1813. Su lector era nada menos que Juan José Paso, otro de los 162 que se atrevieron a inventar un país aquel 25 de mayo de 1810.

“Siempre se divierten los que están lejos de las balas y no ven la sangre de sus hermanos, ni oyen los ayes de los infelices heridos; también son esos mismos los a propósito para criticar las determinaciones de los jefes; por fortuna dan conmigo que

me río de todo y que hago lo que me dicta la razón, la justicia y la prudencia, que no busca glorias sino la unión de los Americanos y prosperidad de la Patria", vuelve a desafiar Belgrano.

El puerto lo desprecia. *"De Buenos Aires me apuran, según costumbre, y no quieren creer lo que cuesta cada movimiento del Ejército: ya se ve, están lejos, y no conocen el país, o no lo han estudiado"*, escribía en mayo de 1813.

Exigió coherencia pero sabe que su voz será olvidada en un páramo político. Lo usarán pero no llevarán adelante sus ideas. *"Si los encargados de la autoridad pública en todos los pueblos no ponen su conducta y los sentimientos de su corazón en concordancia con sus palabras, y si unos destruyen por una parte, al paso que otros edifican por otra, a costa de los mayores desvelos y sacrificios"*, apuntó en setiembre de 1813.

Pero Belgrano ya sabía su condena.

Su manera de actuar y pensar, su adhesión permanente al proyecto de Mariano Moreno y su idea de hacer política desde las masas, lo sentencian.

"Nada puedo remediar, nada puedo hacer; y sólo me pongo en las manos de la Providencia por no caer en una desesperación espantosa", escribió en octubre de 1816.

Ya había sufrido un tercer consejo de guerra y comenzaba a ser perseguido por sus amores con Dolores Helguero.

Todavía sufriría cuatro años más de soledad.

"Es preciso revestirnos de paciencia y sufrir la pobreza", le confesó a Güemes en enero de 1817.

Un año antes de morir, en marzo de 1819, le escribió al hacendado Cornelio Saavedra y se calificó de formar parte de un grupo de *"pobres diablos"* que andan *"en trabajos"*. Saavedra lo ignoró.

Su última carta, la del 9 de abril de 1820, es una confesión de derrotas.

Un descenso personal y colectivo. *"Nada se de la familia desde que salí de esa, no he podido escribir, por mis males, y porque además, las incomodidades del camino no me lo han permitido...Me he encontrado con el país en revolución..."*, dice el texto y luego se pierden las palabras de Belgrano por una rotura del papel.

Ya ni siquiera tiene la bandera de Vilcapugio.

No tiene dinero ni honores. El país que descubrió se hace a imagen y semejanza de los pocos que disfrutaron mientras sus vísceras se enfermaban al conjuro del desprecio de sus ideas políticas y económicas.

Se murió el 20 de junio de 1820. Le pagó a su médico de cabecera con una incrustación de oro que tenía en su dentadura.

El estado nacional conformado después de los años setenta del siglo XIX lo convertiría en un héroe de la abnegación y nada más que eso. Al servicio de la imagen de un político sumiso frente a los militares. Le otorgarán el rango de creador de la bandera pero jamás contarán que era un símbolo para enfrentar la indiferencia. Un símbolo para movilizar a los anónimos en pos de un proyecto nuevo, distinto. Tampoco se dirá que semejante invención mereció la desaprobación y su primer consejo de guerra.

Belgrano fue un político que pensó un país para las mayorías desde un estado que fomentara una economía basada en el mercado interno, la educación, el empleo y la soberanía política en relación íntima con los demás países de América del Sur.

El sujeto histórico para Belgrano eran las masas del interior del país.

Creía en la honestidad y en la ética pública como concepto preliminar para exigir morales individuales. Donó, permanentemente, la mitad de su sueldo.

Nunca renunció a la lucha iniciada en los días de mayo de 1810.

Este Belgrano desconocido, desfigurado por tantas avenidas, bronce, parques y monumentos, es el que necesariamente les habla a los contaminados por la indiferencia que el sistema esparce entre los que son más en estos arrabales del mundo. No solamente su proyecto es indispensable para modificar el presente, sino también su pasión por transformar las individualidades a partir de la ética y la coherencia de los dirigentes.

La suerte de una carta

Jesualdo Sosa, escritor y maestro uruguayo, en su libro “Artigas, del vasallaje a la revolución”, sostuvo que hacia 1819 se produjo un intento de acercamiento entre el caudillo oriental y San Martín que no se concretó.

“Este año 19 que comienza, no presenta para Artigas, mejor rostro, a pesar de los triunfos de sus tenientes en el Litoral, quienes le aseguran cierto reposo en cuanto a Buenos Aires. La resistencia de esta región le está saliendo cara al Directorio. San Martín, el héroe indiscutido del momento no accedió a los ruegos de Pueyrredón para enviar tropas contra las montoneras, a pesar de participar de su política”, comentó el escritor.

Y agregó que San Martín escribió a Artigas: “No puedo ni debo analizar las causas de esta guerra entre hermanos; lo más sensible es que siendo todos de iguales opiniones en sus principios, es decir, a la emancipación e independencia absoluta de España...debemos cortar toda diferencia”.

“Cada gota de sangre americana que se vierte por nuestros disgustos me llega al corazón. Paisano mío, hagamos un esfuerzo, transemos todo y dediquémonos únicamente a la destrucción de los enemigos que quieren atacar nuestra libertad. Unámonos contra los maturrangos bajo las bases que Vd. crea y el gobierno de Buenos Aires más conveniente y después que no tengamos enemigos exteriores, sigamos la contienda con las armas en la mano, en los términos que cada uno crea por conveniente: mi sable jamás se sacará de la vaina por opiniones políticas, como éstas no sean en contra de los españoles y su dependencia”, sostuvo San Martín desde Mendoza el 13 de marzo de 1819.

La carta nunca llegó a destino.

“Artigas no llega a recibir esta carta que es interceptada por Belgrano, pero la actitud de San Martín acalora el genio de Pueyrredón”, relata Jesualdo.

¿Qué hubiera pasado si San Martín y Artigas comenzaban a intercambiar opiniones, experiencias y proyectos?.

Los proyectos económicos y políticos de los dos José

Cuando San Martín arribó a las Provincias Unidas del Río de La Plata, en marzo de 1812, Artigas ya era el líder popular que condujo la marcha de más de veinte mil personas en octubre del año anterior en lo que se conoció como el éxodo oriental.

Hacia 1820, ambos, San Martín y Artigas, eran considerados enemigos de Buenos Aires por sus posiciones políticas contrarias al directorio que se había apropiado e invertido del proyecto surgido en mayo de 1810, según el Plan de Operaciones pensado y escrito por Mariano Moreno.

Artigas caminaba hacia el corazón de la selva paraguaya, después de guerrear durante una década contra españoles, portugueses, porteños y sus ex lugartenientes, Francisco Ramírez y Estanislao López.

San Martín, en tanto, desde el 2 de abril de 1820, había dejado de ser general a sueldo del estado manejado por la burguesía de Buenos Aires y se convirtió, desde entonces, en general del primer ejército popular en operaciones, el de Los Andes.

Pero en ese tramo de ocho años en el que compartieron el principal escenario de las confrontaciones sociales, políticas y económicas de Sudamérica, Artigas y San Martín, cuando tuvieron la posibilidad de desarrollar sus propias ideas desde el poder regional, mostraron similitudes que terminaron por enfrentarlos a los nuevos dueños del país.

La cuestión social y Gran Bretaña

“El virreinato, creado en 1776, y la Argentina después, iban a ser un embudo en cuanto al desarrollo de las fuerzas productivas y a la estructura económica, por cuyo pequeño agujero, el puerto de Buenos Aires, se vertería al mundo la enorme producción de oro y plata del Alto Perú”, sostuvo el historiador Nahuel Moreno.

Para el lúcido Juan Bautista Alberdi, “la organización virreinal fue impuesta por España para perpetuar esta región como colonia y tendía a impedirle ser nación”.

Esta interpretación histórica es vital para relativizar la supuesta traición sanmartiniana al proyecto de una unidad latinoamericana que, en los hechos, no existía.

El propio Simón Bolívar sostuvo que “es una idea grandiosa pretender formar de todo el mundo nuevo una sola nación” ya que tienen “un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, deberían por consiguiente tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse mas no es posible porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes dividen la América”.

Según Milcíades Peña, “la independencia de las colonias inglesas del Norte produjo la unidad de aquellos estados en los Estados Unidos de Norteamérica. Eso fue posible porque ya existía la estructura de un mercado interno común con intereses capitalistas interesados en soldarlos mediante una sólida unión política”.

Sin embargo, “en las colonias españolas ocurrió lo contrario. Los intereses capitalistas más sólidos y poderosos no se orientaban hacia el mercado interno, sino hacia el mercado mundial. Y las clases con intereses en el mercado interno eran pequeños productores atrasados, destinados a desaparecer ante la competencia de las muy superiores industrias europeas”.

Hacia 1810 aquel modelo de país diseñado en torno a la exportación de los metálicos del Alto Perú por el puerto de Buenos Aires entró en crisis (la mina de plata de Potosí se inundó y dejó de funcionar) y surgió la ganadería en la zona del Litoral.

En forma paralela, dos años antes de la llegada de San Martín a estas tierras, se fundaba la Cámara Comercial Británica. También en el año de la revolución se estableció el primer saladero, en Ensenada. Había, en Buenos Aires, un poco más de 35 mil habitantes y solamente el diez por ciento sabía leer y escribir. Entre la población se destacaban seis mil negros que luego pasarían a ser ninguneados por la historia oficial.

A fines de 1811 surgió el primer Triunvirato integrado por Paso, Chiclana y Sarratea, con Bernardino Rivadavia como secretario. Son días difíciles para los hombres más comprometidos con la idea de inventar una nueva nación con justicia social y libre de toda dominación extranjera. El 4 de marzo de aquel año 11, fue asesinado Mariano Moreno; el 6 de junio la Junta Grande dispuso el procesamiento de Manuel Belgrano por sus derrotas en Paraguay y Tacuarí; y en diciembre se detuvo y se le inició juicio al orador de la revolución de mayo, enfermo de cáncer en la lengua, Juan José Castelli, por su comandancia al frente del Ejército Expedicionario del Alto Perú. Escribirá en un cuaderno de tapas rojas: “Si ves al futuro dile que no venga”.

En 1815 apareció “Las Higuieritas”, cuyos propietarios eran Rosas, Terrero y Anchorena, en Monte Chingolo.

Allí comenzó a invertirse el desarrollo no solamente económico, sino también demográfico del país.

Porque hasta los primeros quince años del siglo XIX más de la mita de la población vivía en la zona del noroeste argentino.

Cuando las fuerzas productivas, la burguesía porteña en relación con Gran Bretaña y la naciente oligarquía ganadera del Litoral y la provincia de Buenos Aires, reemplazaron a

la burocracia minera del Alto Perú, la decisión política fue trasladar la guerra por la independencia justamente a los territorios más densamente habitados.

De tal forma la estructura social de las Provincias Unidas del Río de La Plata presentaba a sectores importadores, librecambistas a ultranza; productores para el mercado interno, proteccionistas; y exportadores que viraban en sus posiciones políticas de acuerdo a las coyunturas comerciales.

Por otro lado estaban los quinteros, artesanos y lecheros de los pueblos y ciudades, directamente vinculados al mercado regional. También se debe sumar al sector de los gauchos que “vivían en los intersticios de la sociedad colonial y persistieron cuando el país ya se había independizado”, según describió Nahuel Moreno.

Frente a ese modelo en descomposición, España invadida por las tropas napoleónicas, surgió el interés de Gran Bretaña por las ex colonias peninsulares.

Para Mariano Moreno, autor del programa político de la revolución de Mayo, el ya citado Plan de Operaciones, era necesario “elevar cargos contra el virrey Cisneros y las autoridades españolas por haber atentado contra el bienestar general al conceder franquicias de comercio libre con los ingleses, el que ha ocasionado quebrantos y perjuicios”.

La idea de este ensayo es demostrar que el proyecto de Moreno fue llevado a cabo por Artigas y San Martín y en defensa del mercado interno y por lo tanto, opositor a las ideas de la corona inglesa.

El programa político de la revolución de mayo

Agosto de 1810. El secretario de la primera junta de gobierno, doctor Mariano Moreno es el encargado de redactar el programa político y económico que le dará encarnadura al invento de 162 personas que el 25 de mayo decidieron hacer un nuevo país y separarse de España.

Moreno escribirá el “Plan de Operaciones. Que el gobierno provisional de las Provincias Unidas del Río de la Plata debe poner en práctica para consolidar la grande obra de nuestra libertad e independencia”.

Para la junta era vital el proyecto, el horizonte hacia donde marchar.

La situación no podía ser peor: “En el estado de las mayores calamidades y conflictos de estas preciosas provincias; vacilante el gobierno; corrompido del despotismo por la ineptitud de sus providencias, le fue preciso sucumbir, transfiriendo las riendas de él en el nuevo gobierno provisional de las Provincias Unidas del Río de la Plata, quien haciéndose cargo de la gran máquina de este estado, cuando se halla inundado de tantos males y abusos, destruido su comercio, arruinada su agricultura, las ciencias y las artes abatidas, su navegación extenuada, sus minerales desquiciados, exhaustos sus erarios, los hombres de talento y méritos desconceptuados por la vil adulación, castigada la virtud y premiados los vicios...”, describieron los integrantes del gobierno provisional el 18 de julio de 1810.

Moreno define la revolución como un proyecto sudamericano: “El sistema continental de nuestra gloriosa insurrección”.

Para el secretario es necesario modificar la estructura social: “tres millones de habitantes que la América del Sud abriga en sus entrañas han sido manejados y subyugados sin más fuerza que la del rigor y capricho de unos pocos hombres”. Moreno sabe que los privilegios deben ser suprimidos si en verdad se quiere crear “una nueva y gloriosa nación”, como dirá más tarde una de las estrofas mutiladas del Himno Nacional.

Por ello quiere insuflar de decisión política al nuevo estado para que sea herramienta de distribución de riquezas: “qué obstáculos deben impedir al gobierno, luego de consolidar el estado sobre bases fijas y estables, para no adoptar unas providencias que aún cuando parecen duras para una pequeña parte de individuos, por la extorsión que pueda causarse a cinco mil o seis mil mineros, aparecen después las ventajas públicas que resultan con la fomentación de las fábricas, artes, ingenios, y demás establecimientos en favor del estado y de los individuos que las ocupan en sus trabajos”. Y agrega que “si bien eso descontentará a cinco mil o seis mil individuos, las ventajas habrán de recaer sobre 80 mil o 100 mil”.

Un estado que arbitre lo necesario para cumplir el objetivo de la política, según el propio Moreno, que es “hacer feliz al pueblo”. Un estado que vuelque su poder en favor de las mayorías y en contra de los intereses minoritarios.

“Es máxima aprobada que las fortunas agigantadas en pocos individuos, a proporción de lo grande de un estado, no sólo son perniciosas, sino que sirven de ruina a la sociedad civil, cuando solamente con su poder absorben el jugo de todos los ramos de un estado, sino cuando también en nada remedian las grandes necesidades de los infinitos miembros de la sociedad, demostrándose como una reunión de aguas estancadas que no ofrecen otras producciones sino para el terreno que ocupan pero que si corriendo rápidamente su curso bañasen todas las partes de una a otras no habría un solo individuo que no las disfrutase, sacando la utilidad que le proporcionase la subsistencia política, sin menoscabo y perjuicio”, escribió Moreno.

Prohíbe las importaciones que “siendo como un vicio corrompido, son de un lujo excesivo e inútil, que deben evitarse principalmente porque son extranjeras y se venden a más oro de los que pesan”.

Asimismo se define contra el comercio libre sin aranceles aduaneros que “ha arruinado y destruido los canales de la felicidad pública por la concesión a los ingleses”, sostiene el Plan de Operaciones.

Hay también un proyecto de desarrollo del mercado interno y proteccionista de su comercio y su industria: “se pondrá la máquina del estado en un orden de industrias lo que facilitará la subsistencia de miles de individuos”.

El futuro del país pensado por Moreno “será producir en pocos años un continente laborioso, instruido y virtuoso, sin necesidad de buscar exteriormente nada de lo que necesita para la conservación de sus habitantes”.

Durante una década no habrá interés particular por sobre las necesidades del estado revolucionario: “se prohíbe absolutamente que ningún particular trabaje minas de plata u oro, quedando al arbitrio de beneficiarla y sacar sus tesoros por cuenta de la nación, y esto por el término de diez años, imponiendo pena capital y confiscación de bienes con perjuicio de acreedores y de cualquier otro que infrigiese la citada determinación”.

Repite su cuestión de estado a favor de una igualdad garantizada desde el poder: “las fortunas agigantadas en pocos individuos, a proporción de lo grande de un estado, no solo son perniciosas, sino que sirven de ruina a la sociedad civil, cuando no solamente con su poder absorben el jugo de todos los ramos de un estado”.

No era solamente una advertencia sobre aquel presente, sino una profecía para los tiempos que vendrían.

“La política económica desarrollada por la Junta apunta a lograr los objetivos del Plan. Se sanciona la creación de un fondo para impulso a la industria minera, se distribuyen tierras en la pampa bonaerense fijando límites de extensión para evitar la formación de grandes haciendas, se mantienen los aranceles a la importación no obstante la presión de los comerciantes ingleses (su rebaja se hará efectiva bajo el primer Triunvirato de

1811), se promueve un censo para conocer los recursos naturales y bienes disponibles y el Estado acomete la empresa de fabricar fusiles en Buenos Aires y Tucumán, mientras se levanta una fábrica de pólvora en Córdoba”, explica el historiador Norberto Galasso. También señala que bajo el férreo mando de Moreno, la revolución avanza: en el Alto Perú, Castelli derrota al absolutismo y entabla buenos contactos con los pueblos originarios; en Chile se produce el primer grito de libertad; y en la Banda Oriental, empiezan a moverse esos hombres que el propio abogado señaló en el Plan como indispensables para expandir el proceso de transformación: Gervasio Artigas y sus primos, Valdenegro, Baltasar Vargas y otros.

“La mayor parte de la Junta lo apoya, pero tanto la burguesía comercial porteña, como algunas fuerzas reaccionarias del interior (el obispo Molina, de Cuyo), trenzan vínculos con el grupo más moderado de las fuerzas armadas que se expresa en Saavedra. Ese frente lo acorralla en diciembre de 1810, justamente cuando dos de sus hombres de confianza –Castelli y Belgrano- se hallan al mando de tropa pero a muchos kilómetros de distancia y sólo French, al comando del regimiento Estrella, se halla cerca para apuntalarlo. La incorporación de los diputados del interior –comandados por dos sacerdotes: Funes y Molina- al aliarse al saavedrismo, va dirigido a colocarlo a Moreno en minoría arrebatándole la conducción de la Junta”, señala Galasso.

-Conseguí lo que me propuse. El pueblo todo, el sensato digo, elogió mi modo de obrar y ha mirado con execración a este Demonio del Infierno – dijo entonces Saavedra.

“La burguesía comercial porteña –usando a Saavedra, a quien luego arrojará como limón exprimido para dar paso al influjo de Rivadavia sobre el Primer Triunvirato- tuerce así el curso de la Revolución, apropiándose en su beneficio. Con el primer Triunvirato, traicionará a Artigas y bajará los aranceles de importación a la mercadería inglesa. Vicente Fidel López da una opinión contundente sobre este giro reaccionario del proceso de Mayo: “El poder revolucionario en manos de Saavedra y de su partido no tuvo otro fin que el de consolidar el influjo predominante de la facción oligárquica”. Eran los hombres “de peso y de pesos, los patricios o padres conscriptos del Municipio, entre los cuales nunca falta un Catón El Censor contra un Escipión, un Escalada a la cabeza de los Escaladas y de cien como ellos” y enumera, luego, los apellidos de los nuevos dueños del poder: Pueyrredón, Rivadavia, Esclada, García, Arroyo, Riglos, Lezica y toda la clase de fortuna asentada a que pertenecían y que encabezaban. La Revolución, sin embargo, resurgiría luego bajo otras formas: en la lucha de Artigas en todo el litoral, en Monteagudo y la Sociedad Patriótica y en la campaña hispanoamericana de San Martín”, remarca Galasso.

El 4 de marzo de 1811 Moreno fue envenenado frente a las costas brasileñas y junto a su cuerpo también desapareció la voluntad política de generar y sostener un estado revolucionario.

La metáfora del cuerpo del revolucionario sumergido y desaparecido en el Atlántico es un macabro prólogo de lo que sucedería en los años setenta del siglo XX con aquellos que intentaban un cambio estructural en la sociedad argentina.

Sin embargo, las ideas políticas y económicas del Plan de Operaciones serían puestas en marcha por Artigas y San Martín cada vez que les tocó llevar adelante una tarea de gobierno.

He allí un camino abierto y un proyecto todavía no realizado.

Los hechos sanmartinianos y artiguistas

“La mayoría de los próceres de 1810 eran hacendados, comerciantes o barranqueros asociados con alguna casa de comercio británica, “los intereses particulares” que Castlereagh quería formentar. A los tres días de instalada, la Primera Junta levantó la prohibición al comercio con extranjeros; a los quince días redujo los impuestos a la exportación de cueros y sebo, del 50 al 7,5 por ciento; a los 45 días autorizó la exportación de metálico; a los sesenta días suprimió el impuesto especial del 54 por ciento que gravaba a los artículos de algodón del comercio inglés”, indicaron los colaboradores de Rodolfo Walsh y el propio periodista desaparecido en un estudio sobre San Martín publicado por el Centro de Estudios Argentinos “Arturo Jauretche”, en febrero de 1978.

Alberdi escribió que para Buenos Aires, “mayo significa independencia de España y predominio sobre las provincias; la asunción por su cuenta del vasallaje que ejercía sobre el virreinato en nombre de España. Para las provincias, Mayo significa separación de España y sometimiento a Buenos Aires, reforma del coloniaje, no su abolición”.

En ese contexto tanto Artigas como San Martín, representantes de los pueblos del interior, comenzaron a producir hechos políticos, tomar decisiones económicas y establecer líneas diferentes a los intereses que se adueñaron del sueño de mayo.

La política de San Martín

El primer triunvirato, constituido por Juan José Paso, Manuel de Sarratea y Chiclana, resolvió crear un impuesto que gravaba con un 20 por ciento el consumo interno de carne. En forma paralela eliminó distintas tasas que regulaban la exportación.

Semejante decisión de política económica generó la primera aparición pública de San Martín y sus granaderos. Ocuparon la Plaza de la Victoria, la de Mayo, y recién se retiraron cuando fueron designadas nuevas autoridades políticas.

El 3 de abril de 1815 el ejército que el director Carlos Alvear había enviado para reprimir a los artiguistas se sublevó contra la autoridad porteña. En Mendoza, en tanto, San Martín reunió a una Junta Militar que llamó tirano a Alvear y un cabildo abierto declaró rotos los vínculos con Buenos Aires. San Martín dejó de ser comisionado de la ciudad puerto y fue designado gobernador “electo por el pueblo”.

Setiembre de 1816. A los pies de la cordillera de Los Andes, San Martín sabe que no encontrará aliados entre los porteños o los representantes de la burguesía, por ello encara la alianza con los indios del sur mendocino.

“Los he convocado para hacerles saber que los españoles van a pasar del Chile con su ejército para matar a todos los indios, y robarles sus mujeres e hijos. En vista de ello y como yo también soy indio voy a acabar con los godos que les han robado a ustedes las tierras de sus antepasados, y para ello pasaré Los Andes con mi ejército y con esos cañones...Debo pasar por Los Andes por el sud, pero necesito para ello licencia de ustedes que son los dueños del país”, les dijo San Martín.

El 27 de julio de 1819, San Martín afirmó: “...Andaremos en pelotas como nuestros paisanos los indios: seamos libres y lo demás no importa nada”.

El 27 de agosto de 1821, ya en el gobierno de Perú, decretaría la abolición del tributo por vasallaje que debían pagar los indios a los españoles, la eliminación de la mita, la encomienda y el yanaconazgo y los declararía “peruanos” para intentar zanjar las diferencias del propio lenguaje. De tal forma seguía los mandatos que en su momento, ante la Puerta del Sol en Tiahuanaco, dispuso Juan José Castelli al frente del Ejército Expedicionario del Alto Perú cuando declaró ciudadanos e iguales a todos los indios.

En 1819, San Martín volvió a desobedecer al gobierno de Buenos Aires, representante político de los comerciantes porteños aliados a Gran Bretaña y a los propietarios de

saladeros del Litoral que le ordenaba marchar contra el interior rebelado. Buenos Aires quería que reprima a las montoneras de López, Ramírez y Bustos. San Martín repitió su negativa.

Ya en Chile, en 1820, San Martín comunicó la necesidad de elegir un nuevo jefe ya que el gobierno de Buenos Aires había cesado. Sin embargo, aquel 2 de abril, los soldados de aquel primer Ejército Popular Latinoamericano en Armas, el de Los Andes, suscribieron un acta en la ciudad de Rancagua. “Queda sentado como base y principio que la autoridad que recibió el General de Los Andes para hacer la guerra a los españoles y adelantar la felicidad del país, no ha caducado ni puede caducar, pues que su origen, que es la salud del pueblo, es inmutable”.

“Para defender la causa de la independencia no se necesita otra cosa que orgullo nacional, pero para defender la libertad y sus derechos, se necesitan ciudadanos...a pesar de todas las combinaciones del despotismo, el evangelio de los derechos del hombre se propaga en medio de las contradicciones”, sostuvo San Martín en distintas ocasiones.

Era su plataforma política: liberación nacional y continental, derechos políticos que garanticen la dimensión de ciudadano y respeto por los derechos humanos.

“La ilustración y fomento de las letras es la llave maestra que abre las puertas de la abundancia y hace felices a los pueblos”, reglamentó cada vez que se hizo cargo de gobiernos estatales, regionales o nacionales, en Cuyo y Perú respectivamente.

Para el equipo de investigación de Walsh, “revolucionario en 1812 y 1815 contra gobiernos impuestos por Buenos Aires contra la voluntad de los pueblos; gobernador elegido por el pueblo cuyano; general en jefe reconocido por sus oficiales por un mandato originado en la salud del pueblo, pero sumiso al legítimo Congreso peruano; nunca creyó que la obediencia militar fuera un valor más alto que la soberanía popular. Este es el verdadero San Martín que desde hace un siglo es ocultado al pueblo soberano y a los militares que deben servirlo”.

La política de Artigas

“Un puñado de patriotas orientales cansados ya de humillaciones habían decretado su libertad en la orilla de Mercedes”, sostuvo José Gervasio Artigas el 7 de diciembre de 1811. Se refería al llamado Grito de Asencio, producido entre los días 27 y 28 de febrero de aquel año. Surgía el ejército oriental: “fuertes hacendados, arrendatarios o meros poseedores de la tierra cuyos hombres movilizaban la vecindario; los paisanos peones de estancia, los hombres sueltos; los curas patriotas, portavoces del ideal revolucionario; los indios tapes de las tierras misioneras, los charrúas y lo minuanes; los negros esclavos fugados de sus amos que buscaban entre las columnas patriotas su liberación”, describieron los historiadores uruguayos Cristina Martínez y Carlos Alcoba. Era un frente social policlasista, similar al constituido por San Martín desde Cuyo.

Pero el liderazgo político de Artigas se manifestaría con una fuerza elocuente en el denominado éxodo del pueblo oriental, en octubre de 1812.

Por diferencias políticas, sociales y económicas con Buenos Aires, Artigas decide dejar el sitio a Montevideo todavía ocupado por españoles.

Ocho mil familias siguieron al líder hasta la actual provincia de Salto en Uruguay.

Ocho mil familias que dejaron sus casas, sus ocupaciones, sus penurias, el lugar de su historia existencial para seguir el proyecto de un hombre que decía que “los más infelices serán los más agraciados”.

¿De dónde surgía semejante poder de convencimiento si no es porque Artigas y sus palabras no representaban las necesidades de las mayorías de la Banda Oriental?.

Más de veinte mil personas detrás de Artigas y su proyecto.

“Sólo a los pueblos será reservado sancionar la constitución general...Como todos los hombres nacen libres e iguales, y tienen ciertos derechos naturales, esenciales e inajenables, entre los cuales pueden contra el de gozar propiedad y, finalmente, el de buscar y obtener la seguridad y la felicidad, es un deber de la institución, continuación y administración del gobierno, asegurar estos derechos, proteger la existencia del cuerpo político y el que sus gobernados, gocen con tranquilidad las bendiciones de la vida, y siempre que no se logren estos grandes objetos, el pueblo tiene un derecho para alterar el gobierno y para tomar las medidas necesarias a su seguridad, prosperidad y felicidad”, indicó en su proyecto de Constitución para la Provincia Oriental en 1813.

El sujeto histórico en el ciclo artiguista es el pueblo movilizad y su legitimidad se expresaba a través de asambleas y la posibilidad de cambiar los gobiernos si no respondían a los principios enunciados y prometidos.

Artigas sabía que su enfrentamiento en la dinámica de la guerra por la liberación nacional contra los españoles primero y luego contra los portugueses, lo llevaría a ser perseguido por los intereses minoritarios que se habían expropiado de la revolución de mayo.

Porque su respeto a la soberanía popular implicaba una lucha por la igualdad que estaba en contra de los privilegios de las clases criollas dominantes.

Artigas terminó siendo la expresión de la guerra por la liberación nacional, por un lado, y la síntesis de la liberación social, por otro.

El oriental lo sintetizó muy bien: “tienen miedo que la cría se vuelva respondona”.

Es decir, la estatura y dimensión política de ciudadanos que el artiguismo dio a las masas del Litoral era intolerable para aquellos que querían mantenerlas bajo su explotación, política y social.

En este contexto se explica la carta que escribió el director supremo de las Provincias Unidas del Río de La Plata, Gervasio Posadas, cuando se preguntaba: “¿Qué me importa que el que nos haya de mandar se llame rey, emperador, mesa, banco o taburete?...los orientales deben ser tratados como asesinos o incendiarios...sin olvidar que la destrucción de los caudillos Artigas y Otorgués es el único medio de terminar con la guerra civil en esta provincia y la de Entre Ríos”.

Y en las actas secretas del Congreso de Tucumán, en 1816, se estableció que Buenos Aires dejaría invadir a los portugueses el territorio de la Banda Oriental a cambio de desterrar para siempre a Artigas y su pueblo insurgente.

La lógica de semejante traición se explica por la profundización de las medidas políticas, económicas y sociales que había dispuesto y llevado a la práctica el Protector de los Pueblos Libres, Don José Artigas.

Esas disposiciones atentaban contra los propietarios, los privilegiados del Litoral y de Buenos Aires.

Era inadmisibile que se repitiera la experiencia concreta del gobierno revolucionario artiguista entre setiembre de 1815 y mayo de 1816.

Sin embargo, aquellas medidas de política económica y social, continuadoras de las expresadas por Mariano Moreno en el Plan de Operaciones, serían establecidas por San Martín en Cuyo, primero y en Perú después.

Los años setenta y los derechos humanos

La película “Estado de sitio” del realizador griego Costa Gavras fue elocuente del resultado de la falsificación histórica y sus efectos en la lectura política del proceso social uruguayo de los años setenta del siglo XX.

La imagen de José Gervasio Artigas estaba presente en los cuarteles policiales y militares que ordenaban la tortura y la vejación como metodología represiva contra los insurgentes políticos en los tiempos de la dictadura de José María Bordaberry.

Y también el retrato artiguista y su bandera azul y blanca cruzada por un banda roja presidía las reuniones de Tupamaros.

El terrorismo de estado se aprovechó del Artigas de bronce, del “padre de la patria”, como militar abnegado y desprendido y símbolo de la identidad de la nación ante los enemigos internos que propugnaba la doctrina de seguridad nacional impulsada por los Estados Unidos para los ejércitos de Sudamérica en la teoría de la Tercera Guerra Mundial.

“Ese” Artigas estaba vaciado de sus hechos económicos, políticos y sociales a favor de las mayorías.

En tanto, las organizaciones políticas reclamaban la democratización del “otro” Artigas, el referente de las luchas colectivas del pueblo uruguayo.

Pero el Artigas concreto, de carne y hueso, el histórico había sido muy claro en relación al respeto por la soberanía popular: “el despotismo militar será precisamente aniquilado con trabas constitucionales que aseguren inviolable la soberanía de los pueblos”.

En forma paralela, el terrorismo de estado en la Argentina también idolatró al San Martín estratega militar, supuesto defensor del orden de los privilegios y enemigo de lo político.

De acuerdo a los distintos testimonios de los sobrevivientes de los 340 centros clandestinos de detención que funcionaron en el país durante la dictadura inaugurada el 24 de marzo de 1976, la imagen de San Martín también estaba en algunas de estas mazmorras en las que se violentaba a mujeres embarazadas y se mutilaba gente joven y anciana.

San Martín, al igual que Artigas, había sido demasiado preciso en torno a las armas del ejército. “La patria no hace al soldado para que la deshonor con sus crímenes, ni le da armas para que cometa la bajeza de abusar de estas ventajas ofendiendo a los ciudadanos con cuyos sacrificios se sostiene”, sostuvo el general de Los Andes.

Y agregó en Perú que “la presencia de un militar afortunado es temible a los estados que de nuevo se constituyen...el general San Martín jamás desenvainará la espada contra sus hermanos, sino contra los enemigos de la independencia de la América del Sur”.

Ni San Martín ni Artigas avalaban la prepotencia militar ni mucho menos el desprecio de la voluntad popular.

Sus imágenes presentes en las salas de torturas son el resultado de presentar y difundir durante décadas una historia en la que deliberadamente se despojaron los proyectos políticos, económicos y sociales que encarnaron.

Y, al mismo tiempo, haberlos presentado como los grandes vencedores del siglo XIX, cuando, en realidad, fueron los grandes derrotados, junto al sujeto histórico que expresaron: las mayorías populares.

Estado, mercado interno, proteccionismo y desarrollo autónomo

Más allá de las discusiones sobre la vida personal de los próceres.

Los proyectos económicos y políticos que representaban.

Ocultos para la historia oficial y desconocidos para las renovadas discusiones de fin de milenio.

Ideas y hechos de los dos líderes populares, Artigas y San Martín.

Proyectos inconclusos que sirven para el presente y marcan un camino para el futuro en el que necesariamente “los más infelices” deberán “ser los más agraciados”.

La permanente y mentada sensación de inseguridad de los crepusculares días del año 2000 tenía para Artigas una solución política, principista y existencial.

“...como el objeto y fin del gobierno debe ser conservar la igualdad, libertad y seguridad de los ciudadanos y de los pueblos, cada provincia formará un gobierno bajo esas bases, además del gobierno supremo de la nación”, dice Artigas en sus instrucciones del año 1813.

Es decir, para que exista seguridad es necesario que el gobierno primero garantice la igualdad y la libertad.

Un principio político que deberían tener en cuenta los gobernadores del presente en el barrio cósmico latinoamericano.

Ante la invasión de mercaderías extranjeras, la concentración de riquezas en pocas manos y la extranjerización de la banca que hoy sufren los pueblos del sur, las palabras artiguistas no solamente suenan como contraste sino también como proyecto político económico alternativo: “todos los derechos, impuestos y sisas que se impongan a las introducciones extranjeras serán iguales en todas las provincias unidas, debiendo ser recargadas todas aquellas que perjudiquen nuestras artes o fábricas, a fin de dar fomento a la industria de nuestro territorio”.

El sujeto de la historia, el origen de la legitimidad política y el destinatario de la acción estatal son las mayorías populares pauperizadas: “los más infelices serán los más privilegiados. En consecuencia, los negros libres, los zambos de esta clase, los indios y los criollos pobres, todos podrán ser agraciados con suerte de estancias, si con su trabajo y hombría de bien propenden a su felicidad y a la de la provincia”.

Un gobierno que reparte la tierra y recompensa al trabajo. Reforma agraria en ciernes y protección al mercado interno. Distribución de riquezas desde la decisión política del estado naciente.

Dirá sobre los ingleses: “Abriré el comercio con quien más nos convenga...los ingleses deben conocer que ellos son los beneficiados, y por lo mismo jamás deben imponernos”.

Y repetirá sobre el origen y fin de los impuestos: “los señores comerciantes serán obligados a pagar en nuestros puertos los derechos de introducción y extracción establecidos y acostumbrados en las diversas receptorías según los reglamentos generales”.

“Los terrenos repartibles son todos aquellos de emigrados, malos europeos y peores americanos que hasta la fecha no se hallan indultados por el jefe de la provincia, para poseer sus antiguas propiedades”. Semejante concepto del estado expropiador por razones políticas estaba en la base del Plan de Operaciones de Mariano Moreno y sería el principal argumento de la obra de gobierno de San Martín, ya sea en Cuyo como en Perú.

Bartolomé Mitre, el inventor de la historia oficial argentina, escribió en “Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana”, que el programa político llevado adelante por el correntino en Cuyo era un “plan cooperativo económico militar”.

“Se solicitaba todo en auxilio, y luego se devolvía (carretas, caballos, mulas, semillas)” y se exigían “contribuciones ordinarias y extraordinarias”, sostuvo Mitre.

“Secuestró los bienes de los prófugos; se recogieron los capitales a censo pertenecientes a manos muertas, usando de sus intereses; impuesto general según el capital de cada individuo, previo catastro (cuatro reales por cada mil pesos de capital); contribución extraordinaria de guerra pagadera en cuotas mensuales; se expropiaron los diezmos; se gravaron los barriles de vino y aguardiente; propiedad pública de las herencias españolas; los trabajos públicos se hacían gratuitamente”, enumeró Mitre en una perfecta descripción de un estado que expropia riquezas según las necesidades políticas

del proyecto de liberación nacional al mismo tiempo que da trabajo e iguala a los gauchos, indios con los ex representantes de la oligarquía nativa cuyana.

“A la idea del bien común y a nuestra existencia, todo debe sacrificarse. Desde este instante el lujo y las comodidades deben avergonzarnos”, decretó el gobernador San Martín.

Mitre señaló que “durante tres años el gobierno fomentó la instrucción pública, se mejoraban los canales de regadío y se propagaba por primera vez la vacuna”. A los curas “les recomendaba que en sus pláticas y sermones hiciesen ver la justicia con que la América había adoptado el sistema de la libertad. Los tuvo que ajustar varias veces por medio de circulares”, apuntó el creador del diario “La Nación”.

Según Ricardo Rojas, otro de los historiadores oficiales de San Martín, “reglamentó el trabajo social en el sentido de suprimir la vagancia, el juego y el delito; creó los decuriones que eran alcaldes de barrios, con amplias facultades para mantener el orden instituido por él” y “el cabildo se convirtió en un cuerpo semejante a una legislatura”.

Para el equipo de investigación que conducía Rodolfo Walsh, “San Martín sentó en Cuyo las bases de una economía independiente, aunque no cerrada y si la Argentina hubiera sido gobernada con el criterio que él usó para crear su Ejército de Los Andes, otro hubiera sido el destino nacional”.

De otro modo, “San Martín no hubiera podido instalar en Mendoza una fábrica de pólvora, una fundición de artillería en la que 300 obreros trabajaban en 7 fraguas, un batán para tejer las telas de los vestuarios, una fábrica de tintas para dar color a los uniformes, e inclusive aplicar la fuerza motriz del agua al batán y el laboratorio de explosivos. En todas estas empresas los trabajadores fueron organizados dividiendo sus tareas y coordinándose en un plan de producción”.

De acuerdo a este punto de vista, “el mismo sentido tiene la reunión concertada en Mendoza de alimentos, animales, tejidos, monturas, capitales, técnicos y mano de obra proveniente de San Luis, San Juan, La Rioja, Corrientes, Córdoba y Buenos Aires; la liberación de los esclavos para que sirvieran al ejército; las explotaciones ganaderas y agropecuarias a cargo de la Intendencia en tierras de particulares; la confección del vestuario distribuyendo su corte y costura entre sastres y mujeres voluntarias que trabajaban bajo un programa coordinado; la recolección en almacenes de ropa vieja que luego se usaba para forrar el calzado; la construcción de 20 mil herraduras para mulas y caballos; la nota de San Martín al gobierno de Buenos Aires en diciembre de 1816 pidiendo que se suprimieran los impuestos a los licores cuyanos y se gravaran los importados para proteger la industria”.

Un completo programa de economía que asentada en el desarrollo del mercado interno, fomentara la industria regional, generara inclusión social y sentara las bases para el crecimiento y la exportación.

En Perú, años después, siguió con estos conceptos políticos económicos. Los mismos se vieron reflejados en el llamado Reglamento de Comercio. Allí dispuso la duplicación de los derechos de importación sobre los artículos que pudieran competir con los del país; eliminó aduanas interiores; decretó que sólo los peruanos podían ejercer el comercio minoristas; prohibió la exportación de metálico; rebajó las tasas aduaneras a los barcos de bandera peruana o americana y creó un banco presidido por el ministro de hacienda, con accionistas particulares nativos y sus fondos se mantuvieron siempre separados del gobierno. “El banco peruano debió cerrar por la oposición del comercio inglés y el Reglamento de Comercio fue modificado por la presión de los mismos intereses cuando San Martín se alejó del Perú”, remarcaron los integrantes del centro de estudios “Arturo Jauretche”.

Para ellos, todos estos hechos “indican que San Martín percibía la estrecha relación entre independencia económica y defensa nacional cuando estos temas no habían sido estudiados aún por ninguna escuela científica ni militar”.

Artigas y San Martín representaron los intereses de las mayorías sociales.

Se convirtieron en sus líderes políticos y sus medidas económicas desde los estados creados impulsaron respuestas concretas para satisfacer las necesidades existenciales de la gente que se jugó la vida detrás de estos dirigentes populares.

La aplicación de estos proyectos políticos, económicos, sociales y educativos generó el rechazo del grupo dominante que se hizo cargo de los resultados de la guerra por la liberación nacional luego de 1816.

De allí que ambos fueran exiliados, desterrados y posteriormente falsificados de acuerdo a los intereses de diferentes grupos de poder, fundamentalmente las fuerzas armadas de Uruguay y Argentina.

Los que siguieron a San Martín y Artigas tenían entre quince y sesenta años.

Ellos abandonaron todo lo material en pos de concretar aquellos proyectos colectivos basados en esas ideas políticas y económicas.

Los que hoy no siguen a nadie, los más castigados por el modelo que se aplica en estos arrabales del mundo, también tienen entre quince y sesenta años.

Pero no saben casi nada de las ideas políticas que hicieron de San Martín y Artigas líderes populares.

Por eso la necesidad de devolver a los dos José a la existencia cotidiana de las mayorías rioplatenses.

De difundir sus ideas políticas y económicas y defenderlos de tanto bronce vacío y discusiones particulares que vuelven a negar el verdadero fundamento de su paso a la posteridad: el haber sido representantes de las masas anónimas que decidieron con sus ideas ser protagonistas y no merca comparsa en la historia del sur de América.

Los exilios de San Martín y Artigas

1820, año límite para el sueño de inventar “una nueva y gloriosa nación”, aquella a la que a sus plantas se rendía el león de la globalización de entonces, Gran Bretaña.

El proyecto político de la Revolución de Mayo, el Plan de Operaciones de Moreno es una leyenda de la que ya nadie habla y la idea de la igualdad se murió en la papeleta del conchabo que establecía con claridad que solamente tenían derecho aquellos que eran propietarios y los peones obedientes a los patrones de estancia.

En los primeros días del año 20, en la quebrada de Belarmino murieron los mejores oficiales indios de las misiones que seguían al general de los humildes. De los casi veinte mil orientales que hicieron el éxodo en octubre de 1812, solamente quedan 400 sobrevivientes con Artigas.

“Formen la tropa y disuélvanla en mi nombre, que cada uno vaya donde quiera. Yo no pienso pelear más contra los portugueses. Toda resistencia ahora me parece un sacrificio inútil”, dice Don José.

“Nadie mueve a ninguno de los últimos cuatrocientos hombres”, narra Jesualdo.

En uno de los últimos campamentos antes de entrar a Misiones, recibe la visita de dos caciques del Chaco que han atravesado muchas leguas para ofrecerle su indiada.

Cuando tenía 76 años aún su nombre despertaba sentimientos de rebeldía y dignidad, palabras que bien podrían ser sinónimos, en aquel entonces, en este presente.

Lo engrillaron y estuvo seis meses presos en Paraguay.

A los ochenta años lo trasladaron a un rancho en el Ibiray, cerca de Asunción. “Es lo que queda de tantos trabajos: hoy vivo de limosnas”, dijo Artigas.

Murió el 23 de setiembre de 1850, aunque varias veces sufrió distintas muertes, entre otras la que produjo la falsificación histórica, el permanente ocultamiento de sus pensamientos y prácticas políticos y económicos.

1820, el año en que los sueños de Mayo se fueron con los dos José.

San Martín era el jefe del Ejército de Los Andes, del primer ejército popular latinoamericano en armas, como diría el historiador Norberto Galasso. Desde Rancagua en adelante San Martín ya no sería empleado del estado argentino.

Sus ideas políticas y económicas lo dejaron prescindente.

Retiro involuntario por disposición de un gobierno que llevó adelante la más profunda de las reformas del estado argentino: la reconversión de las ideas de Mayo de 1810 en el rol que exigiera cumplir el primer mundo de la época.

Reforma política del estado y San Martín despedido, jubilado sin sueldo, militar en armas pero con dineros chilenos y peruanos.

Antonio Gutiérrez de la Fuente, joven militar peruano, el 22 de mayo de 1822 se embarcó en El Callo con rumbo a Valparaíso. Su misión era llegar a Buenos Aires y pedir apoyo financiero para terminar la guerra de liberación continental. Dos veces habló con Bernardino Rivadavia. El 14 de agosto de 1822 se volvió con las manos vacías.

Según Félix Luna, “Rivadavia dio el golpe definitivo a la expedición pedida por San Martín en 1822; en 1825, los rivadavianos del congreso facilitaron, sin moverseles un pelo, que el Alto Perú abandonara el conjunto rioplatense”.

En 1823, San Martín le escribió a su amigo Tomás Guido: “Ignora usted por ventura que en el año 23 cuando yo por ceder a las instancias de mi mujer de venir a Buenos Aires, se apostaron partidas en el camino para prenderme como a un fascinero, lo que no realizaron por el piadoso aviso que se me dio por un individuo de la misma administración...hay alcaldes de lugar que no se creen inferior a un Jorge IV”.

Estanislao López, caudillo santafesino, le remitió a San Martín una esquila en la que comentaba: “Se de manera positiva, por mis agentes en Buenos Aires, que a la llegada de usted a aquella capital, será mandado a juzgar por el gobierno en un consejo de guerra de oficiales generales, por haber desobedecido sus órdenes de 1819 haciendo la gloriosa campaña de Chile, no invadir a Santa Fe y la expedición libertadora del Perú...siento el honor de asegurar a usted que a su solo aviso estaré con mi provincia en masa a esperar a usted en el desmochado para llevarlo en triunfo hasta la plaza de la victoria”. San Martín prefirió seguir coherente a su postura de no desenvainar su espada contra hermanos.

En setiembre de 1824, Rivadavia desnudó su sentimiento hacia San Martín en una carta dirigida a Manuel García: “Es de mi deber decir a usted para su gobierno que es un gran bien para ese país que dicho general esté lejos de él”.

La reaparición de San Martín y la continuidad de la falsificación histórica.

“Don José”.

José Ignacio García Hamilton presentó una biografía novelada sobre San Martín, titulada “Don José” en julio del año 2000. En menos de un mes agotó una edición y vendió más de cincuenta mil ejemplares. Cada una de sus presentaciones termina en escándalo debido a la presencia de grupos fascistas que disfrazados de sanmartinianos puros tratan al autor de poco menos que hereje. Así ocurrió en la Feria del Libro de Rosario y también en Mendoza.

García Hamilton se apropia de algunos detalles que distintos historiadores e investigadores fueron revelando en torno a San Martín. La posibilidad de que sea hijo de Diego de Alvear y de la india guaraní Rosa Guarú, hecho que la tradición oral correntina da por cierto y que se puede apreciar escuchando “Memoria de la sangre” del conjunto musical “Los de Imaguaré”; la adicción del general al opio; su gusto por las mujeres; la apertura de una cuenta en Gran Bretaña con fondos oficiales; son algunos de los hechos que despertaron la polémica en torno a la obra del escritor.

Incluso hay reflexiones que pueden democratizar la polémica en torno a la historia oficial. Hace poco tiempo el propio García Hamilton publicó que parte de la sociedad argentina “prefiere tener como progenitor simbólico a un hijo legítimo con sangre puramente europea. Hasta la posibilidad de que fuera adoptado ha sido tomado como un insulto en ciertos sectores recalcitrantes”.

Y terminaba diciendo que “en un país donde hace menos de veinticinco años el terrorismo de estado sustituía la identidad de seres vivos (los hijos de secuestradas embarazadas que luego hacían desaparecer), resulta curioso que no se admita ni siquiera reconsiderar algunos rasgos filiatorios de un hombre que murió hace ciento cincuenta años y cuyos méritos no sufrirían ninguna mengua de confirmarse estos nuevos aportes”.

Para el historiador Hugo Chumbita, “un libro de memorias escrito en el siglo XIX por María Joaquina de Alvear y Sáenz de Quintanilla confirma rumores que recorren dos siglos de historia argentina: San Martín fue hijo del español Diego de Alvear y de una india guaraní, de quien la tradición afirma que se llamaba Rosa Guarú”.

Según su interpretación, “San Martín padeció su destino americano: no saber quién era, el extrañamiento, la ausencia materna, la conciencia de ser hijo de la violencia de los dominadores sobre los pueblos nativos. Se alzó desafiando al mundo de su padre. Transformó su humillación en rebeldía política. La persona, la memoria y la significación de San Martín no son patrimonio de una familia, ni siquiera de un país. Es una figura americana y universal. Es hora de saber quién fue”.

Lo fundamental del dato según el punto de vista de Chumbita es que sirve “para entender y resolver, entre otros enigmas, su venida a América en 1812, sus contradicciones con la élite porteña y su concepción de la revolución, la forma de gobierno y el destino común de los países emancipados”.

Sin embargo, ninguna de estas cuestiones parecen alumbrar la necesidad de revelar y masificar el pensamiento político, económico y social de San Martín.

Es más, al volver la discusión en torno a su comportamiento privado, individual, se lo recorta y se lo separa el sujeto social que le dio la dimensión de hombre público, es decir, las masas voluntarias que lo convirtieron general de Los Andes.

De tal forma se repite la más perversa de las lógicas de la falsificación histórica, aquella que supone que los grandes hechos son protagonizados y producidos solamente por grandes hombres, por semidioses que están más allá de los demás mortales.

El sistema económico y político que mantiene una estructura social que tiene en el vértice de la pirámide a un reducido grupo privilegiado continúa intocable. San Martín parece ser un hijo directo del status quo o, en el peor de los casos, uno de los principales gestores de la Argentina actual.

“San Martín y la tercera invasión inglesa”.

Pero quizás el autor que más cuestione el rol político de San Martín, sea Juan Bautista Sejean en sus dos libros “San Martín y la tercera invasión inglesa”, de julio de 1997, y su reciente “Prohibido discutir sobre San Martín”.

A pesar de las cuatro ediciones de su primer obra, Sejean sufrió los efectos de la censura de los grandes diarios nacionales, hecho repudiable en el marco de la democracia argentina.

Sus textos concluyen en que San Martín fue “el sucesor de Beresford y de Whitelocke, o, para ser más preciso, el jefe de la tercera invasión inglesa al Río de La Plata. Disfrazada, naturalmente, escondida dentro de la llamada “Logia de Lautaro”, especie de envase hermético con etiqueta criolla que contenía la salsa inglesa que supimos digerir”, sostuvo Sejean.

Para el autor, “el golpe de estado del 8 de octubre de 1812 por el cual la logia se encaramó en el poder colocando en los puestos claves del gobierno a sus hombres”, Nicolás Rodríguez Peña y Antonio Álvarez Jonte, favorecieron a los ingleses. Llega a decir que Saturnino Rodríguez Peña “fue innegablemente un agente inglés pues no solamente ayudó a escapar a Beresford sino que también percibía una pensión del gobierno británico y una asignación del general Whitelocke”. Sejean no repara en el hecho de que Nicolás Rodríguez Peña formaba parte de los logistas que respondían a Carlos de Alvear, contrario a los proyectos sanmartiniano, según declaró el general Zapiola a Bartolomé Mitre.

Sejean dice que el abandono que hizo San Martín del ejército del norte para “dirigirse a Córdoba” fue porque en esa ciudad estaba Paroissien, “el primer extranjero que solicitó la naturalización” en el país y dirigía una fábrica militar de pólvora. Con el tiempo Paroissien sería uno de los encargados de comprar dos barcos de guerra con fondos de un empréstito peruano. Para Sejean se trata de un hombre que trabajaba para Londres y que siempre acompañó a San Martín por esa misma razón. No hay mayores fundamentos para adjudicar al correntino una relación contractual o de subordinación a Gran Bretaña por esta relación con Paroissien.

Luego cuestiona la designación de San Martín como gobernador intendente de Cuyo y la declaración de la independencia en 1816. “En 1813 la asamblea constituyente no dio ese paso porque Inglaterra se opuso, según lo sostiene Rosa (por el historiador revisionista José María). En 1816 San Martín presionó para ello -lo dice Terragno- lo que significa que Londres dio la directiva en ese sentido”, remarca Sejean.

Resulta curioso el desarrollo de la lógica del autor. San Martín en 1813 apenas comenzaba a producir hechos políticos como el alzamiento de octubre del año anterior y la batalla de San Lorenzo y tres años después, siendo gobernador de Cuyo, demanda una rápida decisión política para la declaración de la independencia. La conclusión parece descansar más en los aspectos del desarrollo de los hechos internos y del proyecto sanmartiniano que en las decisiones tomadas supuestamente desde Londres en 1816.

A posteriori señala la comunicación de la independencia de Chile a lord Castlereagh, la orden de partir hacia el Perú, la independencia del mismo país, su partida de la tierra de los incas como consecuencia de una resolución de “los amigos (la logia)” y que sería nada menos que una decisión de Gran Bretaña. Dice Sejean que “en su aspecto formal, en su epidermis, su misión no ofrece matices espurios. Empero, detrás de ella se advierte nítidamente entre bambalinas la actuación del titiritero inglés. Duff, Castlereagh, Paroissien, Robertson, dirigían o vigilaban sus pasos estrechamente para la consecuencia de las metas fijadas”. No hay ninguna documentación citada que fundamente semejante serie de relaciones que establezca en una aparente cadena de causas efectos la subordinación de San Martín al imperio dominante del siglo XIX.

Termina diciendo que “los ingleses consiguieron todo lo que habían programado. Dividieron y luego reinaron. San Martín contribuyó sensiblemente para lo primero.

Seguramente nunca pasó por su cabeza que con su acción iba a sentar las bases de un largo período de coloniaje británico en esta parte del mundo”.

El trabajo es desafiante y polémico y a la vez contradictorio.

Si los ingleses consiguieron “todo lo que habían programado” no fue por obra y gracia de San Martín sino por los sucesivos gobiernos que convirtieron al país en “una de las joyas de la corona de su graciosa majestad”.

Pero he aquí otra vez el vicio de la falsificación histórica: los procesos sociales generan líderes, pero estos expresan la decisión de distintos sectores de un país o de una región.

La derrota del proyecto sanmartiniano, de su economía social puesta en funcionamiento en Cuyo, Chile y Perú, fue consecuencia de la victoria del programa político de la burguesía de Buenos Aires en relación con el capital inglés. El principal referente es Bernardino Rivadavia, enemigo político de San Martín, tanto en lo particular como en lo político. Y el que cobraba como miembro de una empresa inglesa era Rivadavia y no San Martín, como ocurrió con la Compañía Minera de Famatina.

El caso paradigmático de traición a la patria fue el que intentó llevar adelante Carlos de Alvear, enemigo político de San Martín y, según los recientes estudios, medio hermano del general de Los Andes.

El 31 de enero de 1815, Manuel José García, enviado del recientemente designado Director Supremo de las Provincias Unidas, Carlos de Alvear, partió de Buenos Aires con destino a Río de Janeiro para entrevistarse con Lord Castlereagh. Le llevaba una carta del jefe de estado argentino: “Este país no está en edad ni en estado de gobernarse por sí mismo y necesita una mano exterior que lo dirija y sostenga, antes que se precipite en los horrores de la anarquía”.

Alvear agregaba más adelante que “en estas circunstancias solamente la generosa Nación Británica puede poner un remedio eficaz a tantos males, acogiendo en sus brazos a estas Provincias, que obedecerán su gobierno y recibirán sus leyes con el mayor placer, porque conocen que es el único remedio para evitar la destrucción del país”.

Queda claro quién era el que quería la dominación británica.

Sin embargo los ingleses prefirieron seguir con sus negocios. No les interesaba el dominio político y si su colonialismo, primero mercantil y luego financiero. Esa parece haber sido la decisión política después de las derrotas de las invasiones realizadas en 1806 y 1807.

En junio del mismo año, otra vez Alvear, verdadero enemigo de San Martín en lo político, le envió un detallado informe al ministro español que se encontraba en Río de Janeiro exponiendo la descripción de “la fuerza efectiva de línea que tienen las Provincias del Río de la Plata que están en insurrección”. Tropas de infantería, caballería, artillería, cuerpos cívicos, informes sobre los trabajos de San Martín en Mendoza, los estragos de la desertión, el ánimo en las montoneras de Artigas, la situación política de Córdoba, Tucumán y Buenos Aires y además de semejante información, “dos semanas después uno de los compañeros de exilio de Alvear -Angel Monasterio, que fuera miembro del Consejo de Estado de Posadas y Alvear- hacía llegar al ministro español un plano de Buenos Aires con el plan de defensa que se había preparado en caso de invasión”, cuenta el historiador Felipe Cárdenas.

Y el 23 de agosto de 1815, Alvear le terminó pidiendo perdón a Fernando VII: “Es muy sensible a un español que nació con honor...presentarse ahora a vindicar su conducta en actitud de un delincuente y con las sombras de rebelde y enemigo de su Rey. Yo habría ido lejos de los hombres a ocultar mi vergüenza, si no conservase una esperanza de poder hacer disculpables mis procedimientos o si conociese menos la clemencia del Soberano y la indulgencia de sus ministros”.

Sin embargo, después de haber comandado las tropas americanas en Ituzaingó, en 1824, Alvear ingresaría en el olimpo de la historia oficial argentina, mientras que los proyectos políticos y económicos de sus dos principales enemigos, San Martín y Artigas, serían cuidadosamente relegados y ocultados para las mayorías.

Sería bueno saber qué piensa el doctor Sejean sobre las conductas y hechos políticos de Rivadavia y Alvear.

También es interesante observar que el proyecto político sanmartiniano va creciendo a medida que avanza la identificación de centenares de pobladores de las entonces Provincias Unidas del Río de la Plata con sus hechos y acciones.

De tal forma no es ilógico pensar, tal como lo hiciera Mariano Moreno en su Plan de Operaciones, el propio Artigas en su Reglamento de Tierras e Instrucciones a los Diputados, que la guerra de liberación nacional debía ser continental y que, por lo tanto, la idea de la unidad de las nuevas naciones sería paralelo y posterior al proceso independentista, tal como lo consignó el mismísimo Simón Bolívar. San Martín no podía estar en contra de una unidad que histórica y políticamente no existía ni en los hechos ni en los proyectos.

Su ideología era la derivada del liberalismo español que se opuso a la invasión napoleónica y con el cual vino a estas tierras para seguir luchando contra las monarquías, según coinciden la mayoría de los historiadores.

Al mismo tiempo Sejean se contradice porque permanentemente opina que el general trabajaba a sabiendas para la logia y de acuerdo a los planes ingleses pero termina diciendo que “seguramente nunca pasó por su cabeza que con su acción iba a sentar las bases de un largo período de coloniaje británico en esta parte del mundo”.

A pesar de esta discusión conceptual y política, de la falta de documentación para fundamentar sus dichos, el libro de Sejean abre una brecha para indagar en los motivos políticos de la falsificación histórica o su proceso paralelo, la construcción de la historia oficial. Sus denuncias sobre las censuras del presente y la publicación del decreto 22.131 del año 1944 que prohibía discutir sobre San Martín, definen con claridad hasta qué punto el sistema necesita preservar ciertas ideas sobre la formación del país para que nadie intente pensar que la nación del hoy es totalmente contraria a los proyectos que sostuvieron algunos de sus prohombres.

“Maitland & San Martín”.

Otra de las publicaciones recientes sobre San Martín y sus relaciones con los ingleses es el libro de Rodolfo Terragno, actual ministro coordinador, llamado “Maitland & San Martín”, editado en 1998.

“Al cruzar Los Andes, derrotar a los españoles en Chile y seguir a Perú, San Martín puso en práctica el plan que el general Thomas Maitland le presentara en 1800, en Londres, a Henry Dudas (más tarde vizconde Melville), secretario de Guerra del gobierno de William Pitt El Joven”, cuenta Terragno.

Sostiene que “San Martín buscó el apoyo británico. Esto no lo hace menos patriota. La conducción de toda guerra requiere una política de alianzas. Esto no significa identificarse con los ideales o los intereses de los aliados. El propio San Martín había aprendido en España que las alianzas militares son necesidades transitorias. Durante años arriesgó su vida junto a los franceses en lucha contra aquellos ingleses de los cuales había sido prisionero. Luego, terminó peleando al lado de los ingleses contra el invasor francés”. Según el escritor y actual funcionario, “San Martín no fue un agente inglés”.

Para Terragno, “la campaña de San Martín no fue sólo una magnífica campaña militar. El Libertador presionó por la independencia del Río de la Plata, contribuyó a la creación de Chile, proclamó la independencia de Perú y gobernó ese país. Combinó propósitos políticos y militares y los llevó a cabo al mismo tiempo. Una de las razones por las cuales Gran Bretaña nunca se decidió a aplicar un plan como el de Maitland fue, precisamente, por la falta de un líder de las características de San Martín”.

Termina diciendo que “San Martín demostró ser un líder con aquellas virtudes. Como general fue brillante. Como estadista, visionario. Honrarlo no obliga a ignorar el mérito de Maitland. El oficial escocés concibió, dos décadas antes de la expedición y sin conocimiento directo de Sudamérica, un plan que (está demostrado) era factible y eficaz. La caída del Perú, que ocurrió de un modo similar al sugerido por Maitland, marcó -como él lo previera- el fin del dominio español en Sudamérica”.

A pesar de esta presencia de San Martín en los medios de comunicación del año 2000, su pensamiento político y económico sigue desconocido para las grandes mayorías argentinas.

Como también es preciso remarcar la continuidad de la falsificación histórica.

Otra vez la historia aparece como el producto de los grandes hombres.

Como si nadie hubiera cruzado la cordillera junto al correntino, como si nadie hubiese muerto y sangrado en San Lorenzo, Chacabuco, Cancha Rayada y Maipú.

¿O no fueron 3.700 voluntarios los que siguieron a San Martín en la utopía del cruce de Los Andes?.

¿No fueron ellos los que legitimaban al general?.

¿Y por qué lo hicieron?.

Seguramente no fue porque entendían que San Martín era hijo de guaraníes o de españoles, o porque era mujeriego o fiel esposo; tampoco pelearon porque les urgía saber si era masón, agente inglés o monárquico; sino porque los proyectos económicos y políticos que encarnaba eran las respuestas para sus necesidades existenciales.

Esa es la porción de la historia que se sigue ocultando al pueblo argentino.

Y en esa continuidad de la mentira se explica gran parte de la desesperanza de miles de argentinos que no saben dónde encontrar un camino para salir de las injusticias del presente.

Malditos e indispensables.

“Maldita sea mi estrella. El general San Martín siempre será un sospechoso en su país”, dijo el general correntino que se reconocía indio y que se opuso al proyecto de la burguesía porteña.

La maldición que alcanzó a San Martín y Artigas no es individual.

Sino colectiva.

La marginación, el olvido construido sobre sus proyectos económicos, políticos y sociales, conforman la derrota de un proyecto que incluía a las masas gauchas y nativas, a los pequeños propietarios y a las economías regionales.

La hipocresía institucionalizada a partir de la construcción de la historia argentina y uruguayana difundida desde la concentración de las riquezas que ahogó al interior y condenó a las mayorías a ser meras espectadoras de los procesos sociales; hizo que se levantaran estatuas, se multiplicaran calles y avenidas, pueblos, comunas y ciudades con los nombres de los exiliados, perseguidos, desocupados y censurados San Martín y Artigas.

Tanto bronce, tanta mentira, ocultaron los proyectos político, social y económico de ambos José.

La historia oficial los elevó a padres de la patria luego de haber ocultado sus derrotas frente a los intereses de las burguesías y oligarquías del Litoral, el Plata y las provincias de Buenos Aires y parte de la mesopotamia argentina.

La suerte de individual de Artigas y San Martín fue la suerte de las mayorías que le habían puesto del cuerpo a las ideas de la revolución de mayo.

Jubilados sin sueldos, despedidos de los estados nacientes por sus ideas políticas y económicas, San Martín y Artigas constituyen una imagen del presente: víctimas, como millones de personas, de un sistema de economía concentrada al servicio a los intereses de los dueños de la globalización.

Sin embargo, ambos forman parte del necesario ideal existencial que descubrirán las nuevas generaciones americanas.

Cuando los pibes del nuevo milenio vuelvan a morder los privilegios y se enamoren de los viejos proyectos aún por ser, Artigas y San Martín volverán a caminar con ellos para completar sus proyectos de igualdad, libertad y justicia para los que son más en estos barrios cósmicos del sur.

Iglesias

“...-Queridos hermanos y hermanas: desde hace ya un tiempo, vengo constatando una y otra vez que hay hombres que se dicen cristianos y no lo son, que se dicen patriotas y no lo son, que se dicen cultores de la ley de Dios y no lo son...y esos hombres están entre nosotros, están a nuestro alrededor, dirigen el gobierno central, dirigen nuestros ejércitos, dirigen nuestras vidas y haciendas, nos manejan, en fin, a su antojo y conveniencia. Y yo os digo, amados hermanos y hermanas, en nombre de Dios y de nuestra santa madre Iglesia, que ellos no son más que una sarta de herejes y blasfemos. Están con Dios por una parte y reniegan de él por la otra, propiciando revueltas violentas contra la autoridad divina encarnada en el Rey de España y sus delegados en América. Le juran fidelidad por un lado y conspiran contra él por el otro. ¿De qué revolución nos hablan entonces?. ¿En nombre de qué Dios o de qué autoridad legítima?. Del Dios nuestros, del que está aquí con vosotros seguro que no, ¿no es verdad?”, cuenta el escritor cordobés Hugo Bertucci en su libro “¡Palabra de Belgrano!”.

En su narración, el autor agrega la aparición de Belgrano en la iglesia principal de Jujuy.

“-¿Desea usted que en este momento proceda a leer en voz alta y punto por punto, cada una de estas cartas por usted escritas de puño y letra, dirigidas al general Goyeneche, a fin de que los vecinos aquí presentes tomen cabal conocimiento de su contenido?”, pregunta el revolucionario.

Días después, Belgrano emite un bando claro y contundente.

“Vista la conducta conspirativa reiteradamente comprobada del señor Obispo de Salta, según consta en la correspondencia secuestrada, por él dirigida al jefe realista General Goyeneche, la cual resulta a todas luces gravemente lesiva para los sagrados intereses de la Nación, decreta:

“Artículo primero: se declara al señor Obispo de Salta, en primera instancia, culpable del delito de infame traidor a la patria.

“Artículo segundo: en beneficio a su investidura, se le concede un plazo máximo de veinticuatro horas a partir de este momento, para que proceda a abandonar definitivamente el territorio de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

“Artículo tercero: transcurrido dicho plazo, en cualquier lugar del territorio nacional se lo encontrare, será apresado sin contemplaciones y trasladado con custodia a Buenos Aires a fin de ser juzgado por un tribunal de guerra”.

El obispo en cuestión era Videla del Pino y se tuvo que ir del territorio donde Belgrano forjaba la reedición de la epopeya libertaria de las huestes de Tupac Amaru.

Era la cara más conocida de la iglesia en estos arrabales del mundo.

En 1806, cuando los ingleses tomaron Buenos Aires, el entonces obispo Lué y Riega pidió subordinación a los invasores porque era un mandato divino.

Cuatro años después, al estallar la revolución, Lué y Riega exige fidelidad a la corona española.

Fue desterrado a Córdoba pero su suerte individual, en realidad, suponía una manera de comportamiento de un sector de la institución iglesia de reconocido arraigo popular en las colonias españolas de América.

Para el investigador Benito Carlos Aramayo, en su libro “Jujuy en el bicentenario. Contexto e historia de luchas”, los conquistadores edificaron una “sociedad de castas sobre la base de un feroz racismo, los indios eran legalmente inferiores. En el año 1537, luego de largos debates, el Papa Pablo II, proclamó a través de una bula que los indios eran “hombres verdaderos”, que tenían alma. Se los consideró, salvo algunas diferencias

con caciques y curacas, como un menor, pero como un menor apto para ser sometido a una feroz explotación. No podían ser sacerdotes ni monjes, tampoco maestros en los gremios artesanos”, apuntó.

Pero hubo otros sacerdotes que se jugaron en contra de España, de los intereses del Vaticano y, por consiguiente, de las clases dominantes en cualquier punto del territorio.

Uno de ellos fue Felipe Antonio de Iriarte que en 1817 sostuvo: “¿Qué son los indios?. A qué estado de vida ha reducido la inhumanidad estas víctimas, dueñas del país donde son sacrificados...Me dirijo a vosotros enemigos aturdidos de la causa. Idólatras de una fidelidad quimérica; vilmente avenidos con los hierros de la esclavitud. ¿Somos injustos en resistirla?. Oíd los gritos penetrantes de la naturaleza...No hay derecho superior al de vuestra libertad, felicidad y seguridad. En todo tiempo podéis resistir la fuerza, y aspirar a un gobierno que no usurpe las prerrogativas de vuestro ser. Nuestro país no ha sido otra cosa que el triste lugar donde se han ejecutado las violencias más decididas contra la dignidad del hombre...el gobierno tirano oprimió a los indefensos indios. Condenándolos a vivir en las más áridas campañas, sin educación, sin sociedad, sin trato y aún sin libertad, sólo se acordó de ellos para estrecharlos a la contribución y obligarlos al servicio, y qué servicio”.

Belgrano mandó editar y distribuir este discurso del cura Iriarte.

Era el mismo que en 1799 ayudó económicamente a Mariano Moreno para estudiar en Chuquisaca.

Para Aramayo, “este tipo de posiciones sobre los indígenas inspiraba a patriotas como Vicente López y Planes quien escribió los versos de nuestro Himno Nacional, en 1812.

En una de sus estrofas se dice: “Se conmueve del inca las tumbas

Y en sus huesos revive el ardor

Lo que ve renovando a sus hijos

De la Patria el antiguo esplendor”.

Esas iglesias iban a transitar a lo largo de todo el proceso histórico argentino.

Y la mayor virulencia con los principios cristianos se iba a verificar con la complicidad de la cúpula eclesiástica con el terrorismo de estado desatado en el país a partir del 24 de marzo de 1976.

La bandera de Belgrano, sus banderas, su historia, serían momificadas y alejadas de la existencia cotidiana de las mayorías.

IV PARTE
LAS BANDERAS DE BELGRANO, 200 AÑOS DESPUES

Santa Fe

“Santa Fe fue un amparo, pero la profusa emergencia insular en el brazo inmenso del fluido diorama que tejía la expansión de la corriente, amenazaba el cruce hacia una ribera receptiva...”, de “Ese general Belgrano”, de Aldo Oliva.

Cuando el viajero llega a la estación terminal de ómnibus “Manuel Belgrano”, de la ciudad de Santa Fe, capital del segundo estado argentino, se topa con un mural extendido donde el joven abogado, ya enfundado en su ropa de militar revolucionario, está recibiendo la ayuda de los pobladores del primer lugar fundado por los españoles en lo que después, mucho después, sería la Argentina.

Fue también en estas tierras donde apareció el primer intento de gobierno criollo, a través de la llamada revolución de los siete jefes, cuando todavía no había terminado el siglo dieciséis.

Desde aquellos tumultuosos orígenes donde ni siquiera el virreinato del Río de la Plata era un proyecto, surgió la denominación de puerto preciso para hacer de Santa Fe de la Vera Cruz uno de los principales polos políticos y económicos de la región.

El 18 de agosto de 1810, el coronel español Manuel Ruiz llegó a la ciudad a cargo de un regimiento de negros de Buenos Aires. Tenía la orden de hacerse nombrar Teniente Gobernador. El rumor que se corrió fue que la Junta entendía que en Santa Fe existían operaciones contrarias a la revolución.

Por ejemplo, Agustín de Iriondo, calificado por Belgrano, como un hombre de claras virtudes patrióticas, fue registrado en el censo de españoles de 1811 como proscrito.

Al llegar el vocal de la junta a Santa Fe, reunió dos compañías de Blandengues, con un total de 200 hombres, al mando de Francisco de Aldao y de Agustín Martín Dacosta. Candiotti lo acompañó hasta sus estancias de Arroyo Hondo y lo auxilió con 1350 caballos y ganado para la manutención de sus hombres durante el viaje, como también una docena de carretas para llevar yerba del Paraguay y a Salto. No existen registros del regreso de la mayoría, al contrario. Fueron pocos los que volvieron.

En la batalla de Paraguarí tuvo un rol importante el entonces cadete Estanislao López. Para los historiadores Griselda Tarragó y Darío Barrera, “la extracción de estas compañías significó una sangría importante para una población con serios problemas en su frontera. Esta situación y el hecho de estar gobernados por un extraño generaron malestares entre los vecinos de Santa Fe que expresaron su descontento a través de una campaña de papeles pegados en las paredes de las calles pidiendo Cabildo Abierto y la posibilidad de elegir a un patricio como gobernador”, apuntaron los investigadores.

-Como apareció un papel anónimo en las esquinas, la Junta pide se recojan datos para dar cuenta; el año pasado, al ser nombrado Ruiz por la Junta teniente de Gobernador de esta ciudad, el vecindario protestó, porque quería un patricio. Aunque no hay el despotismo que señala el anónimo, y si gastos excesivos de tropas y carruajes, algunos presos y demás que se les ha obligado, y falta de pagos a algunos. Los vecinos quieren deponer al teniente de gobernador porque desean tener el derecho de elegir quien los mande – decía el Alcalde de primer voto en un escrito a la Junta Ejecutiva de Buenos Aires, del 29 de octubre de 1811.

En enero de 1812 Santa Fe recibió a un nuevo gobernador militar porteño: Juan Antonio Pereira, teniente coronel del ejército y gobernador político y militar de esta plaza.

Los malestares entre los vecinos seguían creciendo y la reacción se gestaba lenta pero decididamente, apuntaron los historiadores citados.

A principios de aquel año 12, se preparó en Santa Fe un cuerpo de tropas para pelear contra Elío en Montevideo. Entre los convocados estaban los mocovíes armados de las reducciones. Aquellos hombres comandados por el cacique Alaiquín causaron algunos problemas en la ciudad. La frontera norte volvía a reducirse.

-El gobernador les arranca el poder con violencia a los alcaldes...poniendo en libertad delincuentes y reos de pena capital, con procesos iniciados en otros juzgados...separando del cuerpo al señor alguacil y regidor defensor...desairando a ciudadanos beneméritos poniendo en pública evidencia la prostitución de sus costumbres, su notorio amancebamiento y la imbecilidad con que ha abandonado sus deberes – era la contundente denuncia que el cabildo santafesino le remitió, por aquellos días, al Triunvirato.

En noviembre de 1812, llegó un nuevo gobernador desde Buenos Aires, Antonio Berutti. Junto a él, llegó el barón de Holmberg para levantar una batería en Punta Gorda, debido a la acción de una escuadrilla española con la que se enfrentaría San Martín en San Lorenzo.

Para la asamblea del año 13, fue elegido diputado por Santa Fe, el vicario eclesiástico y doctor José de Amenábar.

Entre las instrucciones se destacaba la propuesta de organizar una “confederación de ciudades independientes”.

Para Tarragó y Barrera, “la recurrente mención del término ciudad como fuente de todo derecho y legitimidad, resulta especialmente sugerente. El discurso presenta algunas modificaciones: la palabra ciudadano ha suplantado a la de vecino. Sin embargo, no se están planteando cuestiones de fondo. La élite colonial defendía sus viejas y tradicionales prerrogativas sirviéndose de un nuevo vocabulario. Sólo reconocía como instancia superior una soberanía común de las ciudades en la que se resumí una difusa idea de nación o estado. Más allá de este reconocimiento, una soberanía, al fin y al cabo, frente a la cual la augusta ciudad de Santa Fe no estaba dispuesta a ceder su antigua capacidad para autogobernarse”, apuntan los historiadores.

La conclusión a la que llegan es que “la revolución había destruido el viejo orden y no había sido capaz de rehacer otro según un proyecto coherente, y en esa realidad se expresaba la naciente autonomía de Santa Fe”.

-En las primeras décadas del siglo XIX, retomando palabras de Halperín Donghi, Santa Fe era la provincia más aguerrida, pero también la más pobre. Reducida a una estrecha franja de territorio cercano al río, su presente no sugería que pudiera recuperar la centralidad relativa que había tenido durante la época colonial. A pesar de que sus hombres se dieron estrategias duales –luchando en el plano formal de los órganos de la ciudad por los derechos de la misma y, paralelamente, explorando caminos diferentes u opuestos en sus prácticas empresariales – las consecuencias de la emergencia de Buenos Aires los encontró mal parados para soportar las consecuencias devastadoras de una guerra que, además, se instalaba sin tregua en sus propias tierras. La ruptura revolucionaria los sorprendió cuando estaban generando, no sin dificultades, su reinserción económica en un momento especialmente difícil y de fuertes variantes debido a las guerras internacionales – sostienen los historiadores Griselda Tarragó y Darío Barrera en su excelente trabajo “Adiós a la monarquía. De los años revolucionarios a la crisis de 1820”.

Doscientos años después, la provincia de Santa Fe es una de las más ricas de la Argentina, pero su territorio exhibe –como sucede en la mayoría de la geografía nacional- concentración de riquezas en pocas manos, extranjerización de las mismas y una sempiterna desigualdad, no sólo económica sino también cultural y educativa. Una realidad donde las banderas de Belgrano siguen vivas, especialmente, en las necesidades de los que son más.

De acuerdo a los últimos datos publicados por el Instituto Provincial de Estadísticas y Censo de marzo de 2011, la geografía existencial de los que reciben un salario en el segundo estado de la Argentina presenta algunas curiosidades y realidades que merecen prestarles atención.

En el aglomerado Santa Fe – Santo Tomé, por ejemplo, sobre un total de 505.419 personas, se considera que hay un 41,9 por ciento de inactivos.

Las personas con ingresos suman 283.075 mientras que las que no reciben pagos suman 222.344.

Una de las primeras curiosidades que surgen, es que dentro del rubro “inactivos”, figuran las amas de casa.

De tal forma hay un grosero error en la percepción oficial del rol del ama de casa ya que debe ser encuadrada entre el universo de los trabajadores que, en todo caso, no perciben salarios, pero nunca formar parte de los “inactivos”, porque de esa forma se falsifica la realidad del cosmos laboral de la región, en particular, y de la provincia, en general.

También hay aquí otra trampa porque al calificar a las amas de casas como inactivas tampoco se las incluye en las mediciones sobre trabajo precario o sobreexplotadas.

Esta conceptualización de las mujeres amas de casa es una de las tantas herramientas que después termina minimizando el porcentaje de desocupados.

Las amas de casas, inactivos para la encuesta, representan nada menos que el 20 por ciento de los que supuestamente no producen en los alrededores de la ciudad capital.

El primer grupo de personas inactivas son los jubilados, un 25 por ciento de los mismos, según las cifras oficiales. También en este punto sería importante precisar cómo hacen los jubilados para empatarle al fin de mes, más allá de ocupar un espacio entre los “inactivos”. Muchos de los jubilados, además de percibir su mensualidad, trabajan en distintas actividades que no aparecen en los informes.

Más de la mitad de los desocupados de Santa Fe – Santo Tomé son antiguos obreros que no pudieron reintegrarse en la matriz productiva en blanco. Una postal de la continuidad de los años noventa.

Entre los ocupados, el 73,2 por ciento son asalariados; el 21,3 por ciento, trabajadores por cuenta propia y el 5,9 por ciento, patrones.

Y atención con esta cifra: el 34,4 por ciento de los ocupados no tienen descuentos jubilatorios.

Los ingresos medios de los ocupados son de 1.800 pesos mensuales, mientras que los inactivos perciben, 840 pesos cada treinta días.

Los que menos ganan, el llamado decil uno, perciben entre 80 pesos y 424 pesos mensuales, haciendo un promedio de 286 pesos mensuales.

El subsuelo de la sociedad santafesina santotomesina.

En cambio, el decil diez, el que marca la realidad de los que tienen los mayores ingresos, tienen un salario que va desde los 3.200 a los 19 mil pesos mensuales. El promedio es de 4.197 pesos.

A la hora de calcular la brecha entre los que más tienen y los que ni siquiera le empatan al fin de mes, habría varios criterios.

Si se comparan los ingresos promedios, la conclusión que la diferencia es de 14,67 veces (286 pesos contra 4.197 pesos).

Pero si se hace una evaluación entre el ingreso mayor que tienen los que menos ganan (424 pesos) y los que más ganan (19 mil pesos), la brecha social es abismal: 44 veces.

Si la medición tomara como valores el mínimo de los que menos reciben (80 pesos) y el mínimo de los que más perciben (3.200 pesos), la distancia es de 40 veces.

De tal forma, la realidad de los ingresos en Santa Fe – Santo Tomé, muestra una profunda injusticia social y una concreta desigualdad a la hora de pensar el anuncio de la cacareada distribución de la riqueza que han hecho tanto el gobierno nacional como provincial.

Las muertes de Julio Lucero y Ceferino Crespo mientras intentaban ampliar una red cloacal en la esquina de Unión y Herrera, en la ciudad de Rosario, el miércoles 8 de junio de 2011, no fueron obra ni de la tragedia ni de la fatalidad. Se trata de una matriz invicta que viene de los años noventa, donde la vida de los trabajadores vale muy poco, al tiempo que las grandes empresas cuentan con distintos niveles de impunidad. La lógica que expresan los números oficiales sobre accidentes laborales enseña que hay un desprecio permanente para con los trabajadores a pesar de que la provincia, desde 1983 al presente, ha estado gobernada por partidos políticos que reivindican a la clase obrera como columna vertebral de su historia e ideología como son el peronismo y el socialismo. En estos números está la explicación de una estructura social, económica y política que no quiere ser transformada a favor de los que son más y, entonces, funciona a favor de los que son pocos.

582.857 accidentes laborales se produjeron en la provincia de Santa Fe en los últimos doce años, según las estadísticas oficiales disponibles en la Superintendencia de Riesgos de Trabajo de la Nación.

Un promedio de 135 siniestros que involucran a trabajadores por día en el segundo estado de la República Argentina.

De acuerdo a esos números oficiales, en los últimos tres años que figuran entre la información oficial, hubo 279 obreros muertos.

93 vidas perdidas por año.

Para ser claros, en la provincia de Santa Fe, gobernada durante los 28 años de la democracia por los partidos que basan la columna estructural de su historia e ideología en la clase trabajadora –el peronismo y el socialismo–, se muere un laburante cada cuatro días.

Los que quieren ganarse la vida trabajando, la pierden por la impunidad de las patronales.

Scalabrini Ortiz lo decía con claridad, los números son las vísceras de la sociedad. Esos números dicen quiénes la pasan bien y quiénes la pasan mal.

El último año del que existen datos oficiales, 2009, presenta el siguiente cuadro: hubo 51.162 accidentes laborales. A razón de 142 por cada día hábil del año, por encima del promedio que surge de comparar la información que va desde 1997 a 2009.

En ese año se registraron 76 muertes. Un trabajador fallecido cada cuatro días, el promedio histórico en el territorio gobernado por los partidos que representan, por sobre todas las cosas, la protección del trabajador.

El 43 por ciento de los accidentes laborales se produjeron en las empresas que tienen entre 51 y 1.500 empleados.

Es decir que la mayor parte de los siniestros tuvo lugar en medianas y grandes firmas que tienen la capacidad económica suficiente para invertir en higiene, seguridad laboral y capacitación en ambas cosas.

Más allá de las investigaciones judiciales sobre responsabilidades es necesario pensar estos números.

Las grandes patronales hacen lo que quieren y esa impunidad es pagada con vidas obreras.

Una frase tan clasista como verdadera.

¿En qué costado de la vida en riesgo de los trabajadores aparece la impronta emancipadora que alguna tuvieron el peronismo y el socialismo?.

Y a estas cifras y preguntas habrá que agregarle otras postales vinculadas al hecho de de Unión y Herrera.

Ceferino Crespo tenía 27 años y Julio Lucero, 54 años. Ambos eran empleados –habrá que ver de qué manera- de la Unión Transitoria de Empresas Pecam SA y Del Sol SRL, contratada por la Dirección Provincial de la Vivienda y sus derechos estaban defendidos por la Unión Obrera de la Construcción de la República Argentina, delegación Rosario. Estaban intentando ampliar una red cloacal. Ceferino estaba en la zanja de seis metros de profundidad, alrededor de las 15.30, cuando un gran trozo de tierra se desmoronó y cayó sobre su cuerpo, sepultándolo. De inmediato, Julio se tiró a rescatarlo y fue allí que un caño se rompió por el derrumbe e inundó la zona, provocando la muerte de los dos trabajadores.

Lo primero que es necesario destacar y subrayar es la solidaridad y la valentía de Julio. No dudó en arriesgar todo para salvar a su compañero.

En segundo lugar, un dato del contexto de los obreros de la construcción: el 70 por ciento está en negro o precarizados, según los últimos datos oficiales del propio Ministerio de Trabajo de la Nación.

En tercer término, la ampliación de la red cloacal es una deuda que dejaron los franceses que explotaron el servicio durante quince años cuando fue privatizada la ex Dirección Provincial de Obras Sanitarias en la última etapa de la primera administración de Carlos Reutemann. Vino la empresa Aguas de Lyon, prometió hacer esas obras que recién ahora comienzan a producirse, no las realizó y para colmo de males entabló un juicio contra todos los santafesinos ante el CIADI que ha sido reconocido por los gobiernos de Jorge Obeid y Hermes Binner cuando resulta claro que los deudores son ellos, los franceses, y no los santafesinos. El trabajo que estaban haciendo Ceferino y Julio debió haberse hecho a mediados de los años noventa. La impunidad del capital francés también forma parte de las responsabilidades políticas que aparecen alrededor de la muerte de estos trabajadores.

-No existió ni mala suerte ni desgracia – dijo Néstor Botta, coordinador de Higiene y Seguridad del Ministerio de Trabajo de la provincia.

Tiene razón.

Es la lógica consecuencia de la continuidad de la matriz del desprecio contra los trabajadores que existe en la provincia desde los años noventa.

Una fenomenal impunidad empresarial y estatal que cuenta con la colaboración de los partidos gobernantes, aquellos que alguna vez sentían pasión por defender a los trabajadores, el justicialismo y el socialismo.

Proteger la vida de los trabajadores es luchar contra la impunidad del capital.

Si no, el caso de Julio y Ceferino volverá a repetirse.

Mientras tanto, las ganancias de las grandes empresas exportadoras radicadas en la provincia generan una facturación millonaria que dan por tierra con las banderas de Belgrano.

Los balances presentados por las principales exportadoras ubicadas a la vera del río Paraná, vuelven a demostrar su poder económico y, por lo tanto, político, no solamente en la región, sino también en la provincia de Santa Fe y la Argentina, en general.

Vayan estos datos para comprender el contexto en el que generalmente se dirimen los beneficios patronales, por un lado, y las necesidades existenciales de los que son más, por el otro.

Detrás de los montos de dinero que se van por el Paraná también queda la duda sobre por qué la provincia y los municipios no cobran los impuestos necesarios para que la comunidad se beneficie con algo de lo mucho que ganan estas firmas.

La información puede consultarse en la revista "Mercado", número 1119, de junio de 2011 y recoge el resultado de los balances del año del bicentenario. En estas ediciones especiales, aparece el llamado "cuadro de honor de la economía argentina", es decir el ranking de las mil (1.000) empresas que más venden en el país.

CARGILL, ubicada en el puesto número 4, facturó durante 2010, 19.380 millones de pesos. A razón de 54 millones de pesos por día, 2,2 millones por hora. La increíble cantidad de 37.384 pesos cada sesenta segundos. En buen romance, Cargill vendió a razón de más de 9 mil dólares por minuto.

BUNGE, puesto número 10, vendió por 12.700 millones de pesos. Es decir 35 millones de pesos por día, un millón cuatrocientos mil pesos por hora, 24.449 pesos por minuto. Un gran negocio a pesar de las distintas intimaciones por las denuncias que el propio gobierno nacional le hizo por negocios de triangulación y evasión de ganancias.

DREYFUS se ubicó en el puesto número 12 porque facturó 11.147 millones de pesos en 2010. Esto quiere decir que vendió por 31 millones de pesos diarios, a razón de 1,2 millones por hora, 21.502 pesos por minuto.

MOLINOS RIO DE LA PLATA, puesto número 13 entre las mil empresas que más vendieron en la Argentina del bicentenario. Facturó por 10.544 millones de pesos en el año. En forma diaria, 24 millones; por hora, 1,2 millones de pesos y por minuto, 20.033 pesos.

ACEITERA GENERAL DEHEZA, ubicada en el puesto 21, una de las principales socias del consorcio TERMINAL 6, facturó por valor de 9.170 millones de pesos durante el año 2010. Quiere decir que vendió por 25 millones de pesos diarios. A razón de un millón por hora, 17.689 pesos por minuto.

VICENTIN, puesto 28, con un monto de ventas que llegó a los 6.650 millones de pesos en el año. Una cantidad que representa 18 millones de pesos diarios. Por hora, 769.675 pesos y por cada sesenta segundos, 12.827 pesos.

ACA, lugar 35 entre las mil que más vendieron en 2010, con una facturación aual de 5.800 millones de pesos. A razón de 16 millones por día; 671.290 pesos por hora; 11.188 pesos por minuto.

MINERA ALUMBRERA, ubicada en el puesto 37, facturó por 5.760 millones de pesos en el año. Una cifra que equivale a 16 millones de pesos diarios; 666.666 pesos por hora; 11.111 por minuto. También forma parte de TERMINAL 6.

NIDERA, puesto 40, con una facturación de 5.360 millones de pesos anuales; a razón de 14 millones por día; 620.370 por hora; 10.339 pesos por minuto.

NOBLE, ubicada en la posición número 57, tuvo un volumen de ventas por 4.200 millones de pesos en el año 2010. A razón de 11 millones diarios; por hora, 486.111 pesos; 8.101 pesos cada sesenta segundos.

ALFREDO TOEPFER INTERNACIONAL SRL, puesto 58, facturó durante el año del bicentenario, 4.200 millones de pesos. También 11 millones de pesos diarios en ventas. Alrededor de 486.111 pesos por hora; 8.101 pesos cada sesenta segundos.

Estas 11 empresas exportadoras ubicadas sobre el río Paraná, entre San Lorenzo, Puerto San Martín y Timbúes, tuvieron una facturación total de 94.911 millones de pesos. Casi 20 mil millones de pesos más que el PBI regional de la provincia de Santa Fe calculado en 75 mil millones de pesos.

Sin embargo, estas mismas empresas no pagan ingresos brutos por un decreto vigente desde la década del 90.

Estas 11 firmas que siempre pelean para pagarles lo menos posible a sus trabajadores, forman parte de esa gran cúpula empresarial argentina que tuvieron un aumento en su facturación del 496 por ciento desde el año 2001 y un 31 por ciento más que en 2009.

Estas 11 firmas que representan el verdadero poder económico de la región, la provincia y el país, son los que tomaron de rehén al río Paraná y, por lo tanto, quieren imponer sus reglas de juego a los trabajadores, en particular, y a la población, en general.

Y del otro lado, están los pibes santafesinos.

Aquellos que Belgrano veía en el paisaje de un país que fue descubriendo mientras intentaba enamorar a los que eran más de los beneficios de la revolución.

Para el Instituto Provincial de Estadísticas y censo, en términos de población, las chicas y chicos menores de diez años representan el 16 por ciento en el Gran Santa Fe – alrededor de 80 mil personas- y el 14 por ciento en el Gran Rosario –cerca de ciento cuarenta mil.

Según el llamado Informe Social de la Encuesta Permanente de Hogares que analizó la evolución de las características sociales de los hogares de los niños menores de diez años en el Gran Rosario y Gran Santa Fe, hay cifras que deberían pensarse a la hora de concretar políticas de transformación o, en su defecto, de complicidad.

Porque cuando la política no sirve para transformar, sirve para conservar, se hace cómplice del sistema que concentra riquezas materiales y culturales en pocas manos y multiplica la pobreza entre los que son más.

Esas cifras oficiales dicen que en el aglomerado vinculado a la ciudad capital de la provincia, la mitad de los chicos vive en la pobreza, alrededor de 40 mil chicas y chicos como cada uno de nuestras hijas o hijos; mientras que en el sur, el 40 por ciento de la pebetada está en esta situación de vulnerabilidad, es decir 56 mil nenas o nenes menores de diez años.

El mismo informe oficial termina diciendo que “si se contrasta el 20 por ciento de los hogares con menos y con más ingresos se observa una gran diferencia, donde en el primer caso en promedio ocho de cada diez persona no tienen secundario completo

mientras que en el segundo caso solo dos de cada diez. En consecuencia existe una alta proporción de población sin estudios secundarios en los hogares con menores recursos”.

Y dos datos más que deben medirse a la hora de pensar la educación, la niñez y la política en estos tiempos.

Según el denominado Barómetro de la Deuda Social de la Infancia, publicado en julio de 2010, el 20 por ciento de las chicas y chicos de cero a catorce años no celebraron su último cumpleaños en la zona del Gran Rosario. Y también, según estos números – considerados los indicadores más serios en esta cuestión-, al 47 por ciento de las pibas y pibes menores de catorce años, no les contaron o no les leyeron un cuento en los últimos treinta días.

Es fundamental recuperar la palabra para nutrir de esperanza, futuro y deseo a nuestros pibes.

No habrá una educación para todas y todos si no hay una política que enfrente a los que concentraron la riqueza material y cultural en pocas manos.

Esa sería una buena manera de celebrar los 200 años de la bandera creada por Belgrano.

Entre Ríos.

“...Para ahí, dije, es la Bajada del Paraná,
una barranca fangosa, declivada, florida.
Y subimos hasta entre ríos
de las Corrientes, hacia el centro,
que se insinuaba ya (por mi ignorancia), como
una amenaza cernida en el Este”, de “Ese general Belgrano”, de Aldo Oliva.

El 26 de setiembre de 1810 se puso en marcha el ejército auxiliar comandado por Belgrano, todavía engripado.

La denominación “ejército” era pomposa. Le quedaba grande.

“Las circunstancias apuraban y hubo de conformarse con 160 hombres que más que soldados eran bultos. Sin armas suficientes y hasta sin tambores. En Santa Fe y Bajada del Paraná, la columna tomó un aspecto bélico con la incorporación de muchos paisanos y con el aporte de elementos: caballadas, boyadas, ganado, carretas...”, cuenta el historiador entrerriano Facundo Arce.

En esos lugares, Belgrano tomó buenas medidas de gobierno y logró la adhesión de muchos vecinos.

“La severidad del prócer corría pareja con una bondad bien entendida, por lo mismo que partía del fondo de su corazón y no de especulaciones demagógicas. Sólo así se puede ser ambas cosas. Precisamente, estando en la Bajada del Paraná (más tarde la ciudad capital de Entre Ríos, Paraná) aplicó con todo rigor las ordenanzas militares a los desertores del Ejército al Alto Perú, única forma entonces de mantener el principio de autoridad. Y fue también en la citada población entrerriana, donde suscribió, como Jefe de la Expedición del Norte, las instrucciones para la marcha”, agrega el investigador.

En buen romance, Belgrano fusiló en Paraná.

Estaba haciendo una revolución. Nada más y nada menos.

En octubre y noviembre de 1810, funcionó en la capital entrerriana un hospital, trabajaban armeros, artesanos, comerciantes, la caballería utilizó guardamontes, entre otras actividades. Estos datos se desprenden de las cuentas de gastos elevadas a los oficiales de la Real Hacienda de Santa Fe.

Al salir de la Bajada del Paraná, las huestes de Belgrano ya sumaban 673 plazas. Era octubre de 1810. El 2 de noviembre fue nombrado coronel.

“Belgrano fue acompañado hasta los lindes de la tierra correntina por diestros conocedores del territorio entrerriano, Francisco Candiotti y Francisco Colobrán y Andreu. El jefe patriota no conocía en absoluto el territorio que debía transitar como lo manifestara con franqueza a la Junta por lo que pidió la colaboración de un conocedor de la región mesopotámica: José Alberto Calcena y Echeverría, santafesino, gran conocedor de la provincia del Paraguay, según Candiotti que lo recomendó”, sigue Arce en su narración.

-Estoy persuadido de que los portugueses ejecutarán únicamente lo que les permitan los ingleses; pero unos y otros son nuestros enemigos y pueden valerse de las artes muy comunes para querernos alucinar...-escribió Belgrano, a orillas del arroyo Alcaraz, el 4 de noviembre de 1810.

En aquellas horas, Belgrano se enteró que Entre Ríos podía ser invadida en cualquier momento.

El comandante de los Partidos de Entre Ríos, José Miguel Díaz Vélez, le informó sobre los movimientos del marino español Angel Michelena.

El 6 de noviembre, los realistas tomaron Concepción del Uruguay y penetraron hasta Nogoyá, “donde los gauchos a fuerza de coraje, lanza, facón, lazo y boleadoras, pararon al invasor y salvaron a la propia revolución de un serio contraste. Fue un gran triunfo y doble, si se tiene en cuenta que este ataque enemigo, contribuyó más que toda la propaganda a popularizar la causa libertadora. De entonces y para siempre, el inmenso corredor mesopotámico siguió siendo el mundo libre de hombres a propósito para las grandes empresas. Aclaremos, en acto de justicia, que el Regimiento de Húsares del Rey comandado por Martín Rodríguez no intervino directamente en la gloriosa lucha de liberación del territorio entrerriano entre noviembre de 1810 y marzo de 1811. Ello fue obra exclusiva de las primeras guerrillas gauchas que en el Río de la Plata se batieron por la libertad antes que las de Güemes”, cuenta con legítimo orgullo Facundo Arce. Belgrano retornó a Entre Ríos el 9 de abril de 1811 y se detuvo en Concepción del Uruguay a las diez y media de la mañana de ese día. Algunos de los entrerrianos que lo siguieron estaban los hermanos Hereñú y los soldados de la compañía del Capitán Vera.

Corrientes

“No era tal: un precario y escaso rancherío
a quien llaman Curuzú Cuatiá,
con cierta aprehensión, divisamos.
No nos cerraron las puertas (que
siempre vimos abiertas):
un paisaje de pobreza fecunda
le daba alma de aprehensión
de vago sentido a la, tal vez,
insensatez de la empresa...”, de “Ese general Belgrano”, de Aldo Oliva.

-Logramos cambiar el signo político de la provincia cuando nos pusimos de pie en 1999 con todos los trabajadores estatales a la cabeza y se terminó el feudo de los Romero Feris – dice con su habitual cordialidad y permanente sonrisa, la hermana Marta Pelloni, desde una de las salas del colegio ubicado frente a la plaza principal de Goya, una de las ciudades más importantes de la provincia de Corrientes.

Recuerda la lucha por mejores salarios que se extendió a reivindicaciones sociales de todos los barrios correntinos y derivó en la instalación de plazas que sintetizaban los reclamos de diversos sectores.

“Igualmente hay que tener mucho cuidado con los dirigentes de saco y corbata. Es necesario que los políticos tengan más zapatillas y contactos con el pueblo aunque ahora también hay muchos que se disfrazan con zapatillas y terminan funcionando para los sectores del poder”, dice con picardía la monja de diáfanos ojos celestes.

A la hora de pensar el presente, un año después del bicentenario, remarca la deuda que existe con los docentes y la realidad social de los sectores medios bajos del pueblo de toda la provincia, no solamente de Goya.

“Es muy importante, igualmente, la ayuda que significa la Asignación Universal por Hijo. Eso fue necesario. Se atacó a la pobreza aunque todavía existe lo que podríamos llamar la pobreza estructural en distintos lugares del territorio correntino”, agregó Pelloni en diálogo con este cronista.

Cuando analiza el presente laboral de Goya, en particular, y de la provincia, en general, la hermana Pelloni ubica el comienzo de esta realidad del tercer milenio en los intereses que provocaron la noche carnívora iniciada, formalmente, el 24 de marzo de 1976.

-Cuando estuve presente en el juicio a los responsables por el genocidio acá en Corrientes y también en Goya, me di cuenta que las principales víctimas eran los trabajadores del tabaco que luchaban por mejores condiciones salariales y laborales. Y eso hoy continúa. No hay una dignidad plena de las familias que trabajan en el tabaco siempre sometidas a los intereses de las grandes empresas radicadas en la zona – sostiene Pelloni.

Según su punto de vista, “ese modelo convive con la tremenda utilización del glifosato que está matando a chicas y chicos y demás integrantes de las familias trabajadoras del campo. Eso no puede ser. Nosotros, desde nuestra organización, venimos denunciando la situación. Hace poco, un chiquito se murió porque nadie le prestó atención, ni siquiera desde el hospital público. Un caso de mucha violencia donde también se hace visible la discriminación contra los trabajadores más pobres de la provincia. Hay muchos casos de cáncer que, para nosotros, tienen su origen en la utilización sin mayores controles de los agrotóxicos”, denuncia la monja.

Para la protagonista de las denuncias contra el clan Saadi cuando Catamarca y el país fueron conmovidos por el asesinato de María Soledad Morales, en setiembre de 1990, la esperanza pasa por la educación y los planes que están implementando para que la juventud comience a participar en la producción derivada de miel luego de practicar la apicultura. Ya hubo exportaciones hacia Francia desde Goya y eso sirve para dar otro tipo de trabajo y una mejor dignidad para las chicas y chicos correntinos.

-El tema donde más estoy trabajando ahora es en el abuso infantil y los casos de trata de personas que, lamentablemente, se dan muchos en las provincias de la Mesopotamia. Para colmo se justifican estos hechos diciendo que hay una pauta cultural donde, supuestamente, se permite o se consiente las violaciones y eso no es verdad. Porque si es cultural se puede y se debe cambiar. Por lo tanto es inadmisibile que un juez diga esto. Los casos de explotación sexual nos llegan a menudo a nuestra organización y podemos comprobar que estos negocios existen por la complicidad con sectores policiales y políticos – apunta Pelloni.

A la hora de pensar en Belgrano, la hermana Marta Pelloni opinó que “en Curuzú Cuatiá, directamente se lo quiere como el fundador del pueblo. Pero especialmente es fundamental recordar a Belgrano por su corazón noble y jugado por su patria. Se jugó con la idea de transformar las cosas con el mínimo de violencia”, dijo la mujer que sigue peleando, todos los días, por una realidad mejor, no solamente en Corrientes, sino también en la Argentina.

El recuerdo de la hermana Pelloni remite a 1999.

Los días finales de aquel año son rememorados como si fueran el origen del presente.

¿Qué sucedió en aquellos días en el territorio donde Belgrano fundara un pueblo casi como símbolo del país nuevo que sentía estar haciendo después de la revolución del 25 de mayo de 1810?

“Dos jóvenes murieron cuando la Gendarmería desalojó el puente General Belgrano, de Corrientes, que estaba tomado por manifestantes desde el viernes de la semana última. Los muertos son Francisco Escobar (25) y Mauro Ojeda (18), informó oficialmente el Gobierno. Las autopsias determinaron heridas de balas de bajo calibre. El presidente Fernando de la Rúa lamentó las pérdidas. "La triste noticia de que haya muertos y heridos es un gran dolor para el país y para el presidente de la Nación", dijo, en un comunicado que leyó su vocero. Llamó a "restablecer cuanto antes la paz social y el orden legal".

El ministro del Interior, Federico Storani, denunció la presencia de agitadores de las organizaciones de extrema izquierda Patria Libre, Quebracho y Venceremos, y aseguró que en la zona de los disturbios actuaron francotiradores”, publicó el diario “La Nación”, el sábado 18 de diciembre de 1999.

Storani deslindó la responsabilidad de la Gendarmería con el argumento de que las fuerzas de seguridad no usaron armas de fuego sino balas de goma y gases lacrimógenos.

Luego de que se produjeron las muertes, la policía provincial se interpuso entre la Gendarmería y los manifestantes con una bandera blanca que buscaba impedir que siguiera el enfrentamiento.

El Gobierno tardó varias horas en saber con claridad qué ocurría en la provincia, y circularon cifras de heridos y de muertos mayores a las reales.

El designado interventor federal, Ramón Mestre, desmintió las versiones de que adelantaría su llegada.

El gobernador de Buenos Aires, Carlos Ruckauf, visitó a De la Rúa en la Casa Rosada y le expresó que "sería mejor que Mestre asuma cuanto antes".

El Estado provincial adeuda varios meses de sueldos a los 50.000 empleados públicos. La administración nacional enviará 90 millones de pesos para cubrir los salarios de noviembre y de diciembre antes de Navidad.

Un poeta correntino, Alejandro Mauriño, escribió entonces a propósito de los hechos de represión del 17 de diciembre.

Una mugre de escudos y farsa
invade Corrientes.

Una vergüenza de trampa,
de sordidez asesina,
de uniforme y armadura,
de yelmos y miserabilidad.

Es diciembre, final
de la primavera, final
de la vida, de ingenuas
ilusiones de la correntinidad.
Ha llegado una hora;
Mauro y Francisco lo sabrán.

Humo y polvareda,
mentira e iniquidad;
todo se mezcla en la avenida
con el calor de la mañana
y la caliente sangre
que ofrece la verdad.

Cuarenta y tantos darán su color al asfalto;
a dos, el cielo del Paraná
para siempre en sus retinas
quedará. Vivirán sus historias,
sus cariños, su aura, y nada más.

Nadie supo jamás
en esta casa de libertarios,
de hacedores de gloria,
de historias magníficas y lauros,
tamaña iniquidad. Nunca lo supieron
tampoco Francisco y Mauro .

Fue un 17, oscuro viernes
de turbiedad. Nadie, ni amigos
ni rivales, ni árboles
ni humanidad, ni el vuelo
de la poesía ni la palabra fría
de un diario, olvidarán.

Tal vez, la justicia tuerta
que nos aqueja o el alma
de roedor que a Chiappe infecta.

Quizá para ellos, ese viernes
en ningún almanaque
figure o volverá.

Fue un día de desgracia,
una jornada en que lo absurdo
paseó del brazo de la muerte.
La sangre en el asfalto,
en la carne los balazos,
tristeza en las acacias.

Queda la memoria.
La firme y constante.
Queda el penoso grito
de los heridos, o el arisco
adiós que nadie ha visto; el de
los amigos Mauro y Francisco.

Vamos a la vida, vamos a la gloria
que depara el futuro, hermanos,
aunque por ello sea preciso darla.
Vamos, vamos con los áureos
reflejos de la dignidad. Allí esperan
para siempre, Francisco y Mauro.-

Por su parte, la Comisión Provincial de Derechos Humanos denunció que: “Se ha instalado en nuestra provincia un virtual estado de ocupación que, lejos de solucionar el problema institucional lo ha retrocedido más de 20 años, ubicándonos en un escenario muy similar al de la dictadura militar.

“¿Por qué sostenemos esto? No solo los hechos, sino incluso los personajes actuantes se reproducen peligrosamente. De los personajes que se repiten merced a la impunidad, el más emblemático es el comandante de Gendarmería Ricardo Alberto Chiappe, quien estuvo asignado en La Perla (Córdoba) y Campo de Mayo, dos conocidos campos de concentración del llamado "Proceso de Reorganización Nacional".

“La represión de ayer fue claramente perversa y elaborada para intimidar a toda la población ya que no se limitaron a reprimir a los manifestantes, sino que ingresaron a los barrios adyacentes descargando gases lacrimógenos y vomitivos a mansalva y deteniendo a toda persona que encontraran en la calle. Violaron ilegalmente domicilios particulares e incluso al ex-Regimiento IX agrediendo a empleados municipales.

“Dos muertos y decenas de heridos son reconocidos oficialmente como el saldo de esta represión que, por su magnitud, no parece apuntar solamente a los correntinos sino a los que a lo largo y a lo ancho del país resisten el ajuste sobre los que menos tienen.

“En una actitud artera y cobarde la Gendarmería ha reprimido con calibres chicos para posibilitar a Storani descargar en los medios una versión distorsionada y retorcida de la realidad, acusando a "infiltrados" y a "activistas" de los crímenes.

“Esta versión puede ser creíble para un desprevenido habitante de otras tierras, pero los correntinos sabemos que tanto las víctimas como el resto de los manifestantes son comprovincianos que sólo reclaman legítimos derechos que les han arrebatado a lo largo de décadas.

“Por todo esto exigimos la inmediata destitución de Chiappe y el juicio y castigo a los responsables materiales e ideológicos de este criminal accionar”, decía la organización correntina el 18 de Diciembre de 1999

Francisco Escobar tenía veinticinco años y trabajaba de cartonero. Fue asesinado el 17 de diciembre de 1999 en la intersección de Misiones y 3 de Abril de la ciudad de Corrientes. Quedó en medio de la represión desatada por la Gendarmería Nacional, cuando regresaba de recoger cartones junto a su amigo Juan Alberto “Chano” Cáceres, nieto de Ortiz de Monzón, también herido. Francisco tenía 25 años y la bala que lo mató, una calibre 22, le perforó el corazón. Le decían saguá’a que en guaraní significa arisco.

Mauro Ojeda, en tanto, tenía 18 años y limpiaba vidrios de autos para sobrevivir.

La represión dejó un saldo de 28 heridos con bala de plomo y 50 que sufrieron las consecuencias de los gases lacrimógenos, los golpes y las balas de goma. Muchos de ellos fueron niños que se encontraban durmiendo en sus casas.

Hubo muy pocos avances en la justicia.

Quedó determinado en las autopsias realizadas a los dos jóvenes asesinados, que las balas que los mataron son de calibre 22.3, iguales a las reglamentarias utilizadas por Gendarmería Nacional.

Aquel año, Pedro Braillard Pocard era el gobernador de la provincia por el Partido Nuevo. Raúl Romero Feris, líder de ese partido, era intendente del municipio capitalino. La provincia atravesaba por una situación de gran movilidad social y política.

En 1999, a lo largo de varios meses, un vasto movimiento social autoconvocado reclamó en marchas y cortes del puente General Belgrano, la normalización salarial y un cambio en el sistema político imperante. Atraso en el pago de los sueldos fue el reclamo inicial que, poco a poco, se transformó en una protesta de mayor alcance contra la corrupción de la clase política. Los docentes levantaron carpas en la Plaza 25 de Mayo de la ciudad. Al reclamo de ellos, se les sumaron diferentes sectores. El movimiento de autoconvocados se hizo más y más fuerte. Marchas, asambleas populares y represiones marcaron esos días de 1999.

El ministro del Interior era Federico Storani; el jefe de Gendarmería Nacional, el comandante Chiappe La represión duró doce horas.

Horas previas a la tragedia, el gobierno nacional había decidido la Intervención Federal de la provincia. En tal sentido, designó a Ramón Mestre como interventor, que permaneció en ese cargo hasta el 2001, fecha en que se consagra gobierno a la alianza Frente de Todos, con Ricardo Colombi como mandatario provincial.

Pero si Belgrano está invicto y reaparece en el tercer milenio es porque, entre otras cosas, la historia argentina no tiene una lógica lineal.

Va y viene en el presente.

El pasado impune devuelve la imagen de la bandera de la igualdad convertida en símbolo de la opresión y el terrorismo de estado.

El excelente periódico correntino “Morandú”, destacó el 28 de octubre de 2004 una información que expresaba la continuidad de los represores y beneficiados por el terrorismo de estado en plena democracia.

El ex preso político y ex titular de la Federación Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores, Ramón Aguirre, denunció ante la justicia federal la desaparición del tractorista Neris Pérez, adjunto del sindicato en los años setenta, en la localidad de Virasoro.

Para Aguirre, el empresario y político, Adolfo Navajas Artaza, propietario del establecimiento “Las Marías”, productora de la yerba Taragüí, tiene “de alguna manera,

responsabilidad política, con todo lo que significó la dictadura en el país y en particular con lo ocurrido en Virasoro y sus áreas de influencia. Pienso que es así porque algunos de los desaparecidos han sido trabajadores de su establecimiento. El elemento desencadenante de estos hechos han sido los conflictos laborales allí. Pero no puedo, de ninguna manera, hacer una acusación de tipo penal, o nada parecido, porque no tengo pruebas. Lo que sí puedo afirmar es que él sabía que a mí me trasladaban a Resistencia, y eso no lo podía saber nadie que no estuviera por lo menos allegado a algún servicio de inteligencia. Las dictaduras se componen siempre de una pata militar y una civil en conjunción con el poder económico”, sostuvo con elocuente claridad. Aguirre fue detenido en Virasoro en 1976 junto a dos integrantes de entidades sindicales, Marcelo Acuña y Pablo Franco. El correntino residente en Bélgica contó que las mismas habían sido ordenadas por el interventor militar de la localidad, capitán Juan Carlos Sacco. Luego fue trasladado a Santo Tomé y de allí a Resistencia, donde recordó que fue llevado para la realización de un careo. Fue torturado y estuvo preso durante seis años.

De los militares actualmente detenidos en La Liguria, Chaco, Aguirre reconoció a los oficiales Losito y Barreiro, y mencionó que había escuchado nombrar al ex capitán Juan Carlos Demarchi "en numerosas oportunidades". Ramón Aguirre observó que, a diferencia de treinta años atrás, sentía que ahora la gente en el país lo trataba "con respeto".

Pero en Corrientes, como en cualquiera de las otras provincias del litoral, los grandes empresarios son premiados sin importar su pasado.

El periódico “Virasoro”, publicó el 11 de diciembre de 2004 la noticia que decía que Adolfo Navajas Artaza fue reconocido con el Premio Dirigente de Empresa del Año.

El cuerpo informativo señalaba que “la Asociación Dirigentes de Empresas, distinguió al empresario Adolfo Navajas Artaza, en representación del Establecimiento Las Marías, por su condición de Presidente del Grupo Las Marías, con el Premio Dirigente de Empresa del Año en la disciplina "Empresa y Comunidad", que se hizo entrega en Buenos Aires.

La finalidad de “esta premiación es reconocer públicamente a las personas y empresas que se han destacado en distintas disciplinas y que han aportado a la sociedad a través de su esfuerzo, inteligencia y trabajo”, sostenía el texto supuestamente periodístico.

Y terminaba con humillante sumisión: “Felicitaciones a don Adolfo y, por qué no, a todos sus trabajadores, porque Las Marías es el resultado del trabajo de todos y cada uno de los que trabajan en ella”.

En diciembre de 2005, sobrevivientes de distintos centros clandestinos de detención de Corrientes presentaron causas en los tribunales federales en torno al genocidio perpetrado a partir del 24 de marzo de 1976.

Eran la continuidad de pedidos anteriores, jamás investigados en profundidad.

Una de las razones de la invicta presencia de la impunidad en tierras correntinas quizás se cifre en la noticia aparecida el 22 de agosto de 2005.

“Los presidentes de la Sociedad Rural Argentina y de Corrientes, Luciano Miguens y Osvaldo Benítez Meabe, respectivamente, realizaron este domingo una reivindicación de Juan Carlos Demarchi, uno de los militares detenidos actualmente en la Liguria en la causa ex Regimiento de Infantería 9”, decía el título de la información.

Dirigentes de la Sociedad Rural pidiendo por uno de los principales acusados de haber cometido crímenes de lesa humanidad.

“Quiero enviar mi saludo desde aquí a Juan Carlos Demarchi, quien fuera un firme representante de esta institución y hoy se encuentra atravesando una situación difícil”, dijo Osvaldo Benítez Meabe en su discurso de inauguración de la septuagésima edición

de la Expo- Rural y “fue ovacionado por la gente que participaba del acto, en el que también se encontraba el gobernador de la provincia junto a funcionarios de su gabinete”, dice el cuerpo de la noticia.

Por su parte, el titular de la Sociedad Rural Argentina, Luciano Miguens declaró su “total apoyo” a las palabras de Meabe cuando le llegó el turno de realizar su discurso en el acto. “También nosotros apoyamos a Juan Carlos Demarchi, una persona honorable que también integra nuestra casa”, señaló en referencia al ex militar.

-Voy a reiterarlo cuantas veces se quiera y voy a apoyarlo cuantas veces sea necesario. Es un hombre de bien, ha sido nuestro presidente y ha aportado a nuestra institución con su trabajo -remarcó Meabe, presidente de la Rural de Corrientes en torno al genocida.

Una elocuente muestra de la defensa de los intereses que se movieron desde 1976 al presente: sangre y dinero.

El lunes 12 de diciembre de 2005, familiares y sobrevivientes de la represión en Goya presentaron una querrela contra ex integrantes de las fuerzas conjuntas. El juez que los recibió fue Soto Dávila, el mismo que no profundizó las denuncias sobre la represión en el puente Belgrano, en 1999.

La mayoría de los detenidos habrían estado alojados en algún momento de su cautiverio en dependencias del Batallón de Ingenieros 7, según testimonios recogidos en Goya y sus localidades aledañas, Santa Lucía y Lavalle.

Élida Goyeneche de Sobko, cuya hija, Clarisa Sobko, se presentó como querellante, fue secuestrada en un club de pesca el 14 de enero de 1978.

“Mi mamá es, era Elida Olga Goyeneche, nacida y criada en Goya, estudiante de medicina en Corrientes. Se casó con mi viejo, Pedro Miguel Sobko. Lo tuvo tiene a mi hermano y después me tiene a mí. Mi viejo desaparece en Paraná, Entre Ríos, en mayo de 1977, lo asesinan en plena vía pública, pero no tenemos el cuerpo, estamos en esa búsqueda. Ella estaba con nosotros en Buenos Aires, cuando se entera de eso vuelve a su ciudad natal con nosotros a la casa paterna”, relató Clarisa en diálogo con este cronista.

El 12 de febrero de 1978, Elida se va a un club de pesca, donde hay pileta y funcionaba una colonia de vacaciones en ese momento. “Íbamos siempre a la siesta para allá y ese día mi abuelo no asiste porque tenía que atender una cuestión en el campo y vamos mi abuela Pepita manejando, mi vieja al lado y nosotros dos atrás en el auto de mi abuelo, eran las cinco de la tarde aproximadamente. Mi abuela se baja en el club y va a hablar con una persona para la colonia de vacaciones. En ese momento se sube un tipo al volante del auto y hay todo un operativo de otros autos alrededor que hacen tierra y nos llevan”, recordó Clarisa.

“Nos sacan del auto y parece que nos dejan en un caminito de tierra colateral. Todo eso se lo acuerda mi hermano. Nos meten de nuevo al auto, nos ocultan...Yo tenía un año y dos meses, mi hermano tres años y pico, casi cuatro, nos dejan ahí, adentro del auto, con los vidrios cerrados según un diario de la época. Eso me enteré ahora, porque me dio mi tía el recorte, la sacan a mi vieja, nos dejan en el auto y se la llevan. Dicen los diarios de la época que nos ve una tipa, llorando adentro del auto...Nos devuelven a nuestra abuela en la jefatura de Goya”, agregó.

Los padres de Clarisa militaban en el Partido Revolucionario de los Trabajadores.

Ella dice que quiere los cuerpos, los restos del viejo. Que también necesita llevarlos presos a los asesinos y está convencida que “todos los mecanismos que utilizaban en esa época los siguen utilizando, siguen con impunidad, siguen con arrogancia, siguen circulando por la calle, no les importa, creo que nunca les va a importar”, asegura Clarisa, hoy embarazada.

Hasta los seis años estuvo en Goya y después se fue a vivir a Paraná.

“Goya para mí siempre fue un lugar lindo, hasta yo sentía en Paraná el olor de Goya, pero después una vez que volví, me acuerdo que me contaron un rumor, cosas muy dolorosas de cómo la mataron a mi vieja, cosas muy dolorosas, ahí hice un clic. Creo que por tres años no volví y me acuerdo que estaban los carnavales de Goya y era en la cuadra de los cuarteles, con los milicos, custodiando la seguridad del carnaval... Goya es muy callado, sigue manteniendo algunas cosas en silencio, cosas que en una ciudad más grande no se notan, pero en una ciudad chica los tenés al lado, los saludás, eso por ahí fue lo que me alejó un poco”, apuntó Clarisa, hoy convertida en psicóloga social y haciendo un post grado en salud mental.

Una gambeta existencial al odio y a la impunidad.

La desaparición de Goyeneche fue denunciada en primer término en la ciudad de Paraná, donde también se radicó la denuncia por la desaparición de su esposo, ocurrida un año antes, y desde allí fue remitida al Juzgado Federal de Corrientes.

En tanto que Abel Arce, cuya desaparición se incluyó en la querrela, habría sido trasladado desde Goya hacia la Brigada de Investigaciones de Resistencia mientras realizaba el servicio militar. Arce habría sido visto por última vez en diciembre de 1977 en estado muy deteriorado producto de intensas torturas.

“En el circuito represivo de Goya estarían implicados personal del Ejército, Prefectura y Policía Provincial como Federal. Se cree que habrían alrededor de 15 desaparecidos, tanto de esa ciudad como de zonas vecinas, donde fueron severamente perseguidos sobre todo trabajadores y campesinos que integraban las Ligas Agrarias”, sostenía un periódico regional.

Misiones

“A consecuencia de la proclama que expedí para hacer saber a los naturales de los pueblos de Misiones, que venía a restituirlos a sus derechos de libertad, propiedad y seguridad de que por tantas generaciones han estado privados, sirviendo únicamente para las rapiñas de los que han gobernado, como está de manifiesto hasta la evidencia, no hallándose una sola familia que pueda decir: “estos son los bienes que he heredado de mis mayores”, y cumpliendo con las intenciones de la Excelentísima Junta de las Provincias Unidas del Río de la Plata y a virtud de las altas facultades que como a su vocal representante me ha conferido, he venido a determinar los siguientes artículos con que acredito que mis palabras, que no son otras que la de su Excelencia, no son las del engaño, ni alucinamiento, con que hasta ahora se ha tenido a los desgraciados naturales bajo el yugo del fierro, tratándolos pero que a las bestias de carga, hasta llevarlos al sepulcro palpando con ver su desnudez, sus libidos aspectos, y los ningunos recursos, que les han dejado para subsistir:

Primero: Todos los naturales de Misiones son libres, gozarán de sus propiedades y podrán disponer de ellas como mejor les acomode, como no sea atentando contra sus semejantes.

Segundo: Desde hoy los liberto del tributo, y a todos los treinta pueblos, y sus respectivas jurisdicciones los exceptúo de todo impuesto por el espacio de diez años.

Tercero: Concedo un comercio franco y libre de todas sus producciones, incluso la del tabaco con el resto de las Provincias del Río de la Plata.

Cuarto: Respecto de haberse declarado en todo iguales a los españoles que hemos tenido la gloria de nacer en el suelo de América, les habilito para todos los empleos civiles, militares, y eclesiásticos, debiendo recaer en ellos, como en nosotros los empleados del gobierno, milicia y administración de sus pueblos.

...Séptimo: A los naturales se les darán gratuitamente las propiedades de las suertes de tierra, que se les señalen que en el pueblo será de un tercio de cuadra, y en la campaña según las leguas y calidad de tierra que tuviere cada pueblo su suerte, que no haya de pasar de legua y media de frente y dos de fondo.

...Décimo séptimo: Respecto a que las tierras de los pueblos están intercaladas, se hará una masa común de ellas, y se repartirán a prorrata entre todos los pueblos, para que unos a los otros puedan darse la mano y formar una provincia respetable de las del Río de la Plata.

Décimo octavo: En atención a que nada se haría con repartir tierra a los naturales, si no se les hacían anticipaciones así de instrumentos para la agricultura como de ganados para el fomento de las crías ocurriré a la excelentísima junta, para que se abra una suscripción para el primer objeto, y conceda los diezmos de la quatropea de los partidos de Entre Ríos para el segundo; quedando en aplicar algunos fondos de los insurgentes, que permanecieron renitentes en contra de la causa de la Patria a objetos de tanta importancia, y que tal vez son habidos del sudor y sangre de los mismos naturales..

...Vigésimo Séptimo: Hallándome cerciorado de los excesos horrorosos que se cometen por los beneficiarios de la hierba no solo talando los árboles que la traen sino también con los naturales de cuyo trabajo se aprovechan sin pagárselos y además hacen padecer con castigos escandalosos, constituyéndose jueces en causa propia, prohibo que se pueda cortar árbol alguno de la hierba so la pena de diez pesos por cada uno que se cortare, a beneficio la mitad del denunciante y para el fondo de la escuela la otra...”, hecho en el campamento de Tacuarí, el 30 de diciembre de 1811.

Uno de los textos más hermosos, profundos y actuales de la historia argentina.

Una especie de mapa que debe contrastarse con la realidad social y política de cada provincia del país.

Uno de los documentos menos difundidos de Belgrano.

No es por casualidad.

Todo lo contrario.

-Misiones sigue estando en los primeros lugares del triste ranking de las provincias más pobres del país – dice el ex obispo de Iguazú, Joaquín Piña, en diálogo con este cronista desde su modesta oficina en una parroquia ubicada en un barrio de la ciudad de Posadas. “Acá el problema fundamental es el de la tierra. Hay latifundios que van de un lado hacia el otro. Del Río Paraná al Uruguay, así de grandes son. Y los pequeños pequeños campesinos no tienen un título de propiedad. A esto hay que sumarle la presencia de las grandes empresas pasteras, las dedicadas a la explotación celulósica que están cambiando todo el ecosistema de la provincia. Y el tercer tema, también histórico, es la realidad siempre difícil de los pueblos aborígenes”, dice Piña.

Recuerda que hace medio siglo, cuando llegó a la región, todo era una selva plétórica de riquezas naturales.

-Gran parte de esa selva hoy está destruida. Es una desgracia. El peligro ahora es que lo quieren convertir en un desierto verde con esta idea de plantar pinos. Y se sabe que donde se plantan pinos no crece nada más alrededor. Pero el problema mayor es que este tipo de árbol, este tipo de explotación expulsa gente y arruina mucho la tierra – agregó.

Según el análisis del obispo emérito de Iguazú, los proyectos internacionales que hablan de nuevas represas hidroeléctricas están orientados a generar energía para Brasil y grandes ganancias para grupos económicos que no tienen relación con la población misionera.

Todo lo contrario. Para Piña, los costos ecológicos y sociales que entrañan las grandes represas no se justifican de ningún punto de vista y, para colmo, tienen ejemplos poco gratificantes como el caso de Yacyretá, definido por el ex presidente Carlos Menem como el “monumento a la corrupción”.

El sacerdote destaca la presencia de los planes sociales pero al mismo tiempo advierte que la perpetuidad en el tiempo de los mismos puede llevar a la desaparición de la cultura del trabajo.

“También hay un gran éxodo campesino hacia las dos márgenes del río Paraná. Algunos van a Buenos Aires y no vuelven más. Y los otros, los que van a las otras provincias del litoral no terminan de arraigarse nunca”, dice Piña.

Asimismo destaca la capacidad de resistencia del pueblo misionero.

Rememora el auge que tuvo, en su momento, el movimiento cooperativo como factor de organización social y reivindicación de distintos sectores de la comunidad.

Vuelve a marcar su preocupación “por el actual grado de pobreza que sufren muchas familias porque a diferencia de los años anteriores, ahora se ha llegado a la mendicidad, cosa que antes no ocurría. Hay gente que no sale de su rancho y eso está más allá de la cuestión económica. Tiene que ver con un tema de dignidad”, dice Piña.

Otra de las consecuencias de la importación de los pinos es la poca gente que hay para la recolección de la yerba mate, para la tarea, como le dicen los misioneros.

Igualmente, Joaquín Piña cree que la esperanza reside en la capacidad de resistencia y organización de los sectores populares misioneros.

“Otra vez se ofrece una brillante oportunidad para encarar la reivindicación histórica que se merece Misiones ante el resto del país y también ante el mundo. Lamentablemente, en el Bicentenario de la Patria, nuestros políticos en función de gobierno nada hicieron para conmemorar en forma simultánea los 200 años de la histórica provincia de Misiones para que de una vez por todas sepan los argentinos que es la más antigua de la República Argentina y que fue la primera en adherir a la Revolución de Mayo el 18 de junio de 1810, con más otros hechos trascendentes y que culminó con la redacción de una suerte de “constitución” de puño y letra de Manuel Belgrano el 31 de diciembre de ese mismo año”, comienza diciendo el periodista e investigador, Alberto Mónaca, titulado “La Nación Argentina le debe mucho a Misiones”, publicado en el diario “El Territorio”, el primero de junio de 2011.

Sostiene Mónaca que mientras Buenos Aires tenía cuatro mil habitantes a principio del siglo XVIII, las reducciones jesuíticas contaban con 140 mil personas.

Reivindica la defensa que hicieron los pueblos guaraníes ante las invasiones extranjeras en distintas épocas de ese largo proceso revolucionario.

Cita al historiador católico Ricardo Furlong cuando apunta que en defensa de Buenos Aires, por orden del gobernador Baigorri, acudieron 150 indios en 1657 y 300 en 1658; 50 en 1671 por orden de Salazar y 150 en 1688. En 1697 bajaron dos mil indios a la defensa de la capital contra la temida invasión francesa.

Para el año 1700, por orden de Manuel Prado, bajaron 2 mil indios armados para defender, una vez más, a Buenos Aires, contra una escuadra de navíos dinamarqueses.

Mónaca repite que Misiones fue y es la provincia más antigua de la Argentina y la primera en adherir a la Revolución, el 18 de junio de 1810.

“El cuarto hecho trascendente fue el pedido de ayuda a Misiones para crear y poner en funcionamiento la primera fábrica de fusiles y pólvora al servicio de la Patria que recién nacía y que se concretó en octubre de ese mismo año con la presencia en Buenos Aires de treinta misioneros expertos en esa actividad. Luego, con la presencia de Manuel Belgrano en Candelaria en su viaje al Paraguay, quinientos misioneros guaraníes se sumaban a su tropa voluntaria en esa misión para culminar con el sexto y último aporte de Misiones en ese histórico año cuando el 30 de diciembre el propio Belgrano redacta de su puño y letra un Reglamento para el régimen político y administrativo de la histórica provincia que, en realidad, fue la primera constitución que se conozca en toda la República”, añade Mónaca.

En estas tierras rojas, la esperanza surge de la resistencia.

El espíritu de aquella primera constitución, los 30 puntos de Belgrano, volvieron de la mano de los sobrevivientes de la noche carnívora impuesta al país entre 1976 y 1983.

“Siempre le resulta difícil al productor competir en la distribución y en la venta de sus propios productos porque parece que indefectiblemente tiene que pensar en términos de supermercados y no es así porque hay otros sectores y para ello es fundamental hacer cosas que orienten hacia la creación de otro poder”, dijo el francés Michel Guilbard, socio de la Cooperativa Río Paraná de Oberá, Misiones, y también ex detenido del terrorismo de estado.

“La yerba tiene que ser de los piqueteros, de las asambleas barriales, de los obreros que tomaron fábricas y eso fue lo que pensamos y nos fue muy bien. De allí que ideamos un sistema que permite llegar del productor al consumidor sin ningún intermediario”, relató Guilbard con sencillez y con la satisfacción de haber alcanzado una meta social, política y económica que fue soñada en los años setenta.

En Misiones, según sus estimaciones, hay 13 mil pequeños productores yerbateros, 17 mil tabacaleros explotados por las dos grandes multinacionales de cigarrillos asentados en la Argentina y 8 mil dedicados al te.

“Es una producción familiar que sirve para el autoconsumo y también para la ciudad. De allí que instalamos las llamadas ferias francas. Dos mil quinientas familias que en 42 municipios misioneros le venden su producción a muchísimas personas. Pero no solamente un solo producto, sino una diversidad que incluye casi una veintena de productos. Y en esa diversidad aparece el valor agregado, por lo que estamos rompiendo con la tradición del monocultivo y todas las dependencias que eso trae. Se está reencontrando la diversidad original del campo argentino”, cuenta con legítimo orgullo el francés de más de dos metros de estatura.

“La Cooperativa se formó allá por 1975 y fue lo primero que cerró la dictadura. Para ellos los pequeños productores tenían que ser eternamente dependientes de los almaceneros que después se convertían en punteros políticos. Era un verdadero sistema feudal. Nosotros logramos romper con esa dependencia. Por eso los gendarmes la cerraron y nos metieron presos”, recordó Guilbart.

También apuntó que la paliza que le dieron a Peczak fue de tal dimensión que ellos se tuvieron que encargar de darle de comer por tres meses. Hasta hoy el francés está sorprendido de la increíble rehabilitación del entonces presidente de la Cooperativa Río Paraná, hacia principios del tercer milenio.

“En las ferias francas los pequeños productores lograron generar créditos, una gran participación de la mujer, una horizontalidad en las decisiones y también comienzan a aparecer los jóvenes como activos participativos de todo el circuito económico. Es una gran esperanza. De allí la necesidad de articular estas experiencias con los otros sectores que también están convencidos de la necesidad de generar un poder popular de verdad, no solamente en el campo, sino también en las ciudades”, sostuvo Guilbart.

El Movimiento Agrario de Misiones entiende el futuro desde dos posturas concretas: la lucha y los emprendimientos que vinculen, de manera directa, a los productores con los consumidores.

La organización lanzó una “campaña nacional de boicot a las grandes marcas de yerba mate porque son los responsables de la crisis yerbatera y de los precios injustos que se pagan a los pequeños productores”.

El volante de difusión pide que no se compren las marcas Taragüí, La Tranquera, Cruz de Malta, Nobleza Gaucha, Rosamonte y Amanda ni las marcas propias de los grandes hipermercados Carrefour, Norte, Coto, Wall Mark y Libertad. Ofrecen comprar las marcas de las cooperativas. Esa es una de las partes del presente y del futuro.

La otra está en el crecimiento de las ferias francas que próximamente llegarán al corazón mismo de la Capital Federal en el predio que antes ocupaba el ex supermercado Dorrego.

Las ferias nacieron en agosto de 1995 en Oberá y luego aparecieron en Alem, Aristóbulo del Valle, Eldorado y Apóstoles, todas localidades misioneras. En diciembre de 1996, “a poco más de un año del lanzamiento de la primera feria, los representantes de nueve ferias francas reunidos en Oberá acuerdan crear la Primera Asociación Provincial de Ferias Francas de la provincia de Misiones, hecho que se concreta legalmente en 1998”.

En 2000 se creó la Dirección Provincial de Pequeños Agricultores, Huertas y Ferias Francas en Misiones y dos años después se sumaban nuevas representaciones en otras provincias argentinas. “Un largo y fructífero camino de más de una década en la que los campesinos van construyendo una red comercializadora autónoma. Hoy existen Ferias Francas en, por lo menos, ocho provincias, sumando unas cien ferias”, sostiene uno de

los documentos emitidos por el Movimiento Agrario de Misiones, la Federación Correntina de Asociaciones y Organizaciones de Productores Familiares y el Movimiento Campesino de Formosa.

En la búsqueda de ampliar este futuro que ya está siendo se señala que “es muy interesante el hecho de que las ferias se dan un reglamento interno para enmarcar mejor su accionar. En ello se establecen cuestiones prácticas y de funcionamiento como por ejemplo el número de puestos, los horarios, las formas en las que deben exhibirse los productos. Hay capítulos sobre los puestos y los espacios, sobre el régimen de permisos, el comportamiento y la presentación de los feriantes y sobre seguridad e higiene”.

Unos 2.500 “productores familiares encontraron y autogestionaron este espacio de comercialización, intercambio y establecimiento de nuevas relaciones entre productores y consumidores, entre el campo y la ciudad”.

Se pregunta los impulsores de este sentido de futuro colectivo si no habrá llegado “el momento de que una ley nacional promueva, proteja e impulse esta forma directa de comercialización en todo el territorio argentino”.

Mientras tanto, Enrique, Michel y miles de anónimos van empujando un mañana distinto, cebando mates con una yerba que tiene otro sabor, el de la esperanza concreta.

El jueves 15 de diciembre de 2005, en horas de la mañana se presentó el pedido de reapertura de la causa por la desaparición del ingeniero químico Alfredo González, docente e investigador de la Universidad nacional de Misiones, oriundo de Bella Vista Corrientes.

Esta desaparición se produjo el 4 de marzo de 1978 en Posadas, y familiares y amigos, han podido determinar que fue secuestrado por fuerzas conjuntas, puesto a disposición del área 232 y llevado a un centro clandestino de detención en las afueras de Posadas, próximo al aeropuerto.

Con esta presentación se busca la recuperación de la Memoria, las reconstrucción de la Verdad Histórica e iniciar en Misiones un proceso de reparación y justicia para los centenares de víctimas misioneros, pertenecientes a la intelectualidad y a la cultura, al Movimiento Agrario Misionero, a los trabajadores, estudiantes, muchos de ellos jóvenes, que fueron secuestrados, presos, exiliados, desaparecidos, torturados, en los años del terrorismo de estado en la Argentina, que se expresó con suma ferocidad en la Provincia de Misiones.

El ingeniero González fue desaparecido, entre otras razones, por sus estudios vinculados a la producción de papel sin necesidad de grandes inversiones por parte de los trabajadores.

Semejante iniciativa estaba en contra de los intereses de las papeleras asentadas en el territorio misionero.

Los sueños de González no admitían la postal de presentación nacional que tuvo Misiones en los primeros días de 2006.

Consecuencia de la riqueza acumulada en pocas manos, la fotografía de Karina parecía ser la síntesis del saqueo, de la siniestra y permanente aplicación de la fórmula sangre y dinero.

“Cuando la vieron, se quedaron sin habla. Ni la médica ni la enfermera llegadas de Buenos Aires habían imaginado encontrar una nena en esas condiciones. La diminuta Karina las miraba con sus ojos inmensos. La balanza comprobó lo evidente: apenas superaba los cuatro kilos, pese a que ya había cumplido un año. Una vez vencido el estupor, los miembros de la Asociación Civil Santa Clara, que realizaban tareas asistenciales en Yeyi, una aldea aborígen en la selva misionera, se ofrecieron a

trasladarla. Cuentan que en el hospital de El Soberbio, a 45 kilómetros de allí, un médico de guardia les dijo que tenían pocos recursos y los guardaban para emergencias, término que a su juicio no definía la situación de Karina. Entonces fueron a la farmacia, compraron el suero y la guía y hasta se la colocaron a la beba. Hoy Karina se recupera lentamente en el hospital de Oberá, pero aún no se conocen las secuelas neurológicas que puede dejarle la desnutrición. La Asociación presentó una denuncia en la Justicia contra los servicios de salud de la provincia de Misiones. Pero Karina no es un caso único en la zona”, contaba el principio de la nota de la periodista Andrea Ferrari, en la edición del seis de enero de 2006 del diario “Página/12”.

Doscientas personas habitan la aldea guaraní de Yeyi.

"Fuimos a principios de diciembre para ver cómo estaba la situación, pensando en volver en marzo o abril con mayores recursos asistenciales –cuenta la médica pediatra Paula Pérez Cardozo–. Al cabo de tres o cuatro horas, cuando ya habíamos atendido a varias personas, se me acercó Rudy Sacha, que es agente sanitario en el lugar, y me preguntó si podía ver a su hija que tenía bajo peso. Cuando la trajeron, nos quedamos todos helados." La beba fue colocada enseguida en la balanza, que marcó 4,240 gramos, cuando por su edad, dice la médica, "debía haber pesado diez u once kilos". De inmediato sugirieron el traslado. Según contó la familia, la beba decayó tras la muerte de su madre, seis meses atrás. Ya había estado internada y recibido el alta en el hospital, pero luego no hizo sino empeorar.

La religiosa Iraceme Mattje, quien asiste a la población de Yeyi y Pindó Poty desde hace once años, sostuvo: "Vi otro caso similar al de Karina, o todavía peor, hace pocos meses en la misma comunidad. Una nena de la familia Da Silva, que tenía un año y medio y parecía de seis meses. Estuvo internada más de un mes. No sé por qué los caciques dicen que no hay desnutrición. Creo que se sienten presionados por la ayuda que reciben."

A la brutal pobreza de estas comunidades se suman factores culturales. "Hay falta de alimentos y, sobre todo en verano, hay chicos deshidratados –sostiene Mattje–, pero también sucede que no saben utilizarlos: he visto que a una nena le daban la leche en polvo casi sin diluir, con cucharita." "Es gente muy introvertida –agrega Pérez Cardozo–, no es fácil entrar a la aldea ni a las chozas. Que los chicos estén enfermos representa para ellos que Dios se los quiere llevar y no se puede hacer nada."

Tampoco es sencillo ir al hospital: tienen que caminar cinco kilómetros y pagar ocho pesos de colectivo. Y si bien hay visitas de médicos, no siempre ven a todos. "Las jefas del hospital se enojan porque no les muestran los chicos –cuenta la religiosa–. Pero hay que exigirles que los traigan."

"Hay, por ejemplo, dos chicos de cuatro y cinco años herniados que sufren mucho –dice Mattje–; las operaciones son sencillas, pero no se hacen. Y cada vez va a ser peor. Yo creo que no puede ser que un chico esté sufriendo así."

"Y cada vez va a ser peor", dice la religiosa.

En la primera semana de 2006, el gobierno provincial anunció el crecimiento del llamado producto bruto geográfico. Quince mil millones de pesos durante todo el año 2005. La administración celebraba la noticia y las cifras empujaron la aparición de la provincia en los diarios nacionales.

Contrastas del presente misionero.

Mucho dinero por un lado, el cuerpito de Karina por el otro.

Cuentas públicas para la alegría de algunos.

Realidad de los pibes como cuentas pendientes desde hace tiempo.

Quizás porque la historia política de las últimas tres décadas se resume en la vida de los chicos.

Los pibes misioneros son la historia en carne viva.

El cuerpo de Karina, sus grandes ojos preguntando por qué, resumen el resultado de treinta años de historia.

Consecuencias de una política basada en la sangre y el dinero, en el matar para robar, en el aniquilamiento de la rebeldía y la dignidad para que el orden de las minorías se mantuviera invicto durante décadas.

Karina es consecuencia y también es causa.

Causa y consecuencia de lo que fue, de lo que es y de lo que será.

El pasado abierto en el presente.

Por impunidad y por sueños colectivos inconclusos.

Lo pasado, presente... por imperio de puentes, individuales y colectivos.

A fines de enero de 2006, la noticia conmocionó a Misiones: desde la Universidad se colaboró con la represión.

“En aquel entonces, la divulgación de estos documentos hubiera significado una condena a muerte, o en el mejor de los casos, un juicio en un tribunal militar, de resultado incierto. Lo advierte el sello que figura al pie del Anexo I del Memorando 4Ñ-80901/15, del 17 de noviembre de 1978, que el teniente coronel José María Parietti, segundo jefe del Área 232 -la zona de operaciones militares que correspondía a Misiones- le dirige al entonces rector de la Universidad Nacional de Misiones (Unam), doctor Carlos Alberto Roko, informándole sobre los antecedentes de una mujer de nombre Antonia Irene Husulak de Mekekiuk”.

“Los presentes antecedentes solamente constituyen un elemento de orientación y no de prueba. Tienen el carácter de Estrictamente Secreto y Confidencial y su divulgación está penada por los artículos 222 y 223 del Código Penal y Código de Justicia Militar”, reza el sello.

Antonia Irene Husulak de Mekekiuk era una trabajadora social de 32 años, oriunda de Gobernador Roca que vivía sobre la calle España, en Posadas.

En la nota, Parietti le aconseja a Roko no suscribir la designación de la mujer “en cargo alguno” en la Unam, “por sus antecedentes ideológicos que registra (sic)”.

El Memorando de marras es uno, en un amplio repertorio de comunicaciones entre los jefes del Área 232 entre los años 1977 y 1979, y quienes ocuparon el Rectorado de la Unam por aquel tiempo.

Se trata de un compendio de comunicaciones que prueban de manera irrefutable el rol que les cupo a las autoridades universitarias misioneras en la represión ilegal de la dictadura militar.

El miércoles 25 de enero de 2006, la Justicia Federal de Misiones ordenó la detención de cinco militares sospechados por la desaparición del ingeniero químico y docente de la Universidad Nacional de Misiones, Alfredo González, durante la última dictadura militar.

La Justicia ordenó la detención de los tenientes coroneles Carlos Caggiano Tedesco y Francisco Javier Molina; del suboficial de Gendarmería Nacional Manuel Santos Acosta; y los capitanes de navío Rodolfo Poletti y Fernando Di Fonzo.

En conferencia de prensa, la responsable del área jurídica de la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación, Ana María Figueroa, explicó que los militares están acusados de los delitos de "privación ilegítima de la libertad agravada por torturas" y "homicidio calificado", considerados delitos de lesa humanidad.

Durante la dictadura, Tedesco era el jefe del área militar 232; Molina, jefe de policía; Poletti, gobernador de la provincia; y Di Fonzo, ministro de Gobierno.

Figuroa precisó que Cagginao Tedesco y Acosta se encuentran detenidos en el Hospital Militar de Buenos Aires y Molina en su residencia de la ciudad correntina de Paso de los Libres.

En tanto, Poletti y Di Fonzo hasta ahora no han sido localizados por la Justicia, según se informó. La detención de los militares fue ordenada por el juez federal subrogante de Posadas, Eduardo José Bonetto, en el marco de la causa que investiga a desaparición del ingeniero químico Alfredo González, quien fue secuestrado de su domicilio el 4 de marzo de 1978 y desde entonces permanece desaparecido.

A mediados de 2004, una denuncia de María Amelia González, hermana del profesional, dio inicio a las investigaciones en la Cámara Federal de Apelaciones de Posadas para saber que sucedió con el académico.

Hace un año y por la misma causa judicial, fue localizada e identificada por ex detenidos, una edificación, conocida entonces como "la Casita de los Mártires", que funcionó como centro clandestino de detención durante la última dictadura. Varios testigos señalaron haber estado detenidos allí con el ingeniero González. El predio está ubicado donde hoy cruza el acceso sur a la ciudad de Posadas, entre el aeropuerto Libertador General San Martín y el arroyo Mártires, y fue utilizado por la dictadura entre los años '77 y '78, en tanto actualmente está casi todo tapado por la maleza.

Rosario

“En este momento que son las seis y media de la tarde se ha hecho salva de en la Bateria de la Independencia y queda con la dotación competente para los tres cañones que se han colocado, las municiones y la guarnición.

He dispuesto para entusiasmar las tropas, y estos habitantes, que se formen todas aquellas y hablé en los términos de la copia que acompaño.

Siendo preciso enarbolar Bandera y no teniéndola la mandé hacer blanca y celeste conforme a los colores de la Escarapela nacional, espero que sea de la aprobación de VE.

Rosario, 27 de febrero de 1812”.

Manuel Belgrano en carta al gobierno.

-Allá por 1812, Rosario era una aldea rural descuidada, donde la población se reunía solamente dos veces al año, con motivo de celebrar el día de la Virgen y por Semana Santa. Estamos hablando de una población de unas cuatrocientas almas que, a pesar de la escasez, siempre estaba dispuesta a dar desde los tiempos de las invasiones inglesas – dice con seguridad y claridad, Miguel Angel De Marco, director de la revista “Historia de Rosario” y uno de los principales investigadores sobre el pasado de la ciudad donde Belgrano enarbolará su bandera desobedeciendo los deseos de Buenos Aires.

Para De Marco, Belgrano “es el gran comunicador de la revolución, el hombre de los grandes gestos. Por ejemplo, después de un viaje muy cansador, las tropas llegaron a Rosario y debieron soportar el calor agobiante de ese mes de febrero. Estaban muy fatigados. Sin embargo, Belgrano les ordenó vestirse de gala y producir una entrada marcial. Le está diciendo a los rosarinos: acá está el estado. Y también les presenta la revolución con la idea de contagiarlos de sus ideas. La consecuencia es que, desde ese momento, se desata todo un movimiento político a favor de la revolución”, dice De Marco.

Para el investigador no fue casualidad la elección de Rosario porque Belgrano ya tenía trato con Anastasio Echavarría con el cual iría después hacia el Paraguay.

De Marco destaca que la jura de la bandera se hace por la independencia y eso es algo que ni si quiera se pensaba en voz alta en Buenos Aires.

-Belgrano también es el principal referente por el respeto a las distintas identidades. Tiene una visión general de América. Lucha por la emancipación de los pueblos originarios y produce los más bellos y profundos documentos en este sentido de la revolución. Por eso digo que la bandera de Belgrano es también la bandera de las distintas identidades – apunta De Marco.

Según su punto de vista, Belgrano es también un adelantado en el respeto concreto de los derechos humanos y que lo peor no fue su muerte en soledad, si no lo que le hicieron en los últimos años de su vida.

-A Belgrano lo maltrataron en vida. Se enfrentó a los intereses de los poderosos de aquellos momentos y eso no se lo perdonaron. Él estaba en la vereda contraria a esas minorías. Por eso en el día de los tres gobernadores de Buenos Aires, el 20 de junio de 1820, Belgrano muere en el silencio más absoluto – dice el historiador rosarino.

Piensa que la imagen edulcorada de Belgrano es consecuencia, entre otras cosas, de la famosa pintura que hacen de él cuando está cumpliendo su misión diplomática en Europa junto a Bernardino Rivadavia.

La pose de un hombre bien vestido, cruzado de piernas, es la clásica postura de un diplomático.

-Por eso es fundamental ver mucho más allá de esas imágenes. Belgrano fue un contestatario de lo que venía de los escritorios de Buenos Aires y eso lo pagó muy caro. De allí que sea necesario rescatar la profundidad de Belgrano, el revolucionario pleno y cabal, el del respeto por las distintas identidades americanas – termina diciendo Miguel De Marco con pasión y claridad.

Pero el lugar donde Belgrano izara por primera vez la bandera como símbolo del proyecto que debería enamorar a las nuevas generaciones de estas tierras, tiene una historia que hunde sus raíces en el interior profundo de América.

Los primeros pobladores que llegaron a las islas que están frente a Rosario fueron los guaraníes del Amazonas.

Ellos buscaban la Tierra Sin Mal.

Los karai, los sacerdotes jefes de la comunidad, dijeron, hace unos tres mil años atrás, que el lugar estaba al oeste.

Hacia 1539, los tupí guaraní llegaron hasta las tierras peruanas. Fue una peregrinación de diez años. Quedaron trescientos de los dos mil caminantes originales que partieron de la selva esmeralda.

“La Tierra Sin Mal es la edad de oro si se quiere, pero no anunciada desde un pasado remoto. Es una tierra prometida en la tierra y que sin embargo no es un reino sino, por el contrario, la abolición de toda forma de poder”, dijeron mucho después los antropólogos.

Un paraíso para los vivos.

Para los que tuvieron el valor y la constancia de observar la vida de los antepasados y que guiados “por el poder privilegiado del chamán hayan descubierto el camino hacia él. La búsqueda de los guaraníes duró cuatro siglos. La Tierra Sin Mal, al lado del Paraná, era el lugar donde se iba a vivir en justicia”, cuentan los estudiosos.

Tres milenios después la Tierra Sin Mal sigue sin ser.

El proyecto de los habitantes guaraníes era tierra, libertad y justicia.

Marchaban alentados por ese proyecto y se hacía en el camino y los hacía ser lo que eran.

Una nación con un proyecto de estado.

Tres mil años después de los primeros pobladores del Litoral, seis de cada diez chicos no tienen zapatillas ni tampoco para comer cuatro veces al día.

Todavía no lograron La Tierra Sin Mal.

Pero la siguen buscando.

En aquellos tiempos originales, cuando Rosario ni siquiera figuraba en la imaginación de los escribas, los guaraníes decidieron compartir con los jesuitas su proyecto de la Tierra Sin Mal.

Fue el momento en que dos imperios temblaron y decidieron borrarlos de la faz del planeta a sangre y fuego.

Cuando un estado nuevo y diferente, con instituciones nuevas y diferentes, comenzaba a surgir, los estados de las monarquías española y portuguesa y hasta el propio Vaticano, eligieron la conocida herramienta política y económica de la violencia.

A la historia le gusta jugar a las coincidencias: hubo 30 mil guaraníes desaparecidos.

Y con ellos un proyecto económico, social, político y cultural que desafiaba las leyes y el privilegio de los decadentes imperios español y lusitano.

Tres mil años después, la desnutrición es el resultado del mapa íntimo que dibujaron las estrategias del poder para imponer sus instituciones, a imagen y semejanza de las minorías.

Clave para entender la historia del poder.

Allí donde el mapa de la Argentina marca el mayor número de necesidades básicas insatisfechas, Formosa, Chaco, Misiones, Corrientes, Jujuy, Salta, Tucumán y Santiago del Estero; allí hubo antes un lugar en que los pueblos fueron felices hasta que los aplastaron.

Geografía del poder, geografía del hambre.

Consecuencias de la historia política del estado que impuso un proyecto de dependencia y, por ende, en beneficio de pocos.

Donde la tierra está yerma, existió un vergel.

Donde los pies descalzos de los chicos caminan el polvo de la indiferencia, hubo, en algún momento, un proyecto político de liberación y, en forma paralela, de un estado representativo con instituciones respetadas.

Cuenta la historia oficial que la fundación de Santiago del Estero, en 1553; de Mendoza, en 1567; de San Miguel de Tucumán, en 1565; de Córdoba, en 1573; de Salta, en 1582; de La Rioja, en 1591; y de Jujuy, en 1593; coincidió con la expansión hacia los cuatro puntos cardinales, de la colonización por los españoles y los mestizos del Paraguay: fundaron Villa Rica, en 1570; Santa Fe en 1573; Buenos Aires por segunda vez, en 1589; Vera de las Siete Corrientes fue establecida en 1588.

Fue en 1607, cuando se fundó la provincia de Paracuaria, aquel proyecto en el que coincidieron miles de guaraníes y centenares de jesuitas, a contrapelo de las leyes de los imperios y aún, hasta del mismo Vaticano.

Las misiones llegaron a funcionar como verdaderos estados dentro de los estados, la actividad económica que desarrollaron hasta les dio la posibilidad de generar préstamos y tomar depósitos como si fueran bancos mucho más seguros que los existentes en Europa. Hacia finales del siglo XVII, exportaban azúcar, cacao, cueros y semejante desarrollo les generó la enemistad de colonizadores, distintas órdenes religiosas y otras instituciones que, por otra parte, querían a los guaraníes como mano de obra esclava para explotarlos en las minas de la región.

Eran unidades independientes, tanto para la producción como para el comercio.

En esos mismos años finales del 1600, los colegios jesuíticos exportaban una quinta parte de las exportaciones totales de ganado vacuno de la región del Plata a Perú. También era considerable el negocio con las mulas.

“Los jesuitas protegían a sus guaraníes con todos los medios que disponían, al tiempo que condenaban y contribuían a exterminar a las tribus nómades amantes de la libertad”, cuenta Magnus Morner, en su libro “Actividades políticas y económicas de los jesuitas en el Río de La Plata”.

Hacia 1.702, en 22 reducciones de la provincia, vivían 89.501 personas, agrupadas en 22.857 familias.

Entre 1731 y 1738, los guaraníes de los treinta pueblos de Paracuara, descendieron de 138.934 a 90.287, como consecuencia de las viruelas.

Hasta que en 1750 se firmó el Tratado de Límites entre España y Portugal que justificó el exterminio del proyecto de Paracuara. Tenían que evacuar sus tierras.

Los guaraníes y los jesuitas se opusieron.

Vino, entonces, el terrorismo impuesto por los estados monárquicos español y portugués.

30 mil guaraníes fueron muertos.

No se recuerdan sus nombres.

Un número más que sirvió al reordenamiento del rol de los estados peninsulares.
“Se tiene por mérito para conseguir ascensos en nuestra Corte ser enemigo de los jesuitas...”, contaba una carta enviada por el padre José de Robles a otro sacerdote de la Compañía de Jesús.
Es que los jesuitas de América siempre se resistieron a pagar a la Corona diezmos sobre la producción agrícola e industrial de sus propias propiedades.
Semejante actitud fue juzgado como un crimen contra el Rey.
Hacia 1767, 224 jesuitas fueron enviados a Europa.
Nada se supo de la sobrevivencia de los guaraníes.
El investigador Moner remarcó que “la destrucción de los pueblos no fue consecuencia inmediata de la expulsión, como tantas veces se ha afirmado, sino un proceso lento, acelerado sólo bajo el impacto de las guerras fronterizas a principios del siglo XIX”.
Según el historiador Halperín Donghi, “otra causa del éxito jesuítico sigue manteniendo plena vigencia: es la superioridad cultural de esa élite internacional que no podía encontrar rivales entre los funcionarios relegados a ese rincón del imperio que era el Río de La Plata y aun menos los hallaría entre los colonos mismos”.
Para el estudioso, “el violento final es el signo de un ascenso imperial y regional que hacía ya menos necesaria la presencia jesuíticas; en este sentido la Compañía iba a ser víctima de sus éxitos más aún que de sus fracasos”.
Paracuara fue desgarrada.
En el cuerpo de los guaraníes y en los mapas.
De aquella posibilidad de un estado acorde las necesidades de sus habitantes, se llegó a un presente que está lejos de la Tierra Sin Mal de los guaraníes.
Los pedazos de Paracuara se llaman, hoy, Chaco, Corrientes, Formosa, Salta, Misiones, Corrientes y Entre Ríos.
Las mayorías rosarinas, mientras tanto, no saben que son los continuadores de la búsqueda de la Tierra Sin Mal.

7 de octubre, el día de una masacre

-Vuestra majestad debe mandar se den por todas partes infinitas gracias a nuestro Señor por la victoria tan grande y señalada que ha sido servido conceder en su armada, y porque Vuestra Majestad la entienda toda como ha pasado, además de la relación que con esta va - escribió Don Juan de Austria a Felipe II de la batalla de Lepanto.
Lepanto, sobre el Mar Mediterráneo, escenario de un conflicto de intereses en el siglo XVI.
A comienzos del siglo XVI, el monopolio de Venecia fue roto por los portugueses con sus rutas circunnavegando Africa mientras que desde 1522 con la caída de Rodas, los turcos se fueron haciendo con las posesiones venecianas.
Chipre también había caído en poder de los turcos.
Fue el Papa Pío V el que financió una alianza entre venecianos y la España de Felipe II.
En febrero de 1571 se firmaron los pactos entre la República de Venecia, España, la Orden de Malta y el Vaticano.
La alianza tendría una duración de tres años y el mando de la flota quedó en manos de Don Juan de Austria, hermano del rey Felipe II.
España aportó noventa galeras, cincuenta fragatas y bergantines y veinticuatro naves de servicio, mientras que doce galeras y seis fragatas eran las enviadas por el Papa.
Venecia envió ciento seis galeras, seis galeazas y veinte fragatas.
Sumaban 13 mil marineros, 43 mil galeotes y 31 mil soldados. En total, 20 mil hombres respondían a España, 8 mil a Venecia y 2 mil al Vaticano.

“A Mesina llegó monseñor Odescalco, obispo de Pena, portador de las indulgencias que el Papa concedía a todos los embarcados junto con un relicario que contenía astillas de la Vera Cruz a distribuir entre los capitanas de la armada...La armada de la Liga recibió como insignia un estandarte azul decorado con Cristo crucificado y la Virgen de Guadalupe y los escudos de España, el Papa y Venecia”, sostienen las crónicas europeas.

Al amanecer del 7 de octubre de 1571, la flota turca salió al encuentro de la armada europea que recién había cruzado el cabo Scropha.

-Hoy es día de vengar afrentas. En las manos tenéis el remedio a vuestros males. Por lo tanto, menead con brío y cólera las espadas -dicen que dijo Don Juan de Austrias.

Después agregó: “Hijos, a morir hemos venido o a vencer si el cielo lo dispone. No deis ocasión para que el enemigo os pregunte con arrogancia impía, ¿dónde está vuestro Dios?. Pelead en su santo nombre, porque muertos o victoriosos, habréis de alcanzar la inmortalidad”.

“Hubo en el mar tantos muertos y despojos que las naves parecían haber encallado entre cadáveres. Las naves se quebraban con tanta facilidad como los cuerpos de los hombres, de los que sólo quedaba intacta su ira. Parecía como si se quisiera superar en destrucción a los elementos de la naturaleza”, sostienen distintas fuentes documentales.

Aunque los turcos habían sido vencidos en el centro y en la izquierda, en la derecha Uluch Alí había logrado cercar la escuadra de Andrea Doria y allí los cristianos comenzaban a perder terreno en toda la línea. En la Piamontesa de Saboya en la que iba Don Francisco de Saboya, todos sus ocupantes fueron degollados. En la Florencia del Papa, sólo hubo dieciséis sobrevivientes, todos ellos heridos. En la San Juan, también del Papa, murieron todos los soldados y los galeotes. En la Marquesa se hallaba enfermo un soldado de veinticuatro años que cuando supo que se iba a entrar en combate pidió a su capitán Francisco San Pedro que le colocara en el lugar más peligroso, pero éste le aconsejó que permaneciera en la enfermería. “Señores, ¿qué se diría de Miguel de Cervantes cuando hasta hoy he servido a Su Majestad en todas las ocasiones de guerra que se han ofrecido?. Y así no haré menos en esta jornada, enfermo y con calentura”. Doce soldados lo siguieron y fue allí cuando Cervantes perdió su brazo izquierdo.

A las cuatro de la tarde cesó la batalla.

Hubo 5 mil venecianos, 2 mil españoles y 800 hombres del Vaticano, muertos.

Los europeos tomaron 5 mil prisioneros y se calculó que murieron 25 mil turcos.

Ese fue el saldo del 7 de octubre de 1571, de la batalla de Lepanto, casi 33 mil muertos.

El 7 de octubre es el día de una masacre santificada.

El Sultán Selim sostuvo, dice la historia: “Me han rapado las barbas, ya crecerán con más fuerzas”.

El Papa instituyó aquella fecha de muerte desbocada como el de la Virgen del Rosario por considerarla la protectora de la fe durante la batalla.

El primero de mayo de 1572 murió y un año después el Sultán recuperó Túnez.

La batalla de Lepanto cerró el capítulo del Mediterráneo en la historia europea.

A partir de 1731, los rosarinos festejaban como su día el de la Virgen, todos los primeros domingos de octubre.

El 3 de mayo de 1773, desde la ciudad de Cádiz, llegó al curato del Pago de los Arroyos la imagen de “Nuestra Señora del Rosario” y que fue depositada en la iglesia construida en los terrenos donados por el capitán Santiago Montenegro, alcalde de la Santa Hermandad del lugar, el 12 de noviembre de 1757.

El gobernador Manuel María de Iriondo convirtió en ley, el 28 de junio de 1940, el 7 de octubre como “el Día de Rosario”.

Desde entonces hasta el presente, los rosarinos celebran su identidad y pertenencia en una fecha que recuerda una de las masacres más tremendas del mundo europeo.

Masacre santificada y, en forma paralela, negada a la hora de recordar su significado.

Día de la Virgen no es igual a una fecha trágica.

Hubo una deliberada reconstrucción de la historia a favor de intereses muy concretos y minoritarios.

Cada 7 de octubre, entonces, la ciudad celebra una masacre.

Una marca que permanece en el tercer milenio.

Impunidades santificadas, naturalizadas.

La historia a contramano.

De allí la necesidad de encontrar otras señales que reflejen las luchas de los que fueron más e hicieron de Rosario una ciudad rebelde y no una simple y obediente receptora de mandatos ajenos a sus propias mayorías.

1810, rosarinos levantiscos y un cura revolucionario

-Los rosarinos tienen un carácter díscolo y levantisco -fue la opinión de Prudencio María Gastañaduy, gobernador de Santa Fe, en los tiempos finales del virreynato del Río de la Plata.

Los vecinos de la capilla del Rosario sumaban cuatrocientas personas más otros cuatro mil habitantes en la llamada zona rural entre Carcarañá, el arroyo del Medio, el río Paraná y “las pampas”.

Fue recién el 15 de junio de 1810, cuando el capitán Gregorio Cardozo, a cargo de las flacas guarniciones militares asentadas en Rosario, recibió la noticia del levantamiento de Mayo.

El cura y maestro, Julián Navarro, fue el primero en felicitar a Cornelio Saavedra, presidente de la primera junta de gobierno nacional. Hacía un poco más de un año que el sacerdote había llegado al Pago de los Arroyos y llevaba un tiempo enfrentado al alcalde Isidro Noguerras, elegido por el gobernador sin respetar los pedidos de los vecinos del poblado. El cura lo calificó de demente.

A partir de semejante compromiso político del sacerdote, Gastañaduy amenazó con severos castigos a los rosarinos.

El cura Navarro, cuando estalló la revolución, profundizó su crítica a Noguerras y el pueblo se dividió en dos. Es llamativo subrayar que “la mayor parte y los más pudientes de los europeos contrarios al cura, tan enemigos de éste como de la patria” se complotaron contra el sacerdote político. La pulseada la ganó Navarro.

Un cura haciendo política desde las necesidades de la población y a favor del primer gobierno patrio.

Navarro junto a Cardozo se sumarían después a las tropas de Belgrano en los días de la creación de la bandera, a las milicias populares de Celedonio Escalada que fueron a sangrar junto a los granaderos de San Martín en San Lorenzo y enfrentaron la contrarrevolución encabezada por Santiago de Liniers y los españoles desde Córdoba. El sacerdote terminó siguiendo a San Martín en su campaña a Chile.

Aquella manera de entender la pastoral del presbítero Navarro, con evidente apoyo de la población rosarina de aquel entonces, lo llevó a dar auxilios espirituales en el propio campo de batalla en San Lorenzo. No estaba en la capilla. Puso el cuerpo junto a los que luchaban “por la revolución”, mientras el obispo de Buenos Aires, Lué y Riega, abominaba del intento de mayo de 1810.

Seis años estuvo Navarro junto a los rosarinos hasta 1814, cuando el programa artiguista captaba las voluntades existenciales de aquellos que fueron definidos como díscolos y levantiscos.

El cura terminó preso en Valparaíso y Copiapó por sus ideas liberales e incluso fue diputado en 1828.

Una de las experiencias que más influyó en su formación ideológica fue una experiencia junto a los indios charrúas y su colaboración en Arroyo de la China, hoy Concepción del Uruguay, junto al párroco José Bonifacio Redruello, en donde la vida junto a los naturales profundizó su contacto con la realidad de los oprimidos de entonces. Era el mismo caldo social y político que parió al artiguismo.

Murió el 4 de setiembre de 1854 y su militancia política a favor de la libertad y la igualdad fue prácticamente borrada de la memoria de la iglesia argentina, en general, y rosarina, en particular.

1812, la bandera y las banderas de los rosarinos

-En este momento que son las seis y media de la tarde se ha hecho salva en la batería de la Independencia y queda con la dotación competente de los tres cañones que se han colocado, las municiones y las guarniciones. He dispuesto para entusiasmar las tropas y a estos habitantes, que se formen todas aquellas y las hablé en los términos de la copia que acompaño. Siendo preciso enarbolar bandera, y no teniéndola, la mandé hacer celeste y blanca conforme a los colores de la escarapela nacional -escribió Manuel Belgrano, el dirigente político más claro que tuvo aquel momento fundacional.

Fue el cura Navarro el que bendijo la bandera: “Venced a los enemigos interiores y exteriores para que América fuera templo de la independencia, la unión y la libertad”, fue el juramento auspiciado por el sacerdote.

Junto a él estuvo quien se constituiría en el otro referente popular de los primeros años de la revolución, Emeterio Celedonio Escalada y Palacios, nacido en Rincón de Soto, Logroño, provincia española de La Rioja, el 31 de agosto de 1762.

Celedonio había estado desde 1780 en la Banda Oriental y en febrero de 1811 había participado del llamado Grito de Asencio, la proclama de liberación de los uruguayos, como comandante de Blandengues de Soriano. Incluso Escalada se insurreccionó contra el gobierno porteño y en abril de aquel año constituyó el primer cuartel general revolucionario en la “Capilla Nueva” de Mercedes. Celedonio, auténtico pionero de la revolución, como lo llama el investigador Nelson Caula, en su imprescindible “Artigas ñemoñaré”.

Belgrano decide que Celedonio Escalada se convierta en comandante militar del Pago de los Arroyos.

Lo interesante de estos detalles de la historia rosarina es la adhesión de los pobladores del viejo Pago de los Arroyos a las ideas de Belgrano, Navarro y Escalada.

Son los primeros líderes que consiguen convencer a los habitantes de estos arrabales del mundo para que sigan un proyecto colectivo de transformación.

“La repartición de las riquezas hace la riqueza real y verdadera de un país, de un estado entero, elevándolo al mayor grado de felicidad, mal podría haberla en nuestras provincias, cuando existiendo el contrabando y con él el infernal monopolio, se reducirán las riquezas a unas cuantas manos que arrancan el jugo de la patria y la reducen a la miseria”, era el pensamiento político económico de Belgrano de toda su vida. La misma idea que propuso a Mariano Moreno a la hora de sintetizar lo que después sería el Plan de Operaciones de agosto de 1810 y la que terminó condenándolo

a la miseria y al olvido cuando la revolución fue reemplazada por las relaciones carnales entre la burguesía porteña y los intereses del imperio inglés.

Libertad e igualdad para que después haya felicidad y seguridad, eran las consignas del artiguismo que se encarnaban en el cura Navarro y en Celedonio Escalada. Y un sujeto social: “los más infelices serán los privilegiados”.

Aquella primera bandera que fue causal de amonestación para el primer triunvirato, en realidad, sintetizaba las otras banderas, independencia, lucha contra la riqueza y destino común con los otros pueblos de América del Sur.

Esas banderas fueron abrazadas por el pueblo rosarino y decenas de ellos sangraron por hacerlas realidad.

El proyecto colectivo inconcluso del pueblo rosarino está en aquellas banderas.

El silencio sobre esas ideas políticas condena a las nuevas generaciones de rosarinos a ignorar el sentido colectivo que alguna vez conmovió esta tierra.

Rosario seguía siendo un lugar poblado por rebeldes.

Belgrano, Navarro y Escalada expresaron ese espíritu levantisco como lo había calificado el gobernador santafesino puesto a dedo por el virrey.

Años más tarde, el Pago de los Arroyos sería incendiado, justamente, por la perdurable adhesión de sus pobladores a las ideas revolucionarias de Artigas.

De esto tampoco dio cuenta la historia oficial.

1813, en San Lorenzo, por la revolución

-¡Viva el rey! -gritaban los españoles que desembarcaron en las barrancas de San Lorenzo aquel 3 de febrero de 1813.

-¡Viva la revolución! -contestaron los granaderos y los sesenta milicianos populares rosarinos que venían comandados por Celedonio Escalada.

Cuenta el historiador Miguel Angel De Marco hijo que “el 9 de octubre de 1812, los realistas habían saqueado San Nicolás y dado muerte al presbítero Miguel Escudero; tres días más tarde, cinco buques habían pasado frente a Rosario, cuyo vecindario huyó a las estancias cercanas. Para defenderse, el comandante militar sólo contaba con treinta fusiles en malas condiciones”.

El 30 de enero de 1813, la escuadra española desembarcó algunos hombres en San Lorenzo para exigir víveres en el convento franciscano de San Carlos.

Fue entonces que cincuenta y dos jinetes y seis improvisados artilleros que servían un pequeño cañón de montaña, al mando de Escalada, se lanzaron en persecución de los invasores.

El 3 de febrero, coinciden distintas fuentes históricas, el combate fue breve pero sangriento.

Es llamativo el grito por la revolución que caracterizó a los granaderos y a las milicias populares rosarinas.

La revolución era una palabra que adquirió sentido en el programa de la primera junta de gobierno, el llamado Plan de Operaciones, escrito por Mariano Moreno a sugerencia de Manuel Belgrano.

“...¿qué obstáculos deben impedir al gobierno, luego de consolidar el estado sobre bases fijas y estables, para no adoptar unas providencias que aún cuando parecen duras para una pequeña parte de individuos, por la extorsión que pueda causarse a cinco mil o seis mil mineros, aparecen después las ventajas públicas que resultan con la fomentación de las fábricas, artes, ingenios y demás establecimientos a favor del estado y de los individuos que las ocupan en sus trabajos?”, se preguntaba y proponía, al mismo tiempo, Mariano Moreno, el primer desaparecido de la historia nacional.

Un estado libre, independiente y nuevo que se erige como motor del desarrollo económico yendo en contra de las riquezas agigantadas en pocos individuos para luego distribuirlas.

Moreno, además, sostenía el “sistema continental” de la “gloriosa insurrección”.

La aparición de San Martín y su relación con el cura Navarro y el comandante popular Escalada genera un puente entre los proyectos personales y colectivos.

Navarro seguirá haciendo pastoral política junto a los que buscan la liberación en aquel primer ejército popular latinoamericano en operaciones, el de los Andes y Escalada, felicitado por San Martín, será declarado “ciudadano americano de las Provincias Unidas del Río de la Plata”, por la asamblea constituyente de aquel año 1813.

Los rosarinos que sangraron en San Lorenzo junto a San Martín, Navarro y Escalada, seguirían fieles a su proyecto colectivo de transformación.

Por eso el rancharía sería incendiado por los ejércitos de Buenos Aires.

Porque los pueblos del Litoral seguían, porfiadamente, adhiriendo a la revolución política y social que proponía Artigas.

Un sistema de ideas fuerzas que hasta hoy, primeros años del tercer milenio, siguen teniendo vigencia ante las necesidades básicas insatisfechas de gran parte de la población.

1819, el incendio de Rosario

-Los rosarinos que se arrepientan de sus extravagantes proyectos serán desterrados a la línea de fronteras o adonde ordene el jefe, mas si obstinados en el empeño destructor que los anima, resisten...deberán ser tratados militarmente como rebeldes, con arreglo a la ley, imponiéndoseles sin dilación la última pena...Los rosarinos y santafesinos que de cuya imbecilidad y necio orgullo no podrá racionalmente esperarse en contestación sino groseros insultos y desaires a la autoridad -dicen las instrucciones del gobierno de Buenos Aires para el general Juan Ramón Balcarce, comisionado a la provincia para borrar de la faz de la tierra cualquier indicio del artiguismo.

El 18 de noviembre de 1818 sometía a sus órdenes a los vecinos de la Capilla del Rosario, según escribió desde Carcarañá al directorio de las Provincias Unidas. Balcarce ganaba 4 mil pesos mensuales e iba al frente de 112 oficiales y 2.687 soldados. En Rosario había menos de ochocientos habitantes por aquellos días de saqueo y fuego.

El ejército invasor no pudo avanzar más allá de Rosario. Cuenta Juan Alvarez que “La Capilla vino a transformarse así durante un mes largo en campo de batalla, soportando asaltos y guerrillas diariamente”.

El gobernador de Santa Fe, Estanislao López, escribió, el 12 de enero de 1819, al Cabildo de la ciudad capital que: “Los enemigos se hallan reducidos a la estrechez de este pueblo, sin atreverse a salir un paso. A pesar de esto, siguen en el proyecto de devastación, pues a nuestra vista han incendiado una multitud de casas del Rosario”.

El primero de febrero de 1819, “el ejército porteño se embarcó en porción de buques que habían reunido, con porción de familias y pegando fuego a más de ciento sesenta y nueve casas”.

En las memorias de Domingo Crespo se habla de la destrucción total de la villa: “todo el pueblo del Rosario, a término de no haber quedado más que de dieciséis casas los techos”.

De tal forma, las casas del viejo Pago de los Arroyos fueron eliminadas de la faz de la tierra, en una clara demostración de un odio político semejante a aquella condena sobre Cartago de parte de los romanos.

El crimen que había cometido el Pago de los Arroyos era el adherir al artiguismo, a aquel proyecto de mayorías de excluidos con libertad, igualdad y felicidad; aquel proyecto que generaba elecciones cada seis meses a través de asambleas populares para renovar autoridades judiciales, ejecutivas y legislativas; aquel proyecto que proclamaba la necesidad de la unidad continental.

Ese fue el primer amor colectivo de los rosarinos.

Por eso fue incendiada la villa.

Para que no existiera ni la más mínima memoria de semejante rebeldía.

En la historia oficial, el artiguismo se cuenta como un proceso ajeno al devenir político y social argentino, sin embargo fue la primera gran identidad colectiva de los rosarinos.

A casi doscientos años de esos hechos sería interesante contrastar los fundamentos de entonces con las necesidades del presente y ver hasta qué punto se habla del pasado o, como se presume en estas líneas, servirían para el futuro mediato.

Como una mueca grotesca de la falsificación histórica, una de las principales calles rosarinas lleva el nombre de Balcarce, el incendiador de casi doscientas casas en el prólogo del año 1819.

Doscientos años después de aquella bandera izada por primera vez a la vera del Paraná, el sueño de la igualdad, la independencia y la educación para los pibes de estos arrabales del mundo no parecen ser la realidad de sus mayorías.

Cancha chica del fútbol, cancha grande de la historia argentina y rosarina.

Va Messi gambeteando a velocidad inimaginable en línea casi paralela al límite del área grande y de pronto, después de aguantar el último guadañazo, corta la pelota con suavidad de amante y el flaco Angel Di María la toca de zurda ante la salida del arquero portugués. Golazo en la fría Suiza del primer mundo. Y ahí, en la cancha chica del fútbol, dos pibes rosarinos de apenas veintitrés años, se abrazan con ganas y alegría. Fue el miércoles 9 de febrero de 2011, durante el partido amistoso entre la Selección Argentina de fútbol y su par lusitana.

Hermoso encuentro entre Lionel y Angel. Los dos pibes rosarinos. El de Ñuls y el de Central abrazándose comulgando la misma pasión, la misma magia y el mismo origen. Esos dos pibes que se abrazan son síntesis de otros encuentros y otros muchos desencuentros entre leprosos y canayas. Hay cierta melancolía en el recuerdo. La hinchada de Ñuls ni siquiera pudo disfrutar a Messi con la rojinegra, la de Central vio partir al hijo del carbonero en medio de un saqueo casi interminable.

Cuando la selección rosarina le dio un baile inolvidable a la Nacional, en cancha de Ñuls, antes del Mundial de Alemania, había que ver los abrazos de Kempes y Obberti, de Bóveda y el correntino Berta. Y en las tribunas, también se multiplicaban los encuentros y la felicidad entre lepras y canayas porque sabían que más allá del folklore había un orgullo que los unía, el del fútbol rosarino capaz de doblegar a cualquier grande que viniera con prepotencia desde Buenos Aires. Rosario era ciudad obrera, ferroviaria, portuaria e industrial y, además, capital nacional del fútbol.

Hoy, mientras se abrazan Messi y Di María, el folklore fue degenerado en folklorismo exacerbado y sirve para no explicar tanto vaciamiento económico, financiero e institucional en los dos clubes rosarinos. Hoy no parece sensato hablar de compartir la misma tribuna entre ñulistas y centralistas si no todo lo contrario, parecería impulsar una batalla campal. En aquellos años setenta, en plena ebullición política por la transformación social y nacional, muchos hinchas de Ñuls eran socios de Central y muchos de Central eran socios de Ñuls. Ahora eso se lee casi como si fuera una traición. Estupideces y microfascismo que son funcionales a dirigencias que jamás explican los

números de los clubes ni tampoco por qué ahora se importan jugadores de calidad mediocre y ya no hay producción de tantos pibes como antes.

El 24 de junio, Messi cumplirá 24 años y Di María, celebró sus 23 años, el 14 de febrero. Dos pibes rosarinos que son la expresión del sistema. Solamente muy pocos llegan a cumplir su sueño de ser ganadores en lo suyo. Hoy, la mayoría de los desocupados en el Gran Rosario son chicas y chicos de la edad de Lionel y Angel, tienen entre 20 y 29 años, y representan el 31,9 por ciento de los que no tienen trabajo en estos arrabales del mundo. En la cancha grande de la realidad sería indispensable generar las condiciones materiales y culturales necesarias para que la mayoría de estos pibes también se abrazaran luego de alcanzar alguno de sus sueños.

Cuenta Messi en su página oficial que cuando tenía ocho años empezó a inyectarse en sus dos piernas y que semejante ritual no tenía nada de divertido. También narra que junto a su familia decidieron partir a España cuando en Ñuls las decisiones del ex presidente Eduardo López lo despreciaron. Di María, el que abrió el partido semifinal con Chile en el Mundial Sub 20 de Canadá, con un hermoso zurdazo, en el mismo día que partía hacia la pampa de arriba el Negro Roberto Fontanarrosa (aquel 19 de julio de 2007), no pudo seguir en Central porque había desesperación por el dinero. Casi una decena de dirigentes viajó a Portugal para quedarse con aquellos 6 millones de euros cuyo destino todavía no está claro.

Messi y Di María se abrazan. Dos pibes rosarinos. Ñuls y Central. La síntesis de alegrías individuales cuyo origen remite a clubes y una ciudad que hace rato dejaron de ser lo que eran.

Para que el abrazo de Lionel y Angel sea el presente de miles de pibes como ellos, será necesario recuperar los clubes y la ciudad a favor de las mayorías populares. Para que la celebración de estos fenomenales jugadores de fútbol no sea algo tan lejano y extraño a su propio origen.

“...Ciertos hombres, ordenados
en confuso cuadro de formación
(así llamado por la supersticiosa
jactancia de la “ciencia militar”
o su idea, empastada por la asfixia
en su “mar de los sargazos”, de la apetencia
de los cuerpos)
absorbían

ávidos reverberos de tajadas de sol,
de hambre de hembras.
Pero hay que ver cuando es imposible
ver. Puede cualquier turbia
palabra llamarla visión.
Así sea.

Paisanos que con – movieron:
eran de variada pinta y
diverso lugar. Era la tropa.
De si, sólo sabían que estaban, que estaban...
De lo que fluía de si, deseaban
lo que desconocían,
mi voz, tal vez, o mi silencio,
o la acción que alterara la calma,
la pavada de la consumación de sus vidas.

Yo, a quien llamaron
General; mi fe; mis pocas lecturas,
Todo, dice: ENARBOLAR:
que se alce el trapo:

y se elevó la yesca.

Después marchamos.
Nadie sabrá lo que pasará
(pensamos)
con ella, con nosotros.

Del extraordinario “Ese general Belgrano”, de Aldo Oliva.

Jujuy

“...las fuerzas del enemigo son en mucho superiores a las mías, y éstas no están en estado de operar: es necesario trabajar infinito para darles algún tono que ha de llevar la victoria a todas partes, y el Gobierno debe proponerse que no se muevan hasta que no se hallen en estado; otro tanto deben Vs. hacer con las de la otra banda, mientras se alistan todos los preparativos: sufrir algo más, que teniendo lo que debe llamarse Ejército, instantáneamente se recupera todo: no por mucho madrugar amanece más temprano.

La retirada voy haciéndola con pausa, y con el mayor orden posible: hasta ahora se han desertado pocos y según mis medidas no han de ser muchos los que se me vayan: lo que hay es que no se duerme, se come poco y se trabaja mucho; pero no hay otro remedio para conseguir aquel fin”.

Manuel Belgrano a Rivadavia, el 31 de agosto de 1812, desde el Río Pasaje.

-La sociedad y las clases principales se dividieron. No todos apoyaron a Belgrano en su éxodo. Muchos apoyaron a los españoles. Después de la derrota de Huaqui, en 1811, la revolución está en problemas. De allí la necesidad de la retirada y el bando famoso donde habla de fusilar a los que no acompañen la retirada – cuenta Carlos Aramayo, economista, historiador y militante jujeño.

En la misma noche que los realistas entran en San Salvador, esos sectores pudientes que se niegan a seguir a Belgrano, juran fidelidad al rey de España y forman gobierno provisional con los invasores.

“Pero el problema mayor, lo que jamás le perdonarán a Belgrano, es que en 1818, avala el pedido de Güemes para institucionalizar el llamado fuero gaucho por el cual cada uno de los peones que prestaban servicio en la guerra por la independencia debían ser tratados como hombres libres y no responder entonces a los caprichos de los señores feudales de Salta, Jujuy y Tucumán. Eso genera un odio de clases contundente contra Belgrano y, obviamente, contra Güemes”, revela con claridad, Carlos Aramayo.

He allí la explicación de dos hechos poderosos de la historia argentina que solamente pueden comprenderse en el lugar donde sucedieron.

Belgrano, el vencedor de Tucumán, es engrillado y detenido por el gobernador Aráoz porque él forma parte de la clase social que apoyó a los realistas cuando se produjo el éxodo jujeño.

Y de la misma manera, los Saravia y otras familias salteñas que siempre estuvieron mejor con los realistas, traicionarán a Güemes y lo emboscarán en cercanías de la ciudad en junio de 1821, provocándole la muerte.

-Es la misma clase social la que abandona a Belgrano y mata a Güemes. Y la razón es uno de los documentos menos conocido de la historia argentina, uno de los más profundos, el fuero gaucho. Un documento de emancipación social que hasta el día de hoy tiene vigencia a la hora de pensar la realidad laboral y existencial de los pueblos originarios en estos lugares donde aportaron muchísimo para llevar adelante la epopeya de la independencia – dice Aramayo.

Para el investigador, la guerra de la independencia fue “la única guerra revolucionaria que protagonizaron las masas populares y sus jefes y cuyo escenario principal fueron el actual territorio del Noroeste Argentino y el Alto Perú, hoy República de Bolivia. Existen distintas apreciaciones sobre la cantidad de combates y batallas que se libraron en territorio salteño y jujeño. Según el Archivo Capitular de Jujuy, que estudió Ricardo

Rojas, fueron 159, de las cuales 124 se libraron en Jujuy. En un reciente trabajo, Rodolfo Campero, dice que en total fueron 231”.

-Sin que nadie les mandase, los indios de todos los pueblos, con sus caciques y alcaldes, han salido a encontrarme y acompañarme, haciendo sus primeros cumplidos del modo más expresivo y complaciente, hasta el extremo de hincarse de rodillas, juntar las manos y elevar los ojos, como en acción de bendecir el cielo – relató Juan José Castelli a la Junta de Buenos Aires.

-Yo me intereso por vuestra felicidad no sólo por carácter, sino también por sistema, por nacimiento y por religión...es tiempo de que penséis por vosotros mismos, desconfiando de las falsas y seductivas esperanzas con que creen asegurar vuestra servidumbre. ¿No es verdad que siempre habéis sido mirados como esclavos y tratados con el mayor ultraje, sin más derecho que la fuerza ni más crimen que habitar en vuestra Patria? – escribió el mismo Castelli en una proclama el 5 de febrero de 1811.

Dice Aramayo que este contenido revolucionario en Castelli es el mismo que late en el bando redactado por Güemes el 11 de abril de 1818, “a través del cual sanciona el fuero eterno de los originarios y criollos pobres que formaban las milicias de los escuadrones que combatían a los realistas. Por esta posición, Güemes fue víctima de la conspiración de la clase terrateniente de la que provenía, que prepararon con los cabildantes de Salta y de Jujuy, junto al Gobernador de Tucumán, Bernabé Aráoz y el mismísimo General Olañeta, jefe del ejército realista y que terminó en su asesinato”.

En su investigación, dice que la participación de los originarios, criollos pobres y negros fueron aumentando en el transcurso de la guerra.

En Suipacha eran 600 combatientes. En Tucumán, 1.800. En Vilcapugio y Ayohuma, llegaban a 3.500 y el llamado regimiento de artillería de la Patria contó con 1.368 hombres.

Hacia 1810, la población blanca de Salta y Jujuy no superaba las dos mil personas, sobre un total de 18 mil.

Para Aramayo no hay duda alguna: “Lo que entusiasmaba a nuestros antepasados originarios eran las propuestas y las ideas revolucionarias. Dos ejemplos para ello: Juan José Castelli en su proclama leída en Tihahuanacu, con motivo del primer aniversario del 25 de mayo de 1810, dice: “Siendo los indios iguales a todas las demás clases en presencia de la ley, deberán los gobernadores intendentes, dedicarse con preferencia a informar de las medidas inmediatas o provisionales que puedan adoptarse para reformar los abusos introducidos en perjuicio de los indios...promoviendo su beneficio en todos los ramos y con particularidad sobre repartimiento de tierras, establecimiento de escuelas en sus pueblos y excepción de cargas e imposiciones indebidas”.

Asimismo cuestiona el supuesto cierre del proceso de guerra de la independencia que la historiografía liberal ubicó en Ayacucho.

“De esta manera los liberales borran la última batalla de la guerra de la independencia librada en Tumusla, departamento Potosí, el primero de abril de 1825. En la batalla se enfrentaron el ejército de Olañeta, proclamando virrey del Perú, que contaba con 1.700 hombres y el ejército patriota de 1.300 combatientes que dirigió el coronel Carlos Medinaceli, hasta Ayacucho oficial del ejército realista. En el combate murieron 500 soldados realistas y 9 oficiales, con 720 heridos. En el fragor del combate un oficial del propio ejército realista, el teniente Francisco Sánchez, baleó a Olañeta en venganza porque este en La Paz había violado a su mujer en su ausencia. A este combate se alistaban para llegar con refuerzo las tropas de Urdininea y Alvarez de Arenales con jujeños y salteños. Por ello, como dice Guido Medinaceli Díaz, es justo y merecido

decir que los chicheños, cotagaiteños y trarrijeños sellaron la independencia definitiva de América del Sur”.

Por su parte, José Del Frari, actual secretario general de la Central de Trabajadores Argentinos de Jujuy, la historia de Belgrano, en particular, y la de Jujuy, en general, deben ser revisadas a la hora de hacer una doble reparación.

-El pueblo jujeño no lo recibió bien a Belgrano. Todo lo contrario. Desconfiaba de ese general afeminado y que llegaba con 300 rotosos a la provincia. Pero algo sucede en el medio. Porque después inicia su campaña al Alto Perú con 5 mil personas. Allí hay algo que merece ser pensado. Allí el general Belgrano es mucho más que el creador de la bandera, es un líder político que sabe ganarse las masas. Es el hombre que promueve la reforma agraria de verdad. Uno de los principales problemas aún en este tercer milenio – dice el docente universitario y dirigente sindical.

Pensar a Belgrano, doscientos años después desde la hermosa tierra jujeña, tiene para Del Frari el adicional de saber que “siempre hay gente que se juega en serio por lo que piensa, por lo que siente. A veces creo que el mejor ejemplo es el de las mangas de langostas. Suceden pocas veces, pero ocurren. Y cuando eso pasa, las cosas cambian. Belgrano generó eso. Pero es preciso también pensar que hubo varios éxodos y no solamente uno. Porque esta provincia, Jujuy, recibió muchas invasiones y siempre, entonces, el pueblo humilde iba y venía. De allí que sostengo que Jujuy no ha sido reconocida en su total aporte a la historia de la independencia porque, entre otros aportes, perdió su famosa aduana que generaba mucho dinero por estar en el medio del trayecto con el virreinato del Perú. Nadie pensó, hasta ahora, en un fondo de resarcimiento histórico para la provincia”, sostiene Del Frari con fundamento y convicción.

-Cosme, ¡despierta!. Se te va a hacer tarde para dormir la siesta – dicho popular apuntado por Del Frari.

-No se si por dormir la siesta, por hace la plancha o por qué, sólo se que lo que está pasando en Jujuy es una muestra más de la clara incompetencia de una gran parte de la clase política argentina que después de tantos años de democracia, no supo, no pudo o , no quiso resolver los problemas sociales que generó producto de las políticas neoliberales que muchos de ellos ayudaron a implementar en los 90 y que hoy siguen vigentes – sostiene el dirigente e intelectual.

Según uno de sus escritos, Belgrano “marcó hace doscientos años con meridiana claridad, su preocupación por el rol subyugado de la agricultura dentro de una economía bonaerense rudimentaria, basada en el latifundio ganadero. Dijo, en pleno proceso revolucionarios en junio de 1810, que la situación de los agricultores se debía a “la falta de propiedades de los terrenos que ocupan los labradores”. Este era el “gran mal” de donde provenían todas sus “infelicidades y miserias y de que sea la clase más desdichada de estas provincias, debiendo ser la primera y más principal que formase la riqueza real del estado”.

Por eso, entiende Del Frari, Belgrano proponía que se facilitara a los labradores el acceso a la propiedad de la tierra y se mostró preocupado por las tierras improductivas “sin provecho propio ni del Estado”, señalando la necesidad de obligar a sus poseedores a “no darlas en arriendo sino en enfiteusis a los labradores”.

Para el dirigente de la CTA, Belgrano “no vaciló en aconsejar medidas extremas. A quienes tenían tierras incultas “se podría obligar a la venta de terrenos, que no se cultivan, al menos en una mitad, si en un tiempo dado no se hacían plantaciones por los propietarios”.

La guerra de la independencia en Jujuy “recién finalizó con la batalla de León en 1825, con el triunfo de las ideas republicanas pero con la dura realidad que no trajo a los héroes de la revolución la recompensa de la tierra y tras la pacificación los indígenas volvieron a trabajar como peones, arrenderos o pastajeros, pasando de pagar los tributos al rey a pagar a las pocas familias acomodadas que detentaban la propiedad de la tierra. Lo que siguió ya todos lo conocemos: la subordinación política y económica acordada por las clases dominantes locales con el poder nacional o a los sectores extranjeros”, dice José Del Frari.

Aquella matriz, a contramano de los proyectos, de las banderas de Belgrano, explican gran parte del presente jujeño, en particular, y argentino, en general.

En Humahuaca, en tanto, donde el cielo parece cerca y las montañas seres vivos, las calles angostas desembocan en un cerro desde donde Belgrano miraba el avance de los españoles.

Allí hay dos monumentos que emocionan.

Por un lado está el realizado a la independencia, en el año 1949, donde se destaca un mestizo que encabeza la lucha y, a sus costados, están los gauchos de Güemes y al otro, los pueblos originarios de la Quebrada que pusieron el cuerpo por la revolución de las que habló y multiplicó Belgrano.

El otro monumento es el mirador por donde el general observaba al enemigo. Dicen que, en realidad, el verdadero sitio de vigilancia es la principal altura donde está el guerrero mestizo.

Pero más allá de la certeza geográfica, es emocionante pensar en la mirada de Belgrano en aquellos momentos, en aquellos lugares.

Esas montañas multicolores están casi iguales a 1812.

La dimensión de la naturaleza empequeñece al ser humano.

Belgrano, desconocedor de semejante geografía, ha llegado hasta allí poseído de sus ideas de revolución, igualdad, respeto por los pueblos e independencia.

Es general porque aceptó jugar en el rol que le dieran con tal de llevar adelante esos principios que le quemaban el cuerpo y el alma.

Hasta hace menos de dos años, conocía las bondades de una vida acomodada que había ganado a fuerza de estudios y pasión demencial por escribir y tratar de modificar la realidad del monopolio con sus pensamientos.

Sus palabras dan cuenta de la impresión que ya le causaron las aguas del Paraná.

Y ahora está allí, con esas montañas enormes.

¿Qué mira Belgrano más allá del paisaje y las tropas españolas?.

¿Qué piensa Belgrano cuando mira desde las montañas de Humahuaca?.

Allá está Belgrano.

Desesperado por pólvora y dinero.

Desesperado por educación, trabajo y respeto para todos.

Desesperado por inventar una nueva y gloriosa nación en estos increíbles y desmesurados arrabales del mundo.

Ya no es el brillante intelectual, secretario del consulado y vocal de la primera junta del gobierno parido por menos de doscientos tipos que a finales de mayo de 1810 deciden crear un país.

Es algo más, es algo distinto.

Es un revolucionario que aprendió a escuchar al pueblo real y sabe que el destino de estas Provincias Unidas del Río de la Plata que todavía no se llaman así, solamente encontrarán un futuro mejor si se comprende que la revolución es la continuidad de la lucha por la tierra y la dignidad que vienen llevando esos pueblos desde hace siglos.

Dos siglos después, desde ese mirador es necesario preguntarse qué distancia separa la realidad social de Jujuy, en particular, y de la Argentina, en general, del pensamiento y la acción de aquel general desesperado.

-Diosito siempre ayuda...-dice José, remisero de San Salvador de Jujuy, ex estudiante por cuatro años de derecho y ex director de un instituto donde intentaba enseñar a bailar danza, entre otras tantas gambetas que tiró a lo largo de su vida para empatarle al fin de mes. Con suerte se queda con ciento cincuenta pesos después de una jornada de doce horas de trabajo entre cerros de una belleza casi mística. Está preocupado por la cuestión de la droga, especialmente por el paco y su llegada a la “changada”, como ellos dicen.

En uno de los techos de la Argentina, media docena de familias tienen la mitad de la tierra y los pueblos originarios, los que realmente hicieron posible la independencia, los que resistieron once invasiones y pusieron el cuerpo en casi 130 batallas, siguen esperando que les entreguen lo prometido por Belgrano, Güemes y Perón.

-¿Por qué tanta tierra y nada de lugar para las familias? – pregunta Alejandra, una mamá de treinta y cuatro años, ocupante de un lugarcito en la zona conocida como El Triángulo, en Libertador General San Martín, ciudad que –en honor a la verdad- debería llamarse como su omnipresente dueño, el Ingenio Ledesma.

Alejandra, junto a centenares de vecinos, resistió las balas y los gases de la policía, la gendarmería y la seguridad privada del ingenio durante siete horas el 28 de julio pasado, cuando decidieron terminar con tanto oprobio. “Tanta tierra y nada de lugar para las familias”, la síntesis del oprobio en Ledesma.

“Vivo en la casa de mi mamá con mis dos hermanos, sus familias y mi hija en un lugar muy chico. Es injusto. Por eso yo y muchos más en la misma situación salimos a pelear. Gano solamente lo de la asignación universal: 220 pesos mensuales. Por eso quiero otro futuro para mi hija Belén. Que pueda estudiar y que pueda salir de acá...”, dice esta madre coraje de Libertador General San Martín.

En las oficinas del imperio, todavía están lustrosos y brillantes los escritorios y puertas de la década del veinte del siglo anterior. Al cronista le obligan a dejar la cámara afuera de la planta donde se produce el azúcar y debe esperar para entrevistar a alguno de los responsables de la empresa que, en realidad, son mucho más poderosos que los intendentes y gobernadores de turno. Una prolija mujer dice que la respuesta a los sucesos de julio las dará en Capital Federal, muy lejos del territorio donde cuatro muchachos murieron como consecuencia de alzarse en contra de los dueños de “tanta tierra” y a favor de una casa más o menos digna.

Pero hay algo concreto y contundente: decenas y decenas de familias ya están allí. Ganaron. A puro coraje, necesidad y ganas de darle algo mejor a los hijos.

Los pequeños lotes sirven para caminar entre los restos de la caña de azúcar, el fuerte y permanente olor a bagazo, las montañas azules de testigos y las casillas que se levantan con lonetas, sogas y cañas. Al fondo, sobre el río que divide el latifundio, hay una pequeña bandera argentina que pusieron los ocupantes del barrio. Está raída y sostenida por una caña que suele estremecerse por el viento. Pero allí está, resiste, como cada uno de los que vienen peleando hace siglos por la dignidad, por darle sentido existencial a la palabra dignidad.

En la ciudad, en la geografía interna del Ingenio, en realidad, hay, en cambio, dos enormes banderas argentinas, más grande que tres de esos modestos lotes que ahora aparecen en El Triángulo. Son propiedad de la empresa.

El cronista sabe, entiende, siente que –más allá del tamaño- el sentido profundo del sueño colectivo llamado Argentina está en la pequeña banderita de los ocupantes.

Porque en ella se ve la insistencia de los que, desde hace más de dos siglos, siguen peleando para que la igualdad, algún día, esté en el trono de la vida cotidiana.

En Humahuaca, entre calles e iglesias que vienen del siglo diecisiete, hay un hombre sabio que entreabre las ventanas para que el interior de la parroquia tenga un ambiente amigable y casi cinematográfico.

-Hace 37 años que estoy acá –comienza diciendo el obispo de Humahuaca, Pedro Olmedo- y el nudo del problema sigue siendo la tierra. Te diría que solamente el tres por ciento de las chicas y chicos apenas llega a conocer algo de la educación universitaria. El resto la pelea para no caer en el alcohol que es la droga más devastadora que existe en toda la zona.

-¿Y por dónde pasa la esperanza? – pregunta el cronista.

-Por ellos, por el pueblo. Porque se siguen organizando y resistiendo y siguen peleando por aquello que peleaban en tiempos de Belgrano y Güemes...-dice el obispo Olmedo y el trabajador de prensa piensa, entiende y siente que aquí, en este techo de la Argentina, hay algo muy profundo que conmueve e insiste.

La resistencia y la lucha de los pueblos de Jujuy forman parte de la esperanza concreta y casi desconocida para la mayoría de los argentinos.

Tucumán

“...Algo es preciso aventurar, y esta es la ocasión de hacerlo: felices nosotros si podemos conseguir nuestro justo fin y dar a la Patria un día de satisfacción, después de los muchos amargos que estamos pasando...Somos 19. Recién hoy han partido carretas para sacar algo; Belgrano no puede hacer milagros: trabaja por el honor de su Patria y por el de las armas cuanto le es dable, y se pone en disposición de defenderse para no perderlo todo; pero tiene la desgracia que siempre se le abandone, o que sean tales las circunstancias que no se le pueda atender: Dios quiera mirarnos con ojos de piedad, y proteger los nobles esfuerzos de mis compañeros de armas que están llenos del fuego sagrado del patriotismo, y dispuestos a vencer o morir con su siempre Belgrano”.

Manuel Belgrano a Bernardino Rivadavia, desde Tucumán, el 14 de setiembre de 1812.

-Estamos en el Museo Casa Histórica de la Independencia...-dice María Eugenia, con simpática y repetida costumbre una de las guías del edificio donde el 9 de julio de 1816, según la historia oficial, se declaró la independencia argentina. El bono de entrada vale diez pesos. Justamente un Belgrano, el billete marrón que acompaña la vida cotidiana los habitantes de estos arrabales del mundo en el tercer milenio. El pase está a nombre de la Asociación de Amigos del Museo de la Casa Histórica de la Independencia Nacional.

“Es una típica casa colonial donde hay más puertas que ventanas y donde se destaca la sala de la jura”, sigue diciendo María Eugenia.

-¿Y qué importancia tuvo la batalla de Tucumán? – pregunto.

-Fue muy importante porque se detuvo el avance de los realistas de una manera definitiva – remarca la guía.

Después cuenta que el principal interés de los miles de pibas y pibes que llegan con las escuelas de todo el país especialmente se concentra en los objetos que muestra el museo y su utilidad para aquellas épocas del siglo diecinueve.

La casa que pertenecía de Francisca Bazán, madre de nueve hijos, la heredó de una familia española.

Por aquellos días, Tucumán tenía una población que no superaba los cinco mil habitantes.

En la plaza Belgrano, a no más de veinte cuadras del lugar donde se juró la independencia, hay un cartel indicador que sostiene que el paseo público se hizo en terrenos que pertenecieran al general revolucionario.

-Es mentira. Un gran error histórico. Belgrano no tuvo más que un reloj de su propiedad – se indigna el maestro e historiador tucumano Miguel Galván que anda luchando por levantar un monumento que recuerde los ideales del empobrecido creador de la bandera en una de las escuelas que levantaron en el siglo veintiuno con los dineros que le dieron en 1813.

“Fue la batalla decisiva para lograr la independencia del pueblo. Y eso se ve especialmente en las consecuencias que tuvo. Rivadavia no quería que se presentara pelea y que el ejército patriota retrocediera hasta Córdoba. Belgrano junto a San Martín son los grandes desobedientes de nuestra historia y lo bien que hicieron”, sostiene Galván.

Según su criterio, la historia contada por Mitre es una falsificación tendiente a demostrar una supuesta incapacidad militar de Belgrano.

Y en Tucumán, Salta e incluso en las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma, se demuestra que tenía un gran talento además de ser un fenomenal político que logró aglutinar a los pueblos indígenas, junto a los gauchos más sectores de las clases dominantes.

“Belgrano ya tenía la decisión de pelear más allá de contar con las milicias gauchas, por eso le ordenó a Balcarce que avanzara antes de la llegada Pío Tristán, al mismo tiempo que jugaba con la soberbia del español. También contaba con un desarrollo de la inteligencia militar para engañar al enemigo. Era un gran estratega y un decidido revolucionario, de allí que no le temblaba el pulso a la hora de fusilar traidores y desertores, cosa que se verifica en el tremendo contenido del bando donde convoca al éxodo jujeño”, ejemplifica Galván.

Agrega que no fue sencillo armar un ejército cuando venía con muy pocos hombres y lo hace porque resulta un gran seductor de multitudes. Incluso Belgrano pensaba que la principal arma de aquel entonces era el caballo, la lanza y el facón para el degüello. Y toma la decisión de pelear en Tucumán mucho antes de la supuesta decisión del pueblo al ordenar que “foseen” la ciudadela para que, de esa manera, el ejército realista no pueda avanzar con comodidad.

También gana a sectores de la iglesia que siempre lo apoyaron, como el caso de la orden de los dominicos que ya habían aportado mulas, hombres y víveres en sus expediciones al Paraguay al pasar por Santa Fe y Paraná. Lo mismo sucedió en Tucumán.

A pesar de esos logros, el ejército de Belgrano está en considerable minoría ante el poder español pero, gracias a su estrategia, logra avanzar sobre la derecha del ejército realista y cortar el acceso a sus propios suministros.

La batalla de Tucumán duró, dice Galván, cincuenta minutos pero fueron dos días de escaramuzas permanentes hasta que se decidió el resultado del combate a favor de las fuerzas patriotas.

En aquellos días, Belgrano era considerado el padre de la Patria por sus propios contemporáneos.

En 1819, sin embargo, una partida encabezada por Abraham González, quiso engrillar y encarcelar al general victorioso. Para Galván no está demostrado que haya sido una decisión del gobernador terrateniente Bernabé Aráoz aunque las conclusiones de los hechos parecen corroborarlo. Son los días en que se declara la República del Tucumán y su presidente es, justamente, Aráoz, uno de los que habían combatido junto a Don Manuel.

Antes de esa postal de desagrado y cinismo, Belgrano, en Vilcapugio, termina dándole su caballo a los heridos, marcha caminando, retiene la bandera y es el último en retirarse del campo de batalla. Y como no queda claro que los españoles hayan vencido de manera completa, Belgrano reúne a los dispersos y luego presenta batalla en Ayohuma. No se trata de un general de escritorio. Es un hombre de acción y que siempre prefirió atacar a esperar al enemigo.

Para Galván, Belgrano es un revolucionario pleno y el mandato del Plan que pone en ejecución la primera Junta de Gobierno de Buenos Aires no está concluido y es un deber hacerlo de parte de las actuales generaciones que habitan la Argentina.

“Belgrano es todo. Es militar, ideólogo, abogado, escritor y también fundador de pueblos. El más grande”, dice el maestro que sigue peleando contra la historia oficial e intenta hacer presentes los valores de aquellos decididos como Manuel.

-En Córdoba había sobradas muestras de simpatías hacia la causa de España. De hecho la decisión de hombres como Castelli y otros de fusilar a los oponentes de la revolución de Mayo lo demuestra. Belgrano sabía que no podía retroceder hasta Córdoba porque eso significaba perder gran parte de los límites del país tal como los conocemos en la

actualidad – comienza diciendo Luis Bonano, el brillante profesor titular de Historia Social General en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Tucumán.

Hay una muy buena lectura política que hace Belgrano para plantear la batalla en estas tierras del Tucumán. Tiene apoyo de la población y sabe que las distancias con Buenos Aires son trabas físicas contundentes.

Las metas de Mayo de 1810 parecen no estar cumplidas en parte por la generosidad de los conceptos vertidos por aquellos hombres que luego no se encontraron vigentes y consolidados en la realidad concreta, dice Bonano.

El destino de hombres como Moreno, Belgrano, Castelli y Monteagudo al final de la guerra de independencia consolidan este esquema de interpretación. Ya no estaban en la primera escena política. Habían sido desplazados.

“Los que aprovechan estos hechos son los integrantes de las oligarquías. Las que primero son ganaderas y después se harán azucareras. Y apoyarán el proceso revolucionario porque sus hijos, al no ser ya españoles, no pueden acceder a cargos públicos. Así que les conviene generar un nuevo gobierno, autónomo. Porque heredaban las tierras, los ganados pero no podían tener los cargos del gobierno. Con el nuevo país amplían sus riquezas”, explica Bonano.

La explotación del ganado se da en el verano y el proceso del azúcar es de invierno. Lo primero que surge son las chancaquerías, establecimientos rudimentarios donde se produce algo similar al azúcar pero que no llega a su refinamiento por la falta de desarrollo industrial.

Los gauchos son convertidos en peones conchabados, cosa que dura hasta el final del siglo diecinueve. Luego los hacen propietarios de porciones mínimas de tierra, entre dos y cuatro hectáreas pero con el solo fin de tenerlos como fuerza de trabajo disponible para las cosechas. A ellos se les van a sumar contingentes migratorios de Santiago del Estero, Catamarca, Salta y La Rioja.

De tal forma, al terminar el proceso de la guerra de la independencia que hablaba más de igualdad de oportunidades que de igualdad social, las aristocracias provinciales están enfrentadas entre sí por los dominios territoriales.

Esto comienza a ser superado primero por Urquiza y, fundamentalmente, por Julio Argentino Roca al constituir el Partido Autonomista Nacional que, como su propio nombre lo dice, junta a todas las aristocracias provinciales con humos autonomistas pero que reconocen la supremacía y la hegemonía de Buenos Aires.

-Doscientos años no pasan en vano. Es decir, se pueden encontrar algunos puentes entre aquellos tiempos y el presente. Hay una frase que dice que los brazos españoles no nos oprimen pero sus tradiciones nos agobian. Y eso es verdad. Pero hay una línea de causalidades y también de hechos azarosos que determinan la realidad del presente. Vivimos en la sociedad capitalista y no tiene nada que ver con aquella donde había una sociedad feudal. Donde las carretas se hacían con maderas ensambladas y no duraban más que dos viajes porque no tenían clavos. Y no tenían clavos porque no se los conocía. No había llegado la industria. Y eso recién aparecerá en Tucumán con el ferrocarril. El tren traerá la revolución industrial y será usada por los ingenios para saltar de la canchaca al azúcar blanco – describió Bonano.

Hacia 1960, en Tucumán había 20 mil productores minifundistas. Hoy hay, solamente, 6 mil. Las posesiones de los pequeños pasaron a manos de los grandes latifundistas u otros empresarios.

Hay tres tipos de producciones: azúcar, limón y soja. Y las últimas dos tienen una superficie similar a la que ocupa el oro blanco. Pero hay una gran marginalidad debido a que todas estas explotaciones demandan mano de obra temporaria, no estable y entonces

se produce un permanente éxodo de tucumanos. Para el último censo se esperaba una población de más de un millón y medio de habitantes y la cifra dio cien mil personas menos. Cosa que se explica por esta migración permanente de tucumanos. Es una provincia expulsiva. Hasta se han distribuido planes asistencias para el período interzafra pero llega a pocas manos porque, además, hay clientelismo político. Otra estrategia es pagar el viaje hacia otras provincias de parte del gobierno tucumano. Además continúan los conflictos derivados de la tenencia de la tierra con los pueblos indígenas en distintos sectores de la provincia, apuntó Bonano.

Es en ese punto, en la realidad de los pueblos aborígenes tucumanos, donde la continuidad de la represión parece ignorar no solamente la existencia de los programas por la democratización de la tierra de Belgrano, sino también el avance de las conquistas políticas en los últimos treinta años.

“El caso Chocobar exhibe la relación que sigue existiendo entre poder político, latifundistas, policía y poder judicial en contra de las reivindicaciones de los pueblos originarios tucumanos”, dice el joven periodista Santiago Camuña, de la muy buena revista “Contrapunto”.

El 12 de octubre de 2009 –en el colmo de la coherencia- Javier Chocobar fue asesinado por tres personas que querían arrebatar la tierra de la comunidad chuschagasta para construir un emprendimiento de lajas. El jefe era uno de los hermanos Amín, “un pinche dentro del esquema de la oligarquía azucarera”, según explica Camuña; y los otros dos eran parapoliciales del tristemente célebre comando Atila que lideraba el no menos famoso Malevo Ferreyra. A pesar de la existencia de numerosos testimonios que ratifican la participación de estas tres personas como responsables del asesinato, ninguno está detenido.

En su momento, uno de los hermanos Amín hizo gala de su relación con el reelecto gobernador tucumano, Jorge Alperovich.

“El asesinato de Javier Chocobar tiene –por varias razones-, implicancias más allá de lo policial. Es el primer caso de víctima fatal dentro de una escalada de conflictividad que encabezan los terratenientes contra las comunidades indígenas de Tucumán. Con el gobierno y la justicia de su lado, avanzan en desalojos y causas judiciales contra sus referentes”, comienza diciendo el equipo de redacción de “Contrapuntos”, en su edición del mes de octubre de 2011.

El 12 de octubre de 2009 fue asesinado Chocobar (68 años) producto de un ataque armado de Darío Amín, Luis Gómez y Eduardo Valdivieso –dos ex policías vinculados al comando ilegal Atila del Malevo Ferreyra- en El Chorro, Trancas.

“Por un error de la justicia, los tres esperan libres el juicio que se sustanciaría el año que viene. Su único propósito era acabar con la vida de los indígenas que se interpusieron en el dominio de dichas tierras, concluyó el fiscal de Instrucción. Los tres están imputados como partícipes necesarios del delito de homicidio. El juzgamiento y la cárcel sería un paso necesario para que la justicia deje de mirar para otro lado. Aunque suene trillado, este asesinato ocurrido justo cuando se cumplían 517 años de la conquista de América, tiene correlatos con la actualidad que son alarmantes”, decía la revista.

Chocobar integraban el concejo de ancianos de la comunidad.

Fue un asesinato bien dirigido.

A un poco más de 35 kilómetros de San Miguel de Tucumán está el municipio de Famaillá, “capital nacional de la empanada”, como dicen los carteles ruteros.

Cuando el cronista llega a la Escuela “Diego de Rojas” se encuentra con una realidad difícil de aceptar a primera vista.

El busto del conquistador y a su lado, tres columnas que dicen justicia, verdad y memoria.

Una inscripción que hace referencia que esas aulas funcionó el primer centro clandestino de detención en el país donde se asentó el llamado Operativo Independencia el 5 de febrero de 1975.

Es decir que las aulas que hoy se pueblan de chicas y chicos tucumanos fueron los mismos lugares donde se torturó a decenas de militantes revolucionarios convirtiendo al ejército, las fuerzas armadas y las de seguridad, exactamente en lo contrario a lo pensado por Belgrano y San Martín.

En esas paredes donde hoy existen dibujos multicolores de la Pantera Rosa y tablas de sumar y multiplicar, láminas explicativas y promociones de pastelitos para la cooperativa, donde los pizarrones anuncian y felicitan; en esos mismos lugares estuvieron muchachas y muchachos que querían llevar adelante, a su manera, los ideales de una revolución.

Es fuerte el contraste.

-En realidad la escuela “Diego de Rojas” no fue único centro clandestino de operaciones sino que funcionaron otros en Famaillá, como la otra escuela del pueblo, la Lavalle, frente a la plaza principal, el cuartel de policía y los ingenios Nueva Baviera y San Lucía, demostrando claramente cuál era el interés de los grandes señores del poder económico regional – explica con lucidez la militante de HIJOS Tucumán, Natalia Ariñez.

-Alguna vez se definió a la batalla de Tucumán como el sepulcro de la tiranía. Con el tiempo, la frase se dio vuelta: otra tiranía multiplicó los sepulcros en la provincia – le comento a la luminosa militante.

-A mi me hace acordar a una plaqueta que puso Bussi cuando fue gobernador de la dictadura en uno de los accesos a la ciudad: “Bienvenidos a Tucumán, cuna de la independencia y sepulcro de la subversión”. Incluso, cuando Bussi fue elegido gobernador por el voto popular en los años noventa, volvió a exhibir aquella plaqueta. Nosotros le hicimos un escrache y por fin la sacaron. Era algo muy fuerte. Por eso ahora seguimos construyendo justicia y a pesar de que falta mucho es muy reparador lo que se está haciendo – agrega Natalia.

-¿Y qué relación encontrás entre Belgrano y Bussi? – pregunto.

-Las antípodas. Porque más allá de las historias oficiales uno sabe que aquellos próceres como Belgrano reflejaban un proyecto colectivo. Bussi fue todo lo contrario. Era la expresión de un proyecto que fomentaba el individualismo, la sumisión al más fuerte, el autoritarismo, la delación...todo lo contrario a Belgrano – responde la integrante de la organización HIJOS que seguirá trabajando, entre otras causas, para que se eleve a consideración de la justicia democrática los crímenes de lesa humanidad cometidos en el período del llamado Operativo Independencia, cuyo mayor símbolo es la escuela “Diego de Rojas”, donde sigue funcionando la escolita de Famaillá.

Para el dirigente de la CTA Tucumán, Salvador Agliano, “más allá de los discursos, en Tucumán hay una realidad que produce descomposición social. Eso se refleja en la realidad que atraviesan los viejos que llegaron a instalar una carpa durante meses en la plaza principal de la ciudad capital para hacer ver que existían y que necesitan cosas para vivir mejor. En los trabajadores, por ejemplo, los profesionales de la salud que exigieron lo mismo que los jubilados y juntaron 15 mil personas en esa misma plaza o las mujeres cuidadoras de las chicas y los chicos de barrios periféricos donde la droga está haciendo estrago con la mirada muchas veces cómplice de algunos integrantes de la

policía local. Por todo esto es fundamental seguir peleando por aquellos viejos ideales belgranianos de igualdad”, dice el dirigente.

Salta

“...Las armas de la Patria se han cubierto de gloria en el día de ayer, 20, logrando una completa victoria sobre sus enemigos; recuperar todo el territorio de Salta y Jujuy hasta Tupiza, hacer nuestras las armas y municiones del ejército enemigo, y todos los caudales públicos; retirarse éste bajo juramento que deben hacer su jefe y oficiales que no pasaron a nuestro ejército por sí y a nombre de los soldados de no tomar las armas contra las Provincias Unidas del Río de la Plata, en las que se comprenden: las Provincias de Potosí, Charcas, Cochabamba y La Paz; recobrar los prisioneros que existen en el territorio que debe ser evacuado, reteniendo nosotros los que hubiéramos hecho, ha sido el principal resultado de tan gloriosa acción”.

Manuel Belgrano al intendente de Córdoba, desde Salta, el 21 de febrero de 1813.

-Este ha sido el principal escenario de la guerra por la Independencia. Lo que antes se llamaba Salta del Tucumán – comienza diciendo Gregorio Caro Figueroa, a cargo de la principal Biblioteca Pública de la hermosa ciudad de Salta y, a la vez, historiador y escritor reconocido.

Una guerra que dura once años, según el cálculo del estudioso, porque tomo como origen la revolución de mayo de 1810 y la extiende hasta el asesinato de Martín Miguel de Güemes.

El cabildo de Salta es uno de los primeros en adherir al movimiento porteño a pesar de estar ubicado en sitio clave en la economía de aquellos tiempos porque resultaba vital para el tránsito de mercaderías, ganado y minerales entre el virreinato del Perú y Buenos Aires.

Para colmo de males, mayo de 1810 no aparece como un movimiento de ruptura con España sino que hace sus operaciones bajo la máscara de Fernando por la detención del rey en manos de las tropas de Napoleón.

Reconoce como fundamento de la lucha la insurrección desatada en Chuquisaca y La Paz el 25 de mayo de 1809 y advierte que la élite, las oligarquías locales estaban muy divididas con respecto a la revolución de Buenos Aires.

Esa división, esa confusión no solamente estaba ubicada en el corazón de las clases dominantes sino también entre los criollos, los pueblos originarios y la mayoría de los grupos sociales, explica Caro Figueroa.

Igualmente el desarrollo de los hechos va comenzando a gestar una guerra civil de proporciones.

Uno de los ancestros de su madre, Antonio de Figueroa, fue uno de los hacendados que más aportó a los primeros ejércitos patriotas.

Como contraposición, el obispo de Salta, Del Pino, fue echado de la ciudad por una decisión de Manuel Dorrego que lo enfrentó en público.

Por su parte, Güemes sostuvo sus milicias primero con contribuciones forzosas que les cobraba a los comerciantes españoles y luego a los hacendados, hecho que comenzó a jugarle en contra. La ayuda de Buenos Aires siempre fue escasa y la gente decente, como se la denominaba en aquel momento, empezó a distanciarse del proyecto que encarnaba Güemes.

Hasta que en mayo de 1821, apoyados por el gobernador terrateniente de Tucumán, Bernabé Aráoz, la aristocracia salteña desata la llamada guerra del comercio que termina con asesinato del caudillo.

-Lo fueron desgastando y quedó solo – dice Caro Figueroa al pensar en la suerte final de Güemes.

“Pero fue un proceso de desgaste para todo el pueblo de la región. Se llegó a tener un nivel muy bajo de subsistencia después de una guerra tan prolongada. La población quedó estancada y eso dejó una huella muy profunda en Salta y Jujuy que sobrellevaron el mayor peso de esa guerra. Y se ganó porque como bien dice Juan Carlos Dávalos y no hay exageración cuando lo afirma, fue toda la tierra en armas la que peleó contra los realistas, desde los viejos, las mujeres y hasta los chicos. Y lo hicieron contra un ejército que era superior desde todo punto de vista, en hombres, recursos y dinero. Pero se encontraron con toda una población movilizada que conocía muy bien el territorio donde se movía”, sostiene el investigador.

Belgrano y Güemes no se conocieron la Posta de Yatasto como dicen algunos historiadores porque hubo un problema que los distanció durante algún tiempo.

Para aquellos días de 1813 y 1814, Güemes tenía amoríos con una mujer casada, cuyo esposo era integrante de la intendencia del ejército gaucho. Para tener una mejor relación, Güemes envió al marido a otra región del Alto Perú. Enterado de la situación, Belgrano le aplicó una sanción al salteño y lo envió a Buenos Aires por unos meses.

Con los años, sin embargo, entre los dos surgió una gran amistad basada en el respeto mutuo y que se expresa en casi un centenar de cartas entre ambos.

Uno de los hechos que molestó a ciertos sectores del ejército de Belgrano fue la actitud que tuvo al levantar una cruz que recordara las víctimas de la batalla de Salta, del 20 de febrero de 1813, donde habla de los vencedores y los vencidos, algo que no gustó en aquellos días pero que caracterizaban el pensamiento abierto del revolucionario.

-Belgrano no pensaba solamente en la guerra. Sus escritos hablan de un pensamiento que intentaba crear un país que fuera más allá de las matanzas – concluyó Caro Figueroa.

Camino hacia la Posta de Yatasto, apenas asoma el Río Juramento, hay una señal que marca un lugar histórico.

A pocos metros de la ruta se yergue un portal de madera que dice: “Aquí nació la bandera Argentina” y expresa una fecha, el 13 de febrero de 1813, una semana antes de la batalla de Salta.

En una placa colocada al pie de uno de los postes se lee que allí fue donde Belgrano juró fidelidad a la Asamblea del año 13.

Pero no se puede pasar.

Hay un alambrado cerrado con candado.

Es decir que el supuesto lugar que funcionara de cuna de la bandera de los argentinos está vedado para las grandes mayorías y solamente reservado para pocos. La cuna de la bandera, según los salteños, privatizada.

Al cruzar un tramo del río Juramento, en un pequeño boliche, Celso, está acostumbrado a dar explicaciones del alambrado y el candado.

-Ahí hay un monumento a Belgrano y un lugar donde se jura la bandera todos los años, justamente el 13 de febrero, pero ahora me han dicho muchos turistas que no pueden pasar por culpa de ese candado. Eso es una orden que viene del departamento Güemes. Nosotros, los que somos del departamento Metán, ya hemos planteado la necesidad de abrir eso para lo puedan visitar todos los que quieran. No puede ser – dice Don Celso.

Tampoco es sencillo llegar a la Posta de Yatasto.

Ninguna agencia de viaje lo promociona como lugar de atracción.

-¿Qué es eso? – repregunta una encargada del hotel que recibió a este cronista cuando pregunta sobre cómo llegar al famoso lugar de encuentro entre San Martín y Belgrano. No hay colectivos especiales ni otros medios. Hay que ir hasta Metán y después seguir sin mayores precisiones.

Entre curvas y contracurvas, gambeteando plantaciones de arándanos en manos extranjeras, el Museo Posta de Yatasto presenta dos casonas. La primera es la destinada para los poquísimos cuidadores y la segunda es, propiamente, la posta donde no se pueden sacar fotos ni hacer filmaciones por una disposición de la Secretaría de Cultura de la Nación.

De acuerdo al volante que entregan, el edificio corresponde a parte del casco de estancia que originalmente perteneció a Don Francisco Toledo Pimentel.

Hacia 1780 su estado ruinoso era de tal magnitud que al heredarla Vicente Toledo y Pimentel debió reedificarla hacia 1784, según puede leerse en el dintel de la puerta principal.

Vicente había apoyado la causa patriótica y cuando el Ejército Auxiliar del Norte, al mando del general Balcarce, llegó a suelo salteño e hizo alto en esta estancia, lo proveyó de 1.300 caballos y 100 vacunos sin exigir gratificación alguna.

Consta de cuatro habitaciones en planta baja y una en planta alta, a la que se accede mediante una escalara interior. Sus paredes son de adobe, revocadas y encaladas. La estructura portante del techo, las columnas de las galerías, el entepiso, las escaleras, rejas, puertas, ventanas y balcón son de madera, explicable por la abundancia de árboles de excelente calidad, cuidadosamente trabajadas en especial las rejas y las barandas del balcón.

Las fachadas son muy sobrias, de volúmenes netos, fuertes y grandes planos le confieren una pureza de líneas que caracteriza a las construcciones de la época y puede considerarse como una típica vivienda rural de alto nivel para el período de la colonia.

En este edificio tuvo lugar el encuentro entre Juan Martín de Pueyrredón, jefe del Ejército del Norte, con el general Manuel Belgrano, el 26 de mayo de 1812.

Aquí recibió al día siguiente la jefatura del derrotado ejército de Pueyrredón.

El 17 de enero de 1814, los propietarios de la hacienda ofrecieron una cálida acogida al coronel José de San Martín cuando se dirigía hacia el norte y hospedaron también al teniente coronel Martín Miguel de Güemes a fines de febrero del mismo año, cuando éste recibió el cargo de Comandante de las Avanzadas del Río Juramento.

Fue declarada monumento nacional por ley 95.687 de 1942, funcionando como museo desde 1950, cuando sus propietarios donaron el solar al Estado Nacional, realizándose además su restauración.

En el exterior pueden observarse magníficos y añosos algarrobos que han crecido junto a los cimientos del sector caído, además de otros ejemplares como tala, palo borracho, mistol, pacará y ceibo que le dan un magnífico marco y representan el ambiente característico de la zona, sostiene el sencillo explicativo que entregan a la entrada del museo que, por su parte, depende del que está ubicado en el Cabildo de Salta.

Para los que aprendimos historia desde las aulas de escuelas fiscales y las páginas de los suplementos especiales que sacaban las revistas “Anteojito” y “Billiken”, estar en ese lugar donde hablaron Belgrano y San Martín es algo poderoso, emocionante.

Lo mismo habrán pensado los trabajadores del sindicato de obreros de San José del Metán que llegaron hasta allí y pusieron una humilde placa entre las piedras donde se exhiben otras de mayor poder.

En ese lugar Belgrano y San Martín pensaban, discutían y peleaban por un país.

Hoy, Yatasto, es más recordado por el nombre de un caballo de leyenda que corrió en Palermo que por aquella reunión histórica.

En la noche previa a la batalla de Salta, Belgrano, luego de gambetear a los españoles gracias a los conocimientos de sus baqueanos, durmió en la llamada finca Castañares, hoy también devenida en museo.

-¿Qué pasó acá? – les pregunto a tres chiquitos que se me acercan.

-Hubo una pelea...-me dice un pibito de increíble simpatía.

-¿Entre quiénes?.

-Entre los españoles y los patriotas – apunta una niña de ojos redondos que parecen echar chispitas.

-¿Quién ganó?.

-Güemes...-me dice la misma nena.

-Pero después se murió por la pelea...-agrega el muchachito.

-Por la patria –corrige la niña.

Y se van corriendo hacia el barrio que rodea la finca histórica.

Ellos forman parte de decenas de familias que llegaron hasta allí, ya hace algunos años, porque no tenían adónde vivir. Y ahora son ocupantes de las tierras que Belgrano liberó gracias a gente como ellos y que soñó como tributo para que las futuras generaciones vivieran con dignidad e igualdad.

Y esos chiquitos no saben el nombre del Belgrano y no está mal que sinteticen la suerte del que peleó allí con la de Güemes.

Es una lógica implacable y correcta.

Belgrano y Güemes, los dos, murieron por la patria y, especialmente, por la traición de los que se quedaron con la revolución y las tierras que nunca le dieron a los pusieron el cuerpo y la vida por los ideales que representaban.

La casa se construyó a principios del siglo XVIII y sufrió varias modificaciones en su aspecto exterior, dicen los folletos explicativos.

Fue la finca de Don Manuel Castañares y ya en 1813 sus propietarios eran Bárbara de Tineo y su esposo Pedro José Saravia. Allí acampó Belgrano. Lo declararon Monumento Histórico Nacional en 1941.

“El 11 de febrero, cuando las tropas cruzaban el río Pasaje, hoy Juramento, decide Belgrano que se preste juramento de fidelidad a la Asamblea General Constituyente que ha inaugurado sus sesiones en Buenos Aires el 31 de enero. Ya cercano a Salta, el ejército se encontró con la fortificación que había realizado el general Pío Tristán del único paso de acceso a la ciudad, el portezuelo, lo que planteaba a su jefe una disyuntiva de hierro: entablar un combate en circunstancias muy desventajosas o desistir del propósito y retroceder”, sostiene el tríptico de la finca.

El capitán salteño Apolinario Saravia se ofreció para conducir el ejército y salvarlo, avisando al general Belgrano que tenía conocimiento de una senda por nadie conocida que, pasando por el escabroso laberinto de montañas y poblada de vegetación, conducía hacia el norte hasta dar con una pequeña quebrada llamada de Chachapoyas y que desembocaba en la finca de Castañares. Belgrano dio órdenes para que el ejército avance por ese camino. La noche del 17 de febrero de 1813 se inició la marcha de las fuerzas patriotas bajo una intensa lluvia y a través del fracturado terreno. En el amanecer del día 18 arribaron a la finca de Castañares.

El ataque comenzó el día 19 a la posición realista por la retaguardia; al mediodía se generalizó desde distintas direcciones. Los españoles comenzaron a ceder ante el ataque arrollador de los patriotas.

El tramo final de la lucha se concentró alrededor de la Plaza Mayor, hoy 9 de Julio, mientras el desbande y la persecución eran confusos y cruentos.

La magnitud del desastre al que estaban siendo sometidos los realistas, convenció al general Tristán de ofrecer una capitulación y la calma llegó cuando doblaron las campanas de la iglesia La Merced anunciando la rendición del invasor.

El 20 de febrero de 1813, Belgrano obligó a los españoles a la entrega de honores, termina diciendo el tríptico de la finca de Castañares.

-En Salta fue muy claro que el aporte que hicieron los gauchos, los mestizos, los negros y los pueblos originarios resultó definitorio para el triunfo de la causa de Mayo de 1810. Esta era una tierra que ya venía con conciencia política desde la rebelión de los calchaquies y que se profundizó con la de Tupac Amaru. A eso se le suma la proclama de Castelli que promete igualdad y emancipación, nada menos – comienza diciendo el docente y escritor Ramiro Daniel Escotorin, autor del libro “Salta Montonera. La actuación política de los sectores populares en la provincia de Salta (1972 – 1976)”.

Pero la sociedad salteña, a pesar de esos antecedentes, se dividió ante el proyecto político que encarnaba, primero Belgrano y después Güemes.

Para colmo, las medidas fiscales y políticas van en contra de los privilegios de la época y eso se volverá en contra de los dos revolucionarios.

Esas mismas diferencias se expresarán, luego de la guerra de la independencia, entre unitarios y federales y llegarán, incluso, hasta la conformación del peronismo en el siglo veinte.

Una provincia que se caracterizó por el tabaco y el azúcar y por sus grandes dueños, Patrón Costas y la familia Cornejo, uno de cuyos integrantes fue el primer gobernador peronista en 1946.

“Mi libro lo hice para salir al cruce de la leyenda que sostiene que en Salta nunca pasó nada. Y no es así: esta es la única provincia argentina que tiene entre sus desaparecidos a un gobernador, como fue Miguel Ragone, secuestrado el 11 de marzo de 1976, es decir cuando se cumplieron los tres años del triunfo popular de Héctor Cámpora, a nivel nacional, y el suyo propio. Ragone fue apoyado por la juventud peronista vinculada a la tendencia revolucionaria y la CGT clasista. Sus principales opositores eran los sectores de la clase dominante salteña y la CGT oficial. Ese conflicto histórico, Ragone lo pagó con su vida”, dice Escotorin.

Una de las pautas de ciertos puentes históricos es que Roberto Romero fue comando civil y golpista contra el primer peronismo en 1955, intervino el diario “El Tribuno” y desde allí comenzó su carrera empresarial y política. Fue el gobernador de la democracia recuperada en 1983 desde el peronismo y su hijo, Juan Carlos Romero, el hombre que privatizó todo durante el menemismo de los años noventa.

En los negocios de los años noventa el poder volvió a ser de esa oligarquía que había combatido a Belgrano, primero, y a Güemes, después.

-Es necesario recuperar el protagonismo popular a pesar del doble golpe que recibieron las mayorías, primero con la dictadura del 76 y después con el neoliberalismo de los 90. Pero es fundamental seguir insistiendo en aquellos proyectos colectivos – dice Daniel Escotorin.

El investigador Gregorio Caro Figueroa definió a la guerra popular gestada en Salta y Tucumán como la verdadera síntesis de la tierra en armas.

Y decía que los protagonistas de aquella epopeya habían sido también los niños.

-Hoy tenemos al 20 por ciento de las chiquitas y chiquitos que viven en la ciudad capital desnutridos. Y eso no es resultado de nada raro. Se trata que les falta comida. Y no hay

que ir a Harvard para diseñar una política correctiva. Hay que darles de comer. Pero lo que falta es decisión política. Y eso es intencional – dice con firmeza, sin levantar la voz, pero cargada de sensibilidad y sapiencia la médica cardióloga dedicada a la pediatría y dirigente de la Asociación del Personal de la Salud de Salta, María Lapasset. A doscientos años de la creación de la bandera de Belgrano, cree que las otras banderas, por ejemplo, la de la igualdad, “no tiene ninguna relación con lo que se vive todo los días en Salta. Acá hay grupos que padecen la injusticia y la desigualdad más que otros, por ejemplo, las mujeres, los chicos y las mujeres aborígenes que, en gran número son analfabetas. No hace mucho se hizo la denuncia de los chicos muertos en hospitales públicos justamente por la falta de alimentación adecuada”, dice María.

Uno de cada cinco chicos que nace en Salta capital no come bien y eso repercutirá en su desarrollo intelectual y físico.

Salta también está atravesada por un gran fervor religioso que tiene una de sus principales manifestaciones en la peregrinación de la Virgen y el Señor de los Milagros que congrega multitudes que vienen de todas partes.

Eso es aprovechado por los gobiernos que han llegado a implementar la enseñanza religiosa de manera obligatoria en las mismísimas escuelas estatales.

-Algo que discrimina a las chicas y chicos de otras creencias – dice María, convencida que hay que seguir militando para que alguna vez el futuro tenga la impronta de la gran palabra de Mayo: la igualdad.

-Nací pobre. Pero eran tiempos donde la pobreza era digna. Soy de la zona de Anta y allí mi Tata me crió con los valores del trabajo y las puertas abiertas para todos, incluso para chicos que no eran de nuestra familia. Y eso no me lo olvido más – cuenta con pasión y ternura el actual secretario general de la CTA salteña, Vuenaventura David.

Conocedor de la realidad actual de los ex trabajadores de YPF, Vuenaventura dice que el problema mayor lo han tenido que soportar los hijos de esas familias.

Se quedaron sin nada de lo que tenían, desde la obra social a las vacaciones y ya no saben qué es el trabajo estable.

“Tengo hijos profesionales de más de veinte años y trabajan un día si y mese enteros no. La flexibilización laboral que llegó en los noventa sigue vigente y eso destruye la cultura del trabajo. Todavía en Tartagal y General Mosconi han quedado impunes los asesinatos de compañeros como Aníbal Verón”, dice el titular de la CTA salteña.

Recuerda la desolación de Campamento Vespucio, un típico pueblo ypfiano donde había de todo y ahora, después de la privatización, quedó la cancha vacía, el mismo estadio que daba envidia porque tenía hasta luz propia.

Denuncia el negocio del agua en la provincia, ahora en un consorcio de empresas que armó el propio gobierno salteño y que beneficia a unos pocos.

-La esperanza hay que arrancarla desde abajo. Desde la gente que tiene necesidades. Desde allí vamos a construir un país y una provincia más justos – dice con total convencimiento Vuenaventura David y se le cree.

Vilcapugio

“Sea de ello lo que fuere, que entiendan los pueblos, que el suceso de Vilcapugio no es el de Desaguadero, que el Ejército no se ha hecho humo, que existe y existirá a pesar de los viles cobardes, así oficiales como soldados que en los primeros momentos de la acción fugaron, abandonando a su General, y otros, que no pudiendo soportar los trabajos de la campaña en que viven, y han de vivir mientras yo esté a la cabeza del Ejército, se han amilanado y desertado inicualemente de nuestra Bandera.

Debe VS seguir con todo empeño sosteniendo la Justicia y castigando a los malvados, como ya lo he significado de antemano, sea de la clase que fueren, pues en estos momentos, es cuando tratan de operar con más energía los enemigos de la causa y los enemigos creyeron que había otra contrarrevolución como la pasada.

No, Dios no permite, ni permitirá esos males, y así es que de ninguna parte he tenido la más leve noticia de que hayan siquiera atrevidose a pensar contra las armas de la Patria; todo está tranquilo, y todos se apresuran a favorecer al Ejército y aún a distinguirme personalmente más de lo que merezco.

Espero que VS no caiga de ánimo y que no se confunda con las noticias adversas que los inicuos propalen; esté VS cierto que con tiempo le comunicaré lo que hubiere, con la verdad que acostumbro, pues deseo que todos sepan el bien, para alegrarse; y el mal para remediarlo, si aman su Patria, así es que nada oculto ni ocultaré jamás...”

Manuel Belgrano, desde el Cuartel General de Macha, el 19 de octubre de 1813, al gobernador de Salta.

Después de la batalla de Salta, la reorganización del ejército, la reparación del material la incorporación de nuevos reclutas para cubrir las bajas producidas demoraron a Belgrano en Salta casi dos meses. Concluidos los preparativos, avanzó hasta Jujuy, en dirección a Potosí, que fue ocupada en los primeros días de mayo. Al entrar a la ciudad, las calles estaban adornadas con arcos triunfales y una muchedumbre aclamó a los soldados del ejército patriota.

Potosí fue una de las ciudades del Alto Perú menos accesible al espíritu de la revolución. Era un centro minero de gran importancia y asiento de un Banco de Rescates o Casa de Moneda, prevalecía en ella una aristocracia de terratenientes, explotadores del mineral de plata, y de funcionarios reales, veedores, ensayadores y demás categorías del rubro bancario y minero, ligada a los intereses metropolitanos.

Con la llegada del ejército patriota se había producido un cambio de opinión, debido a múltiples causas: difusión de las ideas separatistas que eran apoyadas por esa aristocracia, el odio que inspiraban los chapetones, impotencia probable de España para recobrar su imperio colonial, política de capitulación y también debido al temor que inspiraban los soldados del ejército patriota.

Belgrano se esforzó en borrar la pésima impresión que había causado el ejército patriota cuando había entrado en el Alto Perú al mando de Castelli en 1810, por los excesos cometidos en esa oportunidad. Para ello controló con mano firme la disciplina militar. Un bando militar que se publicó en el ejército disponía en uno de sus artículos: "Se respetarán los usos, costumbres y aun preocupaciones de los pueblos; el que se burlares de ellos, con acciones, palabras y aun con gestos será pasado por las armas". Antes de llegar el general Belgrano, el bando y sus efectos le precedían, para lograr el apoyo de la población al ejército patriota.

Se preocupó también de remontar sus efectivos; y por ello le ordenó al coronel Zelaya que fuera a Cochabamba, con orden de formar allí un nuevo regimiento de caballería.

Entretanto el general Pezuela, que había reemplazado a Goyeneche, reorganizaba en Oruro el ejército realista y reforzaba su armamento con 10 piezas de artillería que le remitió el virrey del Perú. El 7 de agosto se hallaba en Ancacato, 23 leguas al norte de Potosí, con una fuerza de 4.000 hombres y 18 piezas de artillería.

Belgrano contaba con el apoyo de la población indígena, que acababa de asegurarse en una entrevista con el cacique Cumbia. El plan de Belgrano consistía en atacar al ejército realista: por el frente, con el grueso de su ejército; y por el flanco izquierdo, con un cuerpo de caballería, organizado en Cochabamba por el coronel Zelaya; mientras el caudillo Baltasar Cárdenas promovía una vasta insurrección de las indias a su retaguardia.

Postales de la historia oficial.

Páginas que hay que tener en cuenta.

No solamente por el pasado, sino también por el presente.

“Desde que estableció su cuartel general en Potosí, contrájose con afán a la doble tarea de remontar y disciplinar el ejército, y arreglar la administración del Alto Perú, de la que estaba encargado en su calidad de Capitán General. Hizo hacer una recluta en las provincias de Potosí y Chuquisaca, con lo cual llenó los claros de sus batallones; dispuso que Zelaya pasara a Cochabamba a levantar allí un nuevo regimiento de caballería, y poner orden en su milicia; estableció un tribunal militar para reprimir a los enemigos interiores, que no dejaban de trabajar subterráneamente; dividió en ocho provincias al Alto Perú, que hasta entonces sólo había tenido cuatro y colocó a su cabeza gobernadores del temple de Arenales, de don Francisco de Ocampo, y otros, que cooperaron eficazmente a sus medidas; arregló la hacienda pública, estableciendo la pureza en su manejo; rehabilitó el Banco y la Casa de Moneda de Potosí, convirtiendo estos establecimientos en fuente de renta; en fin, se preparó a vivir a costa del país ocupado, sin espoliar a los pueblos, haciéndoles por el contrario sentir los beneficios efectos del orden y de la moralidad, y así recuperó la revolución en la opinión general, todo lo que había perdido en las revoluciones anteriores”, cuenta Bartolomé Mitre en su indispensable “Historia de Belgrano”, al comentar el hecho de la batalla de Vilcapugio.

Agrega que la provincia de Chayanta, “habitada por indígenas casi en su totalidad, dio en esta ocasión pruebas de su patriotismo, acudiendo de todos puntos del territorio hombres, niños y mujeres con sus ofrendas y la mayor parte cargándolas sobre sus propios hombros. Artículos de guerra, víveres, ganados, cabalgaduras, forrajes, bálsamo y vino para los enfermos, y hasta objetos de lujo para los oficiales del ejército, todo fue espontáneamente ofrecido por los indios de Chayanta cuya avaricia es sin embargo proverbial”, escribe Mitre sin poder ocultar su desprecio contra los naturales.

Ese apoyo de los indígenas fue una pauta a lo largo de la historia política de Belgrano.

Un respeto por los pueblos que luego no fue pauta a lo largo de la historia nacional.

-Mandaba personalmente las evoluciones, presidía a la instrucción de los reclutas y estaba en activa comunicación con las autoridades de los pueblos, y de este modo el derrotado de Vilcapugio, que había permanecido más de quince días sin municiones en Macha, logró al cabo de un mes restablecer la confianza de los pueblos y remontar la moral de su ejército, inspirando a todos la seguridad de su triunfo – escribió Mitre.

El 5 de septiembre partió de Potosí al frente de su ejército, con un efectivo de 3.500 hombres y 14 piezas de artillería. El enemigo permanecía concentrado en Condo, cuatro

leguas al oeste. Belgrano proseguía su marcha en dirección al lugar denominado Lagunillas. El 27 todo el ejército se hallaba en la pampa de Vilcapugio.

El destacamento de observación puesto por Pezuela en Pequereque, bajo las órdenes del coronel Castro, para vigilar el camino de Oruro, chocó de pronto con la indiana de Cárdenas, que fue fácilmente dispersada. Cayeron en poder de Castro los papeles del vencido y, con ellos, varias cartas de Belgrano en que se detallaba el plan. (1)

Advertido así Pezuela del peligro en que se hallaba, tomó una resolución audaz, anticipándose al movimiento del enemigo y, dirigiéndose a su encuentro, lo atacó en Vilcapugio el 1 de octubre de 1813. El centro y la izquierda de la línea realista fueron destrozados, pero la derecha resistió bravamente bajo las órdenes de los coroneles Picoaga y Olañeta.

Dispuso entonces el mayor general del ejército patriota que el regimiento primero de Patricios que, bajo las órdenes del coronel Perdriel, se hallaba de reserva, corriese en auxilio del ala izquierda y atacase a la bayoneta. La falta de resolución de ese jefe malogró la maniobra; y el regimiento primero de Patricios, envuelto en la dispersión, cedió al pánico, desbandándose.

A las once y media de la mañana Pezuela consideraba perdida la batalla. Sin embargo la casualidad le depararía la victoria. Si bien él no tenía un plan de operaciones y Belgrano tenía un plan concertado e inteligentemente puesto en obra, las heroicas muertes del coronel Álvarez, del mayor Beldón y del capitán Villegas, dejaron su izquierda sin jefes de autoridad en el momento crítico del combate.

Ante la dispersión inevitable de su ejército, Belgrano evidenció su arrojo y serenidad. Desmontó en uno de los cerros situados a retaguardia, en el campo de batalla; tomó en sus manos una bandera, reunió una parte de los dispersos y comenzó a tocar llamada. A los pocos momentos contaba en derredor suyo 200 hombres y una pieza de artillería.

Belgrano se mantuvo en esa eminencia por espacio de tres horas, en la esperanza de que un refuerzo del ala derecha ya dispersa, o quizás el arribo del coronel Zelaya con la caballería de Cochabamba, le permitiesen restablecer el combate. El enemigo, dos veces rechazado en sus asaltos, se hallaba al pie de la cuesta ya prudente distancia, sin atreverse a atacarlos nuevamente. Esperaba refuerzos para intentar el desalojo de aquel reducido grupo de vencidos.

A las dos de la tarde, rodeado de 500 hombres y convencido de la inutilidad de la espera, Belgrano dispuso que el mayor general Díaz Vélez se dirigiese a Potosí, para reunir allí los dispersos que iban en esa dirección; mientras él se dirigía a Cochabamba, buscando la incorporación de Zelaya. Era su propósito amenazar la retaguardia del enemigo. Arengó con estas palabras a sus soldados en el momento de ponerse en marcha:

“Soldados: Con que al fin hemos perdido después de haber peleado tanto?, la victoria nos ha engañado para pasar a otras manos, pero en las nuestras aún flamea la bandera de la Patria”.

Ayohuma

“Mi amigo: no conozco la melancolía como V; confianza en Dios y trabajar largo que hemos de salir avante; ya le escribo a Bustamante que a V. o a él, los necesito aquí, pues ya no puedo con tanto. Los enemigos van de guerra a reunirse, según todos los partes y los espero más positivos, para tomar mi determinación. El ejército está ya en pie respetable y todos al parecer, con espíritu.

*No crea V. que se quede sin castigo nadie; he de hacer cuando pueda para que el Ejército se mantenga, aunque no tenga más que un hombre, con orden y disciplina; estoy contento con los que hay aquí.
A Dios que no puedo más”.*

Manuel Belgrano, el 30 de octubre de 1813, desde Macha, a Tomás Manuel de Anchorena.

Después de la derrota de Vilcapugio, Belgrano debió reorganizar su ejército. El 5 de octubre se hallaba en Macha, a tres leguas de los ingenios de Ayohuma; y allí tomó todas las medidas necesarias para reorganizar su ejército y afrontar nuevamente la suerte de las armas. A principios de noviembre, Belgrano, situado en Ayohuma, contaba de nuevo con 3.000 hombres y 8 piezas de artillería, en regular estado de organización. Había tenido que remontar sus efectivos con reclutas del país, por lo cual debía combatir a todo trance, pues se hallaba persuadido de que una retirada, en su situación, lo exponía a los riesgos de una desertión considerable y, en consecuencia, a la desbandada total de sus tropas.

El ejército realista, en cambio, se movía desde Ancacato, con 3.500 hombres estimulados por la victoria y 18 piezas de artillería.

Poco antes de la batalla, Belgrano reunió a los jefes de su ejército en junta de guerra. En ella se opuso a todo proyecto de retirada y a otros planes poco prudentes y tomó sobre sí la responsabilidad de la acción. Pero al ponerla en práctica, no mostró el arresto de otras veces. No tenía confianza en la moral de las tropas; ni ya era el hombre de Tucumán que, al advertir una falsa maniobra del enemigo, se precipitó sobre él, sable en mano. Guareció su ejército detrás de un barranco, frente a la pampa de Ayohuma, en que pensaba debía desarrollarse la acción, con la esperanza de envolver mediante su fuerte caballería el flanco izquierdo del ejército enemigo. “El plan de Belgrano – dice Mitre – era esperar el ataque en sus posiciones: dejar que el enemigo se comprometiese en la llanura, hasta que estrechado a su izquierda por el barranco que quedaba a la derecha de los patriotas, se viera en la necesidad de ganar terreno en dirección opuesta, y entonces lanzar sobre su izquierda los lanceros de Zelaya, envolviéndola y tomando a su espalda, al mismo tiempo que la infantería cargase a la bayoneta sobre el resto de la línea”. Para que dieran resultado estas disposiciones, era preciso que el ataque del enemigo se pronunciasse de frente, como lo esperaba el general. Prestábase a críticas la colocación de la caballería, que hubiera tenido que concretarse a la izquierda, por tener un terreno propicio para sus operaciones, y no ser necesaria su presencia a la derecha, que estaba asegurada”.

Una hábil maniobra de Pezuela, que se corrió sobre la izquierda, apareciendo por sorpresa sobre el ala derecha de Belgrano, obligó a Belgrano a modificar bruscamente su formación, cambiando de frente. Pero al no introducir variantes en su plan de lucha, éste se inutilizó. Fueron desechas las dos alas patriotas y quedaron sin apoyo las columnas del centro. Bajo un intenso fuego de la artillería realista se produjo la dispersión de las fuerzas patriotas, perdiéndose fatalmente la batalla. La resistencia fue heroica y el triunfo resultó caro en vidas para el vencedor.

Según el parte de Pezuela, los soldados de Belgrano resistieron “como si hubieran criado raíces en el lugar que ocupaban”.

Las pérdidas fueron enormes para el ejército patriota. Los comandantes Cano y Superí, de Cazadores y de Pardos y Morenos respectivamente, quedaron muertos en el campo de batalla. Belgrano debió dejar en poder del enemigo cerca de 1.000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Al iniciar el movimiento de repliegue con

aproximadamente 1.000 hombres, Belgrano le encargó a Zelaya la dura tarea de protegerlo con 80 dragones. Al día siguiente de la batalla, Belgrano se hallaba en la quebrada de Tinguipaya, donde terminó la reorganización de sus tropas. Según el testimonio del general Paz, que acompañaba a Belgrano, la disciplina más severa se observó en todas las marchas. En esas críticas circunstancias Belgrano ordenó rezar el Rosario, a pesar de la cercanía del enemigo. La religión presente en los momentos de triunfo, les daba fortaleza a Belgrano y a su ejército en la derrota.

Lamentablemente esta derrota tuvo graves consecuencias militares y políticas; se perdieron las provincias altoperuanas en manos de los realistas y la Revolución quedó nuevamente seriamente amenazada desde el norte, por donde los realistas podían avanzar sin obstáculo.

Santiago del Estero

“La predilección que en reiterados momentos de su vida manifestó el benemérito general Manuel Belgrano por Santiago del Estero y su pueblo, no fue sólo un rasgo más de su generoso espíritu. Obedece a profundas raíces telúricas que lo unían a esta tierra, al amor entrañable que despertaba en su alma a través del recuerdo de sus antepasados maternos, y de ahí las muestras afectivas que tuviera a lo largo de su existencia. En reciprocidad, algunos de sus más fieles amigos fueron eminentes santiagueños, que lo ayudaron en difíciles circunstancias y secundaron sus afanes con lealtad”, comienza diciendo Luis Alén Lescano, en su artículo “Belgrano y Santiago”, en la revista “Todo es historia”, de junio de 1970.

En 1713, Juan Alonso González se casó con doña Lucía Islas y Alva Bravo de Zamora, ambos de linaje español.

La mayor de las hijas del matrimonio que se formalizó en Santiago fue Gregoria González Islas, esposa de Fernando Vilarino, y tendrá como nieto a Juan José Castelli.

Y quien le sigue, Juan Manuel, se casará con María Inés Casero Salazar y tendrán como nieto a Manuel Belgrano.

En ese hogar nació María Josefa González Caero, la esposa de Domingo Belgrano, madre prolífica de trece hijos, entre los cuales, el sexto, fue bautizado como Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús.

Para Lescano, el particular sentimiento de Belgrano para con Santiago del Estero explica la donación de diez mil pesos para construir una de sus famosas cuatro escuelas en aquel territorio.

“Y a Santiago ha de volver el vencido de Vilcapugio y Ayohuma, luego de ser relevado del mando del ejército, a comienzos de 1814. Quiere servir bajo las órdenes del nuevo jefe, José de San Martín, pero el gobierno se lo impide ante un Consejo de Guerra. Y en ese período de soledad, tristeza y enfermedades, retorna a Santiago y a sus campos, desde principios de abril de 1814”, sostiene Lescano.

Termina diciendo: “Volvería el creador de la bandera a pasear sus ojos sobre el paisaje santiagueño en muchos otros momentos de su vida. A conversar con sus hombres, a los que hubo de sugerir el uso de la enseña surgida de su inspiración. A intervenir, pese a su repulsión, en nuestras luchas políticas locales. Pero siempre, y por sobre todo, un gran amor habrá de inspirarle este solar, del que nunca se sintió ajeno”, concluye Luis Lescano.

Doscientos años después, la realidad santiagueña explica su parte de su presente, desde el saqueo que viene sufriendo desde hace tiempo.

En el año 2000, cuando los 270 chicos que componían la Marcha Por la Vida cruzaron por Santiago del Estero, la policía provincial los desalojó de una escuela.

Era en Quimilí, donde la pobreza impuesta todavía no pudo con la sensualidad de la chacarera y la resistencia de los campesinos que se niegan a regalar la esperanza de un futuro mejor para sus pibes, aunque el estado provincial y sus instituciones desempeñen el rol de carceleros.

En Santiago del Estero, sin embargo, se inició la vida política de la Argentina.

Allí estaba la mayoría de la población de lo que luego sería el último virreynato creado por los españoles, el del Río de la Plata, en 1776.

En aquellos años, el 52 por ciento de los habitantes de estos arrabales del mundo estaba allí, en el noroeste.

Desde esos parajes santiagueños, tucumanos, jujeños y salteños, salían carretas, aguardiente, vino, productos textiles, maderas y hasta los primeros doctores de la tierra americana.

Era el centro político, económico, social y demográfico de la futura Argentina.

Pero a partir de 1811, como consecuencia del abandono del proyecto original de la revolución de Mayo, los tenderos y dueños de saladeros de Buenos Aires entablan relaciones carnales con la potencia hegemónica de entonces, Gran Bretaña y deciden que el territorio para librar la guerra por la independencia no sea el puerto ni el Litoral, sino el noroeste.

Una vez más la clave histórica del país: el poder del estado minoritario decide aplicar sus decisiones en las geografías físicas y humanas más desarrolladas para imponerle otro destino.

Hacia 1857, Buenos Aires, Paraná y Santa Fe ya tenían el 44,3 por ciento de la población y el noroeste, el 43,9 por ciento.

A finales del siglo XIX, en 1895, ya estaba todo definido.

Ganadores, perdedores y ciclos económicos regionales concentrados y con estados feudales por encima de la democracia federal.

En el noroeste quedaba menos del 27 por ciento de la población; mientras que en Buenos Aires y el Litoral, vivía la mayoría, el 63,5 por ciento de los habitantes.

En menos de un siglo, la geografía del país interior fue demolida por la decisión de aquellos que constituyeron un estado que miraba hacia fuera y respondía a los intereses de los pocos.

De la riqueza original del noroeste argentino, a la pobreza extrema del presente.

De la alta densidad poblacional, a la soledad impuesta.

De los proyectos económicos políticos libertarios a la configuración de un país para los privilegios.

De la riqueza natural al desastre ecológico, como consecuencia de un proyecto impuesto desde los estados nacional y provincial.

Un verdadero crimen que, sin embargo, quedó impune por la construcción de mitos que ocultaron la identidad de los asesinos y exhibieron a las víctimas como victimarios.

El mito de la vagancia de los santiagueños.

Ellos, los santiagueños, culpables de una historia política que no se cuenta ni se masifica.

“La explotación de los bosques comenzó a atraer decididamente a los capitalistas. La vinculación con el ferrocarril fue evidente. La ecuación ferrocarril, explotación forestal y latifundio comenzó a modularse. En el año 1895, se exportaron 402 toneladas, la mayor cantidad a Alemania; en 1915, superaban las cien mil toneladas”, contó el periodista e historiador, Raúl Dargoltz, en su imprescindible “Hacha y Quebracho”.

Santiago del Estero “contaba a comienzos de la explotación forestal con una extensión de 10.792.200 hectáreas de bosques. En la actualidad solamente quedan 600 mil hectáreas. Más de nueve millones de hectáreas fueron irracionalmente explotadas. Ciento cincuenta millones de quebrachos destruidos, ciento setenta millones de toneladas de madera, según la Dirección Provincial de Bosques”.

Y aquí viene la imagen de la demencial explotación de los recursos naturales santiagueños desde los estados nacional y provincial y que determinó el primer proceso de exclusión social al destruir el ecosistema de la región: “Con respecto a los postes de quebrachos colorados que fueron utilizados para alambrar las grandes estancias de la pampa húmeda, diremos que si bien la medición fue mucho más difícil por la variedad de los medios de transporte que se utilizaron, se ha documentado durante el período 1900 - 1966, en los registros ferroviarios únicamente, más de 64,5 millones de piezas,

que puestas en alambrados imaginarios, a razón de ocho metros entre cada poste, tendría una longitud de una vez y media la distancia Tierra - Luna, según el Ministerio de Economía de la provincia, en 1971”, remarcó el escritor.

Semejante saqueo de la riqueza natural terminó con la diversificación de actividades.

A la explotación del quebracho siguió el irracional ciclo del azúcar.

Ya no se necesitaban tanta mano de obra.

Vino entonces, a fines del siglo XIX y a principios del veinte, la gran desocupación de los santiagueños.

La historia oficial, contada a través de los grandes diarios, no habló del proyecto económico impuesto, sino que describía la falta de actividad entre los lugareños.

Las víctimas, entonces, fueron apuntadas como responsables de su propia desgracia, la falta de trabajo.

Comenzó a hablarse de la vagancia de los santiagueños.

Un encubrimiento cultural a los responsables de semejante crimen ecológico.

Tantos quebrachos como los necesarios para hacer un camino de ida y vuelta a la Luna.

Una tierra que era llamada el vergel de la civilización por los españoles, se convirtió, entonces, en un lugar agrietado.

El estado nacional y el provincial se aliaron a los saqueadores y sus instituciones fallaron a favor de los intereses de los más fuertes.

Los culpables, una vez más, eran los ninguneados.

Los vagos.

Otro dato para la lógica de la historia profunda argentina: desarrollo humano independiente, terrorismo de estado, geografía del poder, geografía del hambre, encubrimiento cultural, estado cómplice de las minorías e instituciones serviciales a esos intereses.

Santiago del Estero volvió a ser noticia a principios de 2008.

La primera campaña de vacunación que existió en el país la hizo José de San Martín, mientras gobernaba Cuyo y preparaba al primer ejército popular latinoamericano para emprender la epopeya de la liberación continental.

Una medida política a favor de los que eran mayoría en aquellos territorios abrazados por la Cordillera de los Andes y que fue registrada por los historiadores oficiales de la Argentina.

Medicina, desde el Estado, para darle salud a un pueblo que estaba dispuesto a pelear por su liberación. Ese pensamiento no estaba entre las conclusiones de los cronistas admitidos por la academia. Ellos simplemente acotaron el hecho, no lo ocultaron.

Salud dentro de un proyecto de liberación, vacunas para pelear por la Patria Grande.

El país, sin embargo, viró a favor del proyecto de los enemigos de San Martín y desde hace algún tiempo no hay vacunas destinadas a impulsar una epopeya libertaria sino, todo lo contrario, a garantizar la dependencia de las grandes multinacionales.

Algo de esta historia puede vislumbrarse en los cuerpos siempre estragados de las chicas y chicos empobrecidos de las provincias saqueadas.

Es lo que sucede en Santiago del Estero.

La información habla del ensayo denominado Compas, por el cual se presenta una nueva vacuna para prevenir infecciones que causa la bacteria del neumococo, como la otitis media y la neumonía. La vacuna es promovida por el laboratorio GlaxoSmithKline y está en la fase final de prueba en niños sanos de esta provincia. Ya fueron vacunados 1.480 niños santiagueños y el objetivo fijado es llegar a 4.500. En el país, serán en total 17 mil chicos, ya que se contarán también a los de Mendoza y San Juan.

Estos chicos son usados como cobayos previa aceptación de parte de sus padres en presencia de un supuesto testigo independiente.

Algunos medios, por ejemplo, informaron que "el Gobierno nacional envió inspectores y cuestionó el modo de informar a los padres, habitantes de una provincia con analfabetismo y desigualdad de acceso a la educación. El resultado de la visita quedó plasmado en un acta de la Administración Nacional de Medicamentos, Alimentos y Tecnología Médica (ANMAT), el organismo del Ministerio de Salud que regula la investigación clínica en la Argentina".

"Se solicita al investigador principal (de este estudio) documentar la imparcialidad de los testigos que participan de la firma del consentimiento informado de los diferentes pacientes", apuntaba el informe de la repartición oficial.

"En vez de explicarle bien a los padres los potenciales riesgos que existen, los minimizan, para que la gente firme de una vez. Los conchaban, los presionan para que entren al programa", asegura Leandro Gamba, jefe de terapia intensiva del Hospital Eva Perón.

Por cada chico, el médico que convence a los padres recibe 350 dólares que vienen desde Europa, desde donde recibirán las vacunas.

Una obscenidad si existiera la ética médica o sobreviviera aquello del juramento hipocrático.

Aquí lo que sobra es la hipocresía que es otra cosa.

En total habrá cuatrocientos médicos, radiólogos y asistentes que trabajarán en la selección y captación de nenas y nenes de Santiago del Estero y Cuyo para que sirvan como si fueran animales de laboratorio para las multinacionales de los medicamentos.

¿Ocurrirá lo mismo en Europa o Estados Unidos?

Y hay riesgos: ya se verificaron media docena de muertes entre los seis mil pibes que participaron del programa.

La industria farmacéutica se defiende: el laboratorio GlaxoSmithKline señaló que "todos los estudios son conducidos de acuerdo a los más elevados estándares éticos y científicos y son supervisados por las autoridades sanitarias locales" y que "el estudio Compas es el más importante en vacunas que se está realizando en el mundo y parte de la fase tres se realizó también en Europa. Participan hoy Panamá y Argentina", sostuvo la empresa.

Para la llamada Cámara Argentina de Especialidades Medicinales (CAEME), "la investigación clínica es una actividad altamente controlada y regulada" y que los estudios "han permitido alcanzar importantes adelantos en el tratamiento de enfermedades como cáncer, diabetes y sida".

Experimentan con chicas y chicos santiagueños y los médicos que los convocan reciben 350 dólares por cobayo humano.

La más clara expresión del desprecio por la vida, del manoseo a las chicas y chicos, más allá de lo que dicen las leyes que juran proteger su desarrollo existencial.

Las multinacionales de los medicamentos prueban vacunas entre los pibes argentinos porque saben que su proyecto de salud no alienta ninguna independencia o rebeldía, sino que garantiza la dependencia, la misma situación que les permite hacer grandes negocios con este esclavismo del tercer milenio. (Fuente de datos: Diario Clarín 23-12-07 / "El general San Martín y la emancipación americana", de Bartolomé Mitre)

En febrero de 2009, otra vez las chiquitas y los chiquitos santiagueños.

Otra vez las multinacionales.

La nena tenía quince meses. Murió como consecuencia de la aplicación de una vacuna experimental aplicada por médicos de la provincia de Santiago del Estero, pagados por

una multinacional. Sin esos pediatras sería imposible que los bebés sean cobayos de laboratorio. Son los profesionales los encargados de convencer a los padres para que se sometan a la demostración. Doctores que trabajan en hospitales públicos y que, por lo tanto, reclutan hijas e hijos del pueblo más necesitado, más empobrecido. No hay posibilidad de no pensar en la manipulación de las necesidades materiales del grueso de la población que concurre a los efectores públicos de una de las provincias más ultrajadas en la historia argentina.

La nena de quince meses que murió a fines de enero de 2009 no es la primera víctima de la impunidad con que gozan estos pediatras que deshonoran la profesión y los laboratorios multinacionales que alientan el llamado protocolo Compas.

Daños colaterales, argumentarán desde las corporaciones.

Argumentos desquiciados de cronistas tirabombas.

No. Nada de eso. Las nenas y los nenes se mueren mientras el Compas sigue avanzando sobre los cuerpos de los más empobrecidos gracias a la complicidad de médicos pediatras, la vista gorda de los distintos estados y el poder económico de las multinacionales de los remedios. No es una película de ciencia ficción.

Resulta la consecuencia feroz de una real dependencia que convierte en ficción el supuesto estatuto de nación libre sobre la faz de la Tierra.

Desde la segunda mitad del año 2007, sacerdotes, médicos y familiares denuncian la muerte de bebés sometidos a este experimento.

La información dice que María Virginia Giorgia, con el patrocinio de José Herrera, formuló el pedido de investigación en el Juzgado del Crimen de Cuarta Nominación a cargo del juez Ramón Tarchini Saavedra, luego de que el 24 de enero falleciera su hija al presentar un paro cardiorresporatorio, en el Hospital de Niños Eva Perón de la capital santiagueña. Es el tercer caso que llega a los tribunales provinciales. Pero el número de chicos muertos ya se aproxima a los veinte en todos estos años de libre disponibilidad sobre los cuerpecitos de los más necesitados. El proyecto Compas es, según sus promotores, una vacuna contra la bacteria del neumococo.

El relato de la mujer, en realidad, habla de otras cuestiones: “En enero de 2008 dos asistentes sociales fueron a visitarla a su casa, en el barrio Colón, y le recomendaron que vacunase a su hija contra la neumonía y la meningitis. Allí, le indicaron que debía llevar a su hija a la Unidad Primaria de la Salud N° 6, en el barrio Smata, para poder recibir la vacunación, al tiempo que le hicieron firmar en presencia de otra madre cuyo hijo también había recibido la medicación una serie de planillas ‘sin leer el contenido’ de las mismas. Según dijo Giorgia, luego de la segunda dosis ‘surgieron problemas bronquiales’ y pese a que estaba bajo tratamiento el cuadro ‘se complicó cada día más’ luego de recibir, en total, cuatro vacunas. El 21 de enero, la mujer llevó a su hija al Hospital Eva Perón porque estaba con fiebre y granos en la piel. Los médicos que la atendieron le diagnosticaron varicela, pero como seguía con fiebre elevada dos días después volvió al centro asistencial y le dieron un inyectable para enviarla a su hogar. Finalmente, el sábado 24 por la mañana regresó porque la niña ‘estaba morada, no podía mover la pierna donde le habían colocado la inyección y tenía dificultad para respirar’, apuntaron los medios periodísticos.

En el país que sufre la ficción de creer ser independiente, los laboratorios multinacionales experimentan con sus bebés sin que ningún sector de poder les impida semejante desprecio por la vida de sus hijos. El proyecto Compas sigue adelante y su avance se mide en muertes de bebés de quince meses. (Fuente de datos: Diario Los Andes - Mendoza 11-02-09)

Hoy, sin embargo, desde esa misma tierra amada por Belgrano, crece –entre otras resistencias esperanzas- el Movimiento de Campesinos de Santiago del Estero que quiere crear hasta sus propias facultades y escuelas, al mismo tiempo que pelea por elegir el futuro de sus integrantes de manera libre e independiente.

A fuerza de militancia abren surcos en la tierra pero también en el estado que no puede seguir haciendo de cuenta que no existen esas miles de personas que necesitan de otro estado y de otras instituciones que sean compañeros de su deseo de libertad y justicia.

Algo que los hace ser.

La vieja identidad nacional: el proyecto todavía no concluido de levantar sobre la faz de la tierra una nueva y gloriosa Nación.

Esa idea que fue abortada entre 1810 y 1820 pero que sigue presente en las urgencias y los sueños del futuro que laten en estos días.

Epílogo

En Metán, en la provincia de Salta, de regreso de Yatasto, una pareja de maestros jubilados nos recibió en su casa. Nos mostró su huerta, cada uno de las legumbres que cultivan con paciencia y la vieja casilla de madera que quedó empotrada en el centro del terrenito que ahora ha crecido.

Cuentan de sus viajes entre cerros y precipicios, con temperaturas de hielo y peligros concretos, de caminatas que se extendían por horas hasta llegar a destino y allí estaban las chiquitas y los chiquitos de las familias de esos lugares, descendientes, varias generaciones después, de los que sangraron junto a Güemes, Belgrano y Juana Azurduy. Ríen al recordar las anécdotas de los curas que llegaron de España y trataban de entender el quechua y piensan, cada día que pasa, que volverían a hacer lo mismo, que todavía tiene sentido eso que se llama Argentina.

La maestra nos regala un exquisito guiso de charata, una especie de gallina de monte, cocinada junto a un arroz que tiene un sabor especial y, de postre, como no podía ser de otra manera, mazamorra.

Ella seguirá su militancia en la parroquia del barrio y él en la central obrera que intenta respetar a cada trabajador por lo que es, esté o no sindicalizado.

Los atormenta la realidad de la droga que llega hasta allí con su mandato de convertir a los pibes en consumidores consumidos.

Pero no alfojan.

Siguen militando y apostando al significado de la palabra igualdad.

Belgrano está en ellos.

En Ledesma, después de cuatro muchachos muertos porque querían tener un pedacito de tierra para levantar su casa o algo parecido, los ocupantes del barrio El Triángulo han colocado una bandera al final del lote. Está sobre la barranca de un riacho que llega hasta esa zona del ingenio de los Blaquier.

Hay que ver esa bandera. Está raída y se agita con furia con el viento y el sol implacable de ese punto de la geografía jujeña. El paño está sujeto a una caña de azúcar y continúa mostrándose por encima de las cabecitas de las chicas y chicos que apenas tienen una canilla comunitaria para tomar algo de agua y lavarse de vez en cuando.

Muy cerca de allí, en la urbanización que trazó el Ingenio, hay dos fenomenales banderas cuyas dimensiones deben abarcar a por lo menos tres de esos lotes ganados a pura lucha, a pura muerte.

La bandera parece ser la misma.

Cualquier distraído podría decir: “Pero si se trata de la bandera argentina, la misma en los dos lados”.

Es cierto. Pero es cierto en parte.

Los sueños colectivos inconclusos del país que todavía no es pero que pelea frenéticamente por ser, está en la banderita modesta de los ocupantes de El Triángulo.

La otra es la de los propietarios de casi todo.

La otra bandera parece grande pero, en realidad, es chica, amarreta, mezquina, porque su soberbia es directamente proporcional a los intereses privilegiados que representa.

Belgrano está en el barrio El Triángulo. No en la mesa de los Blaquier.

-Me duelen los ojos, Carli...

Eso fue lo último que me dijo mi mamá, la Pochi, antes de partir hacia algún lugar del Universo.

Ella era la hermana del medio de tres mujeres, hijas de doña Rosa y don Alfredo, sirvienta y estibador portuario, respectivamente.

No tenían mucho.

Por eso todas las noches cenaban mate cocido con galletas.

Ya estaban en la ciudad de Rosario, allí donde Belgrano enarbolará la bandera por primera vez.

Se fueron a vivir a una casita por calle San Luis, cerca del ferrocarril que por entonces pasaba cargado de familias que intentaban una mejor suerte en Buenos Aires.

Terminó la primaria como pudo, la Pochi.

Pedía prestado los libros porque no tenía dinero para comprarlos.

Y por sobre todos los próceres de la historia oficial, fue Belgrano el que le llegó al corazón.

Creía en un dios que repararía todo lo malo después del último viaje.

Por eso aguantaba el sufrimiento.

Supongo que a veces fue feliz.

Pudo disfrutar muy poco de sus nietas.

Muchas veces pensé en aquella, su última frase.

Quizás le dolían los ojos de tantas cosas que vio y contra las cuales no pudo rebelarse.

En una de sus herencias, una caja de zapatos llena de cartas, fotos y carnés viejos, encontré una libreta de delegado portuario.

Era de mi abuelo.

Ella nunca me lo había contado. Una vez me dijo que tuvo un tío que acusaban de anarquista pero que no podía hablar de esa historia porque los pobres tienen prohibidos ciertos recuerdos.

Cuando encontré la verdadera identidad del delegado, cuando supe que en realidad era el papá de mi mamá, sentí bronca y tristeza. La habían convencido que era una vergüenza tener un padre luchador y que, por lo tanto, no podía contarlo.

Es probable que Belgrano haya sentido que mi mamá merecía estar en su ejército de desesperados en Ayohuma. Allí cuando todo parecía perdido y, sin embargo, siguió e insistió.

Hay una revolución inconclusa.

Que nos disculpen los estudiosos y los políticamente correctos: es necesario establecer los puentes entre aquella guerra popular por la independencia y el presente de los que son más.

Porque cada uno de nosotros somos las palabras en las que creemos.

Somos los sueños que tenemos.

Y somos lo que seamos capaces de transformar para hacer realidad esos proyectos.

Por eso Belgrano sigue vivo en las necesidades de las mayorías.

Por eso recorrer los caminos de Belgrano, doscientos años después, es descubrir la urgencia de las otras banderas que enarbolará en su interior y en miles de aquellos que lo siguieron: igualdad, libertad, independencia, pueblo, democratización de la tierra, respeto por los pueblos y educación.

Recorrer los caminos de Belgrano es darnos cuenta que debemos ser protagonistas de la historia y no meros espectadores.

Nuestras hijas, nuestros hijos esperan que más allá de la torta de cumpleaños, seamos capaces de regalarles algo más cuando le deseamos felicidad.

Porque esa felicidad es la que todavía no está vigente en la realidad existencial de millones de argentinas y argentinos.
La felicidad colectiva será fruto de la continuidad de esos caminos de Belgrano.
Doscientos años después será preciso enarbolar esas banderas e izarlas en cada lugar donde se verifique la pelea de siempre, la del amor contra la muerte y el poder.

Carlos del Frade
Rosario, noviembre de 2011.

Apéndice 1

BIOGRAFÍA CRONOLÓGICA

1770

03/06: Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús Belgrano nace en Buenos Aires, en la casa paterna sita en el solar que hoy corresponde al 430 de la avenida que lleva su nombre. Hijo de María Josefa González y Domingo Belgrano Pérez.

1789

06/06: Se traslada con su hermano Francisco a España, con el objetivo de estudiar Derecho en la Universidad de Salamanca.

Enero La Universidad de Valladolid, en la que completó sus estudios, le otorga el diploma de bachiller en leyes.

1790

11/07: El Papa Pío VI le da permiso para leer libros prohibidos. Mientras tanto preside la Academia de Derecho Romano, Política Forense y Economía Política de la Universidad de Salamanca.

1793

31/01: Se gradúa de abogado en la Cancillería de Valladolid.

1794

30/01: Se crea el Consulado de Buenos Aires

02/06: Asume la Secretaría del Consulado.

1797

07/03: Se le concede el grado de capitán de las milicias urbanas de infantería de Buenos Aires.

1799

Inician sus actividades las escuelas de Dibujo, Matemáticas y Náutica, Propiciadas por Belgrano y creadas por el Consulado.

1801

Colabora con Francisco Cabello y Mesa en el Telégrafo Mercantil, Primer periódico del Río de la Plata.

1802

01/09: Hipólito Vieytes, contando con el auspicio de Belgrano, inicia la edición del Semanario de Agricultura, Industria y Comercio.

1806

26/06: Participa en la fallida defensa de la ciudad contra el invasor inglés. Para no prestarle juramento de obediencia, poco después pasará a la Banda Oriental. Después de la victoria, se lo elegirá sargento mayor del Cuerpo de Patricios.

1807

5 y 6/7: Participa en la defensa de Buenos Aires frente al ataque inglés, como ayudante del cuartel maestro general, coronel César Balbiani.

1809

01/01: Se opone al movimiento dirigido por Martín de Álzaga para derrocar a Liniers.

1810

03/03: Comienza a editar el Correo de Comercio, satisfaciendo un pedido del Virrey Cisneros

14/04: Concorre por última vez a las sesiones del Consulado, cuya secretaría deja de ejercer.

22/05: Concorre al Cabildo Abierto, en el que vota a favor de la cesantía virrey Cisneros.

25/05: Es designado vocal de la Junta Provisoria de Gobierno.

04/09: Es nombrado Comandante de las fuerzas destinadas a la Banda Oriental.

22/09: Se lo designa General en Jefe de la Expedición Militar a los pueblos de la Banda Oriental, Santa Fe, Entre Ríos y Paraguay.

16/11: Funda los pueblos de Curuzú-Cuatiá y Mandisoví.

19/12: Victoria de Campichuelo.

1811

19/01: Derrota de Paraguari.

09/03: Derrota de Tacuarí.

06/04: Circula el último número del Correo de Comercio.

11/04: Después de haber llegado a Concepción del Uruguay, designa segundo jefe interino a José Gervasio Artigas 02/05: Entrega el mando a José Rondeau y marcha a Buenos Aires para responder a los cargos que le formulan como Jefe de la Expedición al Paraguay.

09/08: Se cierra el proceso y le reponen en sus cargos con todos los honores.

04/10: Llega a Asunción junto con Vicente Anastasio Echevarría, enviado en misión diplomática por la Junta de Gobierno.

12/10: Se firma con el gobierno paraguayo un tratado de amistad, en procura de una futura un respetando la autonomía de Paraguay.

13/11: Es designado en Buenos Aires coronel del Regimiento N 1 (primer tercio de Patricios).

1812

18/02: El triunvirato aprueba la propuesta de Belgrano acerca de la creación de la escarapela nacional con los colores blanco y celeste.

27/02: Enarbola por primera vez en las barrancas del Paraná la bandera de su creación. Es designado Comandante en Jefe del Ejército del Perú.

1 o 2/3: Parte a hacerse cargo del Ejército del Norte.

03/03: El gobierno desaprueba la creación de la bandera.

26/03: Recibe en Yatasto el mando de las fuerzas que retroceden desde el Alto Perú.

25/05: Belgrano hace bendecir la bandera en Jujuy el canónigo Juan Ignacio Gorriti.

23/08: Éxodo jujeño, el ejército y todos los habitantes abandonan la ciudad de Jujuy., debido al avance realista.

03/09: Victoria de Las Piedras.

24/09: Vence a los realistas en la batalla de Tucumán.

27/10 Belgrano proclama Generala de su ejército a la Virgen de la Merced y le entrega su bastón de mando.

1813

13/02: Belgrano y su ejército juran obediencia a orillas del río Pasaje a la Asamblea General Constituyente, inaugurada en Buenos Aires el 31 de enero de ese año.

20/02: Victoria de Salta.

8/03: La Asamblea otorga premio a los vencedores de Salta. Le obsequia a Belgrano un sable y le donan 40.000 Pesos, que él destinará a la construcción De cuatro escuelas públicas.

25/05: Redacta el reglamento para dichas escuelas.

19/06: Entra en la ciudad altoperuano de Potosí.

01/10: Derrota de Vilcapugio

14/11: Es derrotado en la pampa de Ayohuma.

1814

29/01: Encuentro en Algarrobos, cerca de Yatasto, con el coronel José de San Martín, quien llega al frente de refuerzos enviado por el gobierno porteño.

30/01: San Martín asume el comando en jefe del Ejército del Perú. Belgrano parte hacia Buenos Aires acatando la Orden de someterse a proceso por sus derrotas.

12/03: Permanece arrestado en Luján hasta que se permite alojarse en una quinta en San Isidro, debido a su mal estado de salud. Abierto el proceso, no habrá ninguna acusación seria en su contra y finalmente se dispondrá el sobreseimiento de la causa.

14/09: Belgrano y Bernardino Rivadavia son designados para realizar una misión diplomática en Europa.

1815

07/05: Belgrano y Rivadavia arriban a Inglaterra, donde se informan del retorno de Napoleón al trono imperial (Los Cien Días).

15/11: Belgrano abandona Europa.

1816

Marzo: De regreso en Buenos Aires, es designado Jefe del Ejército de Observación de Mar y Tierra, cuyos efectivos Concentrados en Rosario, por un pacto hecho en Santo Tomé por uno de sus subordinados y los caudillos Federales del Litoral, será depuesto y arrestado hasta que se marcha a Buenos Aires.

17/05: El director supremo Juan Martín de Pueyrredón desde San Miguel de Tucumán le pide que se traslade a esa Ciudad.

06/07: Es recibido por los diputados en sesión secreta. Traza un panorama de la situación política europea y propicia la instauración de una monarquía.

20/07: El Congreso de Tucumán otorga a la bandera celeste y blanca el carácter de símbolo patrio.

03/08: Es designado comandante en jefe del Ejército del Perú en reemplazo del general José Rondeau.

07/08: Belgrano asume el mando del Ejército del Perú.

1817

01/03: Reconquista de Humahuaca, que había sido tomada por tropas de José de la Serna. A propuesta de Belgrano, el gobierno otorga premios a los Vencedores.

1818

26/01: En carta que envía a su subordinado Martín Miguel de Güemes describe las penurias que soporta su ejército.

1819

06/01: El Directorio le ordena tomar el mando del ejército está operando sobre Santa Fe.

25/07: Jura con el Ejército del Perú, obediencia a la Constitución aprobada por el Congreso.

29/08: Pide licencia para atender su salud

02/09: Se concede su licencia.

10/09: Se despide de sus soldados al dar la Orden del día.

11/09: Entrega el mando del ejército al mayor general Francisco Fernández de la Cruz. Se dirigirá a Tucumán.

11/11: Como consecuencia de un movimiento armado en contra del gobierno civil de Tucumán, se pretende humillarlo colocándole grillos, lo que es evitado por su médico.

10/12: El Congreso reunido en Buenos Aires, informado de lo ocurrido, manda que se le dispensen las consideraciones debidas a su jerarquía.

1820

Febrero: Partirá hacia Buenos Aires y llegará allí a de marzo.

19/05: El gobierno provincial le da una exigua ayuda financiera para atender su salud.

25/05: Dicta su testamento.

19/06: Recibe los auxilios religiosos y enseguida inicia su agonía.

20/06: Fallece a las siete de la mañana y se lo sepulta en el atrio del convento dominicano e iglesia de Nuestra Señora del Rosario.

28/06: Se inician sus funerales.

1873

23/09: Se inaugura su estatua, erigida en ala Plaza 25 de Mayo.

1903

20/06: Se trasladan sus restos al mausoleo levantado en el atrio de la basílica de Nuestra Señora del Rosario, esquina Belgrano y Defensa, en la ciudad de Buenos Aires.

Fuente: INSTITUTO NACIONAL BELGRANIANO

Apéndice 2

REGLAMENTO PARA EL RÉGIMEN POLÍTICO Y ADMINISTRATIVO Y REFORMA DE LOS 30 PUEBLOS DE MISIONES.

Belgrano a la Junta, remitiendo los 30 artículos que redactó para organizar el pueblo de los naturales de Misiones. Campamento de Tacuarí, 30 de diciembre de 1810.

A consecuencia de la Proclama que expedí para hacer saber a los Naturales de los Pueblos de Misiones, que venía a restituidos a sus Derechos de libertad, propiedad y seguridad de que por tantas generaciones han estado privados, sirviendo únicamente para las rapiñas de los que han gobernado, como está de manifiesto hasta la evidencia, no hallándose una sola familia que pueda decir: "estos son los bienes que he heredado de mis mayores"; y cumpliendo con las intenciones de la Excelentísima Junta de las Provincias del Río de la Plata, y a virtud de las altas facultades que como a su Vocal Representante me ha conferido, he venido en determinar los siguientes artículos, con que acredito que mis palabras, que no son otras que la de Su Excelencia, no son las del engaño, ni alucinamiento, con que hasta ahora se ha, tenido a los desgraciados Naturales bajo el Yugo del fierro, tratándolos peor que a las bestias de carga, hasta llevarlos al sepulcro entre los horrores de la miseria e infelicidad, que yo mismo estoy palpando con ver su desnudez, sus líbidos aspectos, y los ningunos recursos, que les han de dejado para subsistir:

1ro Todos los Naturales de Misiones son libres, gozarán de sus propiedades, y podrán disponer de ellas, como mejor les acomode, como no sea atentando contra sus semejantes.

2do Desde hoy los liberto del tributo; y a todos los Treinta Pueblos, y sus respectivas jurisdicciones los exceptúo de todo im-puesto por el espacio de diez años.

3ro Concedo un comercio franco y libre de todas sus producciones, incluso la del Tabaco con el resto de las Provincias del Río de la Plata.

4to Respecto a haberse declarado en todo iguales a los Españoles que hemos tenido la gloria de nacer en el suelo de América, le: habilito para todos los empleos civiles, militares, y eclesiásticos, debiendo recaer en ellos, como en nosotros los empleados del gobierno, Milicia, y Administración de sus Pueblos.

5to Estos se delinearán a los vientos N.E., S.O. y N.O. y S.E.. formando cuadras de a cien varas de largo, veinte de ancho, que se repartirán en tres Suertes cada una con el fondo de cincuenta varas.

6to. Deberán construir sus casas en ellas Todos los que tengan Poblaciones en la Campaña, sean Naturales o Españoles y tanto unos como otros podrán obtener los empleos de la República.

7mo. A los Naturales se les darán gratuitamente las propiedades de las suertes de tierra, que se les señalen que en el Pueblo será de un tercio de cuadra, y en la campaña según las leguas y calidad de tierra que tuviere cada pueblo su suerte, que no haya de pasar de legua y media de frente y dos de fondo.

8vo. A los Españoles se les venderá la suerte, que desearan en el Pueblo después de acomodados los Naturales, e igualmente en la Campaña por precios moderados, para formar un fondo, con que atender a los objetos que adelante se dirá.

9no. Ningún Pueblo tendrá más de siete cuadras de largo, y otras tantas de ancho, y se les señalará por campo común dos leguas cuadradas, que podrán dividirse en suertes de a dos cuadras, que se han de arrendar a precios muy moderados, que han de servir, para

el fondo antedicho, con destino a huertas, u otros sembrados que más se les acomodase y también para que en lo sucesivo sirvan para Propios de cada Pueblo.

10mo. Al Cabildo de cada Pueblo se les ha de dar una cuadra que tenga frente a la Plaza Mayor, que de ningún modo podrá enajenar, ni vender y sólo edificar para con los alquileres atender a los objetos de su instituto.

11mo. Para la Iglesia se han de señalar dos suertes de tierra en el frente de la cuadra del Cabildo, y como todos o los más de ellos tienen un templo ya formados podrán éstos servir de guía, para la delineación de los Pueblos aunque no sean tan exactamente a los vientos, que dejó determinados.

12mo. Los Cementerios se han de colocar fuera de los Pueblos, señalándose en el Ejido una cuadra para este objeto, que haya de cercarse, y cubrirse con árboles, como los tienen en casi todos los Pueblos, desterrando la absurda costumbre que prohibo absolutamente de enterrarse en la iglesia.

13ro. El fondo que se ha de formar según los artículos 8vo y 9no no ha de tener otro objeto, que el establecimiento de Escuelas de primeras letras, artes y oficios, y se han de administrar sus productos después de afincar los principales, como dispusiese la Excelentísima Junta, o el Congreso de la Nación por los cabildos de los respectivos Pueblos, siendo responsables de mancomún, e insolidum los individuos, que los compongan, sin que en ello puedan tener otra intervención los Gobernantes, que la de mejor cumplimiento de esta Disposición, dando parte de su falta, para determinar al Superior Gobierno.

14to. Como el robo había arreglado los pesos y medidas, para sacrificar más y más a los infelices Naturales señalando 12 onzas a la libra, y así en lo demás, mando que se guarden los mismos pesos y medidas que en la Gran Capital de Bs. Aires hasta que el Superior Gobierno determine en el particular lo que tuviere conveniente encar-gando a los Corregidores y Cabildos que celen el cumplimiento de éste artículo, imponiendo la pérdida de sus bienes y extrañamiento de la jurisdicción a los que contravinieren a él, aplicando aquellos a benefi-cio del fondo para Escuelas.

15to. Respecto a que los curas satisfacen el Erario el Sinodo conveniente, y en lo sucesivo pagarán por el espacio de diez años de otros ramos; que es el espacio que he señalado, para que estos Pueblos no sufran gabela, ni derecho de ninguna especie, no podrán llevar derecho de bautismo ni entierro y por consiguiente les exceptúo de pagar cuartas a los Obispos de las respectivas Diócesis.

16to. Cesan desde hoy en sus funciones Todos los Mayordomos de los pueblos y dejó al cargo de los Corregidores, Cabildos, la administración de lo que haya existente, y el cuidado del cobro de arrendamiento de tierras, hasta que esté verificado el arreglo, de-biéndose conservar los productos de harca de tres llaves, que han de tener el Corregidor, el Alcalde de 1er Voto, y el Síndico Procurador, hasta que se le dé el destino conveniente que no ha de ser otro que el fondo citado para Escuelas.

17mo. Respecto a que las tierras de los Pueblos están intercaladas, se hará una masa común de ellas, y se repartirán a prorrata entre todos los pueblos; para que unos a los otros puedan darse la mano, y formar una Provincia respetable de las del Río de la Plata.

18vo. En atención a que nada se haría con repartir tierra a los Naturales, si no se les hacían anticipaciones así de instrumentos para la agricultura como de ganados para el fomento de las crías ocurriré a la Excelentísima Junta, para que se abra una suscripción para el primer objeto, y conceda los diezmos de la quatripea de los partidos de Entre Ríos para el segundo; quedando en aplicar algunos fondos de los insurgentes, que permanecieron renitentes en contra de la causa de la Patria a objetos de tanta importancia; y que tal vez son habidos del sudor y sangre de los mismos Naturales.

19mo. Aunque no es mi ánimo desterrar el idioma nativo de éstos Pueblos; pero como es preciso que sea fácil una comunicación para el mejor orden, prevengo que la mayor parte de los Cabildos se ha de componer, de individuos que hablen el castellano y particularmente el Corregidor, el Alcalde de 1er Voto, el Síndico Procurador y un secretario que haya de extender las actas en lengua castellana.

20mo. La administración de Justicia queda al cargo del Corregidor y Alcaldes conforme por ahora a la legislación, que nos gobierna, concediendo las apelaciones para ante el Gobernador de los Treinta Pueblos, y de este para ante el Superior Gobierno de la Provincia en todo lo concerniente a gobierno y a la Real Audiencia en lo contencioso.

21mo. El Corregidor será el Presidente del Cabildo, pero con un voto solamente, y entenderá en todo lo político siempre con dependencia del gobernador de los Treinta Pueblos.

22º. Subsistirán los Departamentos que existen con las Sub-delegaciones, que han de recaer en hijos del País para la mejor ex-pedición de los negocios, que se encarguen por el Gobernador, los que han de tener sueldo por la Real Hacienda, hasta tanto que el superior gobierno resuelva lo conveniente.

23º. En cada capital de Departamento se ha de reunir un individuo de cada Pueblo que lo compone con todos los poderes para elegir un diputado, que haya de asistir al Congreso Nacional, bien entendido que ha de tener las cualidades de probidad y buena conducta, ha de saber hablar el castellano; y que será mantenido por la Real Hacienda en atención al miserable estado en que se hallan los Pueblos.

24to. Para disfrutar la seguridad así interior como exteriormente se hace indispensable, que se levante un cuerpo de milicias, que se titulará Milicia Patriótica de Misiones, en que indistintamente serán Oficiales así los Naturales como los Españoles que vinieren a vivir en los Pueblos, siempre que su conducta y circunstancias los hagan acreedores a tan alta distinción; en la inteligencia que ya estos cargos tan honrosos no se deban al favor ni se prostituyen, como hacían los Déspotas del Antiguo Gobierno.

25to. Este cuerpo será una legión completa de Infantería y Caballería que se irá disponiendo por el gobernador de los Pueblos como igualmente que el cuerpo de Artillería, con los conocimientos que se adquieran de la Población; y estarán obligados a servir en ella según el arma a que se les destina desde la edad de dieciocho años hasta los cuarenta y cinco, bien entendido es que su objeto es defender la Patria, la Religión y sus propiedades; y que siempre que se hallen en actual servicio se les ha de abonar a razón de diez pesos al mes al Soldado y en proporción a los Cabos, Sargentos y Oficiales.

26to. Su uniforme para la infantería es el de los Patricios de Bs. As. sin más distinción que un escudo blanco en el brazo derecho, con esta cifra "M. E de Misiones"[Ilustre Pueblo de Misiones], y para la caballería el mismo con igual escudo y cifra; pero con la distinción de que llevarán casacas cortas, y vuelta azul.

27mo. Hallándome cerciorado de los excesos horribles que se cometen por los beneficiadores de la hierva no sólo talando los árboles que la traen sino también con los Naturales de cuyo trabajo se aprovechan sin pagárselos y además hacen padecer con castigos escandalosos, constituyéndose jueces en causa propia, prohibo que se pueda cortar árbol alguno de la hierva so la pena de diez pesos por cada uno que se cortare, a beneficio la mitad del denunciante y para el fondo de la Escuela la otra.

28º. Todos los conchabos con los Naturales se han de contratar ante el Corregidor o Alcalde del Pueblo donde se celebren y se han de pagar en tabla y mano en dinero efectivo, o en efectos si el Natural quisiera con un diez por ciento de utilidad deducido el principal y gastos que se tengan desde su compra en la inteligencia de que no ejecutándose así, serán los beneficiadores de hierba multados por la primera vez en diez

pesos, por la segunda en con quinien-tos y por la tercera embargados sus bienes y desterrados, destinando aquellos valores por la mitad al delator y fondo de la Escuela.

29no. No se les será permitido imponer ningún castigo a los Naturales, como me consta lo han ejecutado con la mayor iniquidad, pues si tuvieran de que quejarse ocurrirán a los jueces para que se les administre justicia, so la pena que si continuaren en tan abominable conducta, y levantaren el palo para cualquier natural serán privados de todos sus bienes, que se han de aplicar en la forma arriba descrita, y si usaren el azote, serán penados hasta el último suplicio.

30º. Para que estas disposiciones tengan todo su efecto, reservándome por ahora el nombramiento de sujetos que hayan de encargarse de la ejecución de varias de ellas, y lleguen a noticia de todos los pueblos, mando que se saquen copias para dirigir al gobernador Don Tomás de Rocamora y a todos los Cabildos para que se publiquen en el primer día festivo, explicándose por los padres curas antes del Ofertorio y notoriándose por las respectivas jurisdicciones de los predichos Pueblos hasta los que vivan más remotos de ellos: remítase igualmente copia a la Excelentísima Junta Gubernativa de las Provincias del Río de la Plata para su aprobación, y archívense en los cabildos los originales para el gobierno de ellos, y celo de su cumplimiento.

Hecho en el Campamento del Tacuarí a treinta de diciembre de mil ochocientos diez.

Manuel Belgrano.

Fuente: A.G.N. Sala X, 3.1.1. (guerra). Senado de la Nación. Biblioteca de Mayo, Guerra de la Independencia, Buenos Aires., 1963, Tomo XIV, págs. 12482 a 12483. Museo Mitre. Documentos del Archivo de Belgrano, Buenos Aires, Imprenta Coni Hermanos, 1914, Tomo III, págs. 122 a 128.

ENTREVISTAS REALIZADAS

AGLIANO, Salvador, dirigente gremial.

ARAMAYO, Benito, investigador.

ARIÑEZ, Natalia, HIJOS Tucumán.

BALMACEDA, Mónica, docente.

BAYER, Osvaldo, escritor e historiador.

BONANO, Luis, historiador social.

CAMUÑA, Santiago, periodista.

CARO FIGUEROA, Gregorio, historiador y escritor.

CARRIL, Roberto, trabajador adolescente de Humahuaca.

CELSO, vecino de Metán.

DAVID, Vuenaventura, dirigente gremial.

DE MARCO, Miguel, historiador y escritor.

DEL FRARI, José, dirigente gremial.

ESCOTORIN, Daniel, docente y escritor.

FLORES, José, remisero jujeño.

FERNANDEZ, Sergio, dirigente gremial.

GALASSO, Norberto, historiador y escritor.

GALVAN, Miguel, docente e historiador.

IBAÑEZ, Aníbal “Pepe”, dirigente social.

LAPASSETE, María, médica y dirigente gremial.

LEDESMA, Alejandra, dirigente social.

MARIA EUGENIA, guía del museo Casa de Tucumán.

MARTINEZ GALEANO, Isabelino, historiador paraguayo.

MEZA, Fabián, docente y cantante.

MONACA, Alberto, periodista e investigador.

MOSQUERA, Enrique “Kike” Andrés, dirigente social.

OLMEDO, Pedro, obispo de Humahuaca.

PELLONI, Marta, monja.

PIÑA, Joaquín, obispo emérito de Iguazú.

RIANI, Jorge, periodista.

VACAFLOR, Julio, periodista y realizador audiovisual.

VARGAS, Rafael, dirigente del gremio azucarero de Ledesma.

WEXLER, Berta, historiadora.

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

ARAMAYO, Benito Carlos, “Jujuy en el bicentenario”, Editorial Agora, Buenos Aires, 2009.

ARCE, Facundo, “Belgrano”, Ediciones del autor, Paraná, Entre Ríos, 1974.

BELGRANO, Manuel, “Memorias del consulado”, ediciones varias.

BELGRANO, Manuel, “Mi vida”, Biblioteca Nacional de Identidad, Buenos Aires, 2009.

BELGRANO, Manuel, “Escritos económicos”, Círculo Militar, Buenos Aires, 1963.

BENITEZ, José, “El pensamiento revolucionario de hombres de nuestra América”, Editorial Política, La Habana, Cuba, 1986.

BERTUCCI, Hugo, “¡Palabra de Belgrano!”, Editorial Fundación Ross, Rosario, 2010.

BRUSCHERA, Oscar, “Artigas”, Librosur, Montevideo, 1969.

CARDENAS, Felipe (H), “Los tres renuncios del general Alvear”, Revista Todo es Historia, número 15, Buenos Aires, 1968.

CASCO, Marcos, “La Argentina, un tigre al acecho”, Ediciones Corregidor, Buenos Aires, 1996.

CASERES, Miguel Angel, “Historia de Salta. Tomo I”, Ediciones El Mochadero, Salta, 2010.

CLASTRES, Helene, “La tierra sin mal. El profetismo tupí guaraní”, Ediciones del Sol, Buenos Aires, 1989.

COLMENARES, Luis, “Martín Güemes, el héroe mártir”, Ediciones Ciudad Argentina, Buenos Aires, 1998.

CORTEZ, César, “La guerra gaucha en Jujuy”, Libros del Hostal, Jujuy, 2011.

CHAVES, Julio, “Castelli, el adalid de mayo”, Ediciones Leviatán, Buenos Aires, 1957.

DE LA VEGA, Julio César, “Consultor de Historia Argentina”, Ediciones Delma, Buenos Aires, 1993.

DE MARCO, Miguel Angel, “Rosario, desde sus orígenes hasta nuestros días”, Librería Apis, Rosario, 1994.

DEL FRADE, Carlos, “Historia política de la esperanza”, Editorial Último Recurso, Rosario, 2010.

ESCOTORIN, Ramiro Daniel, “Salta Montonera. La actuación política de los sectores populares en la provincia de Salta (1972-1976)”, CTA Ediciones, Buenos Aires, 2007.

GALASSO, Norberto, “La larga lucha del pueblo argentino”, Centro Rosarino de Estudios Argentinos, Rosario, 1987.

GALASSO, Norberto, “Artigas y las masas populares en la revolución”, Centro Cultural Discépolo, Buenos Aires, 1998.

GALASSO, Norberto, “La revolución de Mayo y Mariano Moreno”, Centro Cultural Discépolo, Buenos Aires, 1998.

GALEANO, Eduardo, “Las venas abiertas de América latina”, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, 1984.

GARCIA HAMILTON, José Ignacio, “Don José”, Editorial Sudamericana, julio de 2000, Buenos Aires.

GIBELLI, Nicolás, “Crónica argentina”, Codex, Buenos Aires, 1968.

GIMÉNEZ VEGA, Elías, “Actores y testigos de la Triple Alianza”, Colección La Siringa, Arturo Peña Lillo Editores, Buenos Aires, 1961.

GRENNI, Luis, “Jujuy en la gesta por la independencia”, Centro Editorial, Jujuy, 2008.

HALPERIN DONGHI, Tulio, “Historia contemporánea de América latina”, Círculo de Lectores, Bogotá, 1981.

INSTITUTO NACIONAL BELGRANIANO, página web.

JESUALDO, “Artigas, del vasallaje a la revolución”, Editorial Losada, Buenos Aires, 1961.

LAGOS, Marcelo; CONTI, Viviana; “Jujuy, de la revolución de mayo a nuestros días”, Editorial de la Universidad Nacional de Jujuy, Jujuy, 2010.

LUNA, Félix, “Manuel Belgrano”, La Nación, Buenos Aires, 2004.

MITRE, Bartolomé, “Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana”, Editorial Anaconda, Buenos Aires, 1950.

MITRE, Bartolomé, “Historia de Belgrano”, tomos II y III, Editorial Juventud Argentina, Buenos Aires, 1945.

MORENO, Mariano, “Plan de Operaciones”, Talleres Gráficos Argentinos, Buenos Aires, 1937.

MORENO, Nahuel, “Método de interpretación de la historia argentina”, Ediciones Pluma, Buenos Aires, 1975.

MÖRNER, Magnus, “Actividades políticas y económicas de los jesuitas en el Río de la Plata”, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986.

N’HAUX, Enrique, “Menem, Cavallo. El poder mediterráneo”, Corregidor, Buenos Aires, 1993.

O’Donnell, Pacho, “Juana Azurduy. La tenienta coronela”, Planeta, Buenos Aires, 1994.

OLIVA, Aldo, “Poesía completa”, Editorial Municipal de Rosario, Rosario, 2003.

PEÑA, Milcíades, “El paraíso terrateniente”, Ediciones Ficha, 1975, Buenos Aires.

PIÑEIRO, Armando Alonso, “Manuel Belgrano, periodista”, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, 1973.

RAMOS, Jorge Abelardo, “Historia política del ejército argentino”, Colección La Siringa, Peña Lilio Editores, 1959, Buenos Aires.

REVISTA NOTICIAS, número 1.103, febrero de 1998, Buenos Aires.

REVISTA “TODO ES HISTORIA”, número 16, 1968, Buenos Aires.

REVISTA “TODO ES HISTORIA”, número 38, junio de 1970, Buenos Aires.

REYES ABADIE, Washington; BRUSCHERA, Oscar; MELOGNO, Tabaré; “El ciclo artiguista”, Tomo 4, Centro Editor de América Latina, Montevideo, 1968.

ROA BASTOS, Augusto, “Yo, el supremo”, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, 1974.

- ROJAS, Ricardo, “El Santo de la Espada”, Eudeba, Buenos Aires, 1970.
- ROSENVAZVAIG, Eduardo, “El sexo del azúcar”, Ediciones Letra Buena, Buenos Aires, 1991.
- SEJEAN, Juan Bautista, “San Martín y la tercera invasión inglesa”, Editorial Biblos, 1997, Buenos Aires.
- SEJEAN, Juan Bautista, “Prohibido discutir sobre San Martín”, Editorial Biblos, 2000, Buenos Aires.
- SUPLEMENTO “ZONA”, Diario Clarín, 16 de julio de 2000, Buenos Aires.
- TARRAGO, Griselda; BARRIERA, Darío; “Adiós a la monarquía. De los años revolucionarios a la crisis de 1820”, Prohistoria Ediciones, Rosario, 2006.
- TERRAGNO, Rodolfo, “Maitland & San Martín”, Universidad Nacional de Quilmes, 1998, Buenos Aires.
- VARELA, Luis y ZICOLILLO, Jorge, “Un Domingo en el purgatorio”, BEAS Ediciones, Buenos Aires, 1992.
- VENTURINI, Sergio, “El indio guaraní. En la selva, en las Misiones, hoy”, Tierra Adentro, Montevideo, Uruguay, 2011.
- VERBITSKY, Horacio, “Rodolfo Walsh y la prensa clandestina”, Ediciones de la Urraca, Buenos Aires, 1985.
- WEINBERG, Gregorio, “Espistolario belgraniano”, Taurus, Buenos Aires, 2001.
- WEXLER, Berta, “Juana Azurduy y las mujeres en la revolución altooperuana. Las heroínas altooperuanas como expresión de un colectivo”, UNR, Rosario, 2008.

Imprescindibles

A Luli y Victo, mis hijas, la mejor y más concreta causa para terminar la revolución iniciada en 1810. Por tantas horas que les debo siguiendo los caminos de Belgrano.

A Sandra, mi amor compañera. Siempre.

A mis padres que creyeron que alcanzaba con ser buenos.

A mis amigos.

A Néstor Sappietro y Anabel Barboza, indispensables compañeros de ruta existencial.

A los compañeros y compañeras de la Editorial Ultimo Recurso.

A los que siguen peleando por memoria, verdad, justicia y la felicidad de los que son más en estos arrabales del mundo.

Y gracias a los que hicieron posible la larga peregrinación:

Sixto Vallejos, del Sindicato de la Carne de Casilda.
Lotería de la Provincia de Santa Fe.
Mutual del Sportivo Fútbol Club de Alvarez, provincia de Santa Fe.
Sindicato de Trabajadores de Concesiones Viales, San Lorenzo.
Sindicato de Luz y Fuerza de Rosario.
Cooperativa de Trabajos Portuarios de Puerto San Martín.
Sindicato de Trabajadores Municipales de Rosario.
La Segunda.

Fabián Peralta, diputado nacional.
Alicia Gutiérrez, diputada provincial.
Juan Carlos Zabalza, diputado nacional.
Pablo Michelli, CTA Nacional.
Oscar Daniele, diputado provincial.

Claudio Lozano, diputado nacional.
ATE Jujuy.
CTA Salta.
CTA Tucumán.
Julián Lafuente.
Enzo Casá.